

ESPAÑOLES EN NORTEAMÉRICA

CUATRO DRAMAS

AMANCIO LABANDEIRA



ESPAÑÓLES EN NORTEAMÉRICA

CUATRO DRAMAS

Acoma: Españoles entre mitos y traiciones

El otro informe del fuerte de San Diego

Un marino español espera en Nutka

Todos, todos vienen hacia San Antonio

AMANCIO LABANDEIRA



Cubierta: “Vista del interior de la casa de Macuina”.

Diario de Bodega y Quadra, 1792.

Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid).

Dirección editorial: Agustín Izquierdo

Gestión administrativa: Servicio de Publicaciones de la Consejería
de Educación y Cultura

Maquetación y Preimpresión: Ilustración 10

Esta versión digital de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

www.madrid.org/edupubli

edupubli@madrid.org

© Amancio Labandeira

© De esta edición

Comunidad de Madrid

Consejería de Educación y Cultura

Secretaría General Técnica, 1998

Tirada: 1500 ejemplares

Coste Unitario: 749 pesetas

Edición: 3/98

Depósito legal: M-13659-1998

I.S.B.N.: 84-451-1432-8

Imprime: Imprenta de la Comunidad de Madrid

Presentación

LA FRONTERA septentrional del Virreinato de Nueva España fue el espacio por el cual continuamente se extendió el imperio español de América durante los siglos XVII y XVIII, y a Juan de Oñate corresponde el honor de ser el primer conquistador que se asentó con carácter permanente en el territorio que hoy constituye el Suroeste de los Estados Unidos de América.

Corría el año 1598, cuando Oñate pisaba por vez primera las tierras situadas al norte del Río Grande y, tras una corta pero sangrienta guerra, vencía a los indígenas, tomando al asalto la ciudad de Acoma y fundando la provincia de la Nueva México.

Muy alejada de los centros neurálgicos del dominio español, la frontera novomexicana era de carácter fundamentalmente misionero, hasta que la gran rebelión de los indios pueblos de 1680 obligó a todos los habitantes hispanos de la provincia a retirarse hasta las orillas del Río Grande para refugiarse en El Paso.

Esta gran catástrofe en el proceso colonizador del Norte iba a propiciar entre los refugiados el interés por las tierras del Nordeste. Los indígenas que visitaban El Paso ensalzaban insistentemente las bondades de las tierras de Texas, hasta tal punto que ya en 1684 se despachó una expedición al mando de Juan Rodríguez de Mendoza para que indagase qué había de cierto en estas noticias. Al mismo tiempo, comenzaban a circular rumores –cuya verdad se sustanció después– de que los franceses se estaban estableciendo en aquellos parajes, por lo que entre 1686 y 1690 Alonso de León realizaría cinco exploraciones del territorio, dando lugar a una serie de disposiciones conducentes a la colonización definitiva de la provincia de Texas, cuya capital sería San Antonio de Béjar.

Mientras tanto, la frontera noroccidental también se dilataba lentamente entre grandes dificultades. A partir de fines del siglo XVII se pudo acometer la ocupación de la Baja California, mientras que los jesuitas Eusebio Francisco Kino y Juan de Ugarte realizaban exploracio-

nes para despejar las incógnitas geográficas en torno a los ríos Gila y Colorado, y el fondo del golfo californico.

Después de la expulsión de los jesuitas de los dominios españoles en 1767, su labor misionera en las fronteras septentrionales fue continuada por otras órdenes religiosas. A los franciscanos, bajo la dirección de fray Junípero Serra, les correspondió la evangelización de la Alta California, donde se fundó un rosario de misiones a lo largo de la costa desde San Diego hasta San Francisco, mientras que una serie de expediciones marítimas ampliaba los conocimientos geográficos, extendiendo el alcance de la soberanía española hasta las quebradas costas de la actual Alaska e islas Aleutianas.

Las obras recogidas en este volumen, situando su acción en estas tierras americanas de frontera, cuentan los hechos de unos hombres que construían un imperio de acuerdo con los ideales de su época. Su autor, Amancio Labandeira, gran investigador y profesor complutense, nos demuestra, con esta entrada en un difícil género literario tan complejo, cómo se puede aunar la buena literatura con la rememoración de un pasado glorioso. Sea enhorabuena.

GUSTAVO VILLAPALOS SALAS
Consejero de Educación y Cultura

Introducción

DESDE LOS TRÁGICOS griegos, para quienes los héroes míticos tuvieron una enorme trascendencia, hasta algunos de los más importantes autores de este siglo, el pasado ha constituido una fuente inagotable de inspiración literaria.

Los insignes dramaturgos españoles del siglo XVII, capaces de transformar en materia teatral todo lo que caía en sus manos, se sirvieron de la historia nacional y extranjera, sin importarles los anacronismos y las falsificaciones del carácter de sus personajes o de los rasgos diferenciadores de un pueblo, para reflejar muchas de las inquietudes y la sensibilidad de sus contemporáneos, y para afianzar y difundir conceptos e ideas sociales, políticas y religiosas que les convenían. Por su parte, Shakespeare encontraría en la antigüedad clásica una forma de esquivar las suspicacias que despertaban entre los censores sus críticas de la actualidad inglesa de su época.

Después de las fantasías de los escritores románticos, los dramaturgos más recientes se han adentrado en el pasado para mitificarlo, idealizarlo, denigrarlo o esperpentizarlo, y para reflexionar sobre problemas humanos eternos. Si los representantes del teatro en verso del primer tercio de este siglo convirtieron en modelos de conducta a héroes pretéritos o los aprovecharon, con las excepciones consabidas —especialmente Valle Inclán y García Lorca—, para difundir lecciones de moral cristiana y de patriotismo, otros muchos posteriores —Buero Vallejo, Alfonso Sastre y José Martín Recuerda—, se han aprovechado de acontecimientos de otras épocas para una reflexión sobre los males del presente. Tampoco han faltado, como hizo Joaquín Calvo Sotelo en *El proceso del arzobispo Carranza*, las impecables reconstrucciones históricas.

El profesor Amancio Labandeira ya tiene publicados (en edición bilingüe española e inglesa) tres dramas históricos: *Una espada española en Florida*, *La cuestión de Nueva Orleans* y *De San Diego a Monterrey*. Como aquellos tres, los cuatro nuevos dramas que aquí se editan

—*Acoma: españoles entre mitos y traiciones, Un marino español espera en Nutka, El otro informe del fuerte de San Diego y Todos, todos vienen hacia San Antonio*— se dedican a la reconstrucción de acontecimientos históricos relativos a la conquista de Norteamérica, que son poco conocidos en España, ya que para muchos historiadores las identidades y soberanías nacionales actuales tienden a condicionar las nociones de identidades y soberanías pasadas. Por ello los significativos temas de estas obras invitan al lector a adentrarse en una visión geográfica e histórica poco convencional.

En todos estos dramas, el autor ha llevado a cabo una rigurosa y exhaustiva labor de documentación que nos recrea con todo lujo de detalles el mundo en que se movieron sus personajes. Labandeira no expone los hechos de una forma fría y despersonalizada, sino con la viveza, la complejidad y el dramatismo que debieron de tener en su momento. Lejos de maniqueísmos, simplificaciones y didactismos enojosos, en cada una de estas obras se profundiza en los complejos móviles por los que obraban unos personajes a los que el destino otorgó un papel de protagonistas. Esto no impide que, junto a la objetividad y al deseo de que cada personaje se exprese libremente, Labandeira tome partido, de forma indirecta, ante algunas de las teorías que se esgrimen, o que exprese sus puntos de vista y ponga mayor énfasis ante ciertos hechos más sorprendentes o difíciles de entender para una mente del siglo XX. Su espíritu crítico se hace notablemente acerado en la descripción de las crueldades que, en *Acoma*, lleva a cabo Juan de Oñate con los indios y con sus subordinados, o en el trágico simbolismo que producen los contrastes, al final de cada acto, entre el mensaje evangélico de paz y de caridad que sale de las bocas de los torturadores y las acciones que se desarrollan en ese momento (la salida de la tropa hacia *Acoma*, el ajusticiamiento de indios y el estrangulamiento del capitán Aguilar).

En cada una de las obras que comentamos se mantiene la unidad de lugar. A pesar de esto, la fuerza y la plasticidad de los diálogos hacen posible que los acontecimientos que ocurren fuera de escena revivan ante nosotros con todo su dramatismo y con la misma intensidad que si los viéramos. Aunque los ejemplos podrían multiplicarse, el relato que se hace en *Acoma* de la destrucción de la ciudad, con las inmolaciones de los niños, nada tiene que envidiar a muchas escenas, de parecido contenido, de la *Numancia* de Cervantes.

Labandeira también reduce notablemente el tiempo de la acción (extendiéndose sólo en el caso de la historia de *Acoma*, cuya acción dura dos años). Esto le permite centrar cada obra en un momento de máxima tensión dramática. Su instinto literario se revela también en

la eficacia teatral con que cierra cada uno de sus actos; especialmente notable en los finales de los actos de *San Antonio*, estableciéndose un paralelismo, equivalente a un acorde musical, con la amenaza de una invasión de los perseguidores y los perseguidos.

Esto, sin embargo, no le impide retomar los antecedentes de lo que relata e ilustrarnos sabiamente sobre lo que ocurre entre un acto y otro. Véase, por ejemplo, la forma en que hace revivir ante nosotros los preparativos para el ataque a Acoma, la magistral fragmentación de los informes que se ofrecen sobre la historia de Nutka, el relato que hace Villagrá de lo ocurrido durante el viaje hacia la ciudad de México, o cómo, en *San Antonio*, se nos pone al tanto de las actividades revolucionarias de José Mariano Jiménez, General de las Américas y mano derecha de Hidalgo.

Desde un espacio y un tiempo tan reducidos, el lector se va recreando en importantes episodios de la conquista y colonización del Nuevo Mundo, y poco a poco se familiariza con actitudes muy diversas sobre la irrupción europea en aquellas tierras. En un maravilloso equilibrio dialéctico, el autor nos va desgranando las diferentes perspectivas personales y profesionales de virreyes, conquistadores y religiosos españoles, y, a la vez que inserta argumentos de eminentes filósofos y teólogos de la época, nos resalta los intereses de ingleses, rusos, portugueses, y estadounidenses, y, con mayor relevancia si cabe, la capacidad de intriga y maniobra de los indígenas.

Un importante espacio lo ocupan los mitos y leyendas que impulsaron a los españoles a quiméricas empresas: las Amazonas, las Siete Ciudades de Cíbola y, en especial, el reino de Quivira y el supuesto estrecho de Anián que debía unir el Pacífico con el Atlántico.

A la amenidad y a la inmediatez de lo que se relata contribuyen poderosamente diversos aspectos de la vida cotidiana que apoyan la narración —las relaciones humanas entre conquistadores e indios, entre hombres y mujeres, entre jefes y subalternos, entre laicos y religiosos—, y la acertada caracterización de numerosos personajes secundarios, como fray Pedro de Vergara, Doña Eufemia, Doña Guadalupe y Yukua, entre otros muchos.

La precisión histórica está presente no sólo en los diálogos sino en las acotaciones. Sirva de ejemplo ésta del primer acto de *Nutka*:

En el telón de foro, entre el armero y el primer ventanal, se ha colgado un crucifijo, debajo del cual están colocados en posiciones simétricas un astrolabio antiguo de M. Coignet, un sextante de Baleato, un termómetro, un barómetro, una aguja náutica de pared, un semicírculo graduado, un reloj de longi-

tudes Arnold y un cronómetro marino de la misma marca. Más abajo, y sobre el armario, hay un compás de proporciones, una bocina de mano, un cuadrante de altura, un estuche de compases, un cronómetro marino Ferdinand Berthoud, un antejo, un globo terráqueo de faltriquera Cary's y una esfera armilar.

En *Julio César*, Shakespeare, adelantándose a unos problemas que Pirandello abordará mucho tiempo después, hace reflexionar a Casio sobre su pervivencia en épocas futuras a través de la creación literaria: "¿Dentro de cuántos siglos se seguirá reviviendo esta nuestra escena sublime, en estados que aún no han nacido, y con lenguas aún desconocidas?". A lo que añade Bruto: "¿Cuántas veces sangrará César en ficción, el que ahora yace a lo largo del pedestal de Pompeyo, sin valer más que el polvo?"

La gran virtud de estas obras estriba en que su autor ha fijado de forma dramática insuperable unos hechos relevantes de nuestra historia. Otros autores podrán volver sobre ellos, pero ninguno podrá superar ni la precisión histórica ni la fuerza dramática de la visión que ha creado para nosotros Amancio Labandeira.

ARTURO RAMONEDA

ESPAÑÓLES EN NORTEAMÉRICA

CUATRO DRAMAS

*A don Pedro Sainz Rodríguez
y a doña Consuelo Gil Roësset,
que en paz descansen, con mi
gratitud y recuerdo*

Acoma: Españoles entre mitos y traiciones



“Pictografía indígena de una expedición española”.
Cañón del Muerto, Arizona. (Detalle).

PERSONAJES
por orden de aparición

JUAN DE OÑATE: Gobernador y Capitán General de las Provincias de Nuevo México (49 años).

FRAY PEDRO DE VERGARA: Franciscano lego (26 años).

MARCOS FARFÁN DE LOS GODOS: Capitán de la Guardia de Juan de Oñate (40 años).

DOÑA EUFEMIA: Despensera Mayor (43 años).

FRAY ALONSO MARTÍNEZ: Padre Comisario de la Orden de San Francisco en Nuevo México (53 años).

PABLO DE AGUILAR: Capitán de Infantería (38 años).

GASPAR PÉREZ DE VILLAGRÁ: Capitán de Caballos y Procurador General de la expedición a Nuevo México (41 años).

VICENTE DE ZALDÍVAR: Sargento Mayor (25 años).

ACTO PRIMERO

Escenario:

(Izquierda y derecha las del espectador.)

Estamos en el despacho-capilla de don Juan de Oñate, gobernador de Nuevo México. En el muro de adobes del fondo hay colgada una cruz de casi dos metros de longitud, a cuyo pie se extiende una repisa donde están colocadas seis lámparas de carburo, y debajo de ella se encuentra una gran chimenea en la que arden gruesos troncos de álamo. En la pared de la izquierda está la puerta de entrada, que se abre y cierra únicamente con una cortina corredera de piel de búfalo, y sobre ella hay una pequeña ventana de cristal de mica. En el tabique de la derecha hay otra puerta igual a la anterior, a la izquierda de la cual se ha clavado un perchero.

En la parte de arriba-derecha del escenario hay dos banderas y un estandarte real con basa; y muy cerca de la puerta de la derecha se han colocado un sillón y una gran mesa, sobre la que se amontonan mapas, planos, compases, fustas, una cruz de la que cuelga un gran rosario, y una maqueta de la ciudad de Acoma.

La entrada y salida de los personajes se hará siempre por la izquierda, salvo cuando se indique lo contrario.)

* * *

Fecha: 12 de enero de 1599.

Lugar: San Juan de los Caballeros (Provincia de Nuevo México).

Hora: Falta casi media hora para las diez de la mañana.)

* * *

(Casi simultáneamente al alzarse el telón entran en escena dos personajes.)

OÑATE.—(*Entrando seguido del padre Vergara.*) Compréndalo, Padre Vergara; en estos tristes momentos mi obligación es enviar una expedición de castigo contra la ciudad de Acoma. (*Depositando el almete y su gruesa capa de búfalo sobre el sillón.*)

PADRE VERGARA.—Pero, don Juan, lo que yo le pido es calma. Una persona sabia como usted debe analizar la...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole y cogiendo el gran rosario que cuelga de la cruz.*) Padre Vergara, usted lo que pretende es que permanezca impasible ante los asesinatos de Acoma, y eso es algo que no puedo hacer.

PADRE VERGARA.—(*Con rapidez.*) No, no pretendo eso, don Juan. Lo que deseo es repetirle a usted, con toda la corrección posible, que estamos aquí, en Nuevo México, para hacer oír el mensaje de Cristo; y no creo que la determinación de castigar a la ciudad de Acoma sea conveniente para...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole y en tono conciliador.*) Usted sabe, mi querido padre Vergara, que hacer difundir el Evangelio entre estos infieles, es una de mis principales preocupaciones.

PADRE VERGARA.—(*Con humildad.*) Cierto, don Juan, lo sé y lo sabemos todos. (*Pausa.*) Todos agradecemos sus desvelos y alabamos las facilidades que usted nos proporciona en nuestro trabajo misionero. (*Pausa.*) Y es precisamente, por estas facilidades que hemos tenido hasta ahora, por lo que me permito señalarle que un ataque a la ciudad de Acoma nos traería muchos más problemas que beneficios; y sobre todo la labor misionera quedaría sumamente...

OÑATE.—(*Con suavidad.*) Padre, no insista. (*Pausa.*) Y entienda que para que ustedes puedan cumplir con su misión, es necesario que la rebelión de Acoma sea sofocada sin pérdida de tiempo; y váyase usted haciendo a la idea de que, tal como están las cosas, sólo con la total pacificación y colonización de estas tierras de Nuevo México, será posible llevar a cabo una completa evangelización.

PADRE VERGARA.—No creo que sea necesario...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole.*) Padre, estoy en lo cierto. (*Pausa.*) Y no me haga recordarle la triste suerte que corrieron los misioneros de la expedición de Chamuscado.

PADRE VERGARA.—(*Bajando la cabeza y con humildad.*) Don Juan, ellos murieron en el cumplimiento de su deber, y su martirio es un modelo que debemos seguir quienes...

OÑATE.—(*Con rapidez.*) Pero padre, entérese de una vez, la Corona no quiere mártires; lo que quiere la Corona son resultados concretos, y mi problema es que esos resultados concretos debo proporcionárselos yo.

PADRE VERGARA.—(*Con humildad.*) El rey Felipe quedaría totalmente satisfecho si se cristianizase a estos...

OÑATE.—(*Con rapidez.*) Mire usted, padre; el rey Felipe quedaría satisfecho si pacificásemos y colonizásemos estas tierras de Nuevo México en un período de tiempo prudente; y se sentiría totalmente feliz si además descubriésemos el paso marítimo que comunica el Pacífico con el Atlántico.

PADRE VERGARA.—(*Sorprendido.*) ¿Un paso hacia el Atlántico? ¿Para qué sirve entonces la ruta de Magallanes?

OÑATE.—(*Con calma.*) La ruta de Magallanes, mi joven amigo, no satisface a la Corona porque exige muchos días de navegación y además es sumamente peligrosa. (*Pausa.*) ¿A qué cree que fueron los tres navíos del general Vizcaíno? (*Pausa.*) Pues, sencillamente, a buscar el paso del Norte que nos comunique con el Atlántico.

PADRE VERGARA.—(*Bajando la voz.*) Don Juan, nos estamos desviando del tema...

OÑATE.—(*Con calma.*) No, no me estoy desviando del tema, padre. Le estoy queriendo decir que en El Escorial no quieren heroicidades por parte de sus misioneros, y que lo que el Rey desea es anexionarse estas tierras y, sobre todo, descubrir el tan traído y llevado paso.

PADRE VERGARA.—(*Con tono preocupado.*) Yo, don Juan, no digo que no sea importante descubrir ese...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole y elevando la voz.*) ¿Importante? (*Pausa.*) El hallazgo de esa vía marítima es algo totalmente imprescindible. En España están muy preocupados por lo que pudiera haber descubierto Drake en las costas de California.

PADRE VERGARA.—(*Sorprendido.*) ¿Drake? (*Pausa.*) Por favor, don Juan, usted sabe que la subida de Drake hasta los 42^o no ha sido totalmente confirmada; y en cuanto a que hubiese podido descubrir una comunicación con el Atlántico...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole.*) En eso estoy de acuerdo; pero también es verdad que la sola posibilidad de que eso fuese cierto es lo que hizo que el Virrey autorizase las pequeñas expediciones a estas tierras de Chamuscado y Espejo...

PADRE VERGARA.—(*Con rapidez.*) Con cierta precipitación por parte del Virrey...

OÑATE.—(*Con extrañeza.*) ¿Precipitación? No, no; las más elementales precauciones imponían en esos momentos una detenida inspección...

PADRE VERGARA.—(*Conciliador.*) Digo precipitación, porque se obró en detrimento de la Real Orden de 1573, en la que se autorizaba la entrada en Nuevo México solamente a los religiosos...

OÑATE.—(*Con firmeza.*) No, no hubo ningún abuso por parte del Virrey; porque las dos entradas tenían un marcado carácter pastoral, y los pocos soldados que fueron constituían tan sólo una escolta de seguridad personal para los misioneros.

PADRE VERGARA.—(*Algo nervioso.*) No obstante, don Juan, quedó claro que el Virrey actuó por su propia cuenta.

OÑATE.—(*Sentencioso.*) Eso es cierto; pero actuó por propia iniciativa sabiendo que eso era lo que convenía a la Corona. Como lo demuestra el que un año después de la salida de Espejo, es decir en 1583, el Rey firmase la cédula encargando al Virrey la colonización y anexión del territorio del río del Norte.

PADRE VERGARA.—(*Bajando la voz.*) Don Juan, usted sabe que el Rey firmó la cédula a instancias del Virrey; y ese fue el principio de lo que estamos padeciendo ahora...

OÑATE.—(*Con calma.*) No, padre, no; lo que estamos padeciendo en estos momentos son las consecuencias lógicas de una anexión.

PADRE VERGARA.—(*Con rapidez.*) Que debía haber sido pacífica...

OÑATE.—Eso es lo deseable, padre; pero, por desgracia, en empresas como ésta se termina por hacer uso de las armas, y cuando éstas aparecen las desgracias llueven. (*Pausa.*) Lo que no hay que perder nunca de vista es el sentido de la realidad, y la realidad nos dice, como usted muy bien sabe, que los ingleses apresaron en 1587 el barco en el que iba un amigo nuestro: el padre Diego Márquez; y usted sabe también que lo trasladaron a Londres, donde el pobre franciscano fue interrogado personalmente por la propia reina Isabel, sobre todo lo que supiese de las tierras al norte de México.

PADRE VERGARA.—Poco pudo contarles el padre Márquez...

OÑATE.—(*Alzando la voz.*) Eso es lo de menos; porque bien claro quedó, cuando le recibió el rey Felipe en El Escorial, que no sabía absolutamente nada. Pero en este caso lo fundamental es saber por qué los ingleses se interesan tan desmedidamente por esta región de la cual nosotros mismos no sabemos mucho.

PADRE VERGARA.—Yo diría que ya tenemos una idea bastante aproximada...

OÑATE.—(*Con aplomo.*) Las ideas "bastante aproximadas" no valen, padre; ya que en alguna parte de estas tierras se encuentran el estrecho de Anián y el reino de Quivira. (*Pausa.*) Cuando descubra el paso que nos comunica con el Atlántico y palpe las altas murallas de Quivira podré decir que tengo una idea "bastante aproximada" del territorio de Nuevo México.

PADRE VERGARA.—¿Y si no existiesen? (*Pausa.*) ¿Y si todo fuese mentira, como lo fueron las Siete Ciudades de Cibola?

OÑATE.—(*Con calma.*) Las cosas son distintas, padre. Lo de las Siete Ciudades de Cibola era un mito; pero sobre estos dos lugares tengo documentación de cierta solvencia.

PADRE VERGARA.—Eso es lo que se dice siempre, don Juan. Pues aquí, en esta misma región que pisamos ahora, debían estar las tan renombradas Siete Ciudades, y ya ve usted que...

OÑATE.—(*Con mucha calma.*) No, padre, no. En este caso la cuestión es totalmente distinta.

PADRE VERGARA.—(*Con estudiada curiosidad.*) ¿Se puede saber por qué, don Juan?

OÑATE.—(*Alzando la voz.*) Pues, sencillamente, porque todos sabemos que aquí no están las famosas Siete Ciudades y sin embargo hemos visto a personas de prestigio, como Castaño y Leiva, internarse en estas tierras sin permiso alguno y contraviniendo las órdenes del Virrey.

PADRE VERGARA.—¿Quiere usted decir que iban buscando...?

OÑATE.—(*Interrumpiéndole.*) No, padre. Yo no quiero decir nada. (*Pausa.*) Yo lo único que quiero apuntar es que el comportamiento de esos dos personajes hizo que, en México, todos pensásemos en los posibles motivos que tendrían para haber obrado como lo hicieron.

PADRE VERGARA.—Y usted llegó a la conclusión de que...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole y alzando la voz.*) No, padre, no. Yo no llegué a ninguna conclusión. (*Pausa.*) Lo que hice fue documentarme debidamente y tomar muy en cuenta noticias de primera mano que hasta entonces no había considerado seriamente. (*Pausa.*) Después, poco a poco, las preguntas fueron surgiendo según se iban presentando los acontecimientos: ¿por qué después de Castaño y Leiva quisieron entrar desesperadamente en esta pobre región personas del relieve de Díaz de Vargas, Gallegos, Urdiñola y Lomas?; ¿por qué a mí, a quien se había concedido la entrada en 1595, se me negaba un año más tarde, sólo porque Pedro Ponce de León, señor de la villa de Bailén, decía que podía acometer esta empresa en condiciones más favorables a la Corona que las mías?; ¿por qué finalmente se me concedió la entrada a mí?; y, en resumen, ¿por qué tantos prohombres de México y España tienen tanto interés en tomar posesión de unas tierras aparentemente tan miserables? (*Pausa.*) La respuesta no la sé, padre. La averiguaré. He venido aquí para eso. (*Pausa, alzando la voz y mirando hacia la puerta de la izquierda.*) ¡Capitán de la Guardia!

FARFÁN.—(*Entrando.*) ¡General!

OÑATE.—¿Alguna noticia de la patrulla, Farfán?

FARFÁN.—¡No, señor; no hay noticias de la patrulla!

OÑATE.—¿Está comulgando la tropa?

FARFÁN.—¡Sí, señor; está comulgando!

OÑATE.—¿Y Salado? ¿Ha comulgado Salado?

FARFÁN.—¡No, señor, no ha comulgado!

OÑATE.—¿Ha insistido el padre Salazar?

FARFÁN.—¡Sí, señor, ha insistido!

OÑATE.—Esta bien, Farfán. (*Pausa.*) Tan pronto como hayan terminado de comulgar que ensillen los caballos y carguen los dos cañones en las mulas.

FARFÁN.—¡Sí, señor!

OÑATE.—Avíseme cuando esté preparada la columna para la revista. Nada más. Puedes retirarte.

FARFÁN.—¡A la orden, general! (*Sale.*)

PADRE VERGARA.—Don Juan, veo que está usted completamente decidido a destruir Acoma.

OÑATE.—(*Alzando la voz y con aplomo.*) Yo, padre, no estoy decidido a destruir Acoma; lo que estoy dispuesto es a exigir la cabeza de los que mataron a mis doce hombres, incluido el Maestre de Campo. No quiero la destrucción de Acoma, quiero la entrega de los traidores que se rebelaron contra el rey de España, después de haber aceptado su vasallaje. (*Pausa.*) A ustedes les pedí consejo y ustedes me dijeron que, en casos como éste, la guerra era justa.

PADRE VERGARA.—(*Conciliador.*) Cierto, don Juan, así lo hicimos saber por escrito; pero el que la guerra sea justa, no quiere decir que sea conveniente.

OÑATE.—En estos momentos con que sea justa me es suficiente. (*Mirando hacia la puerta por donde entra doña Eufemia.*) ¡Mi querida doña Eufemia! (*Yendo hacia ella y besándole la mano.*)

DOÑA EUFEMIA.—(*Haciendo una reverencia.*) Señor de Oñate. (*Pausa.*) Padre Vergara.

OÑATE.—(*Con solicitud.*) Mi querida amiga, ¿en qué puedo servirla?

DOÑA EUFEMIA.—Don Juan, traigo noticias.

OÑATE.—¿Noticias? ¡Dígame, dígame usted!

DOÑA EUFEMIA.—(*Bajando la voz.*) Don Juan, el capitán Aguilar ha vuelto a recibir a la india en su estufa por espacio de dos horas.

OÑATE.—¿Otra vez? (*Pausa.*) ¿Y Sosa?

DOÑA EUFEMIA.—El capitán Sosa también ha recibido a la suya.

PADRE VERGARA.—Don Juan, si usted no dispone otra cosa...

OÑATE.—(*Con solicitud y firmeza al mismo tiempo.*) No, no; por favor, quédese; esto le interesa a usted también. (*A doña Eufemia.*) ¿Y Gasco?

DOÑA EUFEMIA.—Gasco salió de caza, como todos los días, y acaba de volver con sus criados.

OÑATE.—¿Está usted segura de que Gasco salió exclusivamente a cazar?

DOÑA EUFEMIA.—(*Con firmeza.*) Sí, completamente segura, don Juan. Mi sobrina le ha seguido hoy un largo trecho y asegura que no ha tenido ningún encuentro sospechoso.

OÑATE.—¡Muy bien, mi querida amiga! Pero recuerde que no quiero que se expongan ustedes en exceso.

DOÑA EUFEMIA.—No se preocupe usted, don Juan. Todo lo hacemos con el mayor sigilo.

OÑATE.—Ya lo sé, ya lo sé; pero prométame que no...

DOÑA EUFEMIA.—(*Interrumpiéndole.*) Prometido, don Juan, prometido. (*Pausa.*) Pero traigo más noticias.

OÑATE.—¿Más noticias ..?

DOÑA EUFEMIA.—(*Alzando la voz.*) Acabamos de localizar a los niños indios, don Juan.

OÑATE.—¿A los niños? ¡Por fin! ¿Dónde estaban?

DOÑA EUFEMIA.—¡Sí, a los niños! Estaban escondidos en una cueva al norte del pueblo.

OÑATE.—¿Y cómo los ha localizado?

DOÑA EUFEMIA.—Pues me enteré porque una madre vino a pedirme ayuda para su hijo enfermo, y me encontré con cuarenta y siete niños rodeados de excrementos por todas partes. (*Pausa.*) En estos momentos están siendo devueltos a sus familiares, con la orden de que diariamente vengán a presentármelos.

OÑATE.—Perfecto. ¿Se han registrado las estufas cercanas en busca de los ancianos?

DOÑA EUFEMIA.—Sí, don Juan, pero en las cuevas cercanas no había nada.

OÑATE.—Muy bien, doña Eufemia, muy bien. No necesito decirle lo importante que es este hallazgo para nosotros...

DOÑA EUFEMIA.—Lo comprendo perfectamente, don Juan. Este descubrimiento pondrá fin, sin duda alguna, al complot que debían de estar preparando...

OÑATE.—(*Con rapidez.*) En efecto, doña Eufemia; pero no hay que fiarse. (*Pausa.*) Antes sabían que estábamos alerta porque no veíamos niños ni ancianos, y ahora pueden pensar que nos vamos a confiar demasiado. (*Al padre Vergara.*) Ya ve padre que los indios no son tan pacíficos como usted piensa.

PADRE VERGARA.—(*Sentencioso.*) No pueden ser pacíficos cuando se les está tratando de la forma que se está haciendo.

OÑATE.—(*Con calma.*) No le comprendo a usted, padre. Usted sabe que se les está tratando con toda la corrección posible.

PADRE VERGARA.—(*Con tristeza.*) ¿Corrección? (*Pausa.*) Don Juan, ¿es corrección violar a las mujeres?

OÑATE.—(*Sorprendido.*) Los soldados que realizaron esos actos fueron castigados; y usted me pidió clemencia para ellos cuando les iba a ahorcar.

PADRE VERGARA.—(*Con calma contenida.*) Sí, don Juan; le pedí clemencia para ellos, es cierto; pero también le pedí a usted que pusiese los medios para evitar que esas cosas sucediesen; y estoy viendo que vuelven a repetirse...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole y alzando la voz.*) Y usted está viendo que estoy haciendo investigaciones para poner remedio a esta situación. (*A doña Eufemia.*) Siga, siga usted, querida amiga, con su inspección diaria, cueva a cueva, buscando a los ancianos, y llévese usted cuatro hombres, para que vean todos los indios de San Juan que estamos atentos a cualquier movimiento sospechoso.

DOÑA EUFEMIA.—(*En voz baja.*) Don Juan, debo decirle que también me preocupa mucho la actitud de las indias...

OÑATE.—(*Interrumpiéndola.*) ¿Siguen en su escalada afectuosa hacia los nuestros?

DOÑA EUFEMIA.—(*Con excitación.*) Sí, sí; ya no sólo no rehuyen las miradas de nuestros hombres, sino que se hacen las contradanzas...

OÑATE.—(*Muy serio.*) Esto es realmente alarmante, porque desde hace una semana no paran de molestarlos...

DOÑA EUFEMIA.—(*Interrumpiéndole.*) Y hoy, a pesar de la nevada, no dejan de ir de un lado para otro. (*Pausa.*) Incluso hay una docena viendo como comulga la tropa que va a partir hacia Acoma.

OÑATE.—(*Asintiendo con la cabeza.*) Ya, ya; éste es otro claro indicio de que se están precipitando los acontecimientos. (*Pausa.*) Doña Eufemia, ¿cuántas de nuestras mujeres están en condiciones de empuñar un arcabuz si somos atacados, cuando salga la columna hacia Acoma?

DOÑA EUFEMIA.—Aproximadamente unas cuarenta; teniendo en cuenta que algunas están indispuestas y que habría que dejar a tres o cuatro para cuidar a nuestros niños y enfermos.

OÑATE.—Está bien. ¿Ha comunicado todo esto a su esposo?

DOÑA EUFEMIA.—Sí, don Juan, mi esposo está enterado de todo.

OÑATE.—Muy bien. Entonces, mi querida amiga, vaya y dígame a su esposo que tan pronto como vea salir la columna hacia Acoma, cese en la vigilancia de las afueras del pueblo y forme el escuadrón con piqueros en la plaza, poniendo las mangas de mosqueteros en las cuatro entradas. (*Pausa.*) Y usted tráigame aquí dentro de una hora a esas cuarenta señoras con sus arcabuces, para que decidamos la manera en que mejor nos puedan cubrir las espaldas a los que estemos situados en la plaza.

DOÑA EUFEMIA.—¿Alguna cosa más, don Juan?

OÑATE.—Ninguna, doña Eufemia. Muchas gracias por todo. (*Le besa la mano.*)

DOÑA EUFEMIA.—(*Haciendo una reverencia.*) Señor de Oñate. (*Pausa.*) Padre Vergara. (*Sale.*)

OÑATE.—Ya lo ve, padre Vergara. La situación es tan delicada que tengo que valerme hasta de las mujeres...

PADRE VERGARA.—(*Con suficiencia.*) Creo, don Juan, que doña Eufemia haría mejor estando en su casa y cuidando de las cosas del Alférez Real, su esposo, y de sus hijos.

OÑATE.—(*Con rudeza.*) Ya veo que está usted decidido a no quererlo entender, padre; pero la cuestión es así de simple: una columna tiene que salir hacia Acoma, y los dos centenares de hombres y mujeres que nos quedamos en San Juan deberemos hacer frente a una casi segura sublevación de los indios, tan pronto haya salido la tropa.

PADRE VERGARA.—(*Muy nervioso.*) La tropa no tiene por qué salir hacia...

OÑATE.—(*Tajante.*) ¡La tropa saldrá a las diez en punto!

PADRE VERGARA.—(*Bajando la cabeza.*) Si es ésa su última palabra...

OÑATE.—(*Con irritación.*) Es mi última palabra y las explicaciones sobran...

PADRE VERGARA.—(*Temblándole la voz.*) Si es ésa su última palabra; le pido permiso para ir también...

OÑATE.—(*Interumpiéndole y con firmeza.*) No es necesario que vaya usted, ya va el Padre Comisario y...

PADRE COMISARIO.—(*Entrando.*) En efecto, padre Vergara, no es necesario que venga usted.

PADRE VERGARA.—(*Con humildad.*) Iré, si usted me lo permite, Padre Comisario.

PADRE COMISARIO.—Tenga en cuenta que esto es...

PADRE VERGARA.—(*Con rapidez.*) Es la guerra; ya lo sé, y por eso creo que debo estar con mis hermanos en los momentos difíciles.

PADRE COMISARIO.—Está bien; dispóngase a salir dentro de unos momentos.

PADRE VERGARA.—(*Con marcada humildad.*) Muchas gracias, padre. (*Pausa.*) Gracias, don Juan. (*Sale.*)

PADRE COMISARIO.—Sigue discutiendo como siempre, ¿no?

OÑATE.—Sí, sigue discutiéndolo todo.

PADRE COMISARIO.—Es la sangre joven, general.

OÑATE.—Me cansan los jóvenes, cuando creen que los demás hemos nacido viejos y nunca aceptan el consejo de la experiencia. (*Pausa y mostrando el rosario.*) Yo, como usted sabe, no soy hombre de armas, pero en estos momentos creo que obro con toda la lógica de que soy capaz.

PADRE COMISARIO.—Cierto, general. Las circunstancias mandan y usted está en el único camino que se debe seguir.

OÑATE.—Aún en estos momentos, padre, cuando la expedición contra Acoma es totalmente necesaria, me pregunto si es justo que los cristianos hagamos la guerra.

PADRE COMISARIO.—Justo sí que lo es, general.

OÑATE.—¿Pero no es intrínsecamente malo hacer la guerra?

PADRE COMISARIO.—Esa es, según San Agustín, una sentencia maniquea.

OÑATE.—¿Maniquea?

PADRE COMISARIO.—Sí, maniquea. San Agustín aprueba la guerra, porque, según él, sucederían aún mayores inconvenientes si nunca fuese permitida.

OÑATE.—¿Es maniqueo Erasmo? ¿No dice, en su *Príncipe cristiano*, que no es lícito hacer la guerra a los cristianos después de que Cristo mandase envainar la espada?

PADRE COMISARIO.—Erasmo, general, comulgaba con muchas ideas de Lutero; y, como usted sabe muy bien, Lutero negó que los cristianos pudiesen lícitamente empuñar las armas contra el enemigo, apoyándose en pasajes de la *Escritura* maliciosamente interpretados.

OÑATE.—¿Pero no dijo el Señor a David: "Tú no edificarás casa a mi nombre, porque eres hombre de guerra y has derramado mucha sangre"?

PADRE COMISARIO.—General, esas palabras fueron pronunciadas a causa del injusto homicidio de Urías y para significar con ellas que se debe tener más respeto en el templo de Dios.

OÑATE.—¿Y cuando dijo el Señor a San Pedro: "Mete tu espada en la vaina"?

PADRE COMISARIO.—(*Con suficiencia.*) Mire usted, general, en ese pasaje Cristo habla de aquellos hombres que pretenden echar mano a la espada por iniciativa propia, especialmente si lo intentan contra la voluntad de su soberano. (*Pausa.*) Pero de esto ya hemos hablado otras veces, y siempre acabamos en el...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole.*) Sí, sí; siempre acabamos en el *Deuteronomio*, donde se dan a conocer las condiciones de la guerra justa.

PADRE COMISARIO.—(*Sentencioso.*) Exactamente, general; y perdone que insista y que le diga que la guerra no es contraria a una paz honesta, sino a una paz mezquina, ya que es el medio mejor para obtener una paz duradera. (*Pausa.*) Y tampoco se opone al amor hacia los enemigos; porque no odia a las personas el que hace lícitamente la guerra, sino las acciones que justamente castiga por medio de las armas. (*Pausa.*) Esto que le acabo de señalar consta, como ya sabe, por escrito en el informe que usted me pidió sobre la justificación de la guerra justa, y que firmamos yo y cinco de mis compañeros.

OÑATE.—(*Con estudiada humildad.*) Lo sé, padre, lo sé. También sé que el *Decreto* dice que se debe luchar contra un pueblo que omitió el castigar lo que injustamente hicieron sus súbditos. (*Pausa.*) Pero una cosa es lo que está escrito y otra muy distinta es empuñar las armas.

PADRE COMISARIO.—(*Con aplomo.*) El *Decreto* y todos los códigos que se conocen, general. Todos, absolutamente todos los códigos, conceden que es lícito repeler la fuerza con el uso de la fuerza, y la razón consiste en que es natural y necesario el derecho a la defensa propia.

FARFÁN.—(*Entrando.*) Perdón, general; la patrulla está a la vista.

OÑATE.—¿Llega completa?

FARFÁN.—Sí, general; pero dos hombres vienen sin montura.

OÑATE.—Está bien, Farfán; avísame tan pronto como hayan llegado y comunica al capitán Aguilar que se presente aquí inmediatamente.

FARFÁN.—¡Sí, señor! (*Sale.*)

OÑATE.—Gracias a Dios que tenemos aquí a la patrulla.

PADRE COMISARIO.—¿Quienes la mandan, general?

OÑATE.—El capitán Marcelo de Espinosa y el alférez Juan de León. Dos personas muy competentes que yo sabía que no me podían fallar. (*Pausa.*) Han debido de tener contratiempos; ya que debían haber llegado ayer por la noche.

PADRE COMISARIO.—Esperemos que no hayan sido graves...

FARFÁN.—(*Entrando.*) Perdón, general; el capitán Aguilar está aquí.

OÑATE.—Que pase, Farfán; y retírate.

FARFÁN.—¡Sí, señor! (*Sale.*)

AGUILAR.—(*Entrando.*) ¡Señor gobernador!

OÑATE.—¡Capitán Aguilar! (*Pausa y alzando la voz.*) Ha desobedecido usted dos veces mis órdenes, y otras dos veces le he perdonado por los ruegos

de sus compañeros y del Padre Comisario, aquí presente. *(Pausa.)* Y ahora ha vuelto usted a incumplir las normas acordadas en el Consejo de Oficiales...

AGUILAR.—*(Con estudiada calma.)* General, no he incumplido ninguna norma del Consejo...

OÑATE.—*(Alzando más la voz.)* ¡Cállese! ¡No diga que no ha incumplido ninguna norma, cuando lleva usted recibiendo a su india tres días consecutivos por espacio de dos horas!

AGUILAR.—*(Con mucha calma.)* No es lo que usted piensa, general; es una viuda que...

OÑATE.—*(Interrumpiéndole.)* ¡Viuda, joven y muy guapa!

AGUILAR.—*(Con calma.)* Cierto, general; pero a mi estufa viene únicamente en busca de protección.

OÑATE.—*(Con extrañeza e irritación.)* ¿Protección? ¿Qué protección?

AGUILAR.—*(Con estudiada humildad.)* Sí, general, viene en busca de protección porque el indio que asesinó a su marido la pretende como mujer, y ella dice que antes de acceder se matará si no la ayudamos.

FARFÁN.—*(Entrando.)* ¡General, la patrulla acaba de llegar!

OÑATE.—*(Dejando el rosario sobre la cruz y tomando del sillón la capa y el almete.)* ¿Están todos bien?

FARFÁN.—¡Sí, general; todos están bien!

OÑATE.—*(Poniéndose el almete y la capa.)* Perdone un momento, padre. *(A Aguilar.)* ¡Usted, espere aquí! *(Sale seguido de Farfán.)*

PADRE COMISARIO.—*(Bajando la voz y en tono confidencial.)* Sigo pensando que hay que aprovechar esta oportunidad...

AGUILAR.—*(Interrumpiéndole con irritación.)* Y yo le vuelvo a repetir que no es el momento oportuno, que no nos podemos precipitar. *(Pausa.)* Ya nos equivocamos dos veces y estuvimos...

PADRE COMISARIO.—(*Interrumpiéndole y con ansiedad.*) Pero ahora no puede haber fallo posible. Tenemos que obrar con rapidez. Los hombres que van a marchar hacia Acoma se levantarán contra Oñate tan pronto les hagamos la menor indicación.

AGUILAR.—(*Con cortante sequedad.*) Le repito a usted que no es el momento oportuno. La situación es tan grave que lo que pueda ocurrir en Acoma nos afectará a todos.

PADRE COMISARIO.—(*Irritándose.*) Y yo sigo pensando que hay que aprovechar esta oportunidad única. La tropa formada ahí fuera está totalmente desengañada. Lo que esos hombres quieren es salir de esta tierra de desencanto.

AGUILAR.—(*Con cortante irritación.*) Mire usted, yo lo que quiero es que este seminarista solucione el problema de Acoma; y cuando lo haya arreglado ya tendré tiempo para cargarle de grilletes y deshacerme de él.

PADRE COMISARIO.—(*Conciliador y muy nervioso.*) ¿Pero no ve usted que este es el momento perfecto para acabar con este visionario? (*Pausa.*) Hay que aprovechar el descontento generalizado de la tropa. Hay que aprovechar el terror que sienten esos setenta hombres que se van a enfrentar con más de tres mil indios.

AGUILAR.—(*Masticando las palabras.*) ¡Basta! He dicho que hay que dejar reposar las cosas para más adelante.

PADRE COMISARIO.—(*Con fingida humildad.*) ¿Pero no ve usted que si todo le sale bien no habrá justificación...?

AGUILAR.—(*Mirándole con desprecio y en tono amenazador.*) ¡He dicho que basta! (*Pausa.*) Si todo le sale bien salvaremos la vida, y si le sale mal la perderemos. (*Pausa.*) En momentos como éste hay que aliarse hasta con el diablo.

OÑATE.—(*Entrando seguido de Farfán, quitándose el almete y la capa, y dejándolos sobre el sillón.*) Farfán, que venga inmediatamente el capitán Villagrá.

FARFÁN.—¡A la orden, general! (*Sale.*)

OÑATE.—(*A Aguilar.*) He decidido que forme usted parte de la columna que va a salir hacia Acoma. (*Pausa.*) Queda usted integrado en el Consejo de Oficiales del Sargento Mayor. (*Pausa.*) Cuando regrese usted sustanciaremos los cargos que haya en contra suya. ¡Retírese!

AGUILAR.—(*Con estudiada humildad.*) ¡A la orden, general! (*Sale.*)

OÑATE.—(*Cogiendo el rosario que cuelga de la cruz.*) La patrulla ha cabalgado durante cuatro días y sólo ha visto nieve y las columnas de humo de los indios comunicándose entre sí.

PADRE COMISARIO.—Esta es una grave complicación...

OÑATE.—Efectivamente; en estos momentos nuestra mejor arma, la rapidez de movimientos, se ve grandemente disminuida.

PADRE COMISARIO.—Quizá debería usted esperar a que dejase de nevar, y así...

OÑATE.—(*Con aplomo y levantando la voz.*) No, padre; eso sería un grave error. No sólo nos están mirando los indios de San Juan, sino todos los de la comarca. (*Pausa.*) Si, después de haberlo anunciado, no saliese hoy la tropa, pensarían que dudamos; y el que duda teme, y ese temor haría que cayesen sobre nosotros los treinta mil indios de la región. (*Pausa.*) Es decir, la catástrofe.

PADRE COMISARIO.—Pero la nieve también les impedirá moverse a ellos...

OÑATE.—(*Sentencioso.*) Sí, padre; pero no impedirá que sus mentes piensen. (*Pausa.*) Si ven el menor atisbo de duda empezarán las rebeliones por doquier. Es mejor atacar ahora que sólo tenemos un enemigo declarado. (*Pausa.*) Padre, lo que tenemos que hacer ahora es tratar de convertir un impedimento en una ventaja; por eso esta nieve nos va a servir para que todos los cabecillas indios de Nuevo México vean que no hay nada en el mundo que nos impida vengar la muerte de los nuestros.

VILLAGRÁ.—(*Entrando seguido de Farfán.*) ¡General! ¡Padre Comisario!

OÑATE.—¡Capitán Villagrá! (*A Farfán.*) ¡Capitán de la Guardia!

FARFÁN.—¡Señor!

OÑATE.—Tan pronto esté la columna dispuesta para la revista, que el Sargento Mayor se presente aquí. ¡Retírate!

FARFÁN.—¡A la orden, general! (*Sale.*)

PADRE COMISARIO.—Señor gobernador, si usted no me necesita voy a poner en orden mis...

OÑATE.—Como usted guste, Padre Comisario; pero disponga que el padre Vergara venga a darme la comunión tan pronto haya despachado con el Sargento Mayor.

PADRE COMISARIO.—Como usted lo ordene, señor gobernador. (*Sale.*)

OÑATE.—(*En tono confidencial y dejando el rosario sobre la cruz.*) Gaspar, he decidido que Aguilar vaya con vosotros y que tú tengas la tarea de vigilarle en todo momento. (*Pausa.*) Le he puesto en el Consejo de Oficiales para que esté más cerca de ti. (*Pausa.*) También va Salado, pero de su vigilancia he encargado a Farfán.

VILLAGRÁ.—Como tú lo ordenes, Juan. (*pausa.*) ¿Y Sosa?

OÑATE.—Sosa y Gasco se quedarán aquí según acordamos. A esos dos quiero vigilarlos yo personalmente.

VILLAGRÁ.—¿Estás seguro de poder...?

OÑATE.—(*Interrumpiéndole y en tono amenazador.*) No, no lo estoy, Gaspar; pero esta vez al primer movimiento sospechoso que hagan les cortaré el cuello, y clavaré sus cabezas en dos picas a la entrada de esta capilla.

VILLAGRÁ.—Yo haré lo mismo con Aguilar. Estate tranquilo.

OÑATE.—Lo estoy. (*Pausa.*) Y antes que nada quiero decirte a ti que veles por el Sargento Mayor; que tengas en cuenta que no quiero heroicidades ni arrebatos temerarios en la acción que vais a emprender. Que lo que quiero es sentido común y resultados prácticos.

VILLAGRÁ.—Así se hará, Juan.

OÑATE.—Eso espero. (*Pausa.*) Porque la derrota que sufrió el Maestre de Campo en Acoma sería un pálido ejemplo de lo que ocurriría aquí si vuestra misión fracasa.

VILLAGRÁ.—No puede fracasar, Juan.

OÑATE.—Si fracasáis; nosotros duraremos el tiempo en que tarde la noticia en llegar hasta aquí.

VILLAGRÁ.—Todos somos conscientes de eso, Juan. (*Pausa.*) Todos sabemos que un pequeño tropiezo en estas circunstancias significaría el desastre total.

OÑATE.—Gaspar, ten en cuenta que hemos podido asimilar esas doce muertes, porque estos bárbaros nos creen poco menos que invencibles, y aún no piensan seriamente en que pueden batirnos en toda la línea a poco que unan sus fuerzas...

VILLAGRÁ.—Sí, es cierto...

OÑATE.—Pues bien, mi intención es que sigan pensando así; y por eso mismo voy a replicar a estos salvajes como se merecen y vengar a mis muertos.

VILLAGRÁ.—Juan, el hecho desgraciado del Maestre no volverá a repetirse...

OÑATE.—En eso confío, Gaspar. Los hechos desgraciados como ése hay que evitar que se produzcan. (*Pausa.*) No se pueden dar facilidades como éstas al enemigo.

VILLAGRÁ.—Juan, no había motivo alguno de alarma y eso...

OÑATE.—Gaspar, no trates de justificar a esos hombres. En sus circunstancias nadie debía confiar en nadie. (*Pausa.*) ¡Su comportamiento fue deplorable!

VILLAGRÁ.—No, no trato de defenderlos; pero dieciocho hombres poco podían hacer contra más de dos mil indios...

OÑATE.—No es lo que pudieran hacer contra un enemigo muy superior, Gaspar, es cómo lo planearon todo. (*Pausa.*) Las declaraciones de los

que sobrevivieron son muy claras y causan sonrojo. *(Pausa.)* Suben a Acoma dieciocho hombres y en vez de mantenerse unidos, esperando que los indios les den las provisiones que piden, el Maestre divide la fuerza en tres grupos, quedándose él solamente con tres hombres. *(Pausa.)* ¡Eso es provocar al contrario; eso es un auténtico suicidio, Gaspar!

VILLAGRÁ.—El Maestre se precipitó...

OÑATE.—Gaspar, nunca se debe obrar con precipitación cuando está en juego la vida de los tuyos. *(Pausa.)* El Maestre imprudentemente decidió dividir su escuadrón y lo pagó con la muerte.

VILLAGRÁ.—No sé qué pudo pasar por su...

OÑATE.—*(Interrumpiéndole.)* ¡Ni yo tampoco, Gaspar, ni yo tampoco! *(Pausa.)* Desde que Vázquez de Coronado hablase, hace ya muchos años, de la ciudad inexpugnable de Acoma, yo tenía deseos de verla, y cuando la vi no me defraudó. *(Se acerca a la mesa y señala la maqueta de Acoma.)* La imaginaba así, tal como es; con sus dos peñoles altísimos y el pasillo de unión entre ellos tajado por enormes grietas. *(Pausa.)* Recuerda que he repetido hasta la saciedad que una tropa en campaña debe extremar en todo momento las precauciones, pero que estas precauciones debían ser artículos de fe en Acoma.

FARFÁN.—*(Entrando seguido de don Vicente de Zaldívar, que deja la puerta abierta.)* ¡General, el Sargento Mayor!

ZALDÍVAR.—¡General, la tropa está dispuesta para la revista!

OÑATE.—Está bien, Vicente. *(Pausa.)* Ponéos los almetes. *(Todos se colocan el almete y Oñate se pone también su capa.)* ¡Capitán de la Guardia!

FARFÁN.—¡General!

OÑATE.—¡Cierra la puerta!

FARFÁN.—¡A la orden, general! *(Toma el estandarte real y lo coloca bajo el dintel de la puerta de entrada.)*

OÑATE.—*(Tomando una fusta de la mesa.)* Acercáos y procedamos a dar un último y rápido repaso a la operación. *(Pausa.)* Vicente, en tu Consejo de Oficiales he puesto a Aguilar, pero te ordeno que a la menor vacilación

o sospecha en sus movimientos lo hagas matar. (*Pausa.*) Ya habrá tiempo después para justificar su muerte. ¿De acuerdo?

ZALDÍVAR.—(*Asintiendo con la cabeza.*) ¡Así se hará, general!

OÑATE.—(*A Farfán.*) Lo mismo te digo de Salado.

FARFÁN.—Se hará como usted diga, general.

OÑATE.—¡Sigo! (*Pausa.*) Nadie en la columna debe dar a entender que hace caso de las muchas señales de humo que vea en el camino. La tropa debe dar la impresión de que es algo que no se para ante nada y ante nadie. (*Pausa.*) Teniendo en cuenta el estado del terreno, y que tendréis que aprovisionaros en el poblado de Sía, es casi seguro que tardaréis en hacer el recorrido diez días; es decir, el día veintiuno estaréis al pie de la fortaleza. (*Señala con la fusta.*) Y aquí asentaréis el campamento.

ZALDÍVAR.—¡Sí, general!

OÑATE.—Os recuerdo que debéis aparentar no hacer caso de los gritos amenazadores con que os recibirán tan pronto como os vean, y tampoco debéis mirar hacia arriba, porque os impresionará si veis que algunos visten las armas de vuestros desgraciados compañeros. (*Pausa.*) Esto lo digo especialmente por ti, Vicente. Tu hermano, el Maestre de Campo, está muerto y muerto está. ¿Comprendido?

ZALDÍVAR.—(*Asintiendo con la cabeza.*) ¡Sí, general!

OÑATE.—(*Señalando con la fusta.*) Vicente, cuando lo estimes oportuno te acercarás al peñol principal con el intérprete Tomás; y, sin que miréis ninguno de los dos hacia arriba, les reclamarás por tres veces la entrega de las personas que dieron muerte a los nuestros el cuatro de diciembre. (*Pausa.*) Esto, sin duda, les enfurecerá todavía más; momento en el que te retirarás sin hacer caso de las garras de oso que exhiban, ni de las víboras que se saquen de la boca para amenazaros. (*Pausa y señalando con la fusta.*) Llegada la noche abandonaréis sigilosamente el campamento y, dejando la guardia imprescindible, os retiraréis lo suficiente para que podáis conciliar el sueño; ya que ellos no dejarán de gritar y bailar durante toda la noche. ¿Entendido?

ZALDÍVAR.—¡Así se hará, general!

OÑATE.—(*A Zaldívar y señalando con la fusta.*) Al día siguiente, por la mañana, te acercarás primero dos veces hasta el peñol principal, el del norte; y a la tercera les anunciarás que es por allí por donde subiréis a matarles, a quemarles la ciudad y a cogerles a sus mujeres e hijos. (*Pausa.*) Dicho esto te retirarás a tu tienda, cambiarás tus ropas con Farfán, y tirarás por tierra todas las tiendas para que vean que no dejáis nada detrás de vosotros. En esos momentos Farfán se pondrá al frente de la tropa como si fuese el Sargento Mayor, y dará la orden de comenzar a trepar por la roca. (*A Farfán.*) Ni qué decir tiene que esto va a ser muy peligroso...

FARFÁN.—Lo haremos, general. Subiremos con la adarga sobre la cabeza...

OÑATE.—(*A Farfán y señalando con la fusta.*) No importa la lentitud con que se haga, pues lo importante es no dejar de subir por muchos impedimentos que os pongan. Ten en cuenta que de lo que tu grupo haga dependerá el éxito de la operación; pues tenéis que mostraros lo suficientemente peligrosos para que ellos abandonen el peñol del sur y vengán a defender esta posición; momento en que Vicente saldrá de su escondite y, con otros once compañeros, correrá tanto como pueda para alcanzar la cumbre del peñol del sur, que seguramente quedará desguarnecida. (*A Zaldívar.*) ¿Están preparados los garfios?

ZALDÍVAR.—¡Sí, general, están preparados!

OÑATE.—Vicente, el peñol del sur debe ser tomado en pocos minutos. (*Pausa.*) Si se presentan problemas; es decir, si siguen cubriendo la parte de más fácil acceso, entonces deberéis utilizar los garfios y escalar la roca por la parte que no os puedan ver. (*Señalando con la fusta.*) Por aquí. (*Pausa.*) En todo caso los once que te acompañarán serán Juan Velarde, Cristóbal Sánchez, Cristóbal López, Antonio Hernández, Hernán Martín, Francisco Hernández, Isasti, Cortés, Munuera, Aguilar y Villagrá. (*Pausa.*) Excepto Aguilar, todos los demás figuran en la relación que te entregué. ¿Alguna objeción?

ZALDÍVAR.—¡Ninguna, general!

OÑATE.—(*Señalando con la fusta.*) Está bien. (*Pausa.*) Como véis se trata de colocar en el peñol del sur al menos siete u ocho hombres, que resistan allí hasta que puedan ser asistidos por los demás. Después, una vez asentados en ese lugar, tendréis tiempo suficiente para subir troncos e ir

poniéndolos sobre las cortadas del pasillo de trescientos pasos que une las dos crestas. *(Pausa.)* ¿Vicente...?

ZALDÍVAR.—¡Siga, siga, general!

OÑATE.—Está bien. *(Pausa.)* Los cañones no deben ser disparados hasta que no estén en la cima del peñol del sur; y digo esto por dos razones: la primera porque no tienen ángulo suficiente para alcanzar los cien estados de altura del peñol del norte; y la segunda porque habrán minado todos los caminos de acceso a las cumbres, y al dispararlos podríais precipitar sobre vosotros todas las rocas y troncos que os hayan preparado. *(Pausa.)* ¿Alguna aclaración?

ZALDÍVAR.—¡Ninguna, general!

OÑATE.—Está bien, Vicente. *(Pausa.)* Ya sabes que quiero que hagas el mayor número de prisioneros posible; pero también quiero que sepas que los que se resistan deben morir. *(Pausa.)* Vicente, si es preciso, el mes de enero del año 1599 debe ser recordado como el de la destrucción de Acoma.

ZALDÍVAR.—¡Sí, general!

OÑATE.—La columna que vas a dirigir contra Acoma está formada por setenta hombres montados, doce acemileros y catorce mulas. *(Pausa.)* Es lo mejor que he podido entregarte.

ZALDÍVAR.—¡Sí, general!

OÑATE.—Ahora solo me queda desearos suerte y, sobre todo, que miréis donde pisa vuestro caballo; que tengáis la visera baja, las espaldas cubiertas y las cabezas sobre los hombros. *(Pausa.)* ¡Capitán de la Guardia!

FARFÁN.—¡General!

OÑATE.—¡Abre la puerta!

FARFÁN.—¡Sí, señor! *(Quita el estandarte real colocado bajo el dintel y lo coloca en la jamba derecha de la puerta.)*

PADRE VERGARA.—*(Entrando.)* ¡General!

OÑATE.—¡Padre Vergara!

PADRE VERGARA.—(A todos.) ¡De rodillas!

(Se arrodillan todos en la parte centro-arriba del escenario, quedando abiertos a los espectadores por este orden: Zaldívar, Oñate, Villagrà y Farfán. Mientras esto ocurre el padre Vergara saldrá por la puerta de la derecha y entrará de nuevo con un cáliz en las manos, y dirigiéndose a Oñate pronunciará las siguientes palabras.)

PADRE VERGARA.—(Dando la comunión a Oñate.) "Corpus Domini nostri Jesu Christi custodiat animam tuam in vitam aeternam. Amen."

(El padre Vergara dejará el cáliz sobre la mesa, tomará la cruz y, adelantándose hasta la parte centro-abajo del escenario, la alzará cuanto pueda pronunciando la siguiente oración.)

PADRE VERGARA.—"Cruz santa, que sois puerta del cielo, altar del único y esencial sacrificio del cuerpo y sangre del Hijo de Dios, camino de los santos y posesión de su gloria; abrid la puerta del cielo a estos infieles, fundad la iglesia y altares en que se ofrezca el cuerpo y sangre del Hijo de Dios; abridnos caminos de seguridad y paz, para la conversión de ellos; y dad a nuestro Rey, y a los representantes de su real nombre, pacífica posesión de la ciudad de Acoma para su santa gloria".

TODOS.—Amén.

PADRE VERGARA.—(Sin moverse de su sitio.) ¡De pie!

(Todos se levantan.)

OÑATE.—¡Capitán de la Guardia!

FARFÁN.—¡General!

OÑATE.—¡Toque de Revista!

FARFÁN.—(Gritando.) ¡Atención! (Pausa.) ¡Toque de Revista!

(Comienza a sonar música de tambores, trompetas, pífanos y chirimías. El padre Vergara girará hacia su izquierda pasando, en dirección a la puerta de entrada, por delante de todos con la cruz en alto, y saldrá seguido por Oñate, Zaldívar, Villagrà y Farfán. Y mientras cae el

Telón.)

ACTO SEGUNDO

Escenario:

(El mismo que en el acto anterior.)

★ ★ ★

(Fecha:—15 de febrero de 1599.

Lugar:—San Juan de los Caballeros (Provincia de Nuevo México.)

Hora:—Diez de la mañana.)

★ ★ ★

(Al alzarse el telón don Juan de Oñate está sentado ante la mesa terminando de leer unos documentos. Se levanta y con gesto contrariado deja los pliegos sobre la mesa.)

OÑATE.—*(En voz alta.)* ¡Capitán de la Guardia!

FARFÁN.—¡General!

OÑATE.—¿Están preparadas las pértigas, Farfán?

FARFÁN.—¡Sí, señor!

OÑATE.—¡Tráeme una!

FARFÁN.—¡A la orden, general! *(Sale.)*

(Oñate se frota las manos ante la chimenea.)

FARFÁN.—(*Entrando con una pértiga de dos metros de largo, que tiene atada en un extremo un collar de perro.*) ¡Aquí la tiene, general! (*Se la entrega.*)

OÑATE.—(*Tomando la pértiga.*) Manda aviso a Villagrá de que quiero verle.

FARFÁN.—¡Sí, señor!

OÑATE.—Cursa la orden y vuelve a informarme.

FARFÁN.—¡A la orden, general! (*Sale.*)

(*Oñate comprueba si la pértiga y el collar están fuertemente unidos.*)

FARFÁN.—(*Entrando.*) ¡Orden cursada, general!

OÑATE.—Muy bien, Farfán. (*Apuntándole con la pértiga y poniéndole el collar cerca del pecho.*) Pasa tu brazo por el collar y tira hacia ti con fuerza.

FARFÁN.—(*Mete el brazo por el collar y apalanca con el codo fuertemente.*) ¿Así?

OÑATE.—¡Más fuerte, más fuerte!

FARFÁN.—(*Tirando con toda su fuerza y arrastrando a Oñate.*) ¿Así?

OÑATE.—¡Sí, así, así! (*Pausa.*) ¡Para ya! (*Pausa.*) ¿Cuántas pértigas tenemos preparadas?

FARFÁN.—(*Sacando el brazo del collar.*) Dieciséis, general.

OÑATE.—(*Colocando la pértiga al lado de la puerta de entrada.*) Muy bien, Farfán. (*Pausa.*) ¿Alguna novedad con los prisioneros?

FARFÁN.—Ninguna; todo está en orden. Se están terminando los preparativos para ejecutar las tres sentencias.

OÑATE.—¿Se ha reunido ya a todos los indios?

FARFÁN.—Están casi todos, pero aún faltan algunas mujeres enfermas y...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole y con firmeza.*) Recuerda que quiero que absolutamente todas las mujeres y todos los niños vean las ejecuciones de cerca.

FARFÁN.—Las mujeres y los niños estarán en primera fila, general.

OÑATE.—Quiero también un silencio total cuando se ejecuten las sentencias. (*Pausa.*) El ruido que produzca el hacha debe ser oído desde aquí con toda claridad.

FARFÁN.—Se oirá perfectamente, general. (*Pausa.*) ¿Quiere que haga una prueba?

OÑATE.—No, no es necesario. A veinte pasos de distancia se oirá perfectamente si se guarda silencio. (*Pausa.*) El tajo debe ser certero.

FARFÁN.—¡Sí, general!

OÑATE.—Insisto en esto, Farfán; porque la mayor parte de las más de cuatrocientas ejecuciones realizadas en el pueblo de Santo Domingo, la semana pasada, fueron un desastre hasta que Alonso González comenzó a emplear el hacha.

FARFÁN.—General, en esta ocasión lo va a hacer González; él fue carnicero y sus golpes son casi siempre certeros. (*Pausa.*) Los que manejaron el espadón no habían hecho esto nunca y...

OÑATE.—¡Por eso lo digo, por eso! El hachazo debe ser limpio y certero.

FARFÁN.—General; apenas se darán cuenta de que pierden el pie derecho. (*Pausa.*) Recibirán el golpe estando desmayados y al despertarse estarán curados.

OÑATE.—Eso espero, Farfán; porque ya sabes que he querido que estas tres últimas sentencias se realicen en San Juan, para que sirvan de ejemplo a estos salvajes, y su ejecución debe ser un modelo de perfección. (*Pausa y bajando la voz.*) Debes comenzar cuando el Padre Comisario esté a solas conmigo...

FARFÁN.—¡Sí, general!

OÑATE.—(*Alzando la voz.*) ¿Qué hay de los dos acomeses que se nos unieron fingiendo ser apaches?

FARFÁN.—Siguen parapetados en la estufa, general.

OÑATE.—¿Ya no gritan?

FARFÁN.—Sí, sí; siguen gritando que se llaman Tempal y Cotumbo, y que son grandes guerreros...

OÑATE.—(*Con ironía.*) En la cueva no parecen tan grandes...

FARFÁN.—Ahora piden dos cuchillos, porque dicen que se quieren suicidar...

OÑATE.—(*Con repugnancia.*) ¿Cuchillos? ¿Dos cuchillos? ¡Para suicidarse con uno les basta!

FARFÁN.—¡Sí, señor!

OÑATE.—Que se asome el intérprete Tomás a la boca de la estufa y les diga que si en media hora no han salido, les echaremos un cesto de serpientes sobre sus cabezas.

FARFÁN.—No será necesario, general. No tienen con qué defenderse y estamos esperando a que el Sargento Mayor nos dé órdenes para entrar...

OÑATE.—No, de ninguna manera; no quiero que mis hombres se arriesguen a ser heridos por esos dos cobardes. (*Pausa.*) No supieron defender a los suyos y, cuando les encontramos lejos de Acoma, pretendieron engañarnos diciendo que eran apaches. (*Pausa.*) Lo único que saben hacer esos dos "grandes guerreros" es correr. Corrieron huyendo de Acoma; corrieron hacia los nuestros fingiéndose apaches, y corrieron a refugiarse en la estufa tan pronto llegaron aquí y fueron desenmascarados. (*Pausa.*) ¿Se ha puesto la red en la boca de la estufa?

FARFÁN.—¡Sí, se ha puesto la red en la boca de la cueva, señor!

OÑATE.—¿Están bien los perros?

FARFÁN.—Los perros apaches están enfurecidos porque llevan varios días sin comer...

VILLAGRÁ.—(*Entrando.*) ¡Buenos días, general! ¡Buenos días, Farfán!

OÑATE.—Buenos días, Gaspar.

VILLAGRÁ.—El sargento Zapata me ha dicho que querías...

OÑATE.—Sí, sí, te he mandado llamar para que repasemos juntos tu informe...

FARFÁN.—General, si no ordena otra cosa...

OÑATE.—(*A Farfán y cogiendo unos documentos de la mesa.*) Avisa al Padre Comisario de que quiero hablar con él. Puedes retirarte.

FARFÁN.—¡A la orden, general! (*Sale.*)

OÑATE.—Gaspar, encuentro tu informe sumamente escueto; pero al mismo tiempo observo que mencionas hechos que no constan en el parte oficial de Vicente. (*Pausa y lee.*) "La expedición salió de San Juan el día 12 de enero de 1599 y llegó, sin contratiempo, a Acoma el día 21". (*Pausa.*) ¿Dices "sin contratiempo" a cabalgar diez días con nieve hasta la cincha...?

VILLAGRÁ.—Juan, ten en cuenta que se trata de un borrador preliminar...

OÑATE.—(*Con rapidez.*) ¡Espera, espera! (*Sigue leyendo.*) "La batalla comenzó a las tres de la tarde del día 22 y terminó a las nueve de la noche del día 23". (*Pausa y señalando la maqueta de Acoma.*) No veo aquí una descripción de Acoma; y en una relación, por escueta que sea, debe quedar claro que esta ciudad está asentada sobre dos altísimas cumbres unidas por un pasillo de trescientos pasos. Es decir, se debe presentar como lo que es, como algo inexpugnable; y también se tiene que hacer constar que en el momento del asalto había en ella casi tres mil personas...

VILLAGRÁ.—Ya te he dicho que es un...

OÑATE.—(*Con rapidez.*) ¡Ya, ya! (*Pausa.*) ¡Ya me he enterado! Pero a continuación dices que se leyó dos veces la orden de que os entregasen a los culpables de la muerte del Maestro de Campo y de sus hombres...

VILLAGRÁ.—Sí, se leyó dos veces el primer día...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole.*) ¿Pero no dije yo que se debía leer tres veces?

VILLAGRÁ.—(*Con firmeza.*) Pues se leyó dos veces abajo, y otra más al día siguiente, cuando pasamos al peñol principal y el enemigo se refugió en sus cuevas...

OÑATE.—Esto no concuerda con lo que dice Vicente y...

VILLAGRÁ.—(*Con aplomo.*) No concordará; pero así sucedió, Juan.

OÑATE.—¡Está bien, esta bien! (*Pausa.*) ¿Cómo puedes poner que Lorenzo Salado fue muerto por Asensio de Archuleta en un "desgraciado accidente", si Archuleta se quedó aquí conmigo?

VILLAGRÁ.—Lo he hecho, Juan, porque Asensio me ha permitido poner su nombre para tapar este "desgraciado accidente".

OÑATE.—(*Alzando la voz.*) No, no; no pongas eso. Antes de implicar a alguien, soy capaz de acusar al maldito Salado de pecado bestial. (*Pausa.*) Ya lo ves, Gaspar, hay sujetos que causan problemas hasta en el infierno. Este personajillo pertenecía a esos que no dejan de conspirar ni un solo día de su asquerosa vida. (*Pausa.*) Ya antes de salir de Santa Bárbara comenzó a quejarse de la comida; después se negó a confesar y a comulgar; más tarde se pasó al bando de Aguilar y Sosa; y en el momento más inoportuno, y ante los peñoles de Acoma, se negó a cumplir las órdenes de Farfán...

VILLAGRÁ.—Si te parece bien pongo que...

OÑATE.—(*Con rapidez.*) Pon, de momento, que fue un "desgraciado accidente". Ya veremos como lo...

VILLAGRÁ.—¿Alguna cosa más?

OÑATE.—(*Con rapidez.*) Sí, sí. (*Pausa y hojeando los documentos.*) ¿Qué hay sobre estos indios que dices fueron muertos de un disparo en la cabeza? (*Pausa.*) ¿Cuántos fueron?

VILLAGRÁ.—No lo sé con exactitud, pero yo vi más de cincuenta...

OÑATE.—(*Con rapidez.*) ¿Y no lo pudiste evitar?

VILLAGRÁ.—No, no pude; porque eran los mismos salvajes, quienes, en su desesperación e impotencia, se aferraban a los arcabuces y se los ponían en la cara, y prácticamente obligaban a los nuestros a disparar si querían conservar las armas. (*Pausa.*) Se volvieron locos, Juan. (*Pausa.*) Además muchos, muchos guerreros, se abrazaban de manera suicida a nosotros, y cuando caían muertos veíamos que nuestros petos se teñían de rojo; y esto ocurría una y otra vez, hasta que casi no podíamos sujetar las empuñaduras de las espadas, porque los guantes nos rezumaban sangre...

OÑATE.—(*En voz baja.*) Dios se apiade de ellos...

VILLAGRÁ.—(*Sin hacerle caso.*) Cuando después de las nueve de la noche comenzamos a incendiar lo poco que quedaba de Acoma y atamos a los prisioneros, nos dimos cuenta de que estábamos engrudados en sangre; y tuvimos que lavar nuestros petos y espaldares, y esperar varias horas a que se helase la sangre que empapaba nuestras mangas y perneras, para poderla raspar con nuestras dagas.

OÑATE.—(*Conmovido.*) Dios se apiade de ellos y los acoja en su gloria. (*Pausa larga y hojeando los documentos.*) ¿Y qué pasó con esos niños, que dices aparecieron totalmente reventados...?

VILLAGRÁ.—A esos niños los tiraron sus padres desde arriba, una vez que se vieron totalmente perdidos...

OÑATE.—¿Sólo sus padres?

VILLAGRÁ.—(*Con firmeza.*) ¡Sí, sólo sus padres!

OÑATE.—No se pudo hacer algo para impedir...

VILLAGRÁ.—No, no se pudo hacer nada. Una vez que nos hicimos fuertes en el peñol principal y pasamos los cañones se volvieron completamente locos...

OÑATE.—¿Hasta el extremo de tirar a sus hijos al abismo?

VILLAGRÁ.—(*Alzando la voz y con firmeza.*) ¡Sí, hasta ese extremo! Ya te he dicho que se volvieron completamente locos de rabia. (*Pausa.*) Los hombres se mataban entre sí. Las mujeres incendiaban sus casas y estrangulaban a sus hijos para que no cayesen vivos en nuestras manos, y des-

pués se arrojaban a las llamas o se precipitaban al vacío desde lo más alto del peñol.

OÑATE.—(*Con mucha calma.*) Pones que también se persiguió a caballo a dos centenares de acomeses que huían...

VILLAGRÁ.—Sí, muchos se deslizaron por las laderas tratando de huir, y fueron muertos en la llanura...

OÑATE.—¿Pero no fue posible hacerles prisioneros...?

VILLAGRÁ.—En esos momento no, Juan; ya que estábamos todos arriba muy atareados en asentarnos firmemente en el peñol principal, y no podíamos auxiliar a los seis hombres que se habían quedado abajo custodiando los caballos. (*Pausa.*) No obstante, esta contingencia estaba prevista; y tan pronto vimos lo que ocurría se ordenó al trompeta tocar "*Carga*", y en el acto se formaron abajo dos escuadras que, llevando cada una la mitad de los caballos batieron el llano de Norte a Sur y de Sur a Norte...

OÑATE.—(*Con calma.*) Está bien; ¿y al cacique Zutacapán lo despedazaron las mujeres?

VILLAGRÁ.—Eso es lo que nos dijeron los prisioneros...

OÑATE.—¿Y tú qué piensas?

VILLAGRÁ.—¿Yo?, yo lo único que te puedo decir es que cuando vi lo que quedaba de su cuerpo, pude advertir que antes de despedazarlo lo habían devorado.

FARFÁN.—(*Entrando.*) ¡General, viene el Padre Comisario!

OÑATE.—(*Dejando rápidamente los documentos sobre la mesa y cogiendo el rosario que cuelga de la cruz.*) Está bien, Farfán.

FARFÁN.—¡General! (*Sale.*)

PADRE COMISARIO.—(*Entrando.*) ¡Buenos días, señor gobernador!

OÑATE.—¡Padre Comisario...!

PADRE COMISARIO.—Si está usted ocupado...

OÑATE.—(*Con rapidez.*) ¡No, no; por favor. Pase usted!

VILLAGRÁ.—Buenos días, padre; yo ya me iba...

PADRE COMISARIO.—¿Cómo va ese poema, capitán?

VILLAGRÁ.—Muy bien, padre. La redacción en prosa está acabada a falta de describir el asalto de Acoma, que será el final de la primera parte...

OÑATE.—Es precisamente de esto de lo que estábamos hablando. (*A Villagrá.*) Termina la redacción en prosa cuanto antes, porque quiero que se la lleves tú en propia mano al señor Virrey.

VILLAGRÁ.—¡Sí, general! (*Al Padre Comisario.*) ¡Padre! (*Sale, y casi se tropieza con el padre Vergara.*) ¡Padre Vergara!

PADRE VERGARA.—(*Entrando y con excitación.*) Don Juan, no creo que sea conveniente llevar a cabo las ejecuciones y, menos todavía, que las mujeres y los niños las presencien. Se lo he dicho así al capitán Farfán de los Godos y me ha dicho que era orden suya...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole.*) Efectivamente, padre Vergara, es orden mía. Las mujeres y los niños deben estar presentes.

PADRE VERGARA.—(*Muy nervioso.*) Pero, don Juan, este doloroso espectáculo es...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole.*) Tanto como les duela a ellos me duele a mí. (*Pausa.*) Los acomeses se rebelaron contra el Rey de España, y todos los habitantes de San Juan, incluidos las mujeres y los niños, deben ver lo que les sucede a aquellos que...

PADRE VERGARA.—(*Con humildad.*) Pero los acomeses lo único que han hecho es defender su...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole.*) Los acomeses lo que han hecho es sublevarse contra nuestro Rey, después de haberle jurado vasallaje.

PADRE VERGARA.—(*Al Padre Comisario.*) Padre, esos tres salvajes lo único que han hecho es, simple y llanamente, defender sus tierras.

PADRE COMISARIO.—(*Con estudiada sorpresa.*) ¿Qué tierras, padre Vergara? (*Pausa.*) Esos bárbaros no son dueños de estas tierras.

OÑATE.—(*Asintiendo con la cabeza.*) ¡Exacto! Estos indios son siervos, padre Vergara.

PADRE VERGARA.—(*Muy nervioso.*) ¡No, señor gobernador! Estos indios no eran siervos antes de nuestra llegada...

PADRE COMISARIO.—(*Interrumpiéndole y con mucha calma.*) ¡Padre Vergara! Estos indios son siervos y los siervos no pueden tener nada como suyo.

OÑATE.—(*Con aplomo.*) Y el *Digesto* lo puntualiza diciendo que todo lo que adquiere el siervo lo adquiere para su señor.

PADRE VERGARA.—(*Con solicitud.*) Pero estos salvajes no tenían señores antes de nuestra llegada, y...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole y con suavidad.*) No importa que no tuvieran otros amos, puesto que se puede admitir perfectamente que haya siervos sin señor.

PADRE COMISARIO.—(*Asintiendo con la cabeza.*) E incluso, que un siervo abandonado por su amo, se lo pueda apropiarse cualquiera.

PADRE VERGARA.—(*Alzando un poco la voz.*) ¡General! (*Pausa.*) Estas personas estaban pública y privadamente en posesión de sus bienes, y mientras no se demuestre lo contrario...

PADRE COMISARIO.—(*Muy calmoso.*) Ya le hemos dicho a usted que son siervos...

PADRE VERGARA.—(*Muy nervioso y alzando más la voz.*) Y yo les digo a ustedes que mientras no se demuestre lo contrario, deben ser tenidos por señores de sus cosas y no se les puede despojar de nada sin causa justa.

OÑATE.—La causa se la acabamos de decir: son siervos.

PADRE COMISARIO.—(*Sentencioso.*) ¡Y además están en pecado mortal!

PADRE VERGARA.—(*Con calma contenida.*) ¿También se les puede despojar de sus bienes por estar en pecado mortal?

PADRE COMISARIO.—(*Con aplomo.*) ¡Naturalmente, padre Vergara, naturalmente! El título del dominio es la gracia, y en consecuencia los pecadores no pueden tener dominio sobre cosa alguna.

PADRE VERGARA.—(*En tono suplicante.*) Pero, Padre Comisario, estos seres no pueden pecar contra la ley de Dios. Nadie les ha predicado la doctrina...

PADRE COMISARIO.—(*Asintiendo firmemente con la cabeza.*) ¡Sí pueden pecar, padre Vergara, sí pueden! (*Pausa.*) Muchos santos doctores han dejado muy en claro que nadie puede tener ignorancia invencible, no sólo de Cristo, sino de cualquier artículo de la fe; porque si hacen lo que está de su parte, el Señor les iluminará.

PADRE VERGARA.—(*Con ansiedad.*) Eso no es verdad, padre. (*Pausa.*) El mismo Santo Tomás dice que los infieles no están obligados a creer en la fe de Cristo al primer anuncio que se les haga...

PADRE COMISARIO.—(*Ceremonioso.*) Mire usted, padre; en el *Génesis* se dice: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza para que domine a los peces del mar", y etcétera, etcétera. (*Pausa.*) Aparece pues claro, que el dominio se funda en el ser el hombre imagen de Dios; pero ésta no se halla en el pecador, que por lo tanto no puede ser señor...

OÑATE.—(*Confirmando con suavidad.*) Y además, el Señor dio a nuestros primeros padres el dominio del Paraíso, y por causa de su pecado les privó de él.

PADRE VERGARA.—(*Conteniendo la irritación.*) No estoy de acuerdo, señor gobernador. Y en lo referente al *Génesis* debo decir que el dominio se funda en el ser el hombre imagen de Dios; pero el hombre es imagen de Dios por naturaleza, esto es, por las potencias racionales; luego no se pierde el dominio por el pecado mortal.

PADRE COMISARIO.—(*Con suficiencia e irritación.*) Mire usted, padre; si los herejes no tienen dominio de las cosas, tampoco han de tenerlo estos infieles...

PADRE VERGARA.—(*Interrumpiéndole y muy excitado.*) Dejemos a un lado a los herejes. Estos seres son infieles. La infidelidad no es impedimento para ser propietario, y Santo Tomás dice que la infidelidad no priva del derecho natural ni del humano, y como los dominios pertenecen al derecho natural y al humano, no se pierden por la carencia de fe.

PADRE COMISARIO.—(*Con irritación mal contenida.*) No estoy de acuerdo; y vuelvo a repetirle a usted mis apoyos fundamentales: estos bárbaros son por naturaleza siervos y están en pecado mortal.

OÑATE.—(*Asintiendo con la cabeza y en tono conciliador.*) Y además, el mismo Aristóteles dijo: "Que hay quienes son por naturaleza siervos, y para los cuales es mejor servir que mandar". (*Pausa.*) Se refería a aquellos que carecen de la razón necesaria para gobernarse por sí mismos, y cuya fuerza está más en el cuerpo que en la cabeza...

PADRE VERGARA.—(*Encorajinándose.*) Señor, eso que acaba usted de decir nunca pasó por la mente de Aristóteles; ya que él de lo que trataba era de la servidumbre civil y legítima, porque nunca reconoció que nadie fuese esclavo por naturaleza; y en modo alguno quiso decir que aquellos que por su naturaleza fuesen de corto ingenio, pudiesen ser privados de sus bienes. Lo que el gran filósofo quiso enseñar es...

PADRE COMISARIO.—(*Alzando la voz y con irritación.*) Padre Vergara, cese ya esta inútil discusión que no conduce a nada; y ocupe su puesto...

PADRE VERGARA.—(*Alzando más la voz y con irritación.*) Sí, Padre Comisario; pero antes permítame decirle, con toda la corrección de que soy capaz en estos momentos, que estamos aquí para proteger a estos seres desamparados de la mano de Dios. Que no estamos aquí para juzgarles con unas leyes que no entienden, sino para enseñarles el camino de la salvación de sus almas. Que no estamos aquí para privarles de sus vidas, sino para proporcionarles el camino de la vida eterna; y que no estamos aquí para ajusticiarles, sino para mostrarles la justicia de Dios. (*Pausa, y a Oñate.*) A usted, señor, con todo respeto; ¿me puede decir cuántos indios quedan en el mar Caribe? (*Pausa.*) Yo mismo le contestaré, señor: no queda ninguno; los mismos que quedarán aquí dentro de poco tiempo, si no se para esta descomunal sangría...

PADRE COMISARIO.—(*Gritando.*) ¡Basta ya, padre Vergara! ¡Ocupe su puesto junto al patíbulo!

PADRE VERGARA.—(*Haciendo una cortés reverencia y bajando la voz.*) ¡Como usted lo ordene, reverendo padre! (*A Oñate.*) ¡Señor gobernador! (*Coge la cruz que está sobre la mesa y sale.*)

PADRE COMISARIO.—Le pido humildemente que le disculpe usted, señor gobernador...

OÑATE.—(*Con rapidez.*) No se preocupe, Padre Comisario...

PADRE COMISARIO.—Pero...

OÑATE.—(*Con rapidez.*) No, no se preocupe, padre. Lo entiendo perfectamente. (*Pausa.*) Está demostrado que en la juventud los músculos del cuerpo se apoderan de los de la cabeza.

PADRE COMISARIO.—Así es, señor gobernador, así es...

OÑATE.—Los jóvenes, padre, individualizan los hechos y los sienten por separado, mientras que nosotros los unimos y los examinamos en su conjunto, teniendo en cuenta otros factores. (*Pausa.*) Por esto mismo nosotros podemos decir ahora que hemos conseguido una paz duradera, porque la hemos ganado por la fuerza; ya que no la podíamos obtener ni con la indecisión ni con la cobardía. (*Pausa.*) ¿Qué sería de nosotros en estos momentos si no hubiésemos destruido Acoma...?

PADRE COMISARIO.—Cierto, señor gobernador. Usted supo dominar la situación en todo momento...

OÑATE.—Por favor, padre; yo sólo no podía hacer mucho. El mérito es de los que supieron castigar a los rebeldes...

(*Después de un breve redoble de tambor se oye el sonido del hacha del verdugo al seccionar un tobillo. Oñate y el Padre Comisario se miran a los ojos en silencio.*)

OÑATE.—El mérito es de los que supieron castigar a los rebeldes de Acoma. (*Pausa.*) Lo que nos podía ocurrir a los que nos quedábamos aquí era previsible, y por eso nos adelantamos a sus intenciones...

PADRE COMISARIO.—(*Interrumpiéndole.*) Señor gobernador, deje usted la modestia a un lado. (*Pausa.*) Todos los que fuimos a Acoma sabíamos que el que más peligro corría era usted. Todos sabí-

amos que aquí, en San Juan, los indios estaban esperando que saliese la columna para atacar a los que se quedasen, incluidos mujeres y niños...

OÑATE.—Eso es cierto, padre; pero no había un peligro real al estar nosotros prevenidos. *(Pausa.)* Por eso cuando formé el escuadrón con picas en el centro de la plaza, todos sus planes se les vinieron abajo y...

PADRE COMISARIO.—*(Con rapidez.)* Pero, a pesar de todo, a las once de la noche se dispusieron a caer sobre ustedes desde los tejados...

OÑATE.—Sí, aparentemente, ése era nuestro punto más débil; pero ya sabe usted que también esa contingencia estaba prevista, y que doña Eufemia y sus compañeras barrieron con sus arcabuces a aquellos traidores...

(Se vuelve a oír el redoble del tambor y a continuación el sonido del hacha del verdugo.)

OÑATE.—Traidores que se llevaron a sus muertos, y que a la mañana siguiente dijeron que ellos no habían hecho nada, y que los culpables debían haber sido los indios de los pueblos cercanos...

PADRE COMISARIO.—*(Bajando la voz.)* Fue mejor fingir creerles y no tomar represalias...

OÑATE.—*(Con rapidez.)* ¿Usted lo cree así? *(Pausa.)* Yo ya no estoy tan seguro como antes. Estoy empezando a creer que cuando alguien te traiciona debes desenmascararlo, ya que si no lo haces el traidor no cree que le perdonas, sino que no le has descubierto. *(Pausa.)* Padre, si no he castigado a estos salvajes es porque aún los necesito; pero tan pronto encuentre el lugar idóneo donde construir la capital de Nuevo México y abandone San Juan, estos cobardes van a tener que andarse con mucho cuidado, porque al menor movimiento sospechoso que hagan van a saber quien es Juan de Oñate.

(De nuevo se oye el redoble del tambor y el sonido del hacha del verdugo.)

PADRE COMISARIO.—*(Con suavidad.)* General, espero que su bondad siga...

OÑATE.—*(Interrumpiéndole.)* Mi bondad, padre, tiene un límite. *(Pausa.)* Y lo mismo que se han llevado a cabo estas tres ejecuciones se podrían realizar otras; y para que usted vea que es cierto lo que le digo, el hacha

del verdugo permanecerá clavada en el madero; para que cada uno vea donde puede perder su cabeza, y cuando digo "cada uno", quiero decir "todos".

FARFÁN.—(*Entrando.*) ¡Orden cumplida, general!

OÑATE.—Está bien. Manda aviso al capitán Villagrá y a doña Eufemia de que quiero verles.

FARFÁN.—¡Sí, señor! (*Sale.*)

OÑATE.—(*Tomando un estadillo de la mesa.*) Le he mandado llamar, padre, para decirle que voy a escribir al Virrey dándole cuenta de todo lo acontecido aquí hasta el momento presente, y al mismo tiempo le pediré que me permita traer los setenta y tres hombres y el diverso material que me faltó para cumplir con mis capitulaciones.

PADRE COMISARIO.—El señor Virrey quedará muy satisfecho...

OÑATE.—Le digo esto porque Villagrá y Farfán serán quienes lleven la carta al Virrey, e irán al frente de los veinte hombres que conducirán a los prisioneros hasta México; y quiero que usted me proporcione los nombres de los dos religiosos que deberán acompañar la expedición.

PADRE COMISARIO.—Señor gobernador, tratándose de esa cuestión creo que debo poner en primer lugar mi propio nombre, para que...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole.*) Padre, no creo que deba usted molestarse en hacer un viaje que puede durar varios meses...

PADRE COMISARIO.—(*Con rapidez.*) No, no es ninguna molestia, señor gobernador. (*Pausa.*) Me llevaré conmigo al padre Salazar, si usted no tiene inconveniente.

OÑATE.—Como usted disponga. Ya sabe usted que no quiero inmiscuirme en los asuntos...

PADRE COMISARIO.—¿Cuándo saldremos?

OÑATE.—Pues tan pronto estén hechas las argollas para que los prisioneros puedan ser conducidos con seguridad. (*Pausa.*) Opino que en

quince días lo tendremos todo resuelto, aunque esto no se lo puedo afirmar con total...

PADRE COMISARIO.—(*Con rapidez.*) ¿Va a mandar también a los mutilados?

OÑATE.—(*Mirando el estadillo.*) No, no; los 424 mutilados se quedarán aquí. No podrían resistir el viaje...

PADRE COMISARIO.—(*Con rapidez.*) Serían de gran utilidad en los telares de...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole y con firmeza.*) No, no podrían resistir el viaje. (*Pausa y mirando el estadillo.*) Mandaré los 102 niños, menores de doce años, para los conventos de Ciudad de México; y los 141 jóvenes, menores de veinticinco años, para servicios domésticos en Zacatecas. (*Dejando el estadillo sobre la mesa.*)

FARFÁN.—(*Entrando.*) ¡General, doña Eufemia y el capitán Villagrá vienen hacia aquí!

OÑATE.—Está bien, Farfán. (*Al Padre Comisario.*) Ordene al padre Vergara que dentro de diez minutos venga a darme la Comunión; y usted vaya confeccionando con calma la relación de todo lo que necesite para la marcha...

PADRE COMISARIO.—Así lo haré, señor gobernador. ¡Quede con Dios! (*Sale.*)

OÑATE.—¡Vaya con Dios! (*Deja el rosario sobre la mesa.*) ¡Farfán, trae las cantimploras!

FARFÁN.—¡Sí, señor! (*Sale por la puerta de la derecha y aparece al momento con dos cantimploras nuevas que deja sobre la mesa.*)

DOÑA EUFEMIA.—(*Entrando seguida de Villagrá.*) ¡Señor de Oñate!

OÑATE.—(*Besándole la mano.*) ¡Querida amiga! (*A Villagrá.*) ¡Gaspar! (*Pausa.*) ¡Acercaos todos! (*Cogiendo las cantimploras y quitándoles los tapones.*) Estas dos cantimploras son iguales a las que se entregarán al Padre Comisario y al padre Salazar. (*Pausa.*) Sólo hay cuatro iguales en San Juan; pero estas dos tienen aquí dentro una pequeña muesca que las distingue

de las otras. (*Pausa y mostrándoselas.*) En el momento oportuno, doña Eufemia citará en el almacén a todos los que vayan a partir hacia México, y allí entregará las cuatro cantimploras, cuidando que vosotros recibáis éstas y los misioneros las otras dos. (*A Farfán, entregándole las cantimploras.*) ¡Guárdalas de nuevo!

FARFÁN.—¡Sí, señor! (*Farfán sale por la puerta de la derecha con las cantimploras y aparece a los pocos segundos.*)

VILLAGRÁ.—¿Pero ya es seguro de que quiere venir él y su inseparable padre Salazar?

OÑATE.—Sí, es seguro. Acaba de pedírmelo ahora mismo. (*Pausa.*) Como verás no me equivocaba al pensar que...

DOÑA EUFEMIA.—¿Realmente es necesario todo esto, don Juan?

OÑATE.—A eso, mi querida amiga, debo responderle que prefiero excederme en las precauciones a tener que lamentarme luego inútilmente. (*Pausa.*) Acabo de hablarle a este personaje con toda la claridad posible y ha dado la callada por respuesta. Es decir, no se ha querido dar por enterado de que estoy en guardia.

DOÑA EUFEMIA.—¿Pero no le han afectado las ejecuciones...?

OÑATE.—(*Con rapidez.*) No lo suficiente. (*Pausa.*) Pero de lo que sí estoy convencido es de que las utilizaré para apoyar sus quejas.

VILLAGRÁ.—Juan, te repetiré lo que te dije ayer: ¿no corremos un riesgo innecesario dejando que vaya a México el Padre Comisario?

OÑATE.—Ya hemos hablado de eso...

DOÑA EUFEMIA.—(*Con rapidez.*) Sí, don Juan; ¿por qué no se envía una pequeña patrulla para recoger los refuerzos?

OÑATE.—No insistáis. Ya os he dicho muchas veces que no nos podemos quedar con tantos prisioneros. No tenemos provisiones para atender...

VILLAGRÁ.—(*Con rapidez.*) Está bien, Juan, está bien. Si tú crees que eso es lo acertado, así lo haremos. (*Pausa.*) Y entrando en detalles; estás seguro de que en el camino de ida van a intentar comprarnos...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole.*) Sí, totalmente seguro; en el camino de ida van a intentar compraros a ti y a Farfán, ya que vosotros seríais los que respaldaríais sus quejas y acusaciones. (*Pausa.*) Y lo que os pido es que os resistáis, pero que acabéis fingiendo venderos primero tú y mucho más tarde Farfán. Es necesario que lo hagáis así porque tenéis que terminar el viaje conociendo algunas de sus intenciones, ya que serán los únicos datos que tendréis para moveros en Ciudad de México; y según lo que hayáis averiguado así podréis redactar el informe definitivo en los pliegos en blanco que os entregaré firmados. (*A Farfán.*) Prepara los perros apaches y forma las hileras hasta el álamo mayor de la plaza.

FARFÁN.—¡A la orden, general! (*Toma la pértiga que está al lado de la puerta y sale.*)

VILLAGRÁ.—Juan, yo creo que...

OÑATE.—(*Con rapidez y firmeza.*) Gaspar, no pienses más en ello. Todo se hará como habíamos planeado. (*Pausa.*) Enteraos bien de estas dos cosas: en primer lugar tengo que sacar de aquí parte de los prisioneros, y, en segundo, tengo que recibir el refuerzo de esos setenta y tres hombres.

DOÑA EUFEMIA.—Pero para eso no hace falta que vaya el Padre Comisario...

OÑATE.—(*Interrumpiéndola y con firmeza.*) Mi querida amiga, hace falta que vaya el Padre Comisario porque quiero enterarme de lo que piensa; porque quiero conocer con precisión quiénes son sus contactos aquí, en San Juan; y porque quiero saber con qué apoyos cuenta en Ciudad de México...

DOÑA EUFEMIA.—(*Con rapidez.*) Pero, ¿y si no consigue saber...?

OÑATE.—(*Con estudiada calma.*) Algo se conseguirá, mi querida amiga. Confío en Gaspar y Farfán; tienen más de dos meses de viaje por delante...

DOÑA EUFEMIA.—(*Interrumpiéndole y con ansiedad.*) Pero aunque consiga lo que usted pretende, eso no evitará las confidencias malintencionadas que puedan hacer una vez llegados a México.

OÑATE.—(*Con aplomo.*) Doña Eufemia, eso también está previsto. (*Pausa y en tono amenazador.*) En realidad, mi querida amiga, el Padre Comi-

sario y el Padre Salazar tienen dos únicas opciones: o dan totales garantías de que se comportarán con la honradez que requieren sus hábitos, cosa que dudo, o abandonarán definitivamente este mundo de miserias antes de llegar a México, que será lo más probable.

DOÑA EUFEMIA.—(*Temblándole la voz.*) ¡Por Dios, don Juan! (*Pausa.*) ¿Y no sería mejor hablar francamente con ellos...

OÑATE.—(*Con firmeza.*) No; porque no obran por su cuenta. (*Pausa, y con repugnancia.*) Son unos mandados y quiero saber quién los dirige. (*A Villagrà.*) Necesito refuerzos y necesito noticias; por eso me deberás traer una relación de todos los que indispusieron al nuevo Virrey en contra mía; y quiero también que te enteres con pelos y señales de todo lo que se refiera a la expedición de Vizcaíno, y especialmente de aquello que tenga relación con el estrecho de Anián.

VILLAGRÀ.—Así se hará, Juan; aunque sobre la búsqueda de Anián ya sabes que...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole y con extrañeza.*) ¿Qué? ¿Qué sé? (*Pausa y con firmeza.*) ¿Todavía dudas de que exista Anián? ¿Todavía no crees que por el Norte se puede pasar del Pacífico al Atlántico? (*Pausa.*) Tú mismo revisaste la documentación que mandó recopilar doña Eufemia y admitiste que no podía ser más exhaustiva...

VILLAGRÀ.—(*Conciliador.*) Juan, no dudo de que la documentación que se ha recopilado sea la más completa...

DOÑA EUFEMIA.—(*Interrumpiéndole y con firmeza.*) ¿Entonces de qué duda, capitán?

VILLAGRÀ.—(*Conciliador.*) Doña Eufemia, dudo de los resultados. (*Pausa.*) Y pienso que, hasta el momento presente, ni uno solo de los mitos aireados en América se ha convertido en realidad.

DOÑA EUFEMIA.—(*Con suficiencia.*) ¿Mitos? ¡Anián y Quivira no son mitos, capitán!

OÑATE.—(*Conciliador.*) Mira Gaspar; de todo lo que se ha dicho en América sólo hay dos cosas que, actualmente, quedan en pie: el estrecho de Anián y el reino de Quivira. Del primero tenemos noticias escritas y del segundo referencias de primera mano...

VILLAGRÁ.—(*Con calma.*) Juan, tú sabes que esas "noticias escritas" han sido redactadas, en muchos casos, por personas incompetentes...

OÑATE.—(*Asintiendo con la cabeza.*) Sí, por personas incompetentes y que no han estado en América; pero tú sabes muy bien que yo no hago caso de...

FARFÁN.—(*Entrando.*) ¡General, los perros están preparados!

OÑATE.—¿Cuántos has dispuesto?

FARFÁN.—¡Catorce, general!

OÑATE.—¿Aguantan bien las pértigas, Farfán?

FARFÁN.—¡Sí, señor; muy bien!

OÑATE.—¿Has mandado retirar la red de la boca de la estufa?

FARFÁN.—Sí, señor; ya se ha retirado.

OÑATE.—¿Está todo lo demás dispuesto?

FARFÁN.—Sí, señor; todo está dispuesto.

OÑATE.—Entonces da la orden a mi criado Juanillo de que se asome a la escotilla de la cueva y les tire dos cuerdas con los lazos hechos; que introduzca después la escalera de mano y, a continuación, que les vuelque el cesto de serpientes sobre sus cabezas. (*Pausa.*) ¡Ya verás como esta vez sí que salen!

FARFÁN.—¡Sí, general!

OÑATE.—¡Nada más! ¡Vuelve a informarme!

FARFÁN.—¡A la orden, general!

OÑATE.—(*Con mucha calma.*) Volviendo a lo de antes, Gaspar; te decía que no hago caso de los informes emanados de personas que no tienen una preparación adecuada...

VILLAGRÁ.—(*Conciliador.*) El que yo diga que dudo de los resultados, no quiere decir que...

DOÑA EUFEMIA.—(*Con firmeza y alzando la voz.*) ¡Capitán Villagrá! (*Pausa.*) Nos hemos asentado aquí, en San Juan, porque creemos que es el punto equidistante entre Anián que está al Oeste y Quivira que está al Este. (*Pausa.*) El señor de Oñate no está aquí dudando si existen o no Anián y Quivira; está aquí para vigilar que nadie, antes que él, llegue por tierra a esos lugares. (*Pausa.*) ¿Si existen Anián y Quivira? ¡Eso es seguro! Lo que tenemos que hacer nosotros es descubrirlos y tomar posesión de ellos; y, especialmente de Anián, antes de que llegue la expedición naval de Vizcaíno.

OÑATE.—Exacto, mi querida amiga. (*Pausa.*) Si existe un paso por el Sur tiene que haber otro por el Norte; ya que desde las exploraciones de Esteban Gómez se sabe con toda certeza que América es una isla.

VILLAGRÁ.—Sin embargo, Gómez no encontró el paso del Atlántico al Pacífico...

OÑATE.—(*Con rapidez.*) Es cierto; no lo encontró. Pero cincuenta años después, es decir en 1574, tú sabes muy bien que México se estremeció porque se creía que había en el Pacífico veintisiete navíos extranjeros; y que el mismísimo Fernández Ladrillero dijo entonces que un piloto inglés le había dicho que había estado dentro del paso...

VILLAGRÁ.—(*Interrumpiéndole.*) Pero, Juan, eso lo han dicho muchos...

DOÑA EUFEMIA.—(*Interrumpiéndole y con firmeza.*) ¡No, capitán, no! Ya no se puede refugiar uno en eso de que "todos hablan de Anián pero nadie lo ha visto". Eso ya no es posible, capitán; porque desde 1580, en que Bourne publicó su *Regimiento del mar*, la existencia de Anián ha quedado totalmente demostrada. (*Pausa.*) Ese sabio personaje relata con toda la minuciosidad posible como el capitán Frobisher penetró en el Pacífico por un paso que bautizó con su nombre, y asegura que se trata del tan buscado estrecho del Noroeste, y que dista de Quinsay no más de 400 a 500 leguas...

OÑATE.—(*Asintiendo con la cabeza.*) Y por si esto no fuera suficiente, las últimas noticias confirman que también John Davies ha utilizado el paso. (*Pausa.*) Como puedes ver Anián ya ha sido descubierto, y lo

que nosotros tenemos que hacer es asentarnos en la desembocadura del Pacífico, antes de que lo hagan otros, e impedir el flujo de navíos extranjeros.

FARFÁN.—(*Entrando.*) ¡Orden cumplida, general!

OÑATE.—¿Han salido?

FARFÁN.—¡Sí, señor; han salido!

OÑATE.—¿Con las cuerdas en las manos?

FARFÁN.—¡Sí, señor!

OÑATE.—¿Están las hileras formadas hasta el álamo?

FARFÁN.—¡Sí, señor!

OÑATE.—¿Están presentes las mujeres y los niños?

FARFÁN.—¡Sí, señor!

OÑATE.—¿Está preparada la carreta al pie del álamo?

FARFÁN.—¡Sí, señor!

OÑATE.—Que se encaramen dos hombres en el álamo para que aten las cuerdas y eviten que esos dos cobardes se puedan subir por él. (*Pausa.*) Farfán, tienen que llegar vivos y deben escoger entre ahorcarse ellos mismos o que les despedacen los perros apaches. ¿Entendido?

FARFÁN.—¡Sí, señor!

OÑATE.—(*A Villagrá.*) Y tú haz constar que esto sucede a las diez y media del 15 de febrero de 1599. ¡Quiero que los datos sean lo más exactos posible, Gaspar!

VILLAGRÁ.—Así se hará constar, Juan.

OÑATE.—(*A Farfán.*) Comunica al Sargento Mayor la orden de que comience la operación.

FARFÁN.—¡A la orden, general! (*Al salir casi se tropieza con el Padre Comisario.*) Padre Comisario!

PADRE COMISARIO.—(*Entrando y sin hacer caso a Farfán.*) ¡Señor gobernador!

OÑATE.—¡Padre Comisario!

PADRE COMISARIO.—(*Muy nervioso.*) Vengo a darle la Comunción, señor gobernador.

OÑATE.—(*Con estudiada sorpresa.*) Pero yo le dije a usted que viniese el padre...

PADRE COMISARIO.—(*Con rapidez y bajando la voz.*) El padre Vergara y el padre Salazar están al pie del álamo para atender a esos desgraciados...

OÑATE.—(*Con estudiada calma.*) ¿Pero eso no lo debía hacer usted, padre?

PADRE COMISARIO.—(*Con humildad.*) No es necesario que sea yo...

OÑATE.—(*Irritándose.*) Veo que el padre Vergara ha preferido...

PADRE COMISARIO.—(*Con rapidez y bajando más la voz.*) No; no es eso, señor...

OÑATE.—(*Alzando la voz y con irritación.*) Padre Comisario, cuando salga de San Juan llévese con usted al padre Vergara y procure que se quede en México; aquí no hay sitio para la indisciplina. (*Pausa.*) ¡Deme la Comunción!

PADRE COMISARIO.—(*Bajando la cabeza y con humildad.*) Como usted lo ordene, señor gobernador.

(*El Padre Comisario saldrá por la puerta de la derecha y aparecerá al instante con un cáliz en sus manos. Mientras esto ocurre todos se han arrodillado en el centroabajo del escenario, quedando de perfil a los espectadores por este orden: Oñate, doña Eufemia y Villagrá.*)

PADRE COMISARIO.—(*En alta voz.*) ¡Oración! (*Pausa.*) Señor, haced de mí un instrumento de tu paz.

OÑATE.—(*Repitiendo.*) Señor, haced de mí un instrumento de tu paz.

(*Se comienzan a oír los ladridos de los perros apaches azuzados por las pértigas.*)

PADRE COMISARIO.—Que donde haya odio.

OÑATE.—(*Contestando.*) Yo ponga amor.

(*La jauría está más cerca. Los perros ladran y gruñen.*)

PADRE COMISARIO.—Que donde haya ofensa.

OÑATE.—(*Contestando.*) Yo ponga perdón.

PADRE COMISARIO.—Que donde haya duda.

OÑATE.—(*Contestando.*) Yo ponga fe.

(*La jauría está más cerca. Los perros ladran y gruñen con más fuerza.*)

PADRE COMISARIO.—(*Elevando la vista al cielo.*) ¡Señor, Señor!

OÑATE.—(*Con mucho recogimiento.*) Señor, Señor: haced que quiera más consolar que ser consolado; comprender que ser comprendido, y amar que ser amado.

(*La jauría está ya en la plaza. Los perros ladran, gruñen y braman; y los dos aco-
meses que van delante gritan aterrados.*)

PADRE COMISARIO.—(*Elevando la hostia.*) "Corpus Domini nostri Jesu Christi custodiat animam tuam in vitam aeternam. Amen"

OÑATE.—(*Comulgando con mucho recogimiento.*) ¡Amén!

(*La jauría está prácticamente delante de la puerta del despacho-capilla de don Juan de Oñate. Los perros ladran, gruñen, braman y rugen. Los dos aco-
meses gritan aterrados, y baja lentamente el*

Telón.)

ACTO TERCERO

Escenario:

(El mismo que en el acto anterior.)

★ ★ ★

Fecha:—24 de diciembre de 1600.

Lugar:—San Juan de los Caballeros (Provincia de Nuevo México).

Hora:—Diez de la mañana.)

★ ★ ★

(Al alzarse el telón se oye música de chirimías, pífanos y tambores, que cesará tan pronto aparezcan en escena don Juan de Oñate y don Gaspar Pérez de Villagrà.)

OÑATE.—*(Entrando seguido de Villagrà.)* ¡Ven, ven y caliéntate! *(Quitándose el almete y la capa y dejándolos sobre el sillón.)* ¡Dame, dame la capa y el almete! *(Toma la capa y el almete de Villagrà y los coloca encima de los suyos.)* ¡Acércate, acércate al fuego!

VILLAGRÀ.—*(Poniéndose ante la chimenea y frotándose las manos.)* Sí, sí; falta me hace.

OÑATE.—¡Mucho has tardado! *(Pausa.)* ¡Año y medio esperándote!

VILLAGRÀ.—No pude llegar antes, Juan; no pude. Ya ves que, incluso, hemos caminado durante esta noche para...

OÑATE.—Los dos hombres que me enviaste llegaron hace tres días y me dieron el "Sin novedad". ¿Qué es lo que ha pasado, Gaspar?

VILLAGRÁ.—Te he hecho un largo informe que te entregaré tan pronto hayas pasado la revista...

OÑATE.—(*Con rapidez.*) Deja a un lado las formalidades y dime lo que ha...

VILLAGRÁ.—(*Interrumpiéndole.*) Lo que ha pasado es que estábamos equivocados en muchas cosas, Juan...

OÑATE.—(*Con rapidez.*) ¡Explícate! Comienza desde el principio...

VILLAGRÁ.—El viaje de ida fue como tú dijiste...

OÑATE.—¿Intentaron compraros?

VILLAGRÁ.—Sí, sí; lo intentaron. Lo intentaron y Farfán pagó las consecuencias.

OÑATE.—(*Con sorpresa.*) ¿Farfán? ¿Qué le ha pasado? ¿Por qué no ha venido?

VILLAGRÁ.—(*Bajando la voz.*) A Farfán le envenenaron, Juan.

OÑATE.—(*Con sorpresa e irritación.*) ¿Qué le envenenaron...?

VILLAGRÁ.—Sí, le envenenaron, Juan; pero no te preocupes...

OÑATE.—(*Alzando la voz.*) ¿Cómo está Farfán?

VILLAGRÁ.—Bien, bien; pero no puede mover el brazo derecho.

OÑATE.—¿Quiénes fueron los...?

VILLAGRÁ.—(*Interrumpiéndole.*) ¡Quiénes van a ser! (*Pausa.*) Fueron los que tú sabes. Farfán se resistió un poco más de lo acordado, y ellos debieron de pensar que teniéndome a mí de su parte ya era suficiente...

OÑATE.—¿Y no pudiste hacer nada...?

VILLAGRÁ.—(*Con tristeza.*) No, Juan, no pude hacer nada. Farfán se descuidó. (*Pausa.*) Fue durante la cena y cuando más cansados estábamos; pero tan pronto vi que se sentía indispuerto, mandé cambiar las cantimploras mientras lo llevábamos al carro y le daban la Extremaunción...

OÑATE.—¿Se las cambiaste a los dos?

VILLAGRÁ.—(*Con rapidez.*) Sí, sí, a los dos. (*Pausa.*) Una hora después, mientras yo atendía al moribundo Farfán, se pusieron enfermos el padre Comisario y Salazar...

OÑATE.—¿Y qué...?

VILLAGRÁ.—(*Sin oír a Oñate.*) Salazar murió a las dos horas y el padre Comisario perdió el juicio, y lo único que hacía era abrirse la boca con sus temblorosas manos. (*Pausa.*) Al llegar a Zacatecas se hicieron cargo de él los franciscanos, y las últimas noticias que tengo son que sigue en el mismo estado.

OÑATE.—Bien sabe Dios que ellos se lo buscaron. (*Pausa.*) ¿Qué es lo que pensaron los demás?

VILLAGRÁ.—El padre Vergara se encargó de hacer un gran entierro, y decir que el agua bebida por Farfán y los misioneros procedía de una charca envenenada por hojas de pita podridas...

OÑATE.—(*Con ansiedad.*) ¡Sí, sí! Pero ¿qué pensaron...?

VILLAGRÁ.—Todos sintieron mucho la desgracia; y yo ordené, en el mismo funeral, que se vertiese toda el agua tomada de la charca...

OÑATE.—(*Con ansiedad.*) ¿Pero nadie dio a entender...?

VILLAGRÁ.—(*Con calma.*) Nadie dijo nada, Juan. Nadie podía decir nada. Todos sabían que el padre Vergara no era de tu agrado y que había sido expulsado de Nuevo México; y si él decía que había sido el agua...

OÑATE.—(*Con más ansiedad.*) ¿Ni la más mínima...?

VILLAGRÁ.—(*Con mucha calma.*) Ni la más mínima sospecha, Juan. (*Pausa.*) Farfán también estaba a las puertas de la muerte y era amigo tuyo...

OÑATE.—(*Con firmeza.*) Ya ves, Gaspar, que el enemigo no descansa. (*Pausa.*) Ellos se lo buscaron. Nosotros respondimos a la agresión con la agresión y por ello quedamos amparados en el derecho a la propia defensa.

VILLAGRÁ.—Eso está claro, Juan. Se trataba de ellos o de nosotros (*Pausa.*) El que introdujese al padre Vergara en la expedición fue definitivo; ya que todos confiaron en él, y el propio Virrey le ha encargado de la correspondencia que traemos para ti.

OÑATE.—(*Con tono alegre.*) Perfecto, Gaspar, perfecto. (*Pausa y alzando la voz.*) ¡Sargento Mayor!

ZALDÍVAR.—(*Entrando.*) ¡General!

OÑATE.—Que el padre Vergara esté dispuesto para la "*Presentación*".

ZALDÍVAR.—¡Sí, señor! (*Sale.*)

OÑATE.—¿Llevaba el Padre Comisario algo encima?

VILLAGRÁ.—Sí, llevaba dos cartas para el Virrey firmadas por Aguilar y Sosa.

OÑATE.—(*Con extrañeza.*) ¿Firmadas con sus propios nombres?

VILLAGRÁ.—Sí, sí; con sus propios nombres. (*Pausa.*) Eran denuncias formales.

OÑATE.—¿Las tienes...?

VILLAGRÁ.—(*Con rapidez.*) No, no; las quemé. No quería...

OÑATE.—Bien hecho, bien hecho. ¿Qué decían?

VILLAGRÁ.—Las cartas eran casi iguales, y las dos comenzaban echándote la culpa de la muerte del Maestro de Campo...

OÑATE.—(*Extrañado y con desprecio.*) ¿Sí? ¿Y se puede saber en que fundaban...?

VILLAGRÁ.—Fundaban su acusación en que no debías haber salido de San Juan hasta que hubiese regresado el Sargento Mayor de la expedición que hizo hacia el Este, y que una vez analizados los resultados, es cuando deberías haber salido con el Maestre de Campo hacia el Oeste; pero que no esperaste la llegada del Sargento Mayor, porque querías ser tú el que descubrieses el estrecho de Anián y el lago de oro que había buscado hace años Espejo; que tu deseo de oro y gloria para convertirte en el nuevo Hernán Cortés, era tan fuerte que dejaste al maestre solo en San Juan, y que al querer unirse a ti más tarde tropezó con Acoma, donde su nula experiencia militar le llevó a cometer los errores que terminaron con la vida de doce de los nuestros...

OÑATE.—(*Con repugnancia.*) ¡Ya, ya! ¡Así de simple! (*Pausa.*) Aquí no hay nada más que hacer que ir de un lado para otro. No hay indios; no hay que inspeccionar poblados; no hay que buscar salinas; no hay que hacer nada de nada. Lo que tengo que hacer es esperar sentado a que me entreguen los lingotes de plata por los que tanto suspiran ellos y sus secuaces. ¡Sigue, sigue!

VILLAGRÁ.—Decían también que la destrucción de Acoma se pudo haber evitado, pero que tú preferiste arrasarla porque querías gobernar por el terror tanto a los indios como a nosotros. (*Pausa.*) Que el castigo a Acoma fue desproporcionado, y que los acomeses lo único que hicieron fue defenderse de ser sacrificados, como lo demostraban las ejecuciones posteriores y los más de doscientos prisioneros arrojados desde los peñoles de Acoma...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole y con ironía.*) ¿Algo más de interés?

VILLAGRÁ.—Sí, hay algo más. (*Pausa.*) Sosa decía que no enterraste bien los pies mutilados de los indios para que los descubriesen los perros apaches...

OÑATE.—(*Con ira.*) ¡Santo Dios! ¡Eso fue un accidente. Eso fue un accidente y el culpable fue castigado...!

VILLAGRÁ.—(*Conciliador.*) Sí, ya lo sé, Juan; pero él lo presentaba como algo premeditado, diciendo que tú mismo lo habías mandado...

OÑATE.—(*Con repugnancia.*) ¡Basta, Gaspar, basta! ¡Ya ves lo que ocurre cuando no se cortan las cabezas que se tienen que cortar! ¿Cómo se pueden decir tantas...?

VILLAGRÁ.—(*Bajando la voz.*) Las cartas fueron quemadas, Juan...

OÑATE.—(*Alzando la voz y marcando las palabras.*) No sólo hay que estar prevenido para todo, sino que hay que cortar las cabezas cuando se tienen que cortar. (*Pausa.*) ¿Algo más?

VILLAGRÁ.—Nada de interés. (*Pausa.*) Aguilar insistía varias veces en que querías tener a tu sola disposición a todos los misioneros para presumir de tus conocimientos bíblicos; y que las cuestiones de gobierno las habías dejado en manos del Maestro de Campo y del Sargento Mayor, que eran dos mozalbetes inexpertos...

OÑATE.—(*Mascando las palabras.*) ¡Ya, ya...!

VILLAGRÁ.—Terminaba la carta diciendo que su vida peligraba gravemente, y que ya habías mandado matar a Salado.

OÑATE.—¿Se hacía referencia a alguna persona de México?

VILLAGRÁ.—A ninguna. Eran dos denuncias dirigidas al Virrey...

OÑATE.—Y se supone que, una vez en manos del Virrey, serían debidamente glosadas por el Padre Comisario...

VILLAGRÁ.—(*Asintiendo con la cabeza.*) Por el Padre Comisario y sus protectores.

OÑATE.—¡Exacto, Gaspar, exacto! (*Pausa.*) Entonces piensas que la columna que has traído tiene "gusano".

VILLAGRÁ.—(*Con firmeza.*) Sí, tiene "gusano", Juan.

OÑATE.—¿Y no sabes quien puede ser?

VILLAGRÁ.—No, no lo sé. Por mucho que el padre Vergara y yo hemos intentado averiguar quién pudiese ser, todo ha resultado inútil. (*Pausa.*) Pero sabiendo que Aguilar y Sosa son los responsables...

OÑATE.—(*Con tono amenazador.*) A esos dos pollos les puse grilletes tan pronto como recibí tu "Sin novedad". (*Señalando hacia la chimenea.*) Están detrás de ese tabique, bajo estricta vigilancia de mis criados negros. (*Pausa.*) Te habrás dado cuenta de que ya hemos cambiado el asentamiento a la otra parte del río...

VILLAGRÁ.—Sí, sí; ya me he dado cuenta...

OÑATE.—Estamos levantando San Gabriel de los Españoles según los planos que hicimos antes de tu salida; y decidí recibir aquí la expedición porque no quiero manchar de sangre el recinto de la que ya es la capital de Nuevo México. (*Pausa.*) Y con el pretexto de que quiero pasarles revista después de tu informe...

VILLAGRÁ.—(*Asintiendo con la cabeza.*) Con ese pretexto has prohibido que los hombres rompan la formación y las mujeres bajen de los carros.

OÑATE.—¡Exacto! Que esperen media hora; yo he esperado año y medio hasta ver llegar estos refuerzos. (*Pausa.*) ¿Por qué has tardado tanto?

VILLAGRÁ.—He tardado tanto en volver, porque se me pusieron todo tipo de obstáculos para retrasar mi salida. (*Pausa.*) Al principio todo fue muy bien y el padre Vergara en persona llevó a Ciudad de México tu carta e informe, los cuales fueron remitidos a España con una nota favorable del propio Virrey. Todo parecía funcionar magníficamente y por ello me apresuré cuanto pude en reunir los hombres y el material, de manera que ya el día primero de octubre me pasaba revista de todo Juan de Gordejuela; y fue precisamente ese día cuando me di cuenta de que mi salida sería muy difícil; pues el tal Gordejuela me puso todo género de dificultades; tanto es así que ya había pensado venirme solamente con el pelotón y traer lo que buenamente pudiésemos a lomos de nuestros caballos, y cuando estaba a punto de hacerlo y más desesperaba de todo, se presentó ese personajillo y sin comprobar nada de lo facturado me dio el visto bueno; y así el cinco de septiembre, casi un año más tarde de la primera revista, emprendí el viaje de regreso...

OÑATE.—¿Qué causas aducía para...?

VILLAGRÁ.—Las normales cuando hay mala fe, Juan. (*Pausa.*) Cualquiera cosa; desde la calidad de los carros hasta la juventud de algunos de los alistados, pasando por los tipos de armas y la cantidad del ganado...

OÑATE.—¿Y tú cuales crees que eran las verdaderas razones?

VILLAGRÁ.—Yo creo que, la razón fundamental para no darme la salida, era que los protectores del Padre Comisario necesitaban tiempo para ver si se recuperaba...

OÑATE.—Y les podía dar noticias de lo que aquí ocurría, ¿no?

VILLAGRÁ.—Sí, Juan; eso...

OÑATE.—Está bien, Gaspar, está bien. (*Pausa.*) ¿De cuántos hombres de los que has traído tienes referencias fiables?

VILLAGRÁ.—De la mitad aproximadamente, Juan.

OÑATE.—¿Y en cuántos confías?

VILLAGRÁ.—En todos menos en seis.

OÑATE.—¿Tienes sus nombres?

VILLAGRÁ.—Sí, aquí están escritos. (*Se saca del pecho una pequeña tarjeta y se la entrega.*)

OÑATE.—(*Alzando la voz.*) ¡Sargento Mayor!

ZALDÍVAR.—(*Entrando.*) ¡General!

OÑATE.—(*Entregándole la tarjeta.*) ¡Forma a estas personas en dos grupos y preparadas para dos arrastres!

ZALDÍVAR.—(*Recogiendo la tarjeta.*) ¡A la orden, general! (*Sale.*)

OÑATE.—¿Qué es eso de que todo es diferente de lo que pensábamos aquí, Gaspar?

VILLAGRÁ.—(*Con calma.*) Lo digo porque la expedición naval del general Vizcaíno era un engaño.

OÑATE.—(*Con sorpresa.*) ¿Qué dices? ¡Explícate!

VILLAGRÁ.—Te digo que la expedición de Vizcaíno no tiene nada que ver con lo que nosotros estamos haciendo aquí.

OÑATE.—¿Pero no salió a buscar el paso hacia el Atlántico...?

VILLAGRÁ.—(*Con rapidez.*) No, Juan, no; la expedición de Vizcaíno llegó tan sólo hasta los 29^o.

OÑATE.—¿Sólo hasta los 29^o? ¿Estás seguro?

VILLAGRÁ.—Totalmente; y lo único que ha hecho ha sido establecer una colonia en el mar de Cortés y recoger perlas.

OÑATE.—(*Alzando la voz, e irritándose.*) ¿Quieres decirme que la pomposa expedición naval de Vizcaíno, por la cual tuve que esperar meses y meses, perdiendo mi crédito y dinero en la frontera, se reducía realmente a eso, a recoger perlas?

VILLAGRÁ.—Sí, Juan; a pescar perlas y, supuestamente también, a trazar las costas de California.

OÑATE.—(*Con irritación.*) ¡Pero eso no es posible, Gaspar! Tú sabes que conseguí una copia del asiento que Vizcaíno hizo con el anterior Virrey en 1593, y los puntos...

VILLAGRÁ.—Sí, sí; pero...

OÑATE.—(*Sin oír a Villagrá.*) Y los puntos eran claros. Vizcaíno tenía que explorar la costa desde el Puerto de la Navidad hasta lo más al norte posible de las Californias, por tenerse noticias de que allí había perlas y grandes bancos de pesca; pero también tenía que explorar la tierra adentro por saberse con certeza que los indios de esas zonas tenían como adornos objetos de plata y oro; y además también llevaba varias piezas de artillería para ser emplazadas en el fuerte que debía construir en la costa, y que tenía que estar situado de manera que por un lado sirviese como base a los navíos procedentes de Manila, y por otro vigilase el tráfico de navíos por el estrecho de Anián.

VILLAGRÁ.—Esto último no consta por escrito...

OÑATE.—(*Con rapidez.*) Ya sé que esto último no obra por escrito; pero no me negarás que esa era la opinión unánime en México al partir Vizcaíno. (*Pausa.*) Si sólo salió para recoger perlas, ¿por qué se revocó, antes de tiempo, la licencia que por diez años tenía la empresa Santotis para hacer lo mismo?

VILLAGRÁ.—(*Bajando la voz.*) Pero, Juan ese asiento...

OÑATE.—(*Alzando la voz.*) No, no sigas; ya sé que me vas a decir que el asiento de 1593 se vino abajo; y yo lo que te contesto es que el que fir-

mó a continuación con el nuevo Virrey sigue fielmente los puntos del primero; y aunque no tengo copia literal, sí que logré hacerme con un resumen en el que se ve implícito el asentamiento en la costa y el descubrir Anián...

VILLAGRÁ.—(*Bajando la voz.*) Juan, yo me limito a contarte lo que...

OÑATE.—(*Alzando la voz.*) Y yo lo que quiero es dejar las cosas claras, Gaspar. (*Pausa.*) ¿Cómo un experto en las rutas del Pacífico, como Vizcaíno, va a ir a buscar un puerto de refugio para los navíos de Filipinas en el mar de Cortés? (*Pausa.*) ¿Qué se dice de todo esto en México?

VILLAGRÁ.—(*Con calma.*) De esto nada, Juan, nada. (*Pausa.*) Lo que se piensa en México es que el nuevo Virrey no es dado a consentir que se formen camarillas en torno suyo; pero parece que se despreocupa de que las formen otros miembros de su gobierno, y eso ha dado lugar a que sucedan...

OÑATE.—(*Sentencioso.*) ¡Ya, ya! (*Pausa.*) Es el típico hombre honrado que le trae sin cuidado el mal que puedan hacer otros, mientras no lo haga él directamente. Esa clase de personajes se debería dar cuenta de que para ser honestos en sus puestos tendrían que vigilar más el cumplimiento de las órdenes que cursan; y no hacer caso omiso a que una expedición marina en vez de dirigirse en busca del estrecho de Anián se interne en el mar de Cortés, y que en vez de sobrepasar los 38° y 42°, que Cabrillo y Ferrello alcanzaron hace medio siglo, llegue tan sólo a los 29°. (*Pausa.*) Conocido esto, Gaspar, no me sorprende que Vizcaíno no haya disimulado lo más mínimo, y que mi campamento esté lleno de espías.

VILLAGRÁ.—(*Con calma.*) Cuando salía hacia aquí se me informó que Vizcaíno preparaba tres nuevos navíos en el puerto de Acapulco, con instrucciones concretas de alcanzar los 38°...

OÑATE.—(*Con sorpresa e irritación.*) ¿Otra expedición? ¿Por qué sólo hasta los 38°? ¿Por qué? (*Pausa.*) ¡Está totalmente claro que hasta esa latitud no encontrarán el estrecho de Anián!

VILLAGRÁ.—(*Con más calma.*) Porque, al parecer, lo que buscan en esta ocasión es realmente un puerto para el aprovisionamiento de los navíos de Filipinas; y con el fin de hacer un trazado exacto de la costa, se van a embarcar los cosmógrafos Gaspar de Alarcón y fray Antonio de la Ascensión.

OÑATE.—¿Y por qué no buscan el estrecho de Anián?

VILLAGRÁ.—A esa pregunta, Juan, sólo encuentro dos respuestas: o está muy al norte y no les es posible abordar esa empresa ahora, o no existe Anián.

OÑATE.—(*Con firmeza y alzando la voz.*) ¡Anián existe! ¡América es una isla y si hay un paso por el Sur, es forzoso que haya otro por el Norte!

VILLAGRÁ.—(*Con mucha calma.*) Juan, lo importante en todo esto es que si ellos creen que no pueden llegar ahora por mar a Anián, menos lo podremos conseguir nosotros por tierra.

OÑATE.—El problema, Gaspar, es que ya no me puedo fiar de lo que dicen que van a hacer. (*Pausa.*) No obstante, lo triste de la cuestión es que esto confirma, en cierto modo, el fracaso de la expedición que hizo el Sargento Mayor hacia el Suroeste mientras tú estabas en México; ya que después de mes y medio de marcha se tuvo que volver sin haber divisado la costa. (*Pausa.*) Estamos situados demasiado lejos del mar para poder llevar a cabo una detenida inspección por el litoral hasta la altura del paso de Anián...

VILLAGRÁ.—Juan, ya teníamos antes de venir aquí una idea aproximada de las "bondades" de esta región de Cíbola, y ahora hemos confirmado definitivamente que lo único que hay aquí son nueve meses de invierno y tres de infierno.

OÑATE.—Además el Sargento Mayor no encontró en su recorrido grandes agrupaciones de indios que pudiesen ser...

VILLAGRÁ.—(*Interrumpiéndole.*) Pues ya sabes lo que se dice, Juan: "no hay Indias sin indios".

OÑATE.—Cierto, cierto; pero yo no ceso de preguntarme el porqué fue tan grande la oposición a que yo entrase en estas tierras, donde se sabía que no había nada digno de mención. ¿Por qué?, me pregunto, ¿por qué? (*Pausa.*) Porque por el Suroeste acabamos de comprobar que no hay nada; por el Noroeste se encuentran las minas de plata que descubrió Farfán; por el Este el Sargento Mayor estuvo casi dos meses viendo exclusivamente apaches y vacas de Cíbola, y se tuvo que volver porque la pradera parecía no tener fin. (*Pausa.*) Y yo me vuelvo a preguntar de nuevo, ¿por qué tanta oposición a mi entrada?, ¿por qué tanta conspiración entre

mis hombres?, ¿por qué entre los hombres que acaban de llegar hay un traidor que quiere mi muerte?

VILLAGRÁ.—(*Bajando la voz.*) No tengo la respuesta, Juan...

OÑATE.—(*Con aplomo.*) ¡Yo tampoco! Pero lo que sí está claro es que no nos podemos quedar clavados en San Gabriel. (*Pausa.*) En esta entrada hemos puesto dinero todos y casi todos confían en mí; y si no nos es posible llegar a Anián por el Oeste, tendremos que ir hacia Quivira por el Este.

VILLAGRÁ.—(*Sorprendido.*) ¿A Quivira?

OÑATE.—(*Con firmeza.*) ¡Sí, a Quivira! ¿No estás de acuerdo?

VILLAGRÁ.—(*Conciliador.*) Sí, estoy de acuerdo; pero no puedo ocultar que me preocupan esas referencias "de primera mano", por las cuales has llegado a creer en la existencia de Quivira.

OÑATE.—¿Tienes alguna objeción que hacer?

VILLAGRÁ.—No, ninguna. Yo no...

OÑATE.—(*Con rapidez.*) No lo dices muy convencido. Eres la propia personificación de la duda. (*Pausa.*) No crees en Anián, a pesar de la completa documentación que hemos recopilado, porque, según tú, muchos de los que escribieron sobre este paso eran unos incompetentes; y ahora cuando las noticias que tenemos son de viva voz, dices que tampoco te...

VILLAGRÁ.—Perdona, Juan, perdona; pero es que los datos que tenemos de "viva voz" nos los han proporcionado exclusivamente criados indios, de los que no nos podemos creer todo lo que nos cuenten...

OÑATE.—Si no quieres venir, puedes...

VILLAGRÁ.—(*Con rapidez.*) No es eso, Juan, no es eso. (*Pausa.*) Comprende que todo empezó cuando el crédulo Nuño Guzmán, Presidente de la Audiencia de México, se dio cuenta de que las amazonas, que tanto habían estado buscando Grijalva y Cortés, no existían...

OÑATE.—(*Con irritación.*) ¿Pero qué tiene que ver eso ahora...?

VILLAGRÁ.—(*Con firmeza.*) Pues tiene que ver porque tan pronto Nuño Guzmán se quedó sin el mito de las amazonas, su criado Tejo le proporcionó otro, al decirle que en el Norte había siete ciudades que él había visitado cuando era niño, y que esas ciudades tenían casas de adobe adornadas con oro y metales preciosos. (*Pausa.*) Y, naturalmente, al ingenuo Guzmán le vino a la mente el mito de las "Siete Ciudades", que ya sabemos que no...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole y con firmeza.*) No, no mezclemos las cosas, Gaspar. En esa cuestión el culpable de todo fue fray Marcos de Niza, que dijo haber visto una de esas ciudades...

VILLAGRÁ.—Perdona, Juan, pero eso no es verdad; ya que fray Marcos hablaba por boca de sus criados, y él dijo que había visto a "gran distancia" lo que sus criados indios le contaban de "viva voz". (*Pausa.*) Y el caso fue que lo que dijo ese misionero impresionó muy vivamente a otros dos personajes tan crédulos como él: el Virrey Mendoza y Francisco Vázquez de Coronado...

OÑATE.—(*Con rapidez.*) Lo sé, Gaspar, lo sé; mi padre estaba allí y asesoró a Coronado, cuando se decidió a formar la expedición que entró en Cíbola.

VILLAGRÁ.—La expedición que resultó ser un fracaso total...

OÑATE.—(*Con rapidez.*) La expedición fracasó porque quedó claro que en Cíbola no estaban las "Siete Ciudades". Pero también hay que dejar patente que Coronado no llegó a Quivira, y es ahí donde nosotros...

VILLAGRÁ.—(*Con rapidez y firmeza.*) El dijo que había llegado a Quivira...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole y con irritación.*) El dijo que había llegado, porque no podía reconocer públicamente el fracaso absoluto de su expedición; pero un criado de mi padre que se...

VILLAGRÁ.—(*Conciliador e irónico.*) Lo ves, Juan; ya ha aparecido otro criado...

OÑATE.—(*Alzando la voz.*) ¡Escucha lo que te digo! (*Pausa.*) Un criado de mi padre, que se hallaba con Coronado, nos contó que cuando éste creía estar en Quivira, se presentó un indio santiguándose en latín y dicién-

doles que a pocos días de camino había ciudades amuralladas y hombres barbudos que tenían espadas, caballos y navíos...

VILLAGRÁ.—(*Con rapidez.*) Y entonces Coronado mandó a ese indio con mensajes a Quivira, pero el indio no volvió. (*Pausa.*) Como ves, Juan, todos nuestros datos proceden de los indios: el indio Tejo engaña a Nuño Guzmán; los criados de fray Marcos le engañan; el indio que se santigua en latín le dice a Coronado que a pocos días de camino hay europeos, y el criado de tu padre, indio también, nos dice que Coronado no llegó a Quivira. (*Pausa.*) Al menos me debes permitir que tome las precauciones...

OÑATE.—(*Alzando la voz.*) Gaspar, no simplifiques así las cosas. Aquí lo fundamental es que un criado de mi padre fue testigo de que un indio informó a Coronado de que a pocos días de...

VILLAGRÁ.—(*Interrumpiéndole.*) ¿Por qué no fue en persona en vez de mandar a un mensajero...?

OÑATE.—Por la sencilla razón de que todo esto ocurría a finales de agosto y tenía que retirarse antes de que llegase el invierno...

VILLAGRÁ.—¿Y por qué no volvió al año siguiente...?

OÑATE.—(*Con firmeza.*) ¡Eso lo sabes tú tan bien como yo! ¡No volvió porque tan pronto regresó a Zicuic cayó malherido en un torneo!

VILLAGRÁ.—(*Conciliador.*) Juan, siempre has pensado en Quivira como algo real; y yo, con estas objeciones que te hago, lo único que deseo es manifestarte mis dudas; pero si tu empeño es ir hacia el Este, yo te seguiré.

ZALDÍVAR.—(*Entrando y muy excitado.*) ¡Perdón, general!

OÑATE.—¿Qué pasa, Vicente?

ZALDÍVAR.—(*Con excitación contenida.*) Sosa ha intentado huir y los criados le han matado...

OÑATE.—(*Con sorpresa.*) ¿Matado? ¿Cómo ha podido ocurrir...?

ZALDÍVAR.—Se soltó las ligaduras de las manos y se arrojó contra...

OÑATE.—(*Con rapidez.*) ¿Logró salir del granero?

ZALDÍVAR.—No, no llegó ni a la puerta.

OÑATE.—¿Se quitó la mordaza...?

ZALDÍVAR.—(*Con rapidez.*) No, no le dieron tiempo.

OÑATE.—¿Alguien ha visto...?

ZALDÍVAR.—(*Con rapidez.*) No, nadie ha visto nada.

OÑATE.—(*Con estudiada calma.*) El procedimiento establecido seguirá su curso.

ZALDÍVAR.—¡Sí, señor!

OÑATE.—Da orden de que les aten a los dos de manos y codos, y vuelve a informarme.

ZALDÍVAR.—¡A la orden, general! (*Sale.*)

OÑATE.—(*Con aplomo y repugnancia.*) El capitán Sosa no se librará de la sentencia ni después de muerto. (*Pausa y con estudiada calma.*) Y siguiendo con lo que estábamos diciendo, Gaspar; quiero que te hagas cargo de que no nos queda otro camino que el de dirigirnos a Quivira.

VILLAGRÁ.—Si tú lo ordenas...

OÑATE.—(*Con firmeza.*) ¡Sí, lo ordeno! Marcharemos hacia Quivira tan pronto hayamos terminado de asentarnos en San Gabriel. (*Pausa.*) Y en realidad, creo que ahora está claro que lo que todos pretendían con la entrada en Nuevo México era llegar a Quivira. (*Pausa.*) Todos, absolutamente todos, tenían en sus mentes lo que le ocurrió a Coronado cuando tuvo que dar media vuelta y dejar sin descubrir aquello que pienso es Quivira, el reino de las altas murallas. (*Pausa.*) Ahora bien, para llegar a la rica Quivira había que pacificar antes el mísero Nuevo México, y esto es precisamente lo que todos esperaban que hiciese yo; y una vez que lo he hecho ya no les sirvo de nada y quieren quitarme de en medio, aprovechándose de mi esfuerzo. Por eso tengo el campamento lleno de espías, y por eso ha venido en esta columna la orden de mi ejecución. (*Pausa.*) Gaspar, ¿quiénes fueron los que hablaron mal de mí al nuevo Virrey?

VILLAGRÁ.—(*Con calma.*) Nuestro amigo Resa me contó que tan pronto desembarcó el Virrey, una tropilla de intrigantes le fue a recibir, y que mientras pasaba por Tlascala, La Puebla y Cholula le fueron haciendo acusaciones sobre tu persona...

OÑATE.—¿Y se puede saber quiénes eran esos hijos de Satanás?

VILLAGRÁ.—El me dijo que fueron Juan Bautista Lomas, el capitán Castaño, y algunos familiares de Bonilla y de Francisco de Urdiñola.

OÑATE.—(*Alzando la voz.*) Es decir, prácticamente todos los que pretendieron conseguir la entrada en estas tierras. ¿Y qué es lo que se supone que le dijeron al Virrey?

VILLAGRÁ.—(*Con calma.*) Pues las acusaciones más comunes, Juan. (*Pausa.*) Que no eras más que un ex-seminarista; que todas tus acciones guerreras se reducían a unas cabalgadas contra los chichimecas; que una empresa de esta envergadura no debía encomendarse a quien no estuviese preparado para realizarla; que todo lo que decías que pondrías en la entrada no lo cumplirías...

OÑATE.—Ya, ya...

VILLAGRÁ.—Que tus pretensiones eran desorbitadas...

OÑATE.—(*Interrumpiéndole.*) Que quería ser el nuevo Hernán Cortés...

VILLAGRÁ.—Sí, sí...

OÑATE.—(*Irritado e irónico.*) ¡Y que quería ser marqués! (*Pausa.*) ¿Nada más?

VILLAGRÁ.—Nada, nada más de interés, Juan.

OÑATE.—Pues veo que tienen muy poca imaginación. (*Pausa.*) ¿Qué tiene de malo haber estado en un seminario, Gaspar?

VILLAGRÁ.—Nada; yo mismo estuve en uno antes de ir a Salamanca.

OÑATE.—En cuanto a las cabalgadas contra los chichimecas, todos sabemos...

VILLAGRÁ.—(*Con rapidez.*) Todos sabemos que son los mejores guerreros de México...

OÑATE.—Y que quien ha luchado contra ellos, puede guerrear con éxito contra los quereches, apaches, acomeses y cualquier salvaje de estas tierras. (*Pausa.*) En cuanto a que no estaba preparado para llevar a cabo esta empresa, los hechos demuestran lo contrario...

VILLAGRÁ.—Y a pesar de los obstáculos que se...

OÑATE.—(*Con rapidez.*) A pesar de los obstáculos que se me pusieron en el camino. (*Pausa.*) ¡Dos años, Gaspar, dos años de inspecciones malintencionadas en la frontera, tratando de minar mi hacienda y la moral de mis hombres!

VILLAGRÁ.—Y con los traidores dentro...

ZALDÍVAR.—(*Entrando.*) ¡Orden cumplida, general!

OÑATE.—(*Asintiendo con la cabeza.*) Sí, y con los traidores dentro tratando de sublevar el campamento...

VILLAGRÁ.—Todo lo dimos por bien empleado con tal de conseguir la entrada...

OÑATE.—(*Sin oír a Villagrá.*) ¡Pero qué lastima, Gaspar, que no hubiesen estado todos presentes cuando se me dio la orden de partir! Querría haber visto sus caras, cuando la expedición se puso en marcha hacia el Norte: 129 soldados, otros tantos colonos, ochenta y tres carros, siete mil cabezas de ganado, y todo ello moviéndose sobre una extensión de dos leguas de largo por una de ancho. (*Pausa.*) ¿Qué no estaba preparado? ¡Se van a enterar esos señores de México de lo preparado que estoy! (*Va hacia la mesa y coge un pliego que entrega a Villagrá.*)

OÑATE.—¡Sargento Mayor!

ZALDÍVAR.—¡General!

OÑATE.—¿Están preparados los hombres?

ZALDÍVAR.—¡Sí, están preparados, general!

OÑATE.—Que el Alférez Real se sitúe con ellos en el otro lado de la plaza.

ZALDÍVAR.—¡A la orden, general! (*Pausa y gritando.*) ¡Trompeta, toque de "Formación"! (*Se oye el toque.*)

DOÑA EUFEMIA.—(*Entrando.*) ¡Señor gobernador!

OÑATE.—¡Doña Eufemia!

DOÑA EUFEMIA.—¡Todo en orden, señor gobernador!

OÑATE.—¿Cuántas señoras tenemos en los tejados?

DOÑA EUFEMIA.—¡Treinta y cuatro, señor gobernador!

OÑATE.—¿Todas a cubierto y a espaldas de la expedición?

DOÑA EUFEMIA.—¡Sí, señor gobernador!

(*Se oye al trompeta tocar "Firmes".*)

ZALDÍVAR.—¡Orden cumplida, general; la tropa está formada en la plaza!

OÑATE.—¿Sesenta y seis piqueros, diez arcabuceros y seis mosqueteros?

ZALDÍVAR.—¡Sí, señor!

OÑATE.—¡Sargento Mayor, proceda!

ZALDÍVAR.—¡A la orden, general! (*Pausa y gritando.*) ¡Trompeta, toque de "Presentación"! (*Se oye el toque y a continuación redobles de tambor, que continuarán oyéndose hasta que aparezca en la puerta el padre Vergara.*)

PADRE VERGARA.—(*Entrando y sonriendo.*) ¡Señor gobernador!

OÑATE.—(*Sonriente.*) ¡Padre Vergara!

PADRE VERGARA.—(*Entregándole un pliego lacrado.*) ¡Un mensaje para usted de Usía Ilustrísima, el señor Virrey!

OÑATE.—¡Muchas gracias, padre Vergara! (*Lo coge, lo lee en unos segundos y se lo pone sobre la cabeza.*) ¡Sargento Mayor!

ZALDÍVAR.—¡A la orden, general!

OÑATE.—(*Quitándose el pliego de la cabeza y dejándolo sobre la mesa.*) Ordene que depositen a la puerta de esta capilla el cuerpo del detenido Alonso de Sosa.

ZALDÍVAR.—¡Sí, señor!

OÑATE.—¡Conduzca hasta aquí al detenido Pablo de Aguilar!

ZALDÍVAR.—¿Amordazado, señor?

OÑATE.—¡Sí, amordazado, atado de manos y codos, con grilletes en los pies, y con la sogá al cuello!

ZALDÍVAR.—¡A la orden, general! (*Sale.*)

OÑATE.—¡Doña Eufemia!

DOÑA EUFEMIA.—¡Sí, señor gobernador!

OÑATE.—¡Que se descubran las señoras y muestren sus arcabuces!

DOÑA EUFEMIA.—¡Sí, señor gobernador! (*Levanta y baja el brazo derecho ante la puerta.*) ¡Orden cumplida, señor gobernador!

(*Por la puerta aparece Pablo de Aguilar; lleva una gran mordaza manchada de sangre, las manos y los codos atados a la espalda, grilletes en los tobillos, y Zaldívar le empuja atenazándole fuertemente el cuello con una gruesa cuerda de esparto curado.*)

OÑATE.—¡Sargento Mayor!

ZALDÍVAR.—¡A la orden, general!

OÑATE.—¿Puede oír el detenido?

ZALDÍVAR.—¡Sí, señor!

OÑATE.—(*A Villagrá.*) ¡Procurador General!

VILLAGRÁ.—¡A la orden, señor gobernador!

OÑATE.—¡Proceda!

VILLAGRÁ.—(*Lee.*) "Yo, Juan de Oñate, Gobernador, Capitán General y Adelantado de Nuevo México; su poblador, descubridor y pacificador, y el que ha tomado verdadera posesión de estas tierras, una, dos y tres veces; una, dos y tres veces; una, dos y tres veces; desde la Osa del Norte hasta las piedras de los ríos y desde el fondo de los lagos hasta las hojas del monte, vengo a disponer: (*Pausa.*) Que por cuanto los aquí detenidos, Pablo de Aguilar y Alonso de Sosa, han incumplido los principios esenciales del *Bando* dado por el Consejo de Oficiales, sean degradados y despojados de sus jinetas..."

OÑATE.—(*Levanta la mano y Villagrá cesa su lectura.*) ¡Sargento Mayor!

ZALDÍVAR.—¡Sí, señor! (*Toma la jineta que lleva al cinto Pablo de Aguilar y la tira al suelo. Aguilar intenta pisar la jineta, pero Zaldívar le mete el hombro contra su espalda y tira de la cuerda, sujetándole el cuello contra su cara. Aguilar se resiste cuanto puede y Zaldívar vuelve a tirar de la cuerda hasta cargar sobre su espalda a Aguilar, que pateará en el aire haciendo sonar los grilletes.*)

OÑATE.—¡Procurador General!

(*Aguilar se revuelve desesperado haciendo sonar los grilletes.*)

VILLAGRÁ.—¡Sí, señor! (*Sigue leyendo.*) "Que por cuanto los aquí detenidos han incumplido el capítulo 3º, que dice así: "Que si un oficial, soldado o cualquier persona reniega de Dios, de su rey, o de su representante legítimo, le sea cortada la lengua y lleve mordaza para su mayor vergüenza." (*Pausa.*) Que por cuanto los aquí detenidos han incumplido el capítulo 5º, que dice así: "Que cualquier persona que hiciese o fijase carteles, o dijese palabras sediciosas, de las cuales pueda causarse tumulto o motín, muera por ello sin ser oído." (*Pausa.*) Que por cuanto los aquí detenidos han incumplido el capítulo 6º, que dice así: "Que cualquier persona que supiese quién haya escrito o fijado carteles, o dicho palabras sediciosas, y no lo manifeste a su superior, incurre en la culpa del principal y haya la misma pena." (*Pausa.*) Que por cuanto los aquí detenidos han incumplido el capítulo 7º, que dice así: "Que la desobediencia reiterada y con-

tinuada a los superiores, será causa justa para perder la vida." *(Pausa.)* Por todo esto, y teniendo en cuenta que el citado *Bando* trata de resaltar los dos principios básicos del comportamiento humano: que Dios no sea ofendido y que el prójimo no sea perjudicado; vengo a condenar a los detenidos a tres penas, y por ello serán ahorcados, arrastrados y descuartizados. *(Pausa.)* Dado en San Juan de los Caballeros, a veinticuatro de diciembre, día del nacimiento del bendito Niño, de 1600. Firmado: Juan de Oñate."

(Aguilar se revuelve desesperado haciendo sonar los grilletes.)

OÑATE.—¡Que así se haga y así se escriba! *(Pausa.)* ¡Sargento Mayor!

ZALDÍVAR.—¡A la orden, general!

OÑATE.—¡Cúmplase la sentencia!

ZALDÍVAR.—¡A la orden, general! *(Arroja al suelo a Pablo de Aguilar, le pone un pie sobre la espalda y tira fuertemente de la cuerda hasta estrangularlo. Todos se santiguan y el padre Vergara comienza un "Pater noster", que todos continúan en voz baja.)*

OÑATE.—¿Listo para el arrastre?

ZALDÍVAR.—¡Listo para el arrastre, general! *(Se echa la cuerda al hombro y saca el cadáver de Pablo de Aguilar por la puerta.)*

OÑATE.—¡La Comunión, padre Vergara!

(Doña Eufemia, Oñate, Villagrà y Zaldívar, que acaba de entrar, se arrodillan en la parte centro-arriba del escenario, quedando abiertos a los espectadores.)

PADRE VERGARA.—¡Sí, señor gobernador!

(El padre Vergara sale por la puerta de la derecha y aparece al instante con un cáliz.)

PADRE VERGARA.—*(Dando la Comunión a Oñate.)* "Corpus Domini nostri Jesu Christi custodiat animam tuam in vitam aeternam. Amen."

TODOS.—Amén.

(Todos permanecen arrodillados. El padre Vergara dejará el cáliz sobre la mesa, tomará la cruz y, adelantándose hasta la parte centro-abajo del escenario, la alzará cuanto pueda pronunciando la siguiente oración.)

PADRE VERGARA.—*(En voz alta.)* "Yo soy la resurrección. El que cree en Mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en Mí, no morirá jamás."

TODOS.—Amén.

PADREVERGARA.—¡De pie!

(Todos se levantan. Oñate y Villagrá se ponen sus capas y almetes.)

OÑATE.—¡Sargento Mayor!

ZALDÍVAR.—¡General!

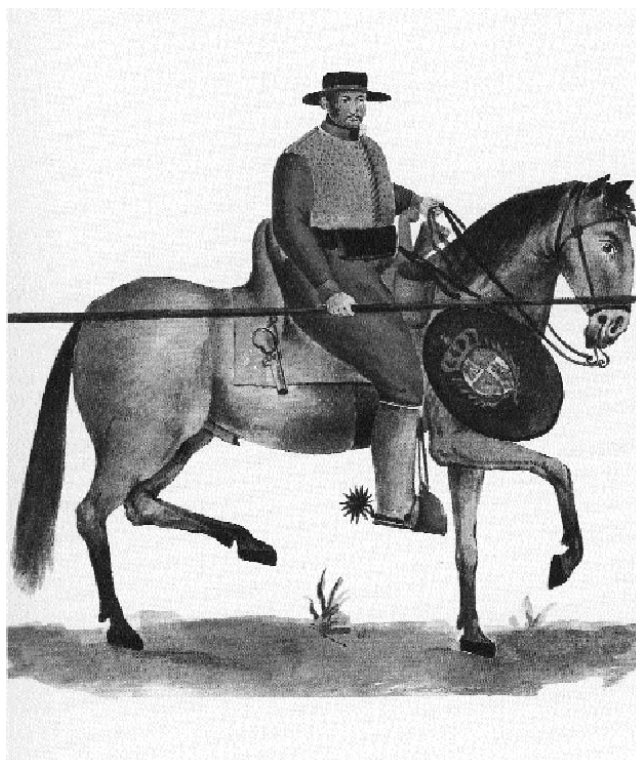
OÑATE.—¡Toque de Revista!

ZALDÍVAR.—*(Gritando.)* ¡Atención! *(Pausa.)* ¡Toque de Revista!

(Comienza a sonar música de tambores, trompetas, pífanos y chirimías. El padre Vergara girará hacia su izquierda pasando, en dirección a la puerta de salida, por delante de todos con la cruz en alto, y saldrá seguido de Oñate, doña Eufemia, Zaldívar y Villagrá. Y mientras cae el

Telón.)

El otro informe del fuerte de San Diego



“Uniforme, armamento, montura e impedimenta del soldado de cuera”. Archivo General de Indias (Sevilla).

PERSONAJES
por orden de aparición

JOSÉ FRANCISCO ORTEGA: Teniente Comandante del fuerte de San Diego en la Alta California. (46 años).

MARIANO DE LA LUZ VERDUGO: Cabo Ayudante del fuerte de San Diego en la Alta California. (29 años).

VICENTE FUSTER: Padre franciscano de la misión de San Diego de Alcalá. (33 años).

DIEGO: Indio de la misión de San Diego de Alcalá, y Mayordomo en funciones de dicha misión. (25 años).

MARÍA ANTONIA VICTORIA CARRILLO: Esposa del Teniente Comandante don José Francisco Ortega. (34 años).

ALEJO GONZÁLEZ: Soldado de la misión de San Diego de Alcalá. (26 años).

ACTO PRIMERO

Escenario:

(Izquierda y derecha las del espectador.)

Estamos en el puesto de guardia del teniente don José Francisco Ortega, comandante del fuerte de San Diego en la Alta California. En lo más alto y en el centro del telón de foro hay un crucifijo, y debajo de él, a su izquierda, tres mapas enrollados de piel blanca, y a su derecha dos lámparas de carburo. Toda la base del telón de foro está cubierta por un armario de un metro de altura, sobre el que se apilan carpetas, planos, octantes, compases y escuadras.

En la parte izquierda del escenario, y arriba, está la puerta de entrada, que se abre y cierra con una doble cortina de piel de vaca; y en la misma parte, y abajo, se ha clavado un perchero donde están colgados una adarga de piel trenzada, un sombrero negro, un fusil de cañón corto, una espada ancha, una cuera, una bufanda granate, y un gran pañuelo de cuadros blancos y negros. Encima de la puerta y del perchero hay dos lámparas.

En la parte derecha del escenario, y arriba, hay una ventana estrecha flanqueada por dos lámparas, y muy cerca de ella una pequeña y rústica mesa de despacho con su silla.)

* * *

(Fecha:— 19 de octubre de 1775.

Lugar:— Fuerte de San Diego en la Alta California.

Hora:— Las tres de la madrugada.)

* * *

(Al alzarse el telón el teniente don José Francisco Ortega, sentado ante su mesa, está terminando de lacrar un sobre. Es de noche y todas las lámparas están encendidas.)

VERDUGO.— (*Entrando, avanzando tres pasos, y cuadrándose.*) ¡Mi teniente!

ORTEGA.— (*Sin levantar la cabeza y comprobando el sellado del lacre.*) ¿Son ya las tres, cabo Verdugo?

VERDUGO.— Sí, mi teniente; ya son las tres.

ORTEGA.— (*Poniendo el sobre encima de otros documentos.*) ¡Cómo pasa el tiempo! (*Levantándose y saliendo de detrás de la mesa.*) ¿Está todo en calma?

VERDUGO.— Sí, señor; todo está en calma. La noche es clara y la temperatura es buena; ideal para conducir una recua.

ORTEGA.— ¿Se ha realizado la inspección de las rancherías?

VERDUGO.— Sí, señor; la he realizado personalmente, y puedo asegurarle que los indios de las dos rancherías cercanas están durmiendo en sus chozas.

ORTEGA.— ¿Alguna novedad en la empalizada?

VERDUGO.— Ninguna, señor; los centinelas no han observado nada anormal.

ORTEGA.— ¿Se han cargado ya las campanas y los metates?

VERDUGO.— Sí, señor; se acaban de cargar en los dos últimos carros. (*Pausa.*) La recua también está preparada en los almacenes.

ORTEGA.— Bien, cabo. (*Pausa.*) ¿Está la tropa dispuesta en los establos?

VERDUGO.— Sí, señor; los soldados han ensillado los caballos, y aguardan en los establos la orden de partida.

ORTEGA.— ¿Les ha pasado revista el sargento?

VERDUGO.— No, señor; el sargento Carrillo no ha pasado revista, porque falta todavía una hora para la salida...

ORTEGA.— La salida la voy a adelantar; avise al sargento que pase revista y que tenga prevenida la columna para dentro de media hora.

VERDUGO.— A sus órdenes, mi teniente.

ORTEGA.— Vuelva a informarme.

VERDUGO.— Sí, señor. (*Leve inclinación de cabeza y sale.*)

(*En los pocos segundos que median entre la salida del cabo Verdugo y la entrada del padre Vicente Fuster, el teniente Ortega ha comenzado a ordenar los documentos que tiene sobre la mesa.*)

PADRE FUSTER.— (*Entrando.*) ¡Viva Jesús, teniente Ortega!

ORTEGA.— ¡Padre Fuster! ¿Todo en orden?

PADRE FUSTER.— ¡Todo en orden, teniente!

ORTEGA.— ¡Me alegro! (*Pausa.*) ¿Ha comprobado usted su inventario con el del señor guardalmacén? Me acaba de decir el cabo Verdugo que ya está todo cargado...

PADRE FUSTER.— Sí, sí, teniente. Está comprobado, y mi estadillo coincide con el de don Rafael de Pedro. (*Pausa.*) Precisamente venía a decirle esto; que todo está de acuerdo con las instrucciones que nos envió el padre Serra a la misión.

ORTEGA.— (*Tomando un pliego de la mesa, y consultándolo mientras habla.*) ¿Ha visto la calidad de las tres fanegas de frijoles y las veinticinco de maíz que le ha suministrado don Rafael de Pedro...?

PADRE FUSTER.— Sí, sí; ya he visto que es un género excelente. (*Pausa.*) Y también he examinado los seis tercios de harina que trajo el Padre Lasuén de Monterrey.

ORTEGA.— (*Depositando el pliego sobre la mesa.*) Le digo esto porque quiero que el padre Serra se sienta bien atendido en todo lo que ordena a este fuerte de San Diego; y por ello le pido a usted que, cuando le escriba al Carmelo, le haga constar que ha sido atendido, en todos sus deseos, de la mejor manera posible.

PADRE FUSTER.— Así lo haré, teniente; y además le señalaré el detalle que ha tenido usted al hacer un nuevo marco al cuadro de la "*Divina Pastora*" que él regaló, para que se exhiba en la iglesia de la futura misión...

ORTEGA.— (*Interrumpiéndole.*) No tiene importancia; lo he hecho con mucho gusto. (*Pausa.*) ¿Se ha decidido ya el padre Lasuén a viajar en la mula mansa que le regalé?

PADRE FUSTER.— Sí, parece que se ha decidido por fin a hacer el viaje en mula...

ORTEGA.— Me alegra, porque eso acelerará la marcha y viajará más cómodo. (*Pausa.*) Voy a salir dentro de unos minutos...

PADRE FUSTER.— Entonces, teniente, ¿está usted ya totalmente seguro de que es mejor el lugar de San Juan Capistrano que el de Santa María Magdalena, situado un poco más al Norte...?

ORTEGA.— (*Alzando un poco la voz.*) Por favor, padre; no insista más en eso...

PADRE FUSTER.— (*Interrumpiéndole.*) No, si yo sólo quería...

ORTEGA.— (*Simulando cansancio.*) Mire usted, padre; se lo voy a repetir por última vez. El lugar escogido está en el paraje que los naturales llaman *Quanis-savit*...

PADRE FUSTER.— (*Interrumpiéndole.*) No, no; yo sólo quería saber si usted...

ORTEGA.— (*Alzando un poco más la voz.*) Y *Quanis-savit* está pegado al Camino Real, tiene buena tierra, y está regado por un arroyo profundo que puede proporcionar agua durante todo el año. (*Pausa.*) Y estas son las condiciones principales para establecer una nueva misión; según las órdenes que he recibido del capitán Rivera, comandante de la Alta California.

PADRE FUSTER.— Yo, teniente Ortega, no quiero polemizar con usted; pero en lo referente a lo del agua creo que no tiene razón...

ORTEGA.— (*Sorprendido.*) ¿Que no tengo razón...?

PADRE FUSTER.— (*Sonriendo y recalcando más las palabras.*) Porque tanta o más agua que en *Quanis-savit* hay en Santa María Magdalena...

ORTEGA.— Y yo, padre Fuster, le repetiré, una vez más, que no podemos fiarnos del agua embalsada en charcas; y que lo que una misión nece-

sita es un arroyo profundo que le garantice un suministro regular durante todo el año.

PADRE FUSTER.— Esas charcas tienen sus propios manantiales...

ORTEGA.— (*Con rapidez.*) Eso no lo hemos podido comprobar todavía...

PADRE FUSTER.— (*Interrumpiéndole.*) Y, sobre todo, las rancherías del área de Santa María Magdalena son más grandes y numerosas...

ORTEGA.— (*Con rapidez.*) Eso tampoco lo sabemos con exactitud. Lo que sí sabemos, usted y yo, es que el capitán Rivera y fray Junípero Serra me dijeron que asentase la futura misión en el punto intermedio entre la de San Gabriel y este fuerte de San Diego; y el lugar que mejor reúne las condiciones exigidas es ese de *Quanis-savit*, o San Juan Capistrano, como ustedes lo llaman.

PADRE FUSTER.— Yo, teniente Ortega, le digo esto porque el padre Luis Jaime es partidario de que se instale la nueva misión en Santa María Magdalena...

ORTEGA.— (*Con rapidez.*) Ya lo sé; ya sé que usted habla por el padre Jaime...

PADRE FUSTER.— Y le ha escrito al padre Serra en ese sentido, y espera una rápida respuesta...

ORTEGA.— ¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé, padre! (*Pausa.*) Mire usted; el padre Luis Jaime dirá lo que quiera; y, por supuesto, no voy a quedarme parado hasta que el padre Serra haya contestado esa carta. No son esas las órdenes que yo tengo, y sabido es por todos las prisas que tiene el padre Serra en fundar esa nueva misión.

PADRE FUSTER.— Pero el padre Luis Jaime tiene sus razones, y quiere...

ORTEGA.— (*Alzando la voz.*) ¡El padre Luis Jaime! ¡El padre Luis Jaime! El padre Luis Jaime está incomodado conmigo y no viene por este fuerte, porque dice que esto es Sodoma y Gomorra...

PADRE FUSTER.— (*Con rapidez.*) El padre Jaime no está enfadado con usted; está preocupado por...

ORTEGA.— (*Interrumpiéndole.*) El padre Jaime no visita este fuerte desde hace dos meses. Él sabrá porqué lo hace...

PADRE FUSTER.— Usted sabe que aún no se ha recuperado de su enfermedad...

ORTEGA.— No son esas mis noticias. Pero él sabrá lo que hace; y él tendrá sus razones para decir lo que dice, pero obviamente yo no las comparto. El padre Jaime, como responsable de la misión de San Diego de Alcalá, debería estar ahora mismo en este fuerte por cortesía. Pero no, no ha querido venir para hacer patente su repulsa hacia la tropa, y le ha mandado a usted en su lugar para despedir la recua. Por esto, padre Fuster, no vamos a hablar de lo que diga o deje de decir el padre Jaime.

PADRE FUSTER.— (*Bajando la voz.*) Yo sólo quería decir...

ORTEGA.— (*Interrumpiéndole.*) Ya sé lo que usted quería decir. Este tema no da para más; y terminaré diciéndole que tanto el padre Lasuén como yo hemos inspeccionado muy detenidamente los dos lugares, y el propio Lasuén remitió su *Diario* y un informe complementario al padre Serra, en donde le da toda clase de explicaciones pertinentes de por qué se ha elegido el lugar de San Juan Capistrano.

PADRE FUSTER.— El que el padre Lasuén haya mandado su *Diario* y un informe complementario no lo sabíamos ni el padre Jaime ni yo...

ORTEGA.— (*Con rapidez.*) Ni tenían por qué saberlo, porque tanto él como usted están al margen de todo este asunto; pues el problema de sentar las bases para la fundación de San Juan Capistrano compete exclusivamente a mí, como responsable militar del fuerte de San Diego, y al padre Lasuén como ministro religioso de la nueva misión.

PADRE FUSTER.— Teniente, permítame que le diga que toda nueva fundación nos atañe a todos los franciscanos por igual...

ORTEGA.— (*Con energía.*) No, padre, no; y dejémonos de palabrerías. Ustedes dos deberían mantenerse totalmente al margen; pero, como ustedes han podido observar, les he tenido en cuenta en este asunto para no levantar las más mínimas suspicacias en el padre Jaime, siempre tan celoso de su deber con sus cosas, y, a veces, con las que no lo son...

PADRE FUSTER.— El padre Luis Jaime obra siempre con buena fe, y tiene siempre en cuenta...

ORTEGA.— Sí, sí, no lo dudo. Pero todo esto que le vengo diciendo consta en estas dos cartas que he acabado de escribir. (*Toma las cartas de la mesa, las agita en el aire, y las deposita de nuevo sobre la mesa.*) La primera será enviada, vía Monterrey, a la Baja California para que el gobernador, don Felipe de Neve, tenga información puntual de todo lo ocurrido aquí hasta estos momentos; y la segunda va dirigida al capitán comandante, en Monterrey; y tanto la una como la otra serán llevadas por el sargento Carrillo desde el lugar de San Juan Capistrano a San Gabriel, tan pronto se hayan construido allí los basamentos de la nueva misión.

PADRE FUSTER.— ¿Le comunica usted también los tristes acontecimientos ocurridos aquí hace unos días?

ORTEGA.— Naturalmente; y con todo detalle...

PADRE FUSTER.— (*Con rapidez.*) Se lo digo a usted porque el padre Luis Jaime y el padre Lasuén han escrito a fray Junípero; y me parece que el padre Jaime quiere escribir también al señor Gobernador y al padre Guardián del Colegio de San Fernando...

ORTEGA.— Por mí pueden escribir al padre Pangua en México y a la mismísima Audiencia de Guadalajara...

PADRE FUSTER.— ¡Por Dios, teniente! Si se lo va a tomar usted así...

ORTEGA.— Pues, ¿cómo me lo voy a tomar?; si usted está volviendo sobre asuntos por los que hemos estado discutiendo diariamente las dos últimas semanas. (*Pausa.*) ¿Que el padre Lasuén ha escrito a su superior en California? Que le escriba; él sabrá por qué lo hace. Está en su derecho, y eso es algo en lo que no puedo ni quiero entrar. Sin embargo, en lo que se refiere al padre Jaime, que ni entra ni sale en el problema de la fundación de la nueva misión, tengo que decirle que "escribe demasiado"...

PADRE FUSTER.— Usted siempre defiende al padre Lasuén, y ataca al padre...

ORTEGA.— (*Con autoridad.*) No, no; yo defiendo a todos los padres; pero lo que estoy haciendo en estos momentos es atender al padre Lasuén, como enviado del padre Serra a la futura misión. (*Pausa.*) Y debo decir que el

padre Presidente se equivoca muy pocas veces, pues nos ha mandado, para este trabajo, un hombre sabio y moderado que nunca se extralimita en sus funciones.

PADRE FUSTER.—Y que además es amigo del capitán Rivera...

ORTEGA.— (*Alzando la voz.*) ¿Qué quiere usted decir con eso...?

PADRE FUSTER.— (*Sorprendido.*) ¿Yo?; solamente eso...

ORTEGA.— Pues si sólo quiere usted decir "eso", poco es lo que dice usted. (*Señalándole con el dedo índice.*) Porque usted sabe muy bien que yo no hago caso de amistades, sino de comportamientos.

PADRE FUSTER.—Y no le gusta a usted el comportamiento del padre Jaime...

ORTEGA.— Como veo que usted insiste; le diré que en efecto, no me gusta su comportamiento. (*Pausa.*) Para mí el padre Jaime es un santo varón; pero sus maneras de actuar son, muchas veces, las de una persona que no conecta con la realidad de las cosas terrenas.

PADRE FUSTER.— El padre Jaime es un santo, y el orgullo de la Orden...

ORTEGA.— (*Con rapidez.*) No dudo que lo sea; no lo dudo. Pero reconocerá usted que desde hace tres años, en que escribió al padre Palou, quejándose de las violaciones cometidas con tres indias, su comportamiento es sumamente preocupante. (*Pausa.*) ¿Qué es eso de separar ya a los niños de las niñas cuando cumplen cuatro años?; ¿qué decir de la prohibición de hablar las indias con los indios, si no están casados?; ¿qué es eso de tener que ponerse un soldado las manos detrás cuando habla con una india? (*Pausa.*) ¿No es lástima que una joven india herida tenga que estar desasistida durante una hora hasta que llegue otra mujer a atenderla, como ocurrió el mes pasado?

PADRE FUSTER.— Esas son normas exclusivas para el interior de la misión. Sacarlas de su lugar no procede, y usted lo sabe.

ORTEGA.— Yo sólo sé que esas reglas "internas" cada vez son más "externas", y dan lugar a situaciones como la que le acabo de contar.

PADRE FUSTER.— Eso es exagerar las cosas. El padre Jaime piensa que es mejor cortar por lo sano, que tener que lamentar luego el pecado.

ORTEGA.— Eso será lo que él piensa; pero ya ve que yo no comulgo con esas ideas.

PADRE FUSTER.— Pues en alguna parte, y de alguna manera, habrá que poner una barrera a las violaciones de indias...

ORTEGA.— En eso estamos de acuerdo, y usted sabe que aquí el que la hace la paga.

PADRE FUSTER.— Pero parece que no se hace mucho caso a sus remedios...

ORTEGA.— Eso es lo que dicen usted y el padre Jaime; pero aquí, en el fuerte de San Diego, la persona que se extralimite con las indias será castigada como corresponda; y así se ha hecho y así se hará. (*Pausa.*) Dígame usted si alguna violación probada no ha sido castigada...

PADRE FUSTER.— A veces, teniente, es muy difícil probar las cosas...

ORTEGA.— (*Con rapidez.*) Sí, sobre todo cuando lo que se cuenta no es verdad...

PADRE FUSTER.— Las indias, teniente, no denuncian por el hecho de denunciar...

ORTEGA.— Eso es lo que usted dice. (*Pausa.*) Pero contestándole a lo que me preguntaba antes, le diré que el incidente ocurrido aquí, días pasados, se redujo limpia y llanamente a que los soldados se negaron a colaborar en los trabajos preparatorios de la fundación de la nueva misión. Todo se redujo a eso; y el caso es que tenían razón, pues la tropa no está obligada a vigilar la caballada de los misioneros, ni a ayudarles en la construcción de los edificios de la nueva misión. (*Pausa.*) Pero ya vio usted cómo fueron castigados los autores de esa "rebelión", capitaneada por el soldado Ignacio Vallejo, quien por sus conocimientos de carpintería era el que más perjudicado se veía. (*Pausa.*) Este soldado, lo mismo que Juan Ortega y que José Anastasio Camacho estarán en el cepo durante un mes, y saldrán de él para hacer sus guardias correspondientes, en las que se les vestirá con tres cueras. Y vuelvo a repetir lo que dije en su momento: no están arrestados por negarse a

ayudar al padre Lasuén, sino por faltarle al debido respeto a su persona, al dirigirse a él en términos groseros.

VERDUGO.— (*Entrando, avanzando tres pasos, y cuadrándose.*) ¡A sus órdenes, mi teniente!

ORTEGA.— ¡Dígame, cabo!

VERDUGO.— Órdenes cumplidas, señor. El sargento Carrillo está pasando revista a la tropa en los establos; y le comunica que todo estará preparado para salir cuando usted lo ordene.

ORTEGA.— ¿Y los acemileros?

VERDUGO.— Los acemileros están terminando de comprobar las cargas de las mulas.

ORTEGA.— ¿Sigue todo en calma?

VERDUGO.— Sí, señor; todo sigue en calma.

ORTEGA.— Comunique a los dos escuchas que se reintegren al servicio de la empalizada.

VERDUGO.— Sí, señor. (*Pausa.*) Perdón, señor; las señoras están esperando a hablar con usted...

ORTEGA.— (*Sorprendido.*) ¿Las señoras...?

VERDUGO.— Sí, señor; su esposa, la de don Rafael de Pedro y la mía...

ORTEGA.— ¿Sí? ¿Y se puede saber qué es lo que quieren...?

VERDUGO.— No lo sé, señor; pero creo que lo mismo que le pidieron ayer...

ORTEGA.— Pues ya les comuniqué ayer mis intenciones respecto a esas peticiones. Dígales que nada ha cambiado y que se vayan a sus casas...

PADRE FUSTER.— Pero ya ve usted, teniente, que insisten...

ORTEGA.— (*Alzando la voz.*) ¡Insisten! ¡Insisten! ¡Esas señoras deberían estar durmiendo en sus casas! (*Pausa.*) Se supone que lo que estamos haciendo es una salida nocturna, para evitar que los indios cercanos a la empalizada vean dónde estamos, qué hacemos, y a dónde vamos o dejamos de ir.

VERDUGO.— Sí, señor...

ORTEGA.— ¿Para qué estoy formando la tropa dentro de los establos y la recua en los almacenes?

VERDUGO.— Sí, señor...

PADRE FUSTER.— Pero, teniente, tenga en cuenta que ellas son las que se quedan; y quieren que...

ORTEGA.— (*Interrumpiéndole.*) ¿Qué es lo que tengo que tener en cuenta? ¿Qué...? (*A Verdugo.*) Diga a esas señoras que las recibiré cuando despache los últimos detalles que faltan por cerrar.

VERDUGO.— A sus órdenes, mi teniente. ¿Dónde pueden esperar?

ORTEGA.— ¿Dónde...? ¡Que esperen en la puerta!

PADRE FUSTER.— Pero, teniente...

ORTEGA.— (*Sin hacerle caso, y a Verdugo.*) ¡Que esperen en la puerta!

VERDUGO.— A sus órdenes, mi teniente. (*Leve inclinación de cabeza y sale.*)

ORTEGA.— (*Tomando un sobre de la mesa y entregándoselo al padre Fuster.*) Ahí le entrego la relación de salida, para que cuando usted, o el padre Jaime, escriban a fray Junípero, le puedan informar de todo con absoluta exactitud.

PADRE FUSTER.— (*Tomando el sobre.*) Gracias...

ORTEGA.— Como usted podrá ver, saldré con doce soldados y el sargento Carrillo. Nueve de los soldados y el sargento se quedarán en la nueva misión, y los tres restantes serán mi escolta de regreso a este fuerte. Es conveniente que haga usted resaltar, cuando escriba al padre Serra, que los soldados asignados a la nueva misión son seis; pero que el capitán Rive-

ra ha decidido enviar nueve, y que estén asistidos, en los primeros momentos, por la guarnición de este fuerte.

PADRE FUSTER.— Así lo haré, y así se lo haré constar también al padre Jaime.

ORTEGA.— Sí, hágalo. Porque ya sabe usted que el padre Serra quería que la guarnición de la nueva misión fuese de catorce soldados, a lo que se opuso el capitán, diciendo que lo reglamentario era que fuesen seis. (*Pausa.*) Quiero que se resalte el espíritu de colaboración del capitán Rivera en este asunto.

PADRE FUSTER.— Así se hará. Quedo enterado.

ORTEGA.— Podrá ver también que, además de todo tipo de datos numéricos, se citan con todo detalle las filiaciones de los cuatro indios solteros y las de los dos matrimonios venidos de la Baja California.

PADRE FUSTER.— Sí, pero esas filiaciones las tenemos ya en el archivo. El padre Jaime hizo copias tan pronto como esas personas llegaron a la misión.

ORTEGA.— Muy bien. (*Pausa.*) También se adjuntan todos los datos de lo que trasladará el padre Amurrio desde San Gabriel a San Juan Capistrano.

PADRE FUSTER.— ¿Tiene señalada fecha el padre Amurrio para salir de San Gabriel?

ORTEGA.— No, no la tiene. Lo único que le dije es que pensaba tener preparados los corrales y las primeras casas para finales de este mes; y que, tan pronto tuviese eso realizado, le enviaría al sargento Carrillo con tres soldados para que le escoltasen a él y llevarsen el ganado asignado hasta San Juan Capistrano.

PADRE FUSTER.— Entonces, es casi seguro que en la primera semana del mes de noviembre el padre Amurrio llegará a la nueva misión...

ORTEGA.— Yo no preciaría tanto; pero si todo se desenvuelve como pienso, en la primera quincena de noviembre el padre Amurrio y el ganado de San Gabriel estarán en la nueva misión.

VERDUGO.— (*Entrando, avanzando tres pasos y cuadrándose.*) ¡Órdenes cumplidas, mi teniente! (*Pausa.*) Los escuchas han sido avisados y las señoras esperan en la puerta.

ORTEGA.— Está bien, cabo. (*Pausa y bajando la voz.*) Diga a las señoras que esperen en mi casa y que las atenderé dentro de unos minutos.

VERDUGO.— Sí, señor. (*Leve inclinación de cabeza, sale, y vuelve en el acto.*) Orden cumplida, señor.

(*Mientras sale y entra Verdugo, Ortega toma dos sobres y un pliego de la mesa.*)

ORTEGA.— (*Entregando un sobre a cada uno y consultando el pliego.*) En esos dos sobres consta el listado de los "*santo y seña*", que no sigue el orden acostumbrado para los "*santos*", sino este: San Diego, San Carlos, San Antonio, San Gabriel, San Luis, Jesús y María; y para las "*señas*" los días de la semana, empezando por el martes; por ejemplo: "*San Diego*" se responderá "*Martes*" y "*San Carlos*", "*Miércoles*", y así sucesivamente. Esto sólo lo saben ustedes dos, y únicamente se lo deben comunicar en la misión al padre Luis Jaime y al cabo Rocha. (*Pausa.*) Y tengan ustedes presente que cuando yo mande aquí, o a la misión, un mensajero se identificará siempre con el mote de "*Buenos días, San Diego*". (*Pausa.*) ¿Ha quedado claro? (*Depositando el pliego sobre la mesa.*)

VERDUGO.— Sí, señor.

PADRE FUSTER.— Sí, teniente.

ORTEGA.— No debe haber contacto ordinario entre los soldados de la misión y los de este fuerte. De la seguridad de la misión me responderá el cabo Rocha y de la de este fuerte usted, cabo Verdugo. La separación de estos dos recintos es necesaria, y solamente si hay una emergencia podrán ir soldados de uno a otro; pero siempre mandados y conducidos por uno de los cabos. (*Pausa.*) Y tanto a las fiestas de guardar como a la misa dominical sólo podrán asistir los neófitos que residan en la misión. ¿Entendido?

VERDUGO.— Sí, señor.

PADRE FUSTER.— Sí, teniente.

ORTEGA.— Los traslados rutinarios de los carpinteros y herreros, se realizarán también conducidos por uno de los cabos, y siempre que la seguridad y las necesidades del servicio lo permitan.

VERDUGO.— Sí, señor.

PADRE FUSTER.— Se hará como usted lo ordene, teniente.

ORTEGA.— No se eche esto en olvido. (*Pausa.*) Recuerden que la fuga de los siete neófitos de la misión de San Diego, en la madrugada del día tres de este mes, es algo que me inquieta mucho; pues se trata nada menos que de los hermanos Francisco y Carlos, el primero fiscal y el segundo capitán de los indios de la misión. Con ser esto grave, lo es muchísimo más si atendemos a que se llevaron consigo a otros tan importantes como ellos: Rafael, Cristóbal, Joaquín, Miguel e Ignacio. Y por mucho que el padre Luis Jaime diga que el asunto no es para preocuparse; yo pienso que lo es, porque nunca han desaparecido de una misión tantos neófitos principales; hasta el punto de que han dejado la jerarquía india de la misión totalmente descabezada.

PADRE FUSTER.— Miguel e Ignacio han vuelto...

ORTEGA.— (*Con rapidez.*) No, no han vuelto. Hay que precisar más, padre. A Miguel y a Ignacio les apresó el paje intérprete Diego en la rancharía *Las Choías*; y hay que reconocer que de los siete fugados, estos son los de menor categoría...

PADRE FUSTER.— Yo me refería a que están ya en la misión; y por lo que ellos nos han dicho, deduzco que dentro de muy pocos días volverán todos los demás.

ORTEGA.— Yo no pienso lo mismo; y dudo mucho que vayan a volver pronto como usted cree. (*Pausa.*) De todos modos al fugarse estos neófitos han dejado un enorme vacío de poder; y si esta situación persiste, los esfuerzos hechos en torno a la misión, como centro de unión de todas las rancharías en diez leguas a la redonda se habrán perdido. (*Pausa.*) Pues está claro que de los dos nativos que hemos hecho volver no me puedo fiar; y a los cinco que faltan no les puedo degradar de sus cargos y sustituirlos por otros en estos momentos. (*Pausa.*) No sería político...

PADRE FUSTER.— (*Con rapidez.*) Ni político, ni práctico, teniente. Precisamente he venido a pedirle, en nombre del padre Luis Jaime, en el del

cabo Rocha, y en el mío propio, que conceda el cargo de mayordomo de la misión al paje intérprete Diego. Le he hecho venir conmigo por si usted veía conveniente hablar con él...

ORTEGA.— (*Recalcando las palabras.*) Mire usted, padre Fuster; el que usted me pida ese nombramiento no es una casualidad, como usted parece que quiere dar a entender; pues en los últimos tres meses me lo han pedido el padre Jaime, el cabo Rocha y, ahora, usted...

PADRE FUSTER.— Sí, teniente; pero yo he venido a hacerle ver que en estos momentos, más que nunca, es necesaria la presencia de una autoridad india en la misión...

ORTEGA.— Pero si, como usted dice, van a volver los fugados...

PADRE FUSTER.— El que vuelvan o no vuelvan los fugados, no aporta ningún punto negativo a este nombramiento; porque usted reconocerá que aunque ese grupo vuelva, su autoridad quedará muy mermada...

ORTEGA.— Pues para mí sí que tiene que ver...

PADRE FUSTER.— (*Interrumpiéndole.*) Pues no se me alcanza la razón. El puesto está libre y puede ser ocupado por un neófito...

ORTEGA.— Que puede ocuparlo un neófito, es cierto; pero se debe reparar que ese empleo es el cargo más alto que puede ostentar un civil en la misión.

PADRE FUSTER.— Efectivamente, teniente; por eso le estoy proponiendo un civil que es catequista, intérprete y cantor de coro. Una persona perfecta para el cargo...

ORTEGA.— Yo no lo veo tan perfecto, padre Fuster. Tiene tan sólo veinticinco años, y si le nombro mayordomo enojaré a más de un venerable anciano de la misión.

PADRE FUSTER.— Perdone que insista, teniente; pero este nombramiento no molestará a nadie. Todo el mundo en la misión respeta a ese joven. El padre Jaime le ve como el discípulo perfecto y los neófitos le contemplan como el orgullo de su raza. (*Pausa.*) Realmente, y en la práctica, ya viene realizando las funciones de mayordomo desde hace meses; pues él es quien registra a los

nuevos neófitos, y atiende la contaduría de los almacenes y los asuntos de furrielería...

ORTEGA.— Pero sigue teniendo veinticinco años, y eso, mírese por donde se mire, es un inconveniente...

PADRE FUSTER.— No necesariamente, teniente; ya que es el modelo y la persona ideal para ocupar esa plaza vacante. Goza de la simpatía de todos, incluso de los que se han fugado; y fue el propio capitán Rivera quien le apadrinó en su bautismo; sin que podamos olvidar que para poder bautizarse tuvo que rechazar a la segunda de sus mujeres.

ORTEGA.— (*Alzando la voz.*) Todo eso lo sé, lo sé; ya me lo han repetido, antes que usted, el padre Jaime y el cabo Rocha...

PADRE FUSTER.— Pues concédanos usted esta petición; hágalo usted por el padre Jaime...

ORTEGA.— Yo ya dí mi...

PADRE FUSTER.— Al menos concédale usted ese cargo en funciones, y dígame que lo pensará más despacio...

ORTEGA.— Está bien, está bien. Todo sea por la paz. Que siga realizando su trabajo como hasta la presente, y que sea considerado mayordomo en funciones.

PADRE FUSTER.— Muchas gracias, teniente; es un acto de justicia el que usted acaba de hacer.

ORTEGA.— Bien, bien; ¿está esperando?

PADRE FUSTER.— Sí, teniente, está esperando; le he traído conmigo por si usted se dignaba recibirle.

ORTEGA.— Está bien. (*A Verdugo.*) ¡Que pase!

VERDUGO.— A sus órdenes, mi teniente. (*Leve inclinación de cabeza y sale.*)

PADRE FUSTER.— Le doy otra vez las gracias, teniente; el padre Jaime y yo creemos que este nombramiento será muy beneficioso para los neófitos de la misión. Es el modelo perfecto para todos.

VERDUGO.— (*Entrando seguido de Diego.*) Mi teniente, aquí está el paje Diego.

DIEGO.— (*Con tono muy afectado, y haciendo una marcada reverencia.*) ¡Viva Jesús, teniente Ortega!

ORTEGA.— ¡Buenos días, Diego! ¿Eres el ahijado del capitán don Fernando Rivera?

DIEGO.— Sí, señor; disfruto del honor de que el señor capitán comandante don Fernando Rivera y Moncada sea mi padrino de bautismo de lo cual doy continuamente gracias a Dios.

ORTEGA.— Muy bien. Espero que la gracia que te concedió el señor capitán comandante la sepas agradecer con tu comportamiento.

DIEGO.— Mi comportamiento es el de servir a Dios y pedirle constantemente que perdone mis errores.

ORTEGA.— A Dios servimos todos y a Él le pedimos también que nos perdone nuestros muchos defectos. (*Pausa.*) En este momento doy el visto bueno a que seas nombrado mayordomo en funciones de la misión de San Diego de Alcalá; y nada me satisfaría tanto como el poder llegar a recordar este momento y pensar que no me equivoqué al depositar en ti mi confianza.

DIEGO.— Yo beso su mano y quedo a su absoluta disposición para lo que usted guste mandar.

ORTEGA.— Muy bien, desde este momento usted será llamado "don Diego"; y notificaré al padre Luis Jaime el cambio de su situación, para que así lo haga constar en el libro de registro de la misión.

PADRE FUSTER.— Mi enhorabuena, don Diego. Al teniente Ortega y al padre Luis Jaime les debe su nueva situación; y por ello les deberá atender con toda la solicitud de que sea capaz; pues ya sabe que los puestos de responsabilidad son los que más obligan, y no los que más dispensan.

DIEGO.— A ellos y a usted, Padres Fuster, beso la mano.

PADRE FUSTER.— Puede retirarse, don Diego; si el señor teniente no ordena otra cosa...

ORTEGA.— Sí, sí; puede retirarse usted, señor mayordomo.

DIEGO.— (*Con tono muy afectado.*) ¡Viva Jesús, teniente! (*A todos.*) ¡Buenos días, señores! (*Sale haciendo una reverencia.*)

ORTEGA.— Siempre me ha parecido que esta persona habla como si estuviese leyendo. Más que un hombre que habla, parece un libro...

PADRE FUSTER.— Exactamente, teniente; reproduce lo que lee en los libros e introduce pequeñas variantes según lo que quiere decir. Su memoria es portentosa; su afán de saber es ilimitado, y tiene un don especial para los idiomas. Ya lo ve usted cada domingo cuando canta el aria en latín...

ORTEGA.— Su voz me recuerda la del padre Crespí...

PADRE FUSTER.— No, teniente, su voz es muy superior a la del padre Crespí; y fue mi antecesor, Tomás de 10,0, a Peña, quien se dio cuenta de los dones que adornaban a este joven; pues tanto el padre Jaime como yo, poco hemos hecho en su preparación y progresos...

ORTEGA.— En fin, padre; esperemos que no nos hayamos equivocado...

PADRE FUSTER.— Seguro que no, teniente. Seguro.

ORTEGA.— Está bien, padre. Volvamos a nuestros preparativos y le ruego que pase a los establos y al almacén, para que dé la bendición a la tropa y a la recua; pues voy a salir tan pronto despache con las señoras.

PADRE FUSTER.— Muy bien, teniente; como usted diga. (*Pausa.*) ¡Viva Jesús! (*Sale.*)

(*Tan pronto como haya salido el padre Fuster, el teniente Ortega se dirigirá al perchero y tomará el pañuelo, el cual se pondrá sobre la cabeza y anudará en la nuca.*)

ORTEGA.— ¡Cabo!

VERDUGO.— ¡Señor!

ORTEGA.— Ya ha visto que no quedaba otro remedio que hacer este nombramiento. (*Pausa.*) Luis Jaime me ha enviado a Fuster, y sabía que esta

vez no me podía negar; porque eso significaría indisponerme totalmente con las autoridades religiosas de la misión.

VERDUGO.— Sí, señor; lo he visto.

ORTEGA.— Este Diego sigue sin gustarme nada...

VERDUGO.— A mí tampoco me gusta, señor.

ORTEGA.— Es demasiado perfecto...

VERDUGO.— Sí, señor; es demasiado perfecto.

ORTEGA.— Es meloso en exceso...

VERDUGO.— Sí, señor; y el candor de su mirada es fingido.

ORTEGA.— Sí, su mirada es falsa; y su comportamiento es el de un lobo disfrazado de cordero.

VERDUGO.— Sí, señor; su falsa modestia es notoria, y en especial ahora que es un héroe...

ORTEGA.— Ahora que es un héroe para todos, al haber logrado traer a la misión a los fugitivos Ignacio y Miguel.

VERDUGO.— Sí, señor.

ORTEGA.— Pero como es un héroe y además mayordomo en funciones, necesita, como todas las personas principales de la misión, un asistente; y por esto avisará usted al cabo Rocha para que ponga un neófito de su confianza como criado de Diego, y que no deje de vigilarle ni a sol ni a sombra mientras yo me encuentre en San Juan Capistrano. Y además, comunicará al propio Rocha que, a mi regreso, le pediré explicaciones de todos los pasos que haya dado, o podido dar, nuestro nuevo mayordomo.

(El teniente Ortega, mientras habla, ha tomado la bufanda del perchero y se la ha puesto al cuello, anudándola bajo su barbilla.)

VERDUGO.— ¿Y si se negase Diego a aceptar ese asistente...?

ORTEGA.— (*Con energía.*) ¿Negarse? ¡No puede negarse! ¡Es una orden mía! (*Pausa.*) Todo mayordomo tiene su asistente, y, además, en este caso concreto estoy velando por su propia seguridad, ya que se trata de una persona muy joven, que levantará celos en otros neófitos; sin dejar de pensar que una persona, como él, que trajo presos a dos fugados de la misión, necesita un ayudante que le proteja y defienda de sus posibles enemigos. (*Pausa.*) ¿Entendido?

VERDUGO.— Sí, señor; así se lo comunicaré al cabo Rocha.

ORTEGA.— Muy bien; vaya a buscar a las señoras.

VERDUGO.— A sus órdenes, mi teniente. (*Leve inclinación de cabeza y sale.*)

(*Tan pronto haya salido Verdugo, el teniente Ortega tomará la cuera del perchero y se la pondrá.*)

VERDUGO.— (*Entrando, avanzando tres pasos, y cuadrándose.*) Mi teniente, las señoras están en la puerta...

ORTEGA.— (*Sorprendido y ajustándose las hebillas de la cuera.*) ¿Pero no estaban en mi casa...?

VERDUGO.— Sí, señor; pero ya están aquí...

ORTEGA.— Es decir, no han tenido paciencia para esperar unos minutos...

VERDUGO.— No, señor; no han tenido paciencia...

ORTEGA.— ¡Hágalas pasar, cabo!

VERDUGO.— Perdón, señor; le acabo de decir a mi esposa que la prohíbo entrar aquí; porque vienen las tres a pedirle lo mismo que usted les negó ayer.

ORTEGA.— En ese caso, cabo; yo también tengo aviso de don Rafael de Pedro de no recibir a su esposa, si no viene acompañada de otras dos mujeres.

VERDUGO.— Entonces, señor; ¿hago pasar a su esposa?

ORTEGA.— Sí, no queda otro remedio; porque oírla la tengo que oír. (*Pausa.*) Comuniqua a su esposa y a la de don Rafael que esperen en mi casa, y diga a mi mujer que pase; que la atenderé como representante de las tres.

VERDUGO.— Sí, señor; (*Leve inclinación de cabeza y sale.*)

(*Cuando haya salido Verdugo, el teniente Ortega tomará la espada del perchero y la ajustará al mosquetón de su cuera.*)

VERDUGO.— (*Entrando seguido de doña Antonia.*) Mi teniente, aquí está doña Antonia.

ORTEGA.— Dime, Antonia...

DOÑA ANTONIA.— En primer lugar me quiero quejar de que no hayas recibido a doña Josefa y a doña Guadalupe.

ORTEGA.— No es culpa mía, Antonia. Don Rafael de Pedro me ha dicho que toda petición que haga su esposa tiene que ser hecha en presencia de otras dos mujeres. En cuanto a doña Guadalupe aquí está su marido, que es quien no le ha dado permiso para entrar.

DOÑA ANTONIA.— Pues no estoy de acuerdo ni con el señor guardamacén ni con el señor cabo, aquí presente; ya que si nosotras tenemos encomendado el servicio de enseñar e inspeccionar los trabajos manuales de las neófitas y atenderlas en sus partos, deberíamos poder comunicarnos con el jefe del fuerte, de la misma manera que lo hacen los soldados.

ORTEGA.— No es lo mismo, Antonia. Los soldados realizan un servicio obligatorio y vosotras nos ayudáis voluntariamente. (*Pausa.*) Vuestro trabajo es muy importante, pero no tenéis ningún nombramiento oficial y por lo tanto no estáis bajo mis órdenes, sino bajo la tutela y potestad de vuestros maridos.

DOÑA ANTONIA.— Ya ha salido eso otra vez...

ORTEGA.— Yo no soy quien hace las leyes, Antonia. (*Pausa.*) Dime lo que deseas; pues sabes que debo partir...

DOÑA ANTONIA.— Sí, sí; ya sé que debes partir...

ORTEGA.— Pues...

DOÑA ANTONIA.— Pues, marido, digo que si las leyes no fuesen tan injustas estarían aquí doña Josefa y doña Guadalupe...

ORTEGA.— (*Con impaciencia.*) ¡Por Dios, Antonia! Tú no has venido aquí para hablar de leyes.

DOÑA ANTONIA.— No, no he venido a hablar de leyes; pero siempre terminamos igual, hablando de leyes; y terminamos hablando de leyes porque para cualquier cosa que pidamos tenemos que ir tres mujeres; porque si vamos menos y reclamamos lo que sea, nuestra petición no es atendida; ¿y por qué no es atendida nuestra petición?, pues porque la palabra de un hombre vale por la de tres mujeres.

ORTEGA.— Ya hemos hablado de eso muchas veces, y tú sabes que aquí esa disposición no se cumple; pues te acabo de recibir en representación de las tres...

DOÑA ANTONIA.— (*Interrumpiéndole.*) Marido, tú sabes que yo distingo muy bien entre lo que es representación y lo que es presencia...

ORTEGA.— Sí, ya lo sé, Antonia. ¿En qué puedo atenderos?

DOÑA ANTONIA.— Lo que queremos es que, mientras tú y el sargento estéis fuera del fuerte, se nos permita ir a la misión diariamente para inspeccionar el trabajo de las neófitas, y ayudarlas en...

ORTEGA.— Eso, Antonia, ya dije que no era posible...

DOÑA ANTONIA.— ¿Y por qué no es posible?

ORTEGA.— Porque atenta contra la seguridad de la misión y de este fuerte.

DOÑA ANTONIA.— ¿A la seguridad de la misión y del fuerte...?

ORTEGA.— (*Con firmeza.*) ¡Sí, a la seguridad!

DOÑA ANTONIA.— Pero si sólo pretendemos ayudar a las neófitas...

ORTEGA.— Ya lo sé, Antonia; pero estimo absolutamente necesario que mientras yo esté fuera, la misión quede aislada del fuerte.

DOÑA ANTONIA.— Además necesitamos ir a misa diariamente...

ORTEGA.— No hablemos más de esto, Antonia; y, por último, os concedo que podáis ir los domingos...

DOÑA ANTONIA.— Pero los niños necesitan confesarse...

ORTEGA.— Los niños, y los demás se confesarán en domingo; y fíjate que os estoy dando la oportunidad de ir los domingos.

DOÑA ANTONIA.— Pero puede haber una emergencia...

ORTEGA.— Si hay una emergencia donde hagan falta las mujeres, el cabo os conducirá hasta la misión. (*Pausa y a Verdugo.*) Queda usted enterado, cabo.

VERDUGO.— Sí, mi teniente.

ORTEGA.— ¿Puedo atenderte en algo más, Antonia?

DOÑA ANTONIA.— Yo no me quedo conforme...

ORTEGA.— Pues te tendrás que conformar. Podréis ir a la misión todos los domingos, y cuando haya una emergencia en donde sea requerida vuestra presencia; y en este punto está ya todo dicho. (*Pausa.*) ¿En qué más puedo atenderos, Antonia?

DOÑA ANTONIA.— La otra petición es que se nos proporcionen armas para nuestra defensa, mientras estás con la tropa fuera del fuerte.

ORTEGA.— Las armas, como os dije ayer, se os entregarán cuando haya causa justificada.

DOÑA ANTONIA.— ¿Te parece poca causa el que salgáis tú y el sargento con doce soldados?

ORTEGA.— Sí, reconozco que el fuerte queda con pocos soldados, pero las órdenes...

DOÑA ANTONIA.— ¿Con pocos soldados? Pero si, entre arrestados y enfermos, no quedan útiles para el servicio más de cuatro.

ORTEGA.— Los tres arrestados pueden incorporarse a todas sus funciones si las necesidades...

DOÑA ANTONIA.— Marido, aunque sean siete soldados, no son suficientes y tú lo sabes.

ORTEGA.— De acuerdo, Antonia; se os facilitarán armas los domingos que vayáis a la misión.

DOÑA ANTONIA.— Todos los domingos y fiestas de guardar que vayamos a la misión, marido.

ORTEGA.— Está bien; todos los domingos y fiestas de guardar que vayáis a la misión, Antonia.

DOÑA ANTONIA.— Y, además, cuando haya causa justificada.

ORTEGA.— Y cuando haya causa justificada. (*A Verdugo.*) Se entregarán armas a las señoras los domingos y fiestas de guardar, y cuando haya causa justificada.

VERDUGO.— Sí, señor.

ORTEGA.— (*Dirigiéndose al perchero, seguido de doña Antonia, y cogiendo el fusil.*) Y ahora, Antonia, cuéntales a doña Josefa y a doña Guadalupe el acuerdo a que hemos llegado. (*Se coloca el fusil en bandolera.*) Yo voy a salir en estos momentos, y si hay alguna novedad puedo estar aquí de vuelta a las dieciséis horas de que me hayáis avisado. Te ruego tengas en cuenta todo lo que hablamos ayer; y te repito que no estaré fuera más de cuatro semanas; pues si hoy es 19 de octubre, pienso que para el día 8 o el 9 de noviembre ya podré estar aquí de regreso...

DOÑA ANTONIA.— (*Cogiendo el sombrero del perchero y poniéndoselo a Ortega.*) Cuídate mucho, marido.

ORTEGA.— (*Calándose más el sombrero.*) No te preocupes, Antonia; todo irá bien.

DOÑA ANTONIA.— (*Abrazando a Ortega.*) Que Dios te bendiga. Cuídate mucho. Te quiero...

ORTEGA.— (*Cogiendo de la cintura a doña Antonia y llevándola hasta la puerta.*) Yo también. (*La besa en la frente y doña Antonia sale enjugándose las lágrimas.*)

ORTEGA.— ¡Cabo!

VERDUGO.— ¡Señor!

ORTEGA.— Cuando las señoras se desplacen de un recinto a otro, que las acompañen siempre dos soldados y un cabo.

VERDUGO.— Sí, señor.

ORTEGA.— (*Dirigiéndose al perchero, tomando la adarga y abrazándola.*) Cabo, el fuerte queda en sus manos; cuide de los hombres y, en especial, de las mujeres, porque ellas rezarán por todos.

VERDUGO.— Sí, señor.

ORTEGA.— ¡Vamos! (*Sale Ortega, seguido de Verdugo, y baja el*

Telón.)

ACTO SEGUNDO

Escenario:

(*El mismo.*)

★ ★ ★

(*Fecha:— 8 de noviembre de 1775.*

Lugar:— El mismo.

Hora:— Once de la mañana.)

★ ★ ★

(*Al alzarse el telón entran en escena el teniente don José Francisco Ortega, equipado con todas sus armas, y su esposa doña María Antonia Victoria Carrillo.*)

ORTEGA.— (*Dirigiéndose al perchero.*) Antonia, por favor, aún no tengo un informe completo...

DOÑA ANTONIA.— (*Con excitación y siguiendo a Ortega muy de cerca.*) Yo lo que quiero es que me digas de una vez cuándo...

ORTEGA.— (*Mientras se despoja de sus armas y las cuelga.*) ¿Pero qué es lo que quieres que te diga...?

DOÑA ANTONIA.— (*Con apremio.*) Lo que quiero es que me digas por qué has vuelto solamente con cuatro soldados...

ORTEGA.— (*Interrumpiéndola y en tono calmoso.*) Y yo ya te he dicho que el sargento y los demás soldados vienen detrás de mí...

DOÑA ANTONIA.— (*Alzando la voz.*) ¿Pero cuándo llegarán...?

ORTEGA.— (*Quitándose la cuera y colgándola.*) Pronto, mujer; llegarán pronto...

DOÑA ANTONIA.— (*Alzando más la voz.*) ¿Pronto? ¿Pero cuándo...?

ORTEGA.— (*Alzando la voz.*) Antonia; haz el favor de calmarte y de dar ejemplo de entereza a los demás. No son estos momentos muy apropiados para dejarse llevar por la histeria...

DOÑA ANTONIA.— (*Con rapidez.*) No me estoy dejando llevar por la histeria. Lo que quiero es que me digas...

ORTEGA.— (*Interrumpiéndola con firmeza.*) Pues lo parece, lo parece. Y ahora vete y calma a las demás mujeres, y procura que se haga el menor ruido posible para que puedan descansar mejor los heridos.

DOÑA ANTONIA.— (*Casi llorando y bajando la voz.*) Pero me van a preguntar a mí...

ORTEGA.— (*En tono conciliador.*) Haz lo que te he dicho, y diles, a quienes te pregunten, que tan pronto haya recibido el informe escrito del cabo Verdugo, dictaré las órdenes más urgentes, y comunicaré de palabra los pasos a seguir en el futuro, hasta que el peligro de un ataque indio desaparezca. (*Pausa y señalándole la puerta.*) Y ahora, por favor, déjame trabajar, que el tiempo apremia. (*Le pasa el brazo por la cintura y la lleva hasta la puerta.*)

DOÑA ANTONIA.— (*Con lágrimas en los ojos.*) ¿Cuándo nos...?

ORTEGA.— Dentro de media hora; dentro de media hora procura que estén todos delante de esta puerta. (*Empujando suavemente a doña Antonia.*) Y, por favor, dile al padre Fuster que venga a verme. (*Alzando la voz mientras sale doña Antonia.*) ¡Cabo de guardia!

VERDUGO.— (*Entrando en el acto, y con un pliego en la mano.*) ¡Mi teniente! (*Se cuadra.*)

ORTEGA.— ¿Están todos más calmados?

VERDUGO.— Sí, señor. Su llegada les ha reconfortado algo, pero todavía están muy inquietos. (*Pausa.*) ¿Es cierto que el sargento está a punto de llegar, mi teniente?

ORTEGA.— No, cabo, no; el sargento no está a punto de llegar. Si lo he dicho ha sido para elevar un poco la moral de la gente...

VERDUGO.— Eso es lo que pensaba, mi teniente...

ORTEGA.— El sargento llegará aquí dentro de tres días, es decir, el día once y, con toda seguridad, ya caída la tarde; pues tiene que recoger y acarrear todos los víveres y utensilios que estaban destinados para la fundación de San Juan Capistrano, y dejar enterrados los metates y las campanas.

VERDUGO.— ¿Y quiénes vendrán con él?

ORTEGA.— Vendrán con él los padres Lasuén y Amurrio, y cinco soldados.

VERDUGO.— ¿Y los demás, señor?

ORTEGA.— Los demás quedan a discreción del sargento; pero tres soldados y algunos arrieros tendrán que devolver el ganado a San Gabriel.

VERDUGO.— Afortunadamente, el sargento Carrillo había vuelto ya de San Gabriel...

ORTEGA.— Sí, sí. El sargento salió para San Gabriel el día 30 de octubre, después de que se hubiesen realizado las protocolarias ceremonias de la fundación, y regresó con el padre Amurrio ayer, a las cuatro de la tarde; una hora después de que llegasen los tres correos que usted me mandó, anunciándome la triste noticia de la destrucción de la misión.

VERDUGO.— (*Entregándole el pliego a Ortega.*) Aquí tiene usted el informe. (*Se cuadra de nuevo.*)

ORTEGA.— (*Tomando el pliego y depositándolo en la mesa.*) Muy bien, cabo. (*Pausa.*) Repítame los puestos de guardia que ha dispuesto.

VERDUGO.— Como ya le dije, tan pronto como llegó usted, hay dos centinelas a caballo en lo alto de la loma y otros dos vigilando el ganado en el prado. Los dos primeros tienen orden de avisar a los segundos si observan algo extraño, y todos ellos están encargados de meter las reses en el fuerte.

ORTEGA.— ¿Se ha vigilado a los neófitos Diego, Ignacio y Miguel?

VERDUGO.— Sí, señor. Les he controlado totalmente. Tan pronto como llegaron de la misión les dije que se refugiases en la casa de los misioneros, porque estaba seguro de que los gentiles vendrían a matarles, por haber perseguido a los atacantes que destruyeron la misión.

ORTEGA.— ¿Y siguen todavía en la casa de los padres?

VERDUGO.— Sí, señor, siguen en la casa.

ORTEGA.— Ordene que les digan que el peligro ha pasado; que he llegado yo, y que pueden salir de la casa pero no del fuerte. ¡Rápido!

VERDUGO.— ¡A sus órdenes, mi teniente! (*Leve inclinación de cabeza, sale y vuelve al instante.*)

(*En el entretanto Ortega ha abierto un cajón de su mesa y ha cogido unos pliegos, que estará examinando cuando entre Verdugo.*)

VERDUGO.— (*Entrando, avanzando tres pasos y cuadrándose.*) Orden cursada, mi teniente.

ORTEGA.— (*Sin levantar la vista de los pliegos.*) Cabo, estos tres individuos deben ser vigilados de cerca por tres neófitos de confianza; pero, sobre todo, deben ser espiaados por mis hijos José María e Ignacio, y por su ahijado Leonardo. (*Pausa.*) Son los niños de más edad del fuerte y de los únicos que me puedo fiar...

VERDUGO.— Pero, mi teniente...

ORTEGA.— (*Depositando el pliego sobre la mesa.*) Las vigilancias de los niños deben ser intercambiadas diariamente; y quiero que después de comer y de cenar me cuenten todos los pasos que dieron esos sujetos y, especialmente, con quienes hablaron.

VERDUGO.— Pero, mi teniente, Ignacio tiene once años...

ORTEGA.— Ya lo sé, cabo; es mi hijo. Y José María tiene quince, y Leonardo catorce. (*Pausa.*) Diego y sus compañeros van a descubrir muy pronto a los neófitos que les pongamos sobre sus talones; pero lo que no sospecharán es que les estarán vigilando tres jovencitos...

VERDUGO.— Sí, señor...

ORTEGA.— ¿De cuántos soldados realmente útiles disponemos?

VERDUGO.— De ocho, mi teniente; y entre los ocho cuento los cuatro que acaban de llegar con usted.

ORTEGA.— Ya, ya; es decir, que desde que me despachó el correo a San Juan Capistrano, el fuerte ha estado defendido por los arrestados Camacho, Vallejo y Ortega, y por mi ordenanza Francisco María Ruiz.

VERDUGO.— Sí, señor; y por su hijo José María y mi ahijado Leonardo; y tengo que añadir que tanto los arrestados como los niños se comportaron muy bien.

ORTEGA.— ¿Lo ha hecho constar en el informe?

VERDUGO.— Sí, señor.

ORTEGA.— ¿Quiénes son los que quedan inútiles para el servicio?

VERDUGO.— Quedan fuera del servicio Francisco Peña, que tuvo que venir de la misión porque le aplastó un pie el árbol que talaba, y Olivera y Beltrán, que están en cama por tener supuraciones en los ojos y estar prácticamente ciegos. (*Pausa.*) Espero que Olivera esté dispuesto dentro de una semana; pero la mejoría de Beltrán es muy lenta.

ORTEGA.— ¿Consta todo en el informe?

VERDUGO.— Sí, señor; todo consta en el informe.

ORTEGA.— Está bien, cabo. (*Pausa.*) ¿Ha descubierto usted la causa concreta de por qué atacaron la misión?

VERDUGO.— No, mi teniente; aunque viendo cómo se han desarrollado los hechos, es lógico deducir que lo tenían todo planeado desde hacía algún tiempo, y que esperaron a que se dividiese la tropa, al ir a fundar San Juan Capistrano, para atacarnos.

ORTEGA.— ¿Ha habido problemas en la misión cuando he estado ausente...?

VERDUGO.— No, no más que antes, mi teniente; y todo se redujo a que los soldados de la misión no quisieron vigilar la caballada de los padres; porque, como usted sabe, dicen que no es su obligación.

ORTEGA.— Sí; y los padres, como siempre, amenazarían con darles caballos a los neófitos para que hiciesen ese trabajo.

VERDUGO.— Efectivamente, mi teniente; pero el cabo Rocha les dijo que ese servicio lo debían realizar los neófitos y a pie.

ORTEGA.— Exactamente, así debe ser.

VERDUGO.— Y así se lo hizo saber tanto al padre Jaime como a Fuster; y así se realizó hasta la noche del día cuatro en que la misión fue asaltada.

ORTEGA.— Según me contaron los tres correos que usted me envió, todo comenzó a la una y media de la noche...

VERDUGO.— Sí, señor; a esa hora se hallaba de guardia el soldado Alejo González y dio la alarma, porque en el momento que vigilaba la empalizada, junto a la iglesia, vio movimientos extraños, y antes de que pudiese darse cuenta le atacaron dos indios con macanas y cuchillos; él se defendió y alertó a los demás, al mismo tiempo que corría hacia el cuerpo de guardia...

ORTEGA.— Y todos se levantaron en el acto...

VERDUGO.— Sí, señor, todos dormían vestidos; y desde el primer momento, tanto el cabo Rocha como los soldados Álvarez y Armenta, se pusieron las cueras y dispararon contra los asaltantes...

ORTEGA.— ¿Cómo murió Arroyo?

VERDUGO.— Los herreros Manuel Arroyo y Felipe Romero dormían en la fragua; y Arroyo fue el primero en salir a la puerta, con la espada en la mano, recibiendo dos flechazos en el estómago que le mataron en el acto.

ORTEGA.— ¿Salió sin cuera...?

VERDUGO.— Sí, señor; ya sabe usted que él era de reacciones rápidas...

ORTEGA.— ¿Y Romero se puso la cuera...?

VERDUGO.— Sí, señor; Romero es, con el padre Fuster, el único que no recibió heridas importantes; y además logró salvar la cuera de Arroyo...

ORTEGA.— Vea usted, cabo, lo que pasa cuando no se cumplen las órdenes. Lo he dicho muy claro y lo he repetido mil veces, que a cualquier señal de peligro hay que ponerse la cuera...

VERDUGO.— Sí, señor...

ORTEGA.— ¿Cómo flecharon a Urcelino?

VERDUGO.— El carpintero José Urcelino se encontraba durmiendo en el cuerpo de guardia, y salió también con la espada en la mano y le alcanzaron con dos flechazos mortales, uno en la boca del estómago y otro en la espalda; y, a pesar de que resistió toda la noche cebando los fusiles, está tan grave que dudo mucho que llegue hasta mañana...

ORTEGA.— Aquí, en este caso, vuelvo a decir lo mismo. He dicho muchas veces que tanto los herreros como los carpinteros, los padres y el guardalmacén, deben llevar puestas las cueras durante el día, y en la noche tenerlas a mano. Pero es como predicar en desierto; los padres se niegan, el guardalmacén dice que no es militar, y los otros contestan que se las pondrán cuando les haga falta; y aquí tenemos los resultados...

VERDUGO.— Sí, señor.

ORTEGA.— Entonces el ataque comenzó a la una y media; y todos se defendieron disparando, y corrieron a refugiarse en el cuerpo de guardia, donde encontraron a Urcelino herido...

VERDUGO.— Sí, señor...

ORTEGA.—Y allí se refugiaron también el padre Fuster, mi hijo Ignacio y su ahijado Leonardo...

VERDUGO.— Sí, señor; los niños habían ido a confesarse con el padre Jaime...

ORTEGA.—Y se mantuvieron en el cuerpo de guardia hasta que los indios incendiaron la techumbre y tuvieron que salir de allí porque se les caía encima. (*Pausa.*) Y mientras esto sucedía toda la misión ardía: la iglesia, las casas de los padres, el almacén, los establos...

VERDUGO.— Sí, señor; cientos de indios corrían de un lado para otro, robando todo lo que había de valor, lanzando miles de flechas e incendiando todos los...

ORTEGA.— ¿Y el padre Luis Jaime?; ¿cuándo se dieron cuenta de que faltaba el padre Jaime?

VERDUGO.— Se dieron cuenta de que el padre no se hallaba en el grupo cuando llegaron al cuerpo de guardia; y por ese motivo el cabo Rocha y los soldados González y Álvarez se arriesgaron a ir hasta su casa y no le encontraron; y en este ir y venir es cuando se acrecentaron las desgracias; pues el cabo recibió nueve flechazos, Álvarez tres, y Armentta, que disparaba para cubrirles, cuatro...

ORTEGA.—Y entonces es cuando a la vista de que se les venía encima la techumbre incendiada, decidieron refugiarse en el fogón de la cocina comunal, al amparo de sus paredes de adobe.

VERDUGO.— Sí, señor. No tenían otra opción. Por eso cogieron todos los fusiles, lanzas, adargas y pólvora que pudieron, y se metieron en un espacio que tiene tres varas de largo por dos de ancho, y que estaba descubierta por un lado, el cual fue cerrado con unos fardos que el soldado González logró arrastrar.

ORTEGA.—Y en esa operación es donde González recibió los cinco flechazos...

VERDUGO.— Sí, señor; pero excepto el del carrillo y el tobillo, los demás no son importantes. Sufrió mucho más daño en el cuello por causa de la cuera, al no llevar puesta la bufanda.

ORTEGA.— ¿No llevaba bufanda...?

VERDUGO.— No, señor, no llevaba; y la cuera que se puso fue la que logró salvar Romero y que perteneció a Arroyo.

ORTEGA.— Siga, cabo, siga...

VERDUGO.— Tapado el lado descubierto de ese pequeño recinto, lograron rechazar cuatro ataques indios. El padre Fuster estaba sentado encima de una talega de dos arrobas de pólvora, y la repartía para que cebasen los diez fusiles que eran disparados únicamente por el cabo. Con las adargas se defendieron de las flechas y macanas, y con las lanzas evitaron varias veces que los enemigos se lanzaran de cabeza al interior del recinto; y así estuvieron toda la noche, hasta que al comenzar a amanecer vieron cómo se retiraban con sus heridos, y cómo dejaban en el campo cuarenta y dos cadáveres...

ORTEGA.— ¿Cuándo y cómo se encontró al padre Jaime?

VERDUGO.— Cuando se retiraron los atacantes, el soldado González salió del parapeto y se dirigió hacia tres neófitos que lloraban a grandes gritos, y fueron ellos los que le llevaron al arroyo, donde estaba el cuerpo del padre totalmente desnudo; y tan completamente cubierto de flechas que de una a otra no había ni un palmo. La cabeza se la habían machacado con una piedra de una arroba que se encontraba ensangrentada cerca del cadáver. (*Pausa.*) Esos tres neófitos fueron los que vinieron a avisarme por encargo del cabo Rocha...

ORTEGA.— (*En tono conmovido.*) Que descanse en paz en la improvisada tumba que se le ha dispuesto en este fuerte...

VERDUGO.— Que así sea...

ORTEGA.— ¿A qué hora llegó usted a la misión?

VERDUGO.— Llegué a las ocho de la mañana con los cuatro soldados disponibles que tenía, y los evacué a todos a lomos de mula.

ORTEGA.— ¿Y los neófitos? ¿Dónde estaban los neófitos de la misión?

VERDUGO.— Los neófitos huyeron todos, excepto los tres que vinieron a avisarme. Lo que no sé es si huyeron por miedo, o por estar confundidos con los asaltantes...

ORTEGA.— ¿También huyeron las quince familias indias que vivían en la misión...?

VERDUGO.— Sí, señor; también huyeron...

ORTEGA.— (*Con ironía.*) Pero cuando cesó el ataque se fueron presentando uno a uno, diciendo que se habían escondido para reunirse y atacar a los asaltantes tan pronto amaneciese...

VERDUGO.— Sí, señor, eso es lo que dijeron; pero ninguno de nosotros lo cree. El mismo Diego afirmó que había perseguido a algunos atacantes por la cañada del maíz.

ORTEGA.— ¿Cuántas rancherías participaron en el ataque?

VERDUGO.— Prácticamente todas las de la región, mi teniente. Aunque por las declaraciones voluntarias que me han hecho algunos neófitos, las rancherías de *La Soledad, El Rincón, Las Choías y La Casa*, no entraron en la conjura.

ORTEGA.— ¿Y usted qué piensa?

VERDUGO.— Yo, mi teniente, pienso simplemente que eso no es verdad; porque el cabo y los soldados vieron a muchos indios de esas rancherías atacar la misión. (*Pausa.*) No he realizado interrogatorios sistemáticos, porque eso hubiera hecho huir a algunos posibles culpables; y además le estaba esperando a usted con sus refuerzos...

ORTEGA.— (*Desenrollando el mapa de en medio.*) ¿Cuántas rancherías cree usted que participaron en el ataque?

VERDUGO.— No le puedo decir un número, mi teniente...

ORTEGA.— ¿Veinte...?

VERDUGO.— Más, mi teniente; por lo menos treinta...

ORTEGA.— ¿Ha hecho una relación provisional de esas rancherías...?

VERDUGO.— No, no la he hecho, mi teniente.

ORTEGA.— (*Señalando el mapa desenrollado.*) Señáleme aquí las áreas más lejanas desde donde se cree que han podido venir indios a atacar la misión.

VERDUGO.— (*Acercándose al mapa.*) Quiero hacerle constar, mi teniente, que estos datos que le voy a dar proceden de habladurías que todavía no he podido confirmar...

ORTEGA.— Señáleme lo que le he dicho...

VERDUGO.— Sí, señor; (*Señalando el mapa.*) Se dice que han venido indios desde la Cañada de Santa Margarita, a 15 leguas; de la ranchería *Barrabás*, a 13 leguas; del Valle de San Juan Capistrano, a 12 leguas; de la cañada de Santa Sinforosa, a 11 leguas; de la cañada de San Alejos, a 9 leguas; pero opino que de estos lugares no han debido venir muchos...

ORTEGA.— Señáleme las rancherías cercanas desde donde se cree que partió el grueso de los atacantes.

VERDUGO.— (*Señalando en el mapa.*) El mayor número de atacantes procede de asentamientos que distan unas cuatro leguas de este fuerte; como pueden ser gentes del Valle de Santa Isabel y de la Poza de Osuna; o de lugares más cercanos, como son las rancherías *Meti, Janat, La Punta, Gue-tai, La Soledad, El Rincón, Las Choias*...

ORTEGA.— Es decir, todas las cercanas...

VERDUGO.— Sí, señor; todas las cercanas.

ORTEGA.— ¿Hay alguna noticia precisa y concreta de que vayan a atacar este fuerte?

VERDUGO.— No, no la hay; pero por las informaciones que he ido recibiendo es casi seguro que nos atacarán...

ORTEGA.— ¿Qué informaciones son esas?

VERDUGO.— Son noticias procedentes de mis informadores...

ORTEGA.— ¿Y son de fiar esos informadores?

VERDUGO.— Yo, mi teniente, ya sabe usted que desconfío de todos los indios, ya sean cristianos o paganos; pero si en alguno debo tener confianza ese es Manuel Utrera, porque nos conocemos desde niños, al haber nacido los dos en la misión de San Javier en la Baja California...

ORTEGA.— ¿Y es de confianza?

VERDUGO.— Eso creo, mi teniente; (*Pausa.*) Al menos siempre se ha comportado fielmente...

ORTEGA.— ¿Y qué es lo que dice?

VERDUGO.— Pues Utrera me ha dicho que de distintas fuentes le había llegado el rumor de que se estaban congregando muchos nativos en un valle cercano a este fuerte; y que el fin que persiguen con esto es acabar con todos nosotros, evitando matar a las mujeres, a quienes quieren convertir en esclavas. (*Pausa.*) Y, aunque no lo creo, me ha dicho también que se da por segura la participación, en este futuro ataque, de las rancherías yumas de la confluencia del Gila con el Colorado.

ORTEGA.— No, no; eso no creo que sea posible. Los yumas son amigos, y su cacique, Olley Iquatequiche, ayudó el año pasado a que la expedición dirigida por don Juan Bautista de Anza, atravesase el Colorado y llegase a San Gabriel sin ningún contratiempo. La paz es total en el Colorado; y el mismo Anza, cuando en mayo regresó de nuevo a Sonora, me comunicó desde Tubac que en septiembre repetiría el viaje hasta San Gabriel y Monterrey, por la gran acogida y muchísimas facilidades que le proporcionaría el cacique de los yumas, su gran amigo, Olley Iquatequiche.

VERDUGO.— Ya le dije, mi teniente, que yo tampoco lo creía...

ORTEGA.— ¿Y tiene Utrera una idea aproximada de cuándo podría ser realizado ese ataque...?

VERDUGO.— No, no la tiene; pero me ha dicho que si no han atacado ya, es porque piensan que tienen que fabricar cinco veces el número de flechas que utilizaron en el asalto a la misión...

ORTEGA.— Está bien, cabo. (*Pausa.*) En la noche del ataque hubo luna llena y el viento soplaba a favor de que se oyese algo en el fuerte de todo lo que estaba pasando en la misión. Todos sabemos que las dos leguas que separan este fuerte de la misión, no impiden que, algunos días, se oiga en ella el disparo que se hace en este fuerte al cesar la guardia nocturna. ¿Cómo es posible que el centinela no percibiese el resplandor de la misión en llamas y los infinitos disparos que realizaron todos los defensores, y, en especial, el cabo Rocha?

VERDUGO.— No lo sé, mi teniente. Durante la noche llovió algo y es posible que eso confundiera al centinela...

ORTEGA.— ¿No era el soldado Manuel María Robles quien estaba de guardia?

VERDUGO.— Sí, señor; él era.

ORTEGA.— Pues por lo que me contó cuando llegó con el correo a San Juan Capistrano, me pareció que se había quedado dormido, y por más que me juró y perjuró que había estado vigilando toda la noche, y que no había visto nada anormal, no me convenció su explicación.

VERDUGO.— Eso mismo me dijo a mí; que había estado vigilante toda la noche, y que incluso, para quitarse el sueño se había lavado la cara dos veces en la pila de las caballerías. (*Pausa.*) Pero yo también creo que se quedó dormido...

ORTEGA.— ¿Las guardias anteriores fueron hechas sin novedad?

VERDUGO.— Sí, mi teniente; lo tiene todo en el informe. El turno fue así: el soldado Ruiz de 7 a 13; Márquez de 13 a 19; José María Verdugo de 19 a 1 de la madrugada, y Robles desde esa hora hasta las 7 de la mañana.

ORTEGA.— Bien, cabo. (*Pausa.*) El resumen de la situación es que tenemos una misión destruida, unos hombres muertos, otros heridos, y otros enfermos; y, lo que es peor, que esperamos un ataque a este fuerte de los indios de las rancherías cercanas.

VERDUGO.— Sí, señor.

ORTEGA.—Y lo que agrava todavía más esta delicadísima situación es que el sargento Carrillo no llegará aquí antes de tres días...

VERDUGO.— Sí, mi teniente.

ORTEGA.—Y no creo que les detenga mucho el foso que se está cavando, ni las minas que se están poniendo a lo largo de la empalizada.

VERDUGO.— Pero detendrá, al menos, el primer ataque; y hasta es posible que la sorpresa de las explosiones les...

ORTEGA.— Cabo, ya cuento con que la sorpresa de las explosiones nos dará un respiro...

VERDUGO.— Sí, señor.

ORTEGA.— (*Dirigiéndose hacia los mapas y desenrollando el de la izquierda.*) Por de pronto, y mientras nos atrincheramos lo mejor que podemos, voy a intentar entrar en contacto con la expedición del teniente coronel Anza, que estará ya camino desde Tubac a San Gabriel.

VERDUGO.— Perdón, mi teniente; ¿está usted seguro de que el teniente coronel Anza salió de Tubac...?

ORTEGA.— Sí, lo estoy. Me lo comunicó el propio Anza; y aunque no puedo asegurar exactamente la fecha de su salida, tanto el capitán Rivera desde Monterrey, como el señor gobernador, don Felipe de Neve desde Loreto, me confirmaron en agosto que la salida de Anza desde Tubac se haría en septiembre.

VERDUGO.— ¿Y no se habrá podido retrasar esa salida?

ORTEGA.— No lo creo; pero aunque haya salido en octubre, y teniendo en cuenta que hoy es ocho de noviembre, Anza estará llegando al Colorado, o lo habrá acabado de vadear. (*Señalando en el mapa mientras habla.*) Por eso voy a mandar a dos neófitos que se sitúen en *Pozos de Santa Rosa*, con la misión de que si no tienen allí noticias de Anza, baje uno hasta *Poza de Santa Olaya*, que es por donde la expedición cruzará el Colorado, y el otro suba hacia *Pozo de San Gregorio*, e incluso hasta *Paso de San Gorgonio*; de esta manera yendo uno hacia el Sur y otro recorriendo el camino hacia el Norte, el contacto con Anza estará asegurado.

VERDUGO.— ¿Qué neófitos serán nombrados para este servicio?

ORTEGA.— Irán Jerónimo y Julio.

VERDUGO.— ¿Los criados de don Rafael de Pedro...?

ORTEGA.— Sí, los criados del señor guardalmacén. (*Pausa.*) No es que tenga en ellos una confianza absoluta, pero los dos nacieron en Loreto y los dos hablan español bien. Su comportamiento ha sido siempre correcto y no creo que se quieran escapar por la zona del Colorado, tan aleja-

da de su tierra. Además Jerónimo me pidió permiso para casarse hace un mes y las amonestaciones se harán tan pronto como regrese...

VERDUGO.— ¿Cuándo saldrán?

ORTEGA.— Saldrán ahora mismo.

VERDUGO.— ¿Los pondremos en ruta?

ORTEGA.— Sí, los pondremos en ruta. (*Pausa.*) Dé orden a Ruiz de que se presenten aquí los soldados Camacho y Vallejo con el armamento de servicio y con dos caballos cada uno; y que se presenten también Jerónimo y Julio con ropa de abrigo.

VERDUGO.— Sí, señor. (*Leve inclinación de cabeza, sale y vuelve en el acto.*) Orden cursada, mi teniente. (*Pausa.*) En la puerta están esperando el padre Fuster, Diego y las señoras.

(*Ortega, mientras sale y vuelve Verdugo, ha desenrollado el tercer mapa.*)

ORTEGA.— (*Mirando el mapa.*) Que esperen, que esperen...

VERDUGO.— Sí, señor.

ORTEGA.— Acérquese, cabo, acérquese.

VERDUGO.— (*Situándose a la izquierda del mapa, y en posición de "firmes".*) Dígame...

ORTEGA.— Nuestro principal enemigo, además de los indios que nos acechan, es el fuego.

VERDUGO.— Sí, señor.

ORTEGA.—Y para combatir el fuego en lo máximo posible hay que reestructurar el fuerte. (*Señalando en el mapa.*) Hay que quitar del centro de la plaza la cabaña de la armería por estar construida enteramente de tule, y pasar las armas a mi casa que tiene paredes de adobe. (*Pausa.*) Este trabajo debe quedar realizado hoy mismo.

VERDUGO.— Sí, señor.

ORTEGA.— En el lugar dejado por la armería se deben apilar las provisiones que haya en los almacenes. (*Pausa.*) Este traslado se realizará durante toda la noche, de forma que mañana a las siete esté terminado.

VERDUGO.— Sí, señor.

ORTEGA.— Hay que echar abajo los almacenes, y con parte de su tablarzón fabricar las techumbres de las casas que tengan muros de adobe. (*Pausa.*) Esto llevará tiempo, pero se debe empezar a trabajar en ello mañana a las siete en punto.

VERDUGO.— Sí, señor.

ORTEGA.— (*Señalando en el mapa.*) Esto, de momento; porque tan pronto como llegue el sargento retrasaremos la empalizada hasta donde estaban los almacenes, y de esta manera el fuerte quedará reducido a una franja alargada de ochenta por cuarenta varas; y así en una parte me parapetaré yo con un cañón, y en la otra el sargento con el otro.

VERDUGO.— Sí, señor.

ORTEGA.— Avise al padre Fuster de que puede pasar; y usted espere fuera a que se presenten Camacho, Vallejo y los neófitos; y cuando les haya pasado revista avíseme.

VERDUGO.— A sus órdenes, mi teniente. (*Leve inclinación de cabeza y sale.*)

(*Ortega comienza a enrollar los mapas.*)

PADRE FUSTER.— (*Entrando seguido de doña Antonia.*) ¡Viva Jesús! Dígame usted, teniente; doña Antonia y yo también queríamos hablar con usted.

ORTEGA.— Mire usted, padre Fuster; los neófitos no pueden seguir acampados junto a la empalizada...

PADRE FUSTER.— (*Con rapidez.*) Exactamente, teniente; no pueden seguir ahí ni un minuto más. No tienen donde refugiarse y hoy, a pesar de que llueve poco, ya están todos calados hasta los huesos...

ORTEGA.— Además, hemos de comprender que su ubicación junto a la empalizada se presta a que entre ellos se mezclen elementos revoltosos que quieran atacar el fuerte. Por eso quería preguntarle a usted si le pare-

cería bien que, provisionalmente, la nueva misión se estableciese en la falda de la loma, aprovechando las cuevas existentes y el pequeño bosque que hay en su base.

PADRE FUSTER.— A mí me parece bien como medida provisional...

ORTEGA.— Por supuesto el emplazamiento es provisional; y lo he elegido porque a tan corta distancia del fuerte se sentirán protegidos...

DOÑA ANTONIA.— Yo te venía a pedir que las treinta niñas no saliesen del fuerte...

ORTEGA.— (*Con rapidez.*) Antonia, tan pronto como llegué, ya te dije que eso era imposible.

DOÑA ANTONIA.— ¿Por qué es imposible?

ORTEGA.— Porque ya, antes de entrar en el fuerte, me pidieron que les devolviese a las niñas.

DOÑA ANTONIA.— ¿Y sabes para qué las quieren?

ORTEGA.— No lo sé, ni me importa. Quienes me las pidieron son sus padres, sus madres y sus hermanos.

PADRE FUSTER.— Yo también pienso como usted, doña Antonia; y en este momento lo más importante es proceder a bendecir el nuevo lugar donde será asentada la misión; y de esta manera las niñas seguirán estando bajo mi protección.

ORTEGA.— Su protección es muy débil, padre Fuster. Lo más importante en estos momentos es que alguien ha envenenado a esos familiares diciéndoles que las tenemos secuestradas; y lo desgraciado es que no tenemos fuerzas para defenderlas; y lo que tampoco deseo es indisponerme con esos cincuenta neófitos, porque no quiero darles municiones a mis enemigos.

DOÑA ANTONIA.— Pero esas niñas han sido criadas en la misión, y ellas mismas vinieron ayer a ponerse bajo la protección del padre Fuster.

PADRE FUSTER.— Yo, teniente, lo que le pido es que ahora mismo venga usted conmigo, y que con su presencia refrende la bendición del nuevo lugar de la misión.

ORTEGA.— Eso, padre, lo haré con sumo gusto; pero bajo ciertas condiciones.

PADRE FUSTER.— Dígame usted, teniente, qué condiciones son esas.

ORTEGA.— La misión se instalará en el lugar indicado; pero, de momento, usted sólo podrá estar en ella el tiempo que dure la celebración de la misa dominical.

PADRE FUSTER.— Pero eso no arregla nada la situación...

ORTEGA.— Tampoco podrá estar asistido por Diego; ya que le voy a suspender en su puesto de mayordomo en funciones.

PADRE FUSTER.— Pero, ¿por qué va a cesar a Diego?

ORTEGA.— Porque Diego, al igual que otros importantes neófitos, tiene pendiente el hacer su declaración de lo ocurrido en la noche del asalto a la misión.

PADRE FUSTER.— Eso no es motivo para cesar a Diego. ¿Por qué no le toma declaración ahora mismo? Está ahí fuera esperando para hablar con usted.

ORTEGA.— Padre, las cosas hay que hacerlas a su debido tiempo; y yo siempre he antepuesto la seguridad a todo lo demás.

DOÑA ANTONIA.— ¿Y qué seguridad estás ofreciendo a esas niñas, que son ya más españolas que indias?

ORTEGA.— Yo hablo de otra seguridad; hablo de la seguridad de este fuerte.

DOÑA ANTONIA.— Pues entérate de una vez que las niñas están en este fuerte, y que si se las entregamos las desgraciarán a todas.

ORTEGA.— Antonia, yo solo sé que las niñas son indias y que sus familiares me las piden. (*Pausa.*) Se acondicionarán las cuevas y les talarémos los árboles que haya que talar para acomodar a todos los neófitos lo mejor posible.

DOÑA ANTONIA.— Eso no son nada más que palabras. ¿Cómo vamos a acondicionar las cuevas y talar árboles para ellos, si tenemos que seguir cavando la fosa alrededor del fuerte?

ORTEGA.— ¿Que cómo lo vamos a hacer? Pues comenzando por el principio y terminando por el final. (*Pausa.*) Tienes que ser más positiva, Antonia; lo que vamos a hacer es un campamento de circunstancias para que se puedan refugiar esas niñas y sus familiares.

PADRE FUSTER.— Pero eso no va a ser una misión...

ORTEGA.— Padre, eso será lo que nosotros queramos que sea; y fundamentalmente de lo que se trata es de hacer algo por ellos, y que vean que no les abandonamos a su suerte.

PADRE FUSTER.— Teniente, los simples gestos no les van a remediar en nada...

ORTEGA.— Eso es lo que usted dice; y yo digo y hago lo que puedo. (*Pausa.*) En estos momentos lo que esperamos es un ataque indio; y ante esta situación sólo puedo hacer con los neófitos dos cosas: decirles que se vayan, o meterlos en esas cuevas y darles de comer.

PADRE FUSTER.— Además, teniente, comprenda también que mi presencia en la misión no puede reducirse únicamente al momento en que celebre la misa.

ORTEGA.— Comprendo sus palabras, padre; pero también pido que se entiendan las mías.

PADRE FUSTER.— Pero usted deberá darse cuenta, que no podemos dejar abandonados de esa manera a los neófitos que han permanecido fieles a la misión...

ORTEGA.— Padre; lo que he dicho, he dicho; porque cuando las circunstancias mandan los hombres obedecen.

PADRE FUSTER.— De todo esto daré debida cuenta por escrito a fray Junípero...

ORTEGA.— Estoy seguro de que usted sabrá cumplir con sus obligaciones. (*Pausa.*) Tan pronto atienda a Diego comunicaré, a todas las personas de este fuerte, lo que he dispuesto que se haga hasta que recibamos refuerzos. Pero ahora, Antonia, comunica a don Rafael de Pedro que proporcione una manta a cada niña; y usted, padre Fuster, disponga la procesión que bendecirá el nuevo asentamiento de la misión.

PADRE FUSTER.— Teniente, esto no es a lo que habíamos venido doña Antonia y yo...

ORTEGA.— Padre, cada uno tiene sus problemas; y yo, en estos instantes, quiero atender los de todos. (*Pausa y haciendo ademán de acompañarles hasta la puerta.*) Por favor, digan a Diego que puede pasar. (*Salen.*)

DIEGO.— (*Entrando, haciendo una reverencia, y con tono afectado.*) ¡Viva Jesús, teniente!

ORTEGA.— Por siempre viva, Diego.

DIEGO.— Venía a darle a usted las gracias por las atenciones que el cabo Verdugo tuvo conmigo y mis compañeros, al cobijarnos en la casa de los misioneros.

ORTEGA.— El cabo Verdugo se limitó a cumplir estrictamente las órdenes recibidas.

DIEGO.— Precisamente por eso se lo quiero agradecer también a usted, teniente.

ORTEGA.— No tienes por qué agradecerme nada; es mi obligación cuidar de los miembros de la misión; y por eso envié al soldado Ruiz a que os dijese que no podíais salir todavía del fuerte.

DIEGO.— Sí, teniente; recibimos la orden...

ORTEGA.— Quiero también decirte que te he suspendido temporalmente de tu cargo de mayordomo en funciones...

DIEGO.— Lo que usted haga, teniente, estará bien hecho...

ORTEGA.— Pues es mi deseo evitar el que seas el centro del ataque de los muchos traidores que nos rodean.

DIEGO.— Repito, teniente, que lo que usted haga estará bien hecho.

ORTEGA.— Pero tenía que informarte...

DIEGO.— Y se lo agradezco mucho a usted. (*Pausa.*) Yo también venía a informarle...

ORTEGA.— (*Sorprendido.*) ¿A informarme...?

DIEGO.— Sí, a informarle, teniente. (*Pausa.*) He estado escondido pero no sordo; y quiero comunicarle que, según mis confidentes, se están congregando muchos rebeldes en los valles cercanos, y parece ser que están almacenando flechas en las grutas cercanas a la ranchería *La Punta*.

ORTEGA.— ¿Estás seguro?

DIEGO.— Eso es lo que me han dicho...

ORTEGA.— ¿Se sabe cuándo atacarán?

DIEGO.— Eso no lo sé; pero lo que me han dicho es que los rebeldes quieren fabricar cinco veces el número de flechas del que utilizaron cuando atacaron la misión.

ORTEGA.— ¿Y son de fiar tus confidentes?

DIEGO.— Yo creo que sí, teniente. Me cuentan todo lo que oyen, incluidas las cosas más descabelladas.

ORTEGA.— ¿Qué cosas descabelladas?

DIEGO.— Pues me han dicho que participarán en el ataque los yumas del Colorado.

ORTEGA.— ¿Los yumas? Imposible, los yumas están muy lejos.

DIEGO.— Yo, teniente, le estoy informando de lo que me han contado...

ORTEGA.— Y yo te doy mil gracias por estas informaciones, Diego. (*Pausa.*) ¿Tienes alguna noticia de las rancherías que participaron en el ataque a la misión?

DIEGO.— En eso no hay secretos, teniente. Participaron todas las rancherías cercanas a excepción de *La Soledad*, *El Rincón*, *Las Choias* y *La Casa*.

ORTEGA.— ¿Estás seguro de que esas no participaron?

DIEGO.— Totalmente seguro; pues tan pronto comenzó el ataque me refugié en la ranchería *El Rincón*, a media legua de la misión;

y allí me puse en contacto con el capitán de *Las Choias*, Xalilloi, quien venía también huyendo, y a quien dije que avisase a los de *La Soledad*, *Las Choias* y *La Casa*, para que tan pronto amaneciese cayésemos sobre los atacantes de la misión. (*Pausa.*) Atacamos al amanecer por la cañada del maíz y venían conmigo José María y Lorenzo; pero pudimos hacer bien poco, porque se volvieron contra nosotros y tuvimos que retroceder hacia la misión. (*Pausa.*) Esa misma noche ya había llegado la noticia a *El Rincón* de que el padre Jaime había sido asesinado...

ORTEGA.— ¿Tienes noticias de quiénes participaron en la muerte del padre?

DIEGO.— Al padre lo mató, según todos los indicios, un tal Chilcacop de la ranchería *Xamechá*; pero es casi seguro que entre los que se ensañaron con su cadáver estaban Francisco y Carlos, los dos principales cabecillas de la rebelión.

ORTEGA.— ¿Por qué señalas a esos dos y no a cualquiera de los otros tres?

DIEGO.— Porque a esos dos los vi en la cañada del maíz, y pienso que Rafael, Cristóbal y Joaquín, habrían ido a atacar el fuerte.

ORTEGA.— ¿Entonces crees que el ataque era simultáneo a la misión y al fuerte?

DIEGO.— Eso es lo que creemos todos. (*Pausa.*) ¿Pues por qué supone usted que no se llegó a atacar el fuerte? El fuerte no se llegó a atacar porque los asaltantes de la misión se adelantaron al momento convenido; y los que caminaban hacia el fuerte vieron las llamas de la misión y pensaron que los soldados también las verían y que estarían prevenidos para rechazar el ataque.

VERDUGO.— (*Entrando, avanzando tres pasos, y cuadrándose.*) Perdón, señor; todo está en orden y dispuesto.

ORTEGA.— Un momento, cabo.

DIEGO.— (*Haciendo ademán de retirarse.*) Teniente, yo...

ORTEGA.— Diego, muchas gracias por tu ayuda; y te pido que me sigas informando de todo lo que oigas.

DIEGO.— Así lo haré, teniente.

ORTEGA.— Desde hoy contarás con un guardaespaldas discreto que te defenderá de...

DIEGO.— Por favor, teniente, no me hace falta ningún guardaespaldas...

ORTEGA.— Insisto, Diego; a los amigos hay que protegerlos.

DIEGO.— Como usted diga, teniente. ¡Viva Jesús, señores! (*Sale haciendo una gran reverencia.*)

ORTEGA.— ¡Por siempre viva, Diego!

VERDUGO.— Mi teniente, ¿ha habido algún cambio de planes?

ORTEGA.— No, no ha habido ningún cambio, cabo; pero este hombre tiene más conchas que un galápago. (*Pausa.*) Ha venido a contarme con puntos y comas todo lo que ya sabemos.

VERDUGO.— ¿Todo?

ORTEGA.— Sí, en esencia, todo; aunque con algunas pequeñas variaciones personales. (*Pausa.*) Me ha contado también lo de los yumas... Hay que vigilarle con mucho cuidado... No tiene que sospechar nada... Es muy peligroso...

VERDUGO.— Sí, señor. (*Pausa larga.*) Los soldados y los neófitos están dispuestos.

ORTEGA.— ¿Han sido todos debidamente informados?

VERDUGO.— Sí, señor.

ORTEGA.— Pues que se traslade a los neófitos a dos leguas en dirección Este; y que vuelvan los soldados sin descansar, remudando las cabalgaduras al galope.

VERDUGO.— Sí, señor. (*Pausa.*) ¿Cuándo va usted a hablar a las personas que se están congregando en la plaza?

ORTEGA.— Les voy a hablar ahora mismo, cabo; ahora mismo.

(Ortega coge la espada del perchero, se la ciñe y sale seguido de Verdugo; y mientras cae el

Telón.)

ACTO TERCERO

Escenario:

(El mismo.)

★ ★ ★

(Fecha:— 11 de enero de 1776.

Lugar:— El mismo.

Hora:— Nueve y media de la mañana.)

★ ★ ★

(Al alzarse el telón se ve al teniente don José Francisco Ortega dormido. Está sentado en su silla y tiene los brazos y la cabeza apoyados sobre la mesa.)

VERDUGO.— *(Entrando y en voz baja.)* Mi teniente...

ORTEGA.— *(Levantando la cabeza muy lentamente.)* ¿Sí...?

VERDUGO.— *(En voz más alta.)* Ya son las nueve y media, mi teniente.

ORTEGA.— *(Poniéndose en pie lentamente.)* ¿Todo en calma?

VERDUGO.— Sí, señor. Sin novedad.

ORTEGA.— *(Saliendo de detrás de la mesa y mirando hacia la ventana.)* Hay sol...

VERDUGO.— Sí, señor, hay sol.

ORTEGA.— ¿Duermen los hombres?

VERDUGO.— Sí, señor.

ORTEGA.— ¿Están todos los demás en los parapetos?

VERDUGO.— Sí, señor; las ocho mujeres, los tres niños, y don Rafael de Pedro están en los parapetos.

ORTEGA.— ¿Quiénes están en la loma?

VERDUGO.— Los soldados Lugo y Olivera, señor.

ORTEGA.— ¿Quién vigila el rebaño?

VERDUGO.— El soldado Beltrán, mi teniente.

ORTEGA.— ¿Está González esperando?

VERDUGO.— Sí, señor; el soldado Alejo González está esperando.

ORTEGA.— Dígale que pase.

VERDUGO.— Sí, señor. (*Leve inclinación de cabeza, sale y vuelve al instante.*)

(*Ortega, mientras sale y entra Verdugo, abre una carpeta de documentos y, escogiendo dos, los coloca en la parte izquierda de la mesa.*)

VERDUGO.— (*Entrando seguido de Alejo González.*) Mi teniente, aquí está el soldado...

ORTEGA.— Sí, sí...

GONZÁLEZ.— ¡A sus órdenes, mi teniente! (*Cuadrándose.*)

ORTEGA.— (*Señalando los documentos.*) González; aquí hay dos informes sobre lo ocurrido en el asalto a la misión de San Diego; el primero es el que leí a toda la guarnición antes de enviarlo, el día 30 de noviembre, al capitán comandante don Fernando Rivera. (*Pausa, y golpeando con la pal-*

ma de la mano uno de los documentos.) Y este, el segundo, desconocido para todos ustedes, en el que detallo las investigaciones posteriores realizadas por mí, y que ponen nueva luz sobre las circunstancias que dieron lugar al ataque indio que destruyó la misión.

GONZÁLEZ.— Sí, señor...

ORTEGA.— (*Cogiendo el documento, exhibiéndolo y depositándolo sobre la mesa.*) Este nuevo informe lo he terminado de redactar hoy, día 11 de enero, a las seis de la mañana; después de dos meses de vigilancia continua...

GONZÁLEZ.— Sí, señor...

ORTEGA.— (*Recalcando las palabras.*) Después de dos meses de vigilancia continua; los hombres por las tardes y las noches, y las mujeres y los niños por las mañanas. (*Pausa.*) La tremenda angustia de estos dos meses se hubiese podido mitigar, si alguno de ustedes me hubiese facilitado, en el momento apropiado, las informaciones que hoy tengo en mi poder.

GONZÁLEZ.— Sí, señor...

ORTEGA.— ¿Y no tiene usted nada que decirme...?

GONZÁLEZ.— (*Sorprendido.*) ¿Yo, señor...?

ORTEGA.— (*Alzando la voz.*) Sí, usted. Usted tiene que contarme algo...

GONZÁLEZ.— Yo, señor, no sé a qué se refiere usted...

ORTEGA.— ¿Quiere usted ampliar la declaración que me hizo sobre los acontecimientos que llevaron a la destrucción de la misión?

GONZÁLEZ.— Mi teniente; mi declaración ya la tiene usted y consta en el informe que envié al capitán Rivera.

ORTEGA.— Veo que se reafirma en lo que me dijo, y que no quiere usted ampliar su declaración. (*Pausa.*) Y por ello debo entender que usted no me ha ocultado nada que yo deba saber.

GONZÁLEZ.— Exactamente, señor; yo no le he ocultado nada...

ORTEGA.—Y si no me ha ocultado nada, ¿por qué no me ha contado todo lo que hizo usted la noche del cuatro de noviembre, poco antes del asalto a la misión?

GONZÁLEZ.— (*Bajando la voz.*) Pero eso ya se lo dije a usted y consta en el informe...

ORTEGA.— (*Con rapidez y firmeza.*) Lo que usted me dijo no es suficiente. (*Pausa.*) ¿Por qué se cubría usted con una manta, cuando inspeccionaba la empalizada por detrás de la iglesia, la noche del cuatro de noviembre?

GONZÁLEZ.— Porque por la noche, cuando no llevamos la cuera nos cubrimos con una manta, mi teniente.

ORTEGA.— Yo di orden de que se llevase la cuera mientras se estuviese de guardia...

GONZÁLEZ.— Sí, mi teniente; pero a veces salimos a hacer el primer recorrido tapados con una manta, porque ponerse la cuera es muy enojoso; y no habiendo peligro...

ORTEGA.— (*Con rapidez y firmeza.*) Había peligro, como se demostró después.

GONZÁLEZ.— Sí, mi teniente...

ORTEGA.— Volvamos a la pregunta, ¿por qué llevaba la manta?

GONZÁLEZ.— (*Bajando la voz.*) Ya le he dicho que era porque acababa de entrar de guardia...

ORTEGA.— No, usted no me ha dicho nada; y como no me ha dicho nada se lo voy a decir yo. (*Pausa.*) Llevaba usted una manta porque le esperaba a usted una mujer detrás de la iglesia. (*Pausa.*) ¿Quién era la mujer que estaba con usted cuando se produjo el ataque?

GONZÁLEZ.— Yo, mi teniente...

ORTEGA.— ¿Quién era esa mujer?

GONZÁLEZ.— Era María, la segunda mujer de Diego, el mayordomo.

ORTEGA.— ¿Y desde cuándo se ve usted a solas con esa mujer?

GONZÁLEZ.— Era la primera vez que estaba a solas con ella, mi teniente.

ORTEGA.— ¿Y desde cuándo comenzó usted con sus requiebros amorosos?

GONZÁLEZ.— Desde el mes de abril del año pasado, mi teniente.

ORTEGA.— ¡Vaya! Un amor a primera vista; pues llegó usted aquí, procedente de Monterrey, en marzo.

GONZÁLEZ.— Sí, pero mis sentimientos hacia ella...

ORTEGA.— Dejemos los sentimientos ahora...

GONZÁLEZ.— Sí...

ORTEGA.— Naturalmente, le considero a usted enterado de los castigos que una acción como esta lleva consigo...

GONZÁLEZ.— Sí, señor; pero yo querría explicarle...

ORTEGA.— Sí, sí; ya sé, ya sé...

GONZÁLEZ.— Pero, mi teniente, mis intenciones hacia ella...

ORTEGA.— (*Interrumpiéndole.*) ¿Está enterado Diego de estas relaciones?

GONZÁLEZ.— No, no. (*Pausa larga y bajando la voz.*) No lo sé, mi teniente.

ORTEGA.— Es decir, usted no sabe si Diego está enterado de sus amóros con María.

GONZÁLEZ.— No; no lo sé, mi teniente.

ORTEGA.— A lo mejor a Diego no le importa lo que haga María, porque es un poco "joya"; es decir, afeminado; ¿me equivoco?

GONZÁLEZ.— Eso dicen, mi teniente...

ORTEGA.— ¿Qué quiere usted decir con "eso dicen"?

GONZÁLEZ.— Que eso es lo que se dice; que Diego es afeminado...

ORTEGA.— A mí lo que me interesa es lo que piensa usted, no lo que digan otros. ¿Piensa usted que Diego es afeminado?

GONZÁLEZ.— Yo no me he parado a pensar en eso, mi teniente.

ORTEGA.— Pues piénselo ahora. ¿Cree usted que Diego es afeminado?

GONZÁLEZ.— Yo, mi teniente, no lo sé; pero si todos lo dicen...

ORTEGA.— Ya, ya; usted duda de que Diego sea afeminado. (*Pausa.*) A pesar de que otros digan que lo es.

GONZÁLEZ.— El que lo sea o no, no importa; porque Diego está casado con una sola mujer; ya que tuvo que renunciar a la segunda para poder ser bautizado...

ORTEGA.— Ya, y usted, se ha creído que no le importa nada su segunda mujer. (*Pausa.*) Póngase usted en su lugar, y piense si no le afectaría...

GONZÁLEZ.— Yo no podría tener dos mujeres...

ORTEGA.— (*Con aplomo.*) Digo que se ponga en su lugar y que me conteste lo que pensaría usted.

GONZÁLEZ.— Yo, mi teniente...

ORTEGA.— Veo que a usted sí que le importaría que su segunda mujer estuviese con otro.

GONZÁLEZ.— Sí...

ORTEGA.— ¿Y por qué cree usted que Diego ha hecho la vista gorda a los amoríos de su ex-mujer?

GONZÁLEZ.— Yo no sé...

ORTEGA.— Usted sí que cree que lo sabe. Usted y los demás soldados de la misión, incluido el cabo Rocha, influyeron en los misioneros para

que Diego gozase de todas las comodidades posibles, e incluso fuese nombrado mayordomo. (*Pausa.*) Así, al menos, se pagaba al pobre cornudo; ¿verdad?

GONZÁLEZ.— No, mi teniente; el motivo, por el que todos queríamos nombrar mayordomo a Diego, era la seguridad de la misión. Se necesitaba una autoridad india...

ORTEGA.— No le creo a usted; pues pudieron haber elegido a cualquier venerable anciano de las rancherías cercanas...

GONZÁLEZ.— Pero, mi teniente, ninguno de esos ancianos era intérprete, catequista y cantor de coro, como lo es Diego...

ORTEGA.— Pero todas esas virtudes que impresionan a los frailes, a usted y a los demás les traen sin cuidado. (*Pausa.*) Usted lo que quería era esa mujer.

GONZÁLEZ.— Yo, señor, quiero repetirle que no...

ORTEGA.— (*Interrumpiéndole con energía.*) Volvamos de nuevo a la pregunta inicial: ¿por qué cree que Diego no se da por enterado de lo que ocurre con su ex-mujer?

GONZÁLEZ.— Yo, no sé...

ORTEGA.— ¿Y no se le ha pasado a usted por la cabeza que le ha podido estar utilizando la propia María, por orden de Diego?

GONZÁLEZ.— No, no; eso no es posible...

ORTEGA.— (*Con rapidez.*) Bien, pues dígame qué ocurrió aquella noche.

GONZÁLEZ.— ¿Aquella noche...?

ORTEGA.— Sí, aquella noche; la noche del cuatro al cinco de noviembre.

GONZÁLEZ.— Yo, mi teniente...pedí el turno de noche...

ORTEGA.— Siga, siga; ¿por qué pidió el turno de noche?

GONZÁLEZ.— Lo pedí porque ella accedió a estar conmigo esa noche...

ORTEGA.— Ya; y usted se lo había pedido muchas veces, y ella se había negado siempre, ¿no?

GONZÁLEZ.— Sí, señor; se negó siempre. Pero ante mi insistencia, comenzó a poner la excusa de que el padre Jaime la vigilaba continuamente, al darse cuenta de que yo estaba interesándome por ella.

ORTEGA.— Ya; y por fin, le dijo a usted que la noche del día cuatro le vería a solas...

GONZÁLEZ.— Sí, señor; y, como le he dicho a usted, era la primera cita.

ORTEGA.— ¿Cómo pudo salir del dormitorio de las neófitas?

GONZÁLEZ.— Le abrió la puerta la matrona, cuando di tres golpes suaves en la ventana trasera del barracón...

ORTEGA.— Continúe, continúe...

GONZÁLEZ.— Esa noche, como hacía frío, quisimos refugiarnos en los almacenes reales, pero nos dimos cuenta enseguida de que el padre Jaime estaba dentro, con un farol, buscando parejas...

ORTEGA.—Y por eso se acomodaron en la empalizada, detrás de la iglesia...

GONZÁLEZ.— Sí, señor...

ORTEGA.—Y en ese momento es cuando le atacaron dos indios...

GONZÁLEZ.— Sí, señor. Me defendí como pude y di la alarma.

ORTEGA.—Y desde entonces nadie ha vuelto a ver a María. (*Pausa.*) ¿Qué cree usted que le haya podido suceder?

GONZÁLEZ.— No lo sé, mi teniente; pero creo que estará muy asustada por todo lo que ocurrió, y que se habrá ocultado en alguna rancharía cercana, hasta ver en qué queda todo esto...

ORTEGA.—Y así, despreciando las reglas de convivencia de la misión; sin comerlo ni beberlo fue usted el héroe de San Diego de Alcalá. (*Pausa.*)

El hombre que, con su celo en el desempeño de sus funciones, descubrió con tiempo suficiente el ataque indio, y pudo salvar a casi todos los hombres de la misión; y, por supuesto, también a todos los de este fuerte.

GONZÁLEZ.—Yo, señor; nunca presumí de eso...

ORTEGA.— (*Con rapidez.*) Precisamente el que no presumiera nunca de nada, fue lo que me hizo sospechar de usted...

GONZÁLEZ.— Sí, señor...

ORTEGA.— De momento, retírese y espere, de plantón mudo, en la puerta a que le llame.

GONZÁLEZ.— Sí, señor. A sus órdenes, mi teniente. (*Leve inclinación de cabeza y sale.*)

ORTEGA.— A este pobre pardillo lo han estado utilizando...

VERDUGO.— Sí, señor; eso parece.

ORTEGA.— ¿Ha sonsacado usted algo más a su hermano?

VERDUGO.— No, señor; el soldado José María Verdugo me ha vuelto a repetir lo que ya conoce usted; que encontró en el arroyo a seis indias de *La Soledad*, y que estuvo hablando y pasando un rato con ellas.

ORTEGA.— ¿Sin precisar más?

VERDUGO.— Sí, señor; sin precisar más.

ORTEGA.— ¿No se habrá dado cuenta de que está usted tratando de sonsacarle información?

VERDUGO.— No, no, señor. Las preguntas que le hago son siempre sobre la guardia y el recorrido de inspección que ese día hizo en el arroyo.

ORTEGA.— (*Con firmeza.*) Cabo; su hermano no le está contando nada.

VERDUGO.— No lo sé, mi teniente. Es posible que no tenga nada que contar.

ORTEGA.— (*Con aplomo.*) Si le digo que no le está contando nada, es porque las cosas ocurrieron de forma muy distinta; y no fue una simple conversación lo que el soldado José María Verdugo mantuvo con las indias de *La Soledad*.

VERDUGO.— ¿Qué quiere usted decir, mi teniente?

ORTEGA.— Quiero decir que efectivamente su hermano se encontró con esas seis indias; pero que su comportamiento con ellas fue absolutamente desgraciado en el plano militar y despreciablemente lúbrico en el personal.

VERDUGO.— (*Sorprendido.*) No le comprendo, mi teniente...

ORTEGA.— (*Alzando la voz.*) Pues es muy sencillo, cabo. Ese día se celebraba en la misión la fiesta de San Carlos Borromeo y a ella se dirigieron muchos neófitos de las rancherías cercanas, que al llegar se encontraron con que el mayordomo Diego, cumpliendo las órdenes recibidas, les impedía la entrada. Así pues, de mala gana unos y protestando otros, se volvieron a sus cabañas; pero justamente estas seis indias se quedaron por los alrededores algún tiempo, hasta que el mayordomo les indicó que, en vez de dirigirse directamente a sus chozas, irían más seguras si bajaban por el arroyo, donde el soldado de guardia las podría proteger de cualquier eventualidad. Así lo hicieron, y así bajaron por el arroyo cantando y bailando... ¿Me sigue, cabo?

VERDUGO.— Sí; sí, señor...

ORTEGA.— Y cantando y bailando las recibió su hermano; a quien contaron que no habían podido disfrutar de la fiesta, porque el mayordomo no las había dejado entrar en el recinto de la misión. (*Pausa.*) Naturalmente, su hermano, de quien usted me ha alabado siempre el respeto que tiene por todo e incluso su timidez con las mujeres, se decidió a dar a las indias la diversión que les habían hurtado en la misión. (*Pausa.*) ¿Y sabe usted en qué consistía la diversión? La diversión consistía en invitarlas a cenar pinole y pozole, y, sobre todo, a beber mezcal...

VERDUGO.— (*Como disculpándose.*) Señor, yo no sé...

ORTEGA.— (*Con aplomo.*) ¡Usted sí que lo sabe, cabo! (*Pausa.*) Y en los almacenes se juntaron los cuatro soldados útiles para el servicio que había en el fuerte; y en plena fiesta de borrachera y fornicio se presentaron allí

los tres arrestados, que, naturalmente, participaron también en la orgía hasta las seis de la mañana.

VERDUGO.— (*En voz baja.*) Yo señor; no vi nada...

ORTEGA.— (*Alzando la voz.*) ¡Eso es mentira, cabo! ¡Dígame lo que pasó!

VERDUGO.— Yo, señor...

ORTEGA.— (*Recalcando las palabras.*) ¡Dígame lo que vio!

VERDUGO.— Señor...

ORTEGA.— (*Mascando las palabras.*) ¡Cuénteme lo que vio!

VERDUGO.— Señor; fue antes de acostarme, sobre las doce, cuando salí a comprobar la guardia, y al ver que el centinela no estaba en su sitio, rodeé la empalizada hacia la costa y me di cuenta entonces de que en los almacenes había un farol encendido. Me acerqué y oí risas contenidas y distinguí las voces de mi hermano José María y de mi cuñado Luis Lugo, entremezcladas con otras de mujeres indias. (*Pausa.*) Por no dar un escándalo a esas horas, pues era evidente que estaban bastante bebidos, preferí hacer yo la ronda, y cuando había pasado media hora y todo parecía en calma, me fui a casa y me acosté...

ORTEGA.— ¿Y usted se metió en la cama porque "todo le parecía en calma"?

VERDUGO.— No, señor; no quería decir eso...

ORTEGA.— ¿Pues qué quería decir usted?

VERDUGO.— Quería decirle que yo había hecho la ronda y que el relevo de la guardia era inminente...

ORTEGA.— (*Interrumpiéndole y gritando.*) Pero es que usted tampoco comprobó si el relevo estaba en su casa o en el contubernio. (*Pausa.*) Usted hizo dejación absoluta de las órdenes recibidas. En una palabra, usted es un incompetente; un inepto que no supo guardar este fuerte en mi ausencia.

VERDUGO.— (*En un susurro.*) Sí, señor...

ORTEGA.— ¿Se da usted cuenta de que me ha estado ocultando información fundamental para la seguridad de este fuerte?; ¿se ha dado usted cuenta de que esas indias eran el cebo en el que cayeron todos como unos estúpidos?; ¿y se da usted cuenta de que si me hubiese contado lo que pasó, podría haber detenido a alguna de esas mujeres y haberla hecho confesar?

VERDUGO.— (*En un susurro.*) Sí, señor...

ORTEGA.— (*Gritando.*) ¡No le oigo!

VERDUGO.— (*Alzando un poco la voz.*) Sí, señor; pero no sabía cómo decírselo...

ORTEGA.— No sabía cómo decírmelo, ¿eh? (*Pausa.*) Hasta anteayer por la tarde nadie sabía cómo decirme nada. Desde la noche de la quema de la misión han pasado ya más de dos meses, y en este tiempo ninguno de mis hombres ha venido a contarme toda la verdad. (*Pausa.*) Usted sabe que, ayer por la tarde, el padre Fuster me dijo que le acababan de informar sobre los secretos amoríos de González y María en la misión; pero lo que usted no sabe es que a la una de la madrugada volvió de nuevo el padre Fuster, para comunicarme que sabía ya todo lo que había pasado la noche del día cuatro de noviembre en este fuerte... (*Mirando hacia la puerta por donde aparece doña Antonia.*) ¿Qué ocurre...?

DOÑA ANTONIA.— Eso mismo digo yo. ¿Ocurre algo...?

ORTEGA.— ¿Quién te ha dado permiso para entrar...?

DOÑA ANTONIA.— Sí, sí; ya lo sé... pero González está de plantón con la cara desencajada, y no contesta a nada de lo que le...

ORTEGA.— (*Con rapidez.*) Si no contesta será porque tendrá órdenes de no contestar.

DOÑA ANTONIA.— Por eso pregunto si ha pasado algo...

ORTEGA.— (*A Verdugo y con firmeza.*) Vaya a por Diego y tráigamelo aquí debidamente encadenado.

VERDUGO.— A sus órdenes, mi teniente. (*Pausa.*) ¡Buenos días, doña Antonia! (*Leve inclinación de cabeza y sale rápidamente.*)

DOÑA ANTONIA.— ¡Buenos días, cabo! (*Pausa.*) ¿Encadenar a Diego? ¿por qué...?

ORTEGA.— Porque es quien planeó el ataque simultáneo a la misión y a este fuerte.

DOÑA ANTONIA.— ¿Que Diego planeó el ataque? ¿Estás seguro?

ORTEGA.— Sí, estoy seguro.

DOÑA ANTONIA.— Tendrás pruebas...

ORTEGA.— Sí, sí; tengo pruebas, y tendré todavía más cuando interrogué debidamente a ese individuo...

DOÑA ANTONIA.— ¿Y en qué basas tus acusaciones...?

ORTEGA.— Eso ya lo verás cuando lo traigan...

PADRE FUSTER.— (*Entrando.*) ¡Viva Jesús...!

ORTEGA.— Padre Fuster...

PADRE FUSTER.— Me acaba de informar el cabo Verdugo que Diego fue detenido anoche...

ORTEGA.— Sí, efectivamente; Diego fue detenido a las dos de la madrugada.

PADRE FUSTER.— ¿Puede decirme cuál fue el motivo...?

ORTEGA.— El motivo, padre Fuster, es que Diego fue uno de los principales cabecillas de la rebelión india que destruyó la misión de San Diego.

PADRE FUSTER.— (*Sorprendido.*) ¿Diego uno de los principales cabecillas? ¿pero qué dice usted, teniente...?

ORTEGA.— Lo que oye; y hasta es posible que sea el jefe de la conspiración. (*Pausa.*) No, no me mire así, padre. Las bocas tanto tiempo cerradas se están abriendo; ¿y por qué, después de más de dos meses de hermetismo absoluto, aquellos que tenían los labios sellados hacen ahora sus

confidencias? (*Pausa.*) Pues las hacen porque saben que el capitán comandante Rivera está a punto de entrar en este fuerte.

PADRE FUSTER.— (*Con sorpresa.*) ¿El capitán Rivera está a punto de llegar...?

DOÑA ANTONIA.— ¿Estás seguro de que el capitán Rivera...?

ORTEGA.— Sí, estoy seguro, Antonia; estoy seguro. (*Pausa.*) Desde hace dos días mis informadores son más locuaces; y ellos me dijeron que anteayer una columna de soldados había acampado en San Juan Capistrano; y ayer volvieron a informarme de que esa tropa había llegado ya a las cercanías de la rancharía *La Soledad*; y, por ello, espero que hoy, día once de enero, entre en este fuerte el capitán Rivera con sus hombres.

PADRE FUSTER.— ¡Gracias, Dios mío! (*Besa su crucifijo y comienza una oración en silencio.*)

DOÑA ANTONIA.— Pero si el capitán estaba ayer cerca de *La Soledad*; ¿por qué no nos lo dijiste?

ORTEGA.— No lo dije a nadie porque quería dar a entender que no lo sabía; pero sí hice que quienes me informaron corriesen la noticia entre los soldados...

DOÑA ANTONIA.— Pero, ¿para qué...?

ORTEGA.— Para presionar, con la inminente llegada del capitán, a aquellos que habían ocultado información en sus declaraciones.

DOÑA ANTONIA.— ¿Pero por qué no nos lo dijiste a nosotros dos?

ORTEGA.— Porque os podían utilizar a vosotros como posibles intermediarios de sus confesiones; y quería que todo se desarrollase de la manera más natural posible.

DOÑA ANTONIA.— ¿Y has conseguido algo ocultándonos esa noticia tan vital para todos los que estamos en este fuerte?

ORTEGA.— Sí, Antonia, sí he conseguido algo. (*Pausa.*) He conseguido que todos se den cuenta de que se acaba la situación de absoluta emergencia que hemos padecido. Y se han dado cuenta de ello, porque ayer le

contaron al padre Fuster los amoríos de la segunda mujer de Diego, y todo lo que pasó en este fuerte, mientras la misión estaba siendo destruida.

PADRE FUSTER.— ¿Pero qué pruebas tiene usted de que Diego esté involucrado en el ataque a la misión?

ORTEGA.— Padre; esta noche me avisaron de que Diego se quería fugar del fuerte...

PADRE FUSTER.— (*Sorprendido.*) ¿Que se quería fugar del fuerte?; ¿quién le ha dicho eso...?

ORTEGA.— (*Con rapidez.*) No me pida usted los nombres de mis confidentes; cuando usted no me ha querido dar los de los suyos.

PADRE FUSTER.— No es lo mismo, teniente; las declaraciones que a mí se me hicieron fueron bajo secreto de confesión; y si me dieron permiso para comunicarle a usted los hechos ocurridos en la misión y en el fuerte, también me pidieron que les guardara sus identidades.

VERDUGO.— (*Entrando con Diego encadenado de pies y manos.*) Mi teniente...

DIEGO.— (*A todos, y con tono afectado.*) ¡Viva Jesús!

PADRE FUSTER.— ¡Por siempre viva! ¿Qué ha pasado, Diego?

DIEGO.— No lo sé, padre; pregúntele al teniente, que es quien me detuvo esta madrugada, y todavía no me ha dicho por qué me ha tenido encadenado e incomunicado hasta estos momentos.

ORTEGA.— Tú, Diego, sí que sabes por qué te detuve.

DIEGO.— Yo, repito que no lo sé. Dígamelo usted, teniente.

ORTEGA.— Te detuve porque te querías fugar del fuerte.

DIEGO.— ¿Yo fugarme?; ¿y por qué me tenía yo que querer fugar?

ORTEGA.— Eso lo sabrás tú; porque te detuve en el preciso momento en que aparejabas un caballo...

DIEGO.— ¿Y porque estaba aparejando un caballo me detuvo usted? (*Pausa.*) Todas las noches aparejo uno para el sargento...

ORTEGA.— Ya, ya; ¿y el zurrón lleno de víveres? (*Pausa.*) ¿También era para el sargento?

DIEGO.— Naturalmente; eran los víveres para la patrulla... lo hago todas las noches...

ORTEGA.— Pero anoche no salió el sargento con la patrulla; y, por lo tanto, no hacía falta que te afanases tanto en preparar el caballo y los víveres de la patrulla.

DIEGO.— No lo sabía; nadie me dijo nada...

ORTEGA.— Es inútil que niegues. Si te detuve en los establos es porque alguien me avisó de que intentabas fugarte.

DIEGO.— ¿Sí?; ¿y quién ha sido ese...?

ORTEGA.— Un amigo tuyo de la infancia.

DIEGO.— ¿Un amigo de la infancia...?

ORTEGA.— Fue tu amigo Luis, el capitán indio de la ranchería de *San Luis*.

DIEGO.— ¡Ah, ese! Ese ya no es mi amigo.

ORTEGA.— Antes sí que lo era...

DIEGO.— Sí, antes, sí.

ORTEGA.— Mucho han debido cambiar las cosas; porque cuando perseguías a los atacantes de la misión por la cañada del maíz, pudiste flechar a Carlos o a Francisco y, sin embargo, le disparaste a él, alcanzándole en el costado.

DIEGO.— Era el que más cerca tenía...

ORTEGA.— Ya, ya; el caso es que Luis me mandó un mensajero pidiéndome perdón por todo, y diciéndome que fuiste tú quien atacó a González.

DIEGO.— ¿Y para detenerme y acusarme se ampara usted únicamente en las palabras de ese hombre?

ORTEGA.— No, no sólo en las palabras. También me amparo en los hechos.

DIEGO.— ¿Hechos?; ¿en qué hechos, teniente?

ORTEGA.— El que me dijese que tu padre y tus dos mujeres te esperaban en la cueva roja del antiguo corral. (*Pausa.*) Fui a comprobarlo y, efectivamente, allí estaban tu padre y tu mujer, e incluso la desaparecida María...

DIEGO.— Y usted, naturalmente, pensó que me esperaban a mí; y habrá detenido a mi padre y a mis...

ORTEGA.— (*Con rapidez.*) No, no; no he detenido a tu padre ni a tus mujeres; lo único que quería comprobar era si la información era cierta.

DIEGO.— Todo lo que usted me está diciendo no aporta nada en contra mía ni de los míos; ya que mi padre, mis mujeres y yo somos libres; y, como libres, podemos ir a donde queramos, y, en justicia, nadie nos lo puede impedir. (*Pausa.*) Pero ciñéndome al caso de mis familiares, tengo que señalarle que si estaban en la cueva era simple y llanamente por dos razones: la primera, porque nuestra choza de la misión fue quemada con todas las demás; y la segunda, porque mi padre y mi mujer pidieron muchas veces al sargento Carrillo, el poder pernoctar en el fuerte, y siempre se les negó el permiso, porque "por órdenes del señor teniente, en el fuerte sólo pueden vivir los soldados y sus familias, y las personas venidas de la Baja California". Por lo tanto, ni yo me quería fugar, porque soy libre y puedo ir a donde quiera, ni mi familia me estaba esperando para huir.

ORTEGA.— Eso no es así, Diego; y tú lo sabes. (*Pausa.*) Tú y tu familia sois cristianos y, como cristianos, pertenecéis a la misión y, como pertenecéis a la misión, no podéis iros de ella sin permiso del misionero.

DIEGO.— ¿De qué misión me habla? No hay ninguna misión, teniente. La misión fue destruida.

ORTEGA.— Tampoco en eso tienes razón, Diego. Lo que fue destruido fue el emplazamiento de la misión; pues la misión continúa mientras haya un misionero; y en estos momentos está situada en la falda de la loma.

DIEGO.— Teniente; en el nuevo campamento indio no hay iglesia y, sobre todo, no hay misionero, porque vive en el fuerte; y si no hay misionero, ni iglesia, no hay misión; y si no hay misión, los neófitos somos libres.

ORTEGA.— El padre Fuster y yo fuimos quienes dispusimos que la misión continuase en el nuevo campamento; y en él se han venido celebrando las fiestas de guardar y las misas dominicales.

PADRE FUSTER.— Así es. La misión, por razones que todos debemos comprender, sigue existiendo en el nuevo campamento indio; y aunque tú, Diego, estés aquí atendiendo con tus conocimientos los distintos servicios del fuerte; no has dejado de ser miembro de la misión, y, por lo tanto, tus desplazamientos fuera de ella me los debes solicitar a mí; para que yo, de mil amores, te los conceda.

DIEGO.— Poco se ha avanzado en esto, padre Fuster; pues esto mismo, en resumen, es lo que me dijo el padre Jaime hace tres años.

PADRE FUSTER.— ¿Qué es lo que te dijo el padre Jaime...?

DIEGO.— Nada...le pedí permiso...

PADRE FUSTER.— ¿Le pediste permiso?; ¿para qué le pediste permiso?

DIEGO.— Para irme a otra parte, padre.

PADRE FUSTER.— No sabía que querías haberte ido...

DIEGO.— Sí, le pedí permiso para ausentarme un tiempo de la misión; pero me dijo que el memorizar y entender perfectamente el *Catecismo* me haría libre espiritual y físicamente; ya que, entre otras cosas, podría salir de aquí y ayudar a los misioneros donde quisiese...

ORTEGA.— ¿Y por qué no te fuiste con el padre Tomás de la Peña, tu maestro?

DIEGO.— Cuando el padre Tomás llegó, yo ya conocía perfectamente los cuatro libros de enseñanza religiosa que había en la misión; y mi “maestro”, como usted dice, lo único que hizo fue enseñarme a cantar en latín; y cuando, después de casi un año creía que ya lo había aprendido todo, le pedí de nuevo permiso al padre Jaime para ir a predicar la doctrina entre

los míos; y me dijeron tanto él, como mi “maestro”, que hacía falta en la misión; que me querían mucho, y que mi puesto estaba aquí, con ellos.

ORTEGA.— Pero el padre Tomás quiso llevarte con él y tú te negaste a acompañarle. ¿Por qué?

DIEGO.— Yo, con el padre Tomás de la Peña, no voy a ningún sitio.

ORTEGA.— ¿Se puede saber por qué?

DIEGO.— Teniente; yo con el padre Tomás de la Peña no voy a ninguna parte.

ORTEGA.— Y yo lo que te pregunto es por qué no te quisiste ir con el padre Tomás.

PADRE FUSTER.— Teniente, no creo que esto conduzca a nada...

ORTEGA.— (*Interrumpiéndole con firmeza.*) Padre, le estoy preguntando por qué no quiso irse con...

DIEGO.— Teniente, no me quise ir con mi “maestro” porque es una persona brutal, que gozaba azotando a todos los...

ORTEGA.— (*Interrumpiéndole y con sorpresa.*) ¿Brutal?; ¿pero qué dices...?

DIEGO.— Digo lo que oye, teniente; el padre Tomás de la Peña es un ser inhumano que goza golpeando a los neófitos con el látigo...

DOÑA ANTONIA.— (*Con firmeza.*) Eso que dice usted, es una calumnia que se hace a un hombre santo.

DIEGO.— Yo no calumnio a nadie, doña Antonia.

ORTEGA.— Ya ha aparecido el odio que llevas dentro...

DIEGO.— No ha aparecido nada; y dentro de mí no ha aparecido ningún odio. Si digo que una persona es mala, es porque es mala; y si digo que el padre Tomás es una persona brutal, es porque se comportó brutalmente con todos los neófitos, incluyéndome a mí. (*Pausa.*) ¿Por qué Jerónimo y Julio prefirieron servir a don Rafael de Pedro en vez de quedarse en la misión?; pues porque eran maltratados diariamente por el padre

Tomás de la Peña. ¿Y por qué Jerónimo y Julio no han vuelto del Colorado?; no han vuelto del Colorado porque están llenos de rencor hacia los españoles, y prefieren morir de hambre antes que volver a ver un misionero.

PADRE FUSTER.— Diego, eso no se dice de...

DIEGO.— Perdona, padre; pero me están obligando a decirlo, y, además, usted sabe que es verdad. Usted conoce los motivos por los que el padre Tomás se fue con el padre Palou...

PADRE FUSTER.— (*Con rapidez.*) El padre Tomás se fue con Palou porque quería redimir almas en las nuevas misiones...

DIEGO.— Eso no es verdad, padre Fuster...

ORTEGA.— (*Interrumpiéndole.*) Eso es verdad, porque así consta en el informe que el padre Palou me envió.

DIEGO.— Y, según usted, todo lo que consta en el informe del padre Palou tiene que ser verdad, ¿no?

ORTEGA.— Exactamente; todo lo que diga el padre Palou tiene que ser verdad.

DIEGO.— Pues en este caso no lo es.

ORTEGA.— (*Alzando la voz.*) ¿Llamas mentiroso al padre Palou?

DIEGO.— No, no llamo mentiroso al padre Palou ni al padre Jaime; pero el padre Tomás de la Peña se fue de la misión porque le echamos todos.

ORTEGA.— (*Con sorpresa.*) ¿Porque le echasteis todos...?

DIEGO.— Sí, teniente, porque le echamos todos; y cuando digo todos, quiero decir absolutamente todos los miembros de la misión.

ORTEGA.— (*A Fuster.*) ¿Pero qué está diciendo este insensato...?

PADRE FUSTER.— (*En un susurro.*) Yo, no...

DIEGO.— Entérese de una vez. El padre Tomás de la Peña se fue porque le amenazamos de muerte los neófitos de la misión, y porque los soldados y el propio padre Jaime le obligaron a que pidiese al padre Palou un nuevo destino. (*Pausa.*) Una persona tan maligna como esa será famosa por las desgracias que cause por donde vaya; y cada día que pasa espero las noticias de sus desmanes. (*Pausa.*) El mundo no se acaba aquí ni ahora; y del padre Tomás de la Peña recibiremos noticias de sus desgraciados hechos. ¡Seguro!

ORTEGA.— (*Con sorpresa y a Fuster.*) ¿Estaba usted al corriente de todo esto...?

PADRE FUSTER.— No, no, teniente. Yo sólo he oído rumores. (*Pausa.*) Cuando relevé en la misión al padre Tomás no percibí nada extraño; pero después comencé a oír chismes sobre supuestos hechos ocurridos en la misión...

ORTEGA.— ¿Antonia, sabías tú algo de todo esto...?

DOÑA ANTONIA.— Yo no conocí al padre Tomás...

ORTEGA.— (*Con firmeza.*) Ya sé que no le conociste; lo que quiero saber es si tenías conocimiento de lo que se está diciendo aquí...

DOÑA ANTONIA.— Había oído rumores...

ORTEGA.— Y se puede saber, padre Fuster, por qué no me informó de todo lo que...

PADRE FUSTER.— (*Interrumpiéndole.*) En un principio creí que usted lo sabía; y después pensé en que si usted no conocía estos supuestos desgraciados hechos, lo que había que hacer era callar, y procurar por todos los medios que habladurías como esas no se volviesen a repetir.

ORTEGA.— Ya veo, ya veo; el caso es mantenerme desinformado. (*Pausa.*) En realidad se trata, como de costumbre, de que yo tenga el menor conocimiento posible de lo que ocurre en la misión; y así, por una parte, los misioneros defienden su autonomía mal entendida; y, por otro, los soldados se aprovechan de esta falta de entendimiento. Cada uno va por su lado; cada grupo camina en la dirección que le conviene; y así pasa lo que pasa.

PADRE FUSTER.— Teniente, usted nos está acusando a todos...

ORTEGA.— (*Con rapidez.*) ¿Y qué quiere usted que haga, si no hay nadie que cumpla con su obligación? (*A doña Antonia.*) Al menos, de ti hubiese esperado algo más...

DOÑA ANTONIA.— ¿Algo más? Yo sólo he oído rumores; y no puedo hacer caso de todo lo que oigo; ¿qué me hubieses dicho si te cuento que una gallina puso un huevo de oro que salió volando...?

PADRE FUSTER.— O de que la Virgen María amamantó a un corderito enfermo...

ORTEGA.— A eso diría que hay que saber discernir entre la noticia y el disparate.

DOÑA ANTONIA.— Pues para mí era un disparate el culpar al padre Tomás, o a cualquier otro, de azotar sin piedad a los neófitos. (*Pausa.*) Pero oírlo, lo he oído.

DIEGO.— Yo quisiera decir que las señoras han sido una gran ayuda para los neófitos...

ORTEGA.— (*Con rapidez y energía.*) ¡Tú, te callas!

DIEGO.— Yo no tengo por qué callarme, cuando mis palabras pueden ser de ayuda a personas que se han comportado de una manera ejemplar. (*Pausa.*) Eso es lo cristiano. (*Pausa.*) La sola presencia de las señoras en la misión hacía más luminoso el día...

ORTEGA.— (*Interrumpiéndole y recalcando mucho las palabras.*) Cállate; y deja tu verbo poético para momentos más apropiados.

PADRE FUSTER.— Eso es lo que “se rumoreaba” en la misión, teniente. (*Pausa.*) Y también “se rumoreaba” que las vacas mugían alegres; los polluelos corrían hacia sus madres; y que hasta la hierba crecía más deprisa; porque ellas, las señoras, estaban allí, en la misión, para hacer el mundo mejor.

DOÑA ANTONIA.— Sí, eso también “se rumoreaba”...

ORTEGA.— ¡Basta ya de palabrería que no conduce a ningún lado! (A Diego.) ¿Y preparaste la rebelión porque no te dejaron marchar de la misión?

DIEGO.— Teniente, no insista más. Yo no he preparado ninguna rebelión; lo cual no quiere decir que no tuviera motivos para hacerlo.

ORTEGA.— (Alzando la voz.) Estás mintiendo; y como quiero dejar las cosas claras, te lo voy a demostrar. (A Verdugo.) ¡Haga entrar a González!

VERDUGO.— A sus órdenes, mi teniente. (Sale rápidamente, y entra al instante seguido del soldado González.)

ORTEGA.— (A Diego.) Veremos si sigues manteniendo tus afirmaciones.

VERDUGO.— (Entrando seguido de González.) Mi teniente...

ORTEGA.— (A González.) Piénsese usted la respuesta que me va a dar antes de contestar. (Pausa.) ¿Reconoció usted a las dos personas que le atacaron la noche del día cuatro de noviembre?

GONZÁLEZ.— (Susurrando.) Yo, señor, estaba descuidado... y era de noche...

ORTEGA.— (Con aplomo.) Vamos a ver; parece que usted no me ha entendido bien. (Pausa.) Quiero la respuesta correcta y si no me la proporciona usted, le prometo por todos mis antepasados que le cuelgo antes de cinco minutos. (Pausa.) ¿Reconoció usted a las dos personas que le atacaron la noche del día cuatro de noviembre?

GONZÁLEZ.— (En un susurro.) Sí, señor.

ORTEGA.— ¿Y puede decirme quiénes eran?

GONZÁLEZ.— (En un susurro.) Sí, señor.

ORTEGA.— ¿Y quiénes eran?

GONZÁLEZ.— Eran Diego y Luis, mi teniente.

ORTEGA.— ¿Se refiere usted al Diego, aquí presente; y a Luis, el capitán de la ranchería de *San Luis*?

GONZÁLEZ.— Sí, señor; a ellos me refiero.

ORTEGA.— (*A Diego.*) Está claro que te reconocí a ti y a Luis. (*Pausa.*) ¿Tienes algo que objetar?

DIEGO.— Naturalmente, teniente, que tengo algo que objetar; porque aquí lo que se está...

ORTEGA.— (*Interrumpiéndole y alzando la voz.*) ¿Sigues negando lo innegable...?

DIEGO.— (*Con rapidez.*) Sí, sigo negando el que mi ataque a este hombre tuviese nada que ver con la rebelión de los neófitos y el ataque a la misión. (*Pausa.*) Eso lo sigo negando, porque cuando atacé a este hombre lo hice con la cara descubierta y criticándole su conducta con la neófita que había sido mi mujer. El soldado González sabía que éramos Luis y yo; primero porque nos vio, y segundo porque me identifiqué con mis palabras y con mis obras.

ORTEGA.— ¿Insistes en rechazar estas pruebas...?

DIEGO.— Insisto, teniente. El soldado González huyó como un cobarde y gritó, como un poseso, que le atacaban "los indios". La verdad es que solamente le atacé yo, puesto que Luis no era más que un espectador y testigo de lo que ocurría; y yo le había llevado como amigo para que con su palabra y la mía pudiésemos contrarrestar la de un español.

ORTEGA.— (*A González.*) ¿Es eso cierto...?

GONZÁLEZ.— (*En voz baja.*) A mí me pareció un ataque indio...

ORTEGA.— (*Con energía.*) ¿Es cierto que se identificó?; ¿es cierto que solamente le atacó él?

GONZÁLEZ.— (*Susurrando.*) No lo sé, señor...

ORTEGA.— (*Mascando las palabras.*) Usted no sabe nunca nada.

GONZÁLEZ.— (*En voz baja.*) Todo ocurrió muy deprisa. A un ataque sucedió otro, y creí que todo era uno...

ORTEGA.— Usted no podía creer nada; si usted hubiese creído que el ataque a la misión lo había comenzado Diego, le hubiese denunciado; y usted no lo hizo; ¿por qué no lo hizo?

DIEGO.— No lo hizo porque se dio cuenta de que María y yo le habíamos tendido una trampa. No me denunció porque sabía que había hecho el ridículo; y además al no denunciarme pasaba de infractor a héroe.

ORTEGA.— (*A Diego.*) ¿Y tú por qué no me contaste todo esto?

DIEGO.— No lo denuncié porque no quería implicar en los hechos a María, ni a la matrona que le abrió la puerta del barracón. (*Pausa.*) Pero especialmente no le denuncié porque sus gritos desaforados consiguieron dos cosas: una, despertar a todos los de la misión, y otra, confundir a los asaltantes, quienes, al creerse descubiertos comenzaron el ataque antes de tiempo, e hicieron que quienes iban a asaltar el fuerte vieses las llamas de la misión y no se atreviesen a atacarlo, por creer que los soldados estarían prevenidos.

ORTEGA.— ¿Prevenidos?; ¿prevenidos los soldados de este fuerte? (*Pausa.*) ¡Ya me hubiese gustado que hubiesen estado simplemente dormidos! (*Pausa larga.*) ¿Y cómo justificas el que Luis te haya denunciado a ti?

DIEGO.— Me habrá denunciado, porque una vez comenzado el ataque me pidió que participase en él y yo me negué.

ORTEGA.— ¿Sólo por eso?

DIEGO.— Y es posible que sepa que fui yo quien le hirió en la cañada del maíz. Aunque cuando hice el disparo no le reconocí...

(*Un toque de trompeta, realizado desde la cercana loma, indica que se acerca una columna de soldados.*)

ORTEGA.— ¡Ya está aquí el capitán!

DOÑA ANTONIA.— ¡Ya están aquí! (*Saltando alegre, abrazando a Ortega, y dirigiéndose hacia la puerta.*)

VERDUGO.— ¿Mando formar la guardia, señor?

ORTEGA.— ¡Antonia, detente! (*A Verdugo.*) ¡Cállese!

DOÑA ANTONIA.— Pero, ya están aquí...

ORTEGA.— ¡Sí, ya sé que están aquí! (*A Verdugo.*) Vaya inmediatamente e impida que ningún soldado salga de los barracones, hasta nueva orden. (*A Verdugo y González.*) Y ustedes dos se presentarán a mí esta noche, después de cenar, para sustanciar lo que proceda a su vergonzosa manera de actuar. ¡Váyanse!

VERDUGO Y GONZÁLEZ.— ¡A sus órdenes, mi teniente! (*Salen rápidamente.*)

ORTEGA.— Padre Fuster, vaya a bendecir la entrada del capitán, y disponga todo lo necesario para celebrar una misa de campaña.

PADRE FUSTER.— Sí, teniente; en el acto. (*Sale rápidamente.*)

ORTEGA.— Antonia, ve inmediatamente y forma la guardia con las mujeres y los niños, y que sea don Rafael de Pedro quien dé la bienvenida al capitán.

DOÑA ANTONIA.— ¿Formar...con las mujeres y los...?

ORTEGA.— (*Con aplomo.*) Sí, en este fuerte "dormido", cuando los soldados no están vigilando, la guardia la forman las mujeres y los niños.

DOÑA ANTONIA.— Como tú digas, marido. (*Sale rápidamente.*)

ORTEGA.— Exactamente, como yo diga. (*Pausa larga y mirando fijamente a Diego.*) Y tú, Diego, primer indio bautizado en la Alta California; intérprete; catequista; cantor de coro; mayordomo... ¿eres tan perfecto como aparentas?

DIEGO.— (*Con tono muy afectado.*) ¿Perfecto, teniente? No, no soy perfecto; soy solamente como soy, una persona con muchas limitaciones.

ORTEGA.— ¿La traición se incluye entre esas limitaciones?

DIEGO.— No, teniente; la traición no es una limitación; la traición es un pecado.

ORTEGA.— Y tú no pecas, ¿verdad?

DIEGO.— Sí, teniente, sí peco; ya le he dicho que no soy perfecto.

ORTEGA.— Yo también tengo mis limitaciones, Diego; y por eso no puedo aceptar que este fuerte sea una casa de citas y la misión una cueva de intrigas, y que tú te muevas en los dos en la más absoluta pureza.

(La trompeta suena ahora en la plaza, indicando que la tropa está entrando en el fuerte.)

ORTEGA.— Ya están entrando... *(Se acerca a la mesa, y cogiendo el nuevo informe lo exhibe.)* Estas son mis últimas investigaciones. *(Pausa.)* ¿Tengo razón?

DIEGO.— *(Con tono muy afectado.)* ¿Qué razón, teniente?

ORTEGA.— ¿La tengo?

DIEGO.— Usted no quiere una respuesta, usted lo que necesita es una afirmación.

ORTEGA.— Yo sé lo que necesito. *(Pausa.)* Necesito un traidor; ¿eres tú ese traidor?

DIEGO.— Me ofende, teniente.

ORTEGA.— *(Rasgando el informe en cuatro partes y recalcando las palabras.)* ¿Eres tú ese traidor? *(Pausa.)* Confiesa e intercederé por ti.

DIEGO.— Me sigue ofendiendo, teniente.

ORTEGA.— No lo has querido entender. En momentos como este la dignidad sobra.

DIEGO.— Quien no lo ha entendido es usted. *(Pausa.)* Primero nos quieren formar como personas perfectas y después nos hostigan si no caemos en los vicios más comunes. *(Pausa.)* Aquí siempre ocurrirá lo mismo; nun-

ca pasará nada nuevo; todo seguirá siempre igual; y por ello me refugio en la dignidad que es lo último que me queda.

(Diego besa los grilletos de sus muñecas; hace la señal de la cruz, y, con paso firme y solemne, se dirige a la puerta seguido de Ortega, y mientras baja el

Telón.)

Un marino español espera en Nutka



“Macuina, cacique principal”. Museo de América (Madrid).

PERSONAJES

por orden de aparición

ESTEBAN JOSÉ MARTÍNEZ: Alférez de Navío de la Real Armada de Su Majestad Católica; Capitán de la fragata "*Princesa*", y Comandante en Jefe de la Expedición a Nutka. (47 años).

RAFAEL DE CAÑIZARES: Escribano de la Expedición y Agregado al pilotaje. (35 años).

ESTEBAN MENDOFIA: Segundo Piloto de la fragata "*Princesa*". (32 años).

JOSÉ LÓPEZ DE NAVA: Misionero franciscano del Colegio de San Fernando (México). Capellán de la fragata "*Princesa*". (51 años).

YUKUA: India del puerto de Santa Cruz de Nutka. (18 años).

GONZALO LÓPEZ DE HARO: Capitán y Primer Piloto del paquebote "*San Carlos*". Subjefe de la Expedición a Nutka. (42 años).

JOHN KENDRICK: Capitán de la fragata "*Columbia Rediviva*" del Congreso de Boston. (49 años).

THOMAS HUDSON: Capitán de la balandra "*Princess Royal*" de la Compañía del Comercio Libre de Londres. (41 años).

JAMES COLNETT: Capitán del paquebote "*Argonaut*" de la Compañía del Comercio Libre de Londres. (48 años).

ACTO PRIMERO

Escenario:

(*Izquierda y derecha las del espectador.*

Estamos en la cámara del comandante de la fragata "Princesa". Al fondo un armario bajo, de casi un metro de altura, ocupa toda la base del telón de foro. A la izquierda, y sobre el armario, se han instalado dos vitrinas de dos metros de altura con puertas de cristales emplomados; la primera contiene en sus estanterías una pequeña biblioteca y diversos aparatos de navegación, y la segunda es un armero. A la derecha, y también sobre el armario, hay dos amplios ventanales del mismo tamaño que las vitrinas; cada uno tiene ocho cuarteles, pudiéndose abrir los cuatro más bajos por ser abatibles.

En el telón de foro, entre el armero y el primer ventanal, se ha colgado un crucifijo, debajo del cual están colocados en posiciones simétricas un astrolabio antiguo de M. Coignet, un sextante de Baleato, un termómetro, un barómetro, una aguja náutica de pared, un semicírculo graduado, un reloj de longitudes Arnold y un cronómetro marino de la misma marca. Más abajo, y sobre el armario, hay un compás de proporciones, una bocina de mano, un cuadrante de altura, un estuche de compases, un cronómetro marino Ferdinand Berthoud, un antejo, un globo terráqueo de faltriquera Cary's y una esfera armilar.

En la parte izquierda del escenario está la puerta de entrada, al lado de la cual se ha clavado un perchero; y la parte derecha del escenario está formada únicamente por ventanales de idénticas dimensiones a los del foro.

En la parte centroarriba del escenario está la gran mesa de despacho del comandante con sillón y dos sillas, y a la izquierda una escribanía con su silla. Sobre una y otra hay diversos documentos perfectamente apilados.)

* * *

(Fecha:— Día primero de julio de 1789.

Lugar:— Puerto de Santa Cruz de Nutka, situado en la latitud N. de 49° 36' y en la longitud de 20° 18' al O. del meridiano de San Blas, y a la de 233° 12' del de Greenwich.

Hora:— Faltan pocos minutos para las siete de la tarde.)

* * *

(Al alzarse el telón el alférez de navío don Esteban José Martínez, en posición de perfil a los espectadores, está mirando por un anteojo hacia la boca del puerto donde se halla. Todos los cuarteles de los ventanales están abiertos. Dos suaves golpes en la puerta le indican que un oficial de su fragata está llamando.)

MARTÍNEZ.— *(Sin dejar de mirar por el anteojo.)* ¡Adelante!

CAÑIZARES.— *(Entrando y cerrando la puerta.)* ¡A sus órdenes, mi comandante! Me ha comunicado el piloto Mendofia que usted quería verme.

MARTÍNEZ.— *(Que sigue mirando por el anteojo.)* ¡Un momento, Cañizares! *(Dejando de mirar por el anteojo.)* Nada, nada; ni rastro. Ni el más mínimo rastro de los rusos. *(Plegando el anteojo y alzando la voz.)* ¡Nada!

CAÑIZARES.— *(En voz baja.)* Parece que hoy tampoco llegarán los rusos, mi comandante.

MARTÍNEZ.— Eso, por desgracia, no lo podemos saber...

CAÑIZARES.— Es posible que sea ya un poco tarde para que intenten asentarse aquí este año. Quizás vengan al próximo...

MARTÍNEZ.— *(Alzando la voz.)* No, Cañizares, no; todavía no es tarde. Todavía pueden llegar, y por eso a cada minuto que pase nuestra vigilancia deberá ser más intensa. *(Despliega de nuevo el anteojo; vuelve a mirar hacia la boca del puerto, y murmura en voz baja.)* Deben de estar ahí fuera. *(Pausa.)* Casi los puedo oler...

CAÑIZARES.— Los vigías no han visto nada...

MARTÍNEZ.— *(Interrumpiéndole mientras pliega el anteojo.)* El que los vigías no hayan visto nada no quiere decir que no los tengamos cerca. *(Pau-*

sa.) Las fragatas rusas pueden estar agazapadas en cualquiera de los muchos surgideros de este gran archipiélago; e incluso sus escuchas pueden estar observándonos desde esos bosques de pinos y cedros de la costa.

CAÑIZARES.— Las patrullas tampoco han encontrado rastros...

MARTÍNEZ.— (*Interrumpiéndole con firmeza, y señalando hacia la costa.*) Eso no quiere decir nada, Cañizares. Esos bosques son inmensos y no disponemos de los hombres necesarios para hacer un detenido y, sobre todo, continuado rastreo de la zona.

CAÑIZARES.— ¿Y si no viniesen este año, mi comandante...?

MARTÍNEZ.— (*Negando con la cabeza.*) Eso no es posible, Cañizares. Tú sabes, lo mismo que yo, que los rusos vendrán. (*Pausa.*) Recuerda que cuando arribamos a la isla de Onalaska el año pasado, el capitán ruso Cusmish nos dijo, sin ningún secreto y absolutamente convencido, que este año vendrían a la Entrada de Nutka con dos fragatas para establecer una factoría, e iniciar de una manera regular el comercio de pieles con Kamchatka.

CAÑIZARES.— (*En voz baja.*) Sí, eso es cierto; Cusmish lo dijo muy convencido, pero...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) Sí, lo dijo con el típico convencimiento de los que se creen superiores.

CAÑIZARES.— Pero, mi comandante, hay que tener en cuenta que Cusmish es un personaje muy presumido y vanidoso, que...

MARTÍNEZ.— (*Interrumpiéndole y asintiendo con la cabeza.*) Sí, sí; será muy presumido, muy vanidoso, y todo lo que quieras. Pero, sin duda alguna, se trata de un individuo astuto y peligroso. (*Pausa.*) Y lo que más me molestó de él fue la gran dosis de supuesta ingenuidad que pretendía dar a sus razonamientos, cuando nos dijo que tenía que asentarse en esta costa, para impedir que los ingleses convirtieran esta zona en el principal centro peletero de su comercio con China. (*Pausa y alzando la voz.*) Nos estaba humillando...

CAÑIZARES.— Sí, sí; hablaba como si nosotros, los españoles, no tuviésemos nada que decir sobre esta cuestión.

MARTÍNEZ.— (*Alzando la voz.*) Nos estaba humillando, Cañizares; y al mismo tiempo que presumía de sus cuatrocientos hombres, distribuidos en seis asentamientos, de sus siete galeotas y de las dos fragatas que esperaba de Kamchatka, nos trataba como si España y los españoles no existiésemos.

CAÑIZARES.— Sí, era...

MARTÍNEZ.— (*Golpeando repetidamente con el antejo en su mesa.*) Pues tan pronto asome por la Entrada de Nutka la primera nave rusa, se va a enterar el capitán Cusmish de la existencia de España y de lo que hacen los españoles a aquellos que quieren invadir los dominios de Su Majestad Católica. (*Pausa.*) Yo le enseñaré que en estas costas no se puede asentar nadie; y que la expedición que yo mando se ha montado precisamente para repeler cualquier intento ruso de usurpar territorios del Rey de España. (*Alzando la voz.*) ¡La costa pacífica de América es española!

CAÑIZARES.— (*Asintiendo con la cabeza.*) Desde el Cabo de Hornos hasta más allá de la Bahía del Príncipe Guillermo...

MARTÍNEZ.— (*Con firmeza.*) Exactamente, Cañizares, exactamente. (*Dejando el antejo sobre la mesa, cerrándose a los espectadores, y echando una mirada hacia las naves ancladas en el puerto.*) Te he mandado llamar porque quiero comenzar hoy a dictarte un breve resumen de todo lo ocurrido aquí; para que cuando llegue la fragata "*Aránzazu*" con los víveres, se lleve, a su regreso a San Blas, un duplicado de mi diario de navegación y este sucinto informe que te voy a dictar...

CAÑIZARES.— Como usted ordene...

MARTÍNEZ.— (*Señalándole la escribanía.*) Quiero también que cada noche, antes de acostarte, me lo presentes debidamente redactado y con la mayor pulcritud posible.

CAÑIZARES.— (*Sentándose ante la escribanía.*) Sí, mi comandante, como usted disponga. (*Saca varios pliegos de un cajón y toma una pluma.*) Dígame usted, mi comandante. (*Por la rapidez con que escriba Cañizares se deberá entender que lo está haciendo con signos de un sistema taquigráfico.*)

MARTÍNEZ.— (*Paseando mientras dicta en voz alta.*) "Puerto de Santa Cruz de Nutka, día primero de julio de 1789". (*Pausa.*) "Al Excelentísimo Señor Don Manuel Antonio Flórez, Virrey de Nueva España, etcétera, etcéte-

ra; de Esteban José Martínez, Alférez de Navío de la Real Armada". (*Pausa.*) "Excelentísimo Señor: Habiendo llegado a este puerto de Santa Cruz de Nutka el cinco de mayo, encontré en él y en surgideros cercanos, cuatro naves: dos inglesas, bajo pabellón portugués, el paquebote "*Iphigenia Nubiana*" y la goleta "*North West America*"; y otras dos americanas, la fragata "*Columbia Rediviva*" y la balandra "*Lady Washington*". (*Pausa.*) "Habiéndoles exigido y posteriormente analizado..." (*Cesa de dictar porque dos golpes en la puerta le indican que un oficial de su fragata está llamando.*) ¡Adelante!

MENDOFIA.— (*Entrando y cerrando la puerta.*) ¡Mi comandante!

MARTÍNEZ.— (*Con apremio.*) ¿Qué hay, qué hay, Mendofia?

MENDOFIA.— (*Entregándole un sobre.*) Señor, le traigo la carta del capitán Hudson en donde dice que usted, además de ayudarle a reparar sus averías, le ha provisto de víveres para poder regresar a Macao.

MARTÍNEZ.— (*Cogiendo el sobre.*) ¡Muy bien, muy bien! ¿La ha analizado con todo detalle el traductor?

MENDOFIA.— Sí, señor. El cabo Castillo ha comprobado el texto y su traducción va también en ese sobre.

MARTÍNEZ.— (*Dejando la carta sobre su mesa.*) Está bien, Mendofia; retírate.

MENDOFIA.— ¡A sus órdenes, señor! (*Sale.*)

MARTÍNEZ.— ¿Por dónde iba, Cañizares?

CAÑIZARES.— (*Leyendo.*) "Habiéndoles exigido y posteriormente..."

MARTÍNEZ.— (*Interrumpiéndole.*) ¡Sí, sí! (*Paseando mientras dicta.*) "Habiéndoles exigido y posteriormente analizado con todo detenimiento, tanto a los supuestos portugueses como a los americanos del Congreso de Boston, las instrucciones y pasaportes con que navegaban, por hallarse en costas pertenecientes a Su Majestad Católica; llegué a la conclusión de que los ingleses habían constituido en Macao una sociedad ficticia con los portugueses, y como interpreté que el fin de dicha asociación era el comercio de pieles entre Macao y estas costas de Nutka, procedí a apresar el paquebote y la goleta; los cuales reparé lo mejor que pude, permitiendo la salida

hacia Macao del paquebote y quedándome con la goleta y su tripulación como parte del pago, por si V. E. consideraba que estas naves eran buena presa. Así pues, el 25 de mayo, expulsé de este puerto al paquebote, con lo cual quedaba libre de este cuidado y podía dedicarme con mayor intensidad a fortificar esta ensenada en espera de que aparezcan las fragatas rusas, que entiendo deben de estar a punto de llegar." (*Cesa de dictar porque fuera algo ha llamado su atención, y tomando con rapidez el antejo lo despliega y mira hacia una isleta cercana.*) Sólo veo al señalero en el baluarte San Miguel. (*Pausa.*) No veo al vigía... (*Deja de mirar y grita.*) ¡Mendofia!

MENDOFIA.— (*Entrando en el acto.*) ¡Mi comandante!

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) ¡No veo al vigía del baluarte San Miguel, Mendofia!

MENDOFIA.— (*Echando una rápida mirada hacia la isleta.*) Enseguida aviso al señalero...

MARTÍNEZ.— (*Sin hacerle caso.*) Comunica urgentemente al baluarte que el vigía no está en su puesto, y dime su nombre y las causas por las que ha abandonado el servicio.

MENDOFIA.— ¡Sí, mi comandante! (*Sale rápidamente.*)

MARTÍNEZ.— (*Con irritación.*) ¿Para qué me sirve haber colocado allí diez cañones? ¿Para qué me sirve haberlos empotrado en la roca viva? (*Pausa.*) ¡Tiene uno que estar en todo! (*Plegando el antejo y dejándolo sobre su mesa.*) ¿En qué estará pensando el condestable? ¿Es que no puede supervisar debidamente el trabajo de dieciseis hombres? ¿Tan difícil es hacer bien las cosas? (*Saca del cajón de su mesa una botella de aguardiente y, después de beber un sorbo, la guarda de nuevo.*) ¡Vamos a ver, Cañizares!; ¿por dónde iba?

CAÑIZARES.— (*Leyendo.*) "...en espera de que aparezcan las fragatas rusas..."

MARTÍNEZ.— (*Interrumpiéndole y repitiendo mecánicamente.*) "En espera de que aparezcan las fragatas rusas, que entiendo deben de estar a punto de llegar." (*Pausa y dictando.*) "En cuanto a los navíos americanos, debo comunicarle que son aquellos a que V.E. hace referencia en el punto décimocuarto de las *Instrucciones* que tuvo a bien darme; y donde me señalaba que habían salido de Boston y arribado, a causa de un tem-

poral, a la isla de Juan Fernández, de la que habían partido con rumbo desconocido. Estas dos naves llegaron a esta costa en muy mal estado, teniendo una de ellas rendido el palo de mesana y la popa muy dañada; y sus capitanes, los señores Kendrick y Gray, al mostrarme las instrucciones y pasaportes, me dijeron que estaban dando la vuelta alrededor del mundo y que su periplo tenía un fin eminentemente exploratorio. No obstante, pronto observé que habían adquirido de los indios gran número de pieles de nutria, y hasta creo que, con el fin de prolongar su estancia en este puerto, habían incendiado uno de sus santabárbaras." (*Pausa.*) "En estos momentos no me es posible expulsarles y lo único que puedo hacer es ayudarles a reparar sus averías y tratar de ponerlos de nuestra parte, para que cuando aparezcan las fragatas rusas podamos presentar un frente unido contra ellas. Por esto me he visto obligado a concederles pequeños favores ocasionales en la captura de nutrias y en la compra de pieles, que es lo que más desean en estos momentos; aunque opino que su estancia aquí se debe fundamentalmente a buscar el paso del Noroeste que les comunique con el Atlántico; sin descartar tampoco el que se quieran asentar aquí o en las islas Sandwich, lo cual podrían hacer con suma facilidad si trajesen a estas aguas cuatro fragatas." (*Dos golpes en la puerta le indican que un oficial está llamando.*) ¡Adelante!

MENDOFIA.— (*Entrando y cerrando la puerta.*) ¡La respuesta del señalero, mi comandante! (*Le entrega un papel doblado.*)

MARTÍNEZ.— (*Tomando el papel y leyéndolo.*) ¿Qué se está haciendo el relevo? ¿Es que mientras se hace el relevo se desatiende la vigilancia? (*Pausa.*) Que le doblen las guardias durante un mes al vigía saliente, y que el condestable se presente a mí esta noche después de cenar.

MENDOFIA.— ¡Sí, señor! ¿Algo más, señor?

MARTÍNEZ.— ¡Sí, Mendofia! Quiero un informe diario de cómo se realiza el servicio en el baluarte San Miguel.

MENDOFIA.— ¡Sí, señor!

MARTÍNEZ.— Con indicación de los nombres del personal y sus turnos horarios.

MENDOFIA.— ¡Sí, señor!

MARTÍNEZ.—Y con detalle inventariado de todo el material allí almacenado, y la comprobación de que se encuentra en perfecto estado.

MENDOFIA.— ¡Sí, señor! ¿Lo quiere hoy, señor?

MARTÍNEZ.— ¡Naturalmente que lo quiero hoy, Mendofia! (*Dejando el papel sobre su mesa.*)

MENDOFIA.— ¡Sí, señor! ¿Algo más, señor?

MARTÍNEZ.— Sí, ¿cómo va el informe de ese marinero inglés que se ha pasado a nosotros?

MENDOFIA.— Mi comandante, el informe completo está redactado, y en estos momentos el capitán Kendrick está dictándole un extracto traducido al cabo Castillo.

MARTÍNEZ.— Está bien; tan pronto termine el capitán Kendrick me traes ese resumen, y le dices que venga a verme.

MENDOFIA.— ¡Sí, señor! (*Sale.*)

MARTÍNEZ.— (*A Cañizares.*) ¿Dónde me he...?

CAÑIZARES.— (*Interrumpiéndole y leyendo.*) "Si trajesen a estas aguas cuatro fragatas."

MARTÍNEZ.— ¡Sí, sí! (*Pausa y sigue dictando.*) "Sobre los naturales cercanos a este puerto debo señalar a V.E. que están muy influidos por los ingleses; pero los acercamientos que he hecho hacia ellos han dado resultados positivos, después de haberles regalado grandes cantidades de hierro y algo de cobre." (*Pausa.*) "Todos los indios de las rancherías de esta comarca parece que tienen como rey absoluto a Macuina, un personaje de poco más de treinta años, muy reservado, sumamente astuto y desconfiado en extremo; el cual está atendido por una corte de capitanes melosos y falsos, que están esperando el momento oportuno para deshacerse de él; destacando de entre todos estos "cortezanos", por su ambición, Keleken." (*Pausa.*) "Sin embargo, el poder de Macuina tropieza con el de otro monarca más grande que él, llamado Guicananish y que está asentado en el puerto de Clayocuat, a unas diez leguas al Sur de éste de Santa Cruz de Nutka." (*Pausa.*) "Tanto con Guicananish como con Keleken he logrado hacer pactos secretos de

ayuda mutua; sin que hasta la presente haya tenido que comprobar la eficacia de los mismos, de lo cual doy gracias a Dios; porque los naturales de estos lugares parece que son imprevisibles en sus maneras de actuar." (*Pausa y consultando un documento que está sobre la mesa.*) "El día 16 de junio entró en este puerto la balandra inglesa "*Princess Royal*" al mando del capitán Thomas Hudson; se trata de..." (*Cesa de dictar porque dos golpes en la puerta le indican que un oficial está llamando.*) ¡Adelante!

MENDOPIA.— (*Entrando, y con muy serio semblante.*) Aquí tiene el resumen del informe, mi comandante. (*Le entrega un pliego.*)

MARTÍNEZ.— (*Tomando el pliego y leyéndolo.*) ¡Aquí está...! ¡Aquí está...! Habíamos entendido perfectamente al marinero inglés. (*Pausa y con rabia.*) Le habíamos entendido bien cuando nos dijo que su capitán, Hudson, le había comunicado que López de Haro, capitán del paquebote "*San Carlos*", estaba conchabado con mi segundo de a bordo José Tovar.

MENDOPIA.— (*En voz baja.*) Sí, señor...

MARTÍNEZ.— (*Entregándole el pliego a Cañizares.*) ¡Compruébalo por tí mismo! Es lo que yo sospechaba. (*Pausa.*) No digais que no os lo había dicho...

CAÑIZARES.— (*Sin levantar la vista del pliego y en voz baja.*) Quién iba a creer que Tovar...

MARTÍNEZ.— Pues ya lo veis; yo lo creía. Yo lo pensaba.

MENDOPIA.— (*En voz baja.*) Mi comandante, debe usted investigar con cuidado...

MARTÍNEZ.— (*Interrumpiéndole.*) ¿Investigar? ¡Aquí no hay nada que investigar! Las declaraciones de ese marinero inglés han confirmado mis sospechas.

MENDOPIA.— (*En voz baja.*) Lo que quería decir...

MARTÍNEZ.— (*Sin escucharle.*) ¡Tovar! (*Pausa.*) ¡Tan correcto, tan exquisito! (*Mascando las palabras.*) ¡Ya os decía yo que tenía la personalidad de un niño! ¡Ya os decía yo que a poco que le halagase López de Haro se lo ganaría para su bando!

MENDOFIA.— Mi comandante, lo que le quiero decir es que todavía no tenemos nada concreto de que acusar a López de Haro...

MARTÍNEZ.— (*Alzando la voz.*) ¡Mendofia, no cojas el rábano por las hojas!

CAÑIZARES.— (*Conciliador.*) Perdón, mi comandante; Mendofia quiere decir que no sabemos hasta qué punto está López de Haro confabulado con Hudson...

MARTÍNEZ.— (*Interrumpiéndole.*) ¡Cañizares, el mal comportamiento de López de Haro se manifiesta en todo lo que hace! ¡Está rozando siempre los límites de la insubordinación! (*Pausa y alzando la voz.*) ¡López de Haro le ha dicho a Hudson que se ha ganado a Tovar para su bando!

CAÑIZARES.— Sí, mi comandante; pero no sabemos...

MARTÍNEZ.— (*Desafiante.*) ¡Pero qué no sabemos! (*Pausa, y arrebatando el pliego a Cañizares.*) ¡López de Haro es un maestro de la intriga! Ya os había dicho yo que se estaba citando a escondidas con Tovar; y ahora este marinero inglés lo ha confirmado. (*Pausa.*) ¿Para qué se pueden estar citando a escondidas? Pues se están citando a escondidas para conspirar contra mí. (*Pausa.*) Estaba seguro de que este individuo volvería a las andadas. Sabía que no olvidaría lo ocurrido en la expedición del año pasado. (*Depositando el pliego sobre la mesa.*)

MENDOFIA.— (*En voz baja.*) Señor, los conflictos del año pasado surgieron por una serie de malos entendidos...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) ¡Déjate de formulismos, Mendofia! ¡López de Haro me acusó de embriaguez! Y yo fui encausado "por los excesos cometidos, cuyo principal origen se debía al vicio de la embriaguez en que incurría casi diariamente". (*Pausa y mascando las palabras.*) ¡Mentiras! ¡Malditas mentiras! Lo único que quedó claro en el juicio fue la incompetencia de López de Haro, dejándose engañar por los rusos y no queriendo entender que quien mandaba la expedición era su comandante, y ese comandante era yo. (*A Cañizares.*) Hazme ahora mismo una lista de los hombres de esta fragata que sean de tu absoluta confianza.

CAÑIZARES.— ¡Sí, mi comandante! (*Toma otro pliego de papel y comienza a escribir.*)

MARTÍNEZ.— (*A Mendofia.*) ¡Ayúdame a sacar y a comprobar las pistolas!

MENDOFIA.— ¡Sí, mi comandante!

(*Martínez abre el armero y los dos comienzan a sacar pistolas y a depositarlas sobre la mesa.*)

MARTÍNEZ.— Elige las que estén cargadas. (*Pausa.*) Con siete será suficiente.

(*Eligen siete pistolas y, mientras Martínez coloca las demás en el armero, Mendofia comprueba que las escogidas están listas para ser disparadas.*)

MENDOFIA.— ¿A quién se las va a entregar, mi comandante?

MARTÍNEZ.— Os las voy a entregar a ti, a Cañizares y al padre López. La otra será para mí.

MENDOFIA.— ¿Al padre López? ¿Y cómo las va a llevar?

MARTÍNEZ.— (*Asintiendo con la cabeza.*) ¡Sí, al padre López! Y las llevará en su maletín; pero vosotros quiero que os las pongáis en la barriga. (*Cogiendo una y metiéndola entre la camisa y el cinturón de su uniforme.*) ¡Así, así quiero que os las pongáis! Que se vean bien las culatas. Haciendo ostentación descarada de que vais armados.

MENDOFIA.— Pero, mi comandante, el armar así a los oficiales es indicativo de zafarrancho de combate...

MARTÍNEZ.— (*Interrumpiéndole.*) Justamente esa es la impresión que quiero que deis. (*Entregándole dos pistolas.*)

MENDOFIA.— (*Metiéndolas en su cinturón.*) ¡Sí, mi comandante!

MARTÍNEZ.— (*A Cañizares.*) ¿Has terminado esa lista?

CAÑIZARES.— (*Terminando de escribir.*) ¡Sí, mi comandante!

MARTÍNEZ.— ¡Léela!

CAÑIZARES.— (*Leyendo.*) "Don Esteban Mendofia, segundo piloto; padre don José López de Nava, capellán; don Juan Carrasco, pilotín; Ramón

Pérez, contra maestre; Juan Morando, segundo contra maestre; sargento Mateo Palazuelos; cabo Gabriel del Castillo; Antonio Márquez, primer guardián; Mariano Aguirre, maestro de velas; Juan Gallardo, sangrador; José Martínez, segundo calafate; Francisco Molina, artillero"; y yo, "Rafael de Cañizares, escribano de la expedición y agregado al pilotaje."

MARTÍNEZ.— ¿Ninguno más?

CAÑIZARES.— Ninguno más, mi comandante.

MARTÍNEZ.— Está bien, Cañizares. (*A Mendofia.*) ¿Confías en todas las personas que acaba de citar Cañizares?

MENDOFIA.— ¡Sí, mi comandante!

MARTÍNEZ.— ¿Añadirías alguien más a esa lista?

MENDOFIA.— Sí, señor; añadiría al artillero Piñeiro.

MARTÍNEZ.— (*A Cañizares.*) Incluye a Piñeiro, y dame esa relación.

CAÑIZARES.— Sí, señor. (*Escribe en el pliego y, sin levantarse, se lo entrega a Martínez.*)

MARTÍNEZ.— (*Cogiendo el pliego y entregándoselo a Mendofia.*) Ahora que se han confirmado mis sospechas de que Tovar está confabulado con López de Haro, debemos hacer todo lo posible por saber qué es lo que están tramando. (*Pausa.*) Desde luego, estando López de Haro por medio, ya sabéis que no puede ser nada bueno. Y lo que hay que hacer, hasta que sepamos lo que pretenden, es tomar la iniciativa y mostrarnos muy atentos a todos los pasos que den estos "caballeros". (*Pausa.*) Y por ello, como primera resolución, voy a dictar una orden por la que ninguno de los oficiales pueda bajar a tierra sin escolta; así de esta manera podremos controlar a Tovar y a la vez enterarnos de los contactos que pueda mantener con López de Haro.

MENDOFIA.— ¿Y no sospechará Tovar...?

MARTÍNEZ.— No tiene por qué sospechar. Ordenes como la que voy a dar son normales, cuando se quiere proteger a las personas principales de una expedición naval.

CAÑIZARES.— ¿Y el motivo? ¿Cuál será el motivo...?

MARTÍNEZ.— ¿El motivo? El motivo en circunstancias como ésta debe ser siempre vago. (*Pausa.*) ¡Toma nota!

CAÑIZARES.— (*Tomando un pliego y disponiéndose a escribir.*) Dígame, mi comandante.

MARTÍNEZ.— (*Dictando.*) "Por aconsejarlo las circunstancias y en previsión de posibles males; desde este momento, día y hora, todos los pilotos, pilotines, capellanes, misioneros, condestables y contramaestres de la fragata "*Princesa*" y del paquebote "*San Carlos*", anclados en este puerto, quedan obligados a llevar una escolta de dos hombres armados cuando se trasladen a tierra. Los turnos de guardia serán dispuestos por el segundo piloto, don Esteban Mendofia, quien también recabará de los interesados sus firmas, con el "*Enterado*", al pie de esta orden." (*Pausa.*) "Desde mi cámara de la fragata "*Princesa*", a las diecinueve horas del día primero de julio de 1789". (*Pausa.*) "Esteban José Martínez. Comandante de la Expedición."

CAÑIZARES.— (*Termina de escribir y poniéndose en pie entrega el pliego a Martínez.*) ¡Señor!

MARTÍNEZ.— (*Apoyando el pliego en su mesa lo firma y se lo entrega a Mendofia.*) Cuando Tovar esté en tierra ponle como escolta al sargento Palazuelos y al artillero Molina, y cuando esté a bordo que el pilotín Carrasco no se separe de él. Es decir, quiero conocer los pasos de Tovar uno por uno, tanto si está en tierra como si se encuentra en esta fragata. (*Pausa.*) La vigilancia sobre Tovar debe ser muy especial, pues a través de él debemos enterarnos de lo que pueda estar tramando con López de Haro. (*Pausa.*) Yo hablaré sobre esto con Palazuelos y Molina...

MENDOFIA.— ¡Sí, señor!

MARTÍNEZ.— Entrega esa orden al guardián Márquez para que se la presente a la firma a Tovar, y se la lleve después a López de Haro al "*San Carlos*"; y encárgate tú de que esta noche, a la hora de la cena, la firmen todos los demás.

MENDOFIA.— ¡Sí, señor!

MARTÍNEZ.— Con el fin de apartar a Tovar lo máximo posible de esta fragata, y pensando también en que si veo su estúpido rostro me sería muy

difícil contenerme de vomitar, debes comunicarle personalmente que queda trasladado, hasta nueva orden, a la cabaña de la playa; y que todos los días, a las siete de la mañana, me deberá enviar un estadillo de cómo funcionan allí los servicios de armería, herrería y tonelería.

MENDOFIA.— ¿Y si pide la orden por escrito...?

MARTÍNEZ.— (*Con autoridad.*) ¡No la pedirá!

MENDOFIA.— ¡Sí, señor!

MARTÍNEZ.—Y después pasas al "*San Carlos*" y le comunicas a López de Haro que se presente aquí "de muestra".

MENDOFIA.— ¡Sí, señor!

MARTÍNEZ.— Desde este momento vosotros dos podeis entrar en esta cámara sin llamar.

MENDOFIA.— ¡Sí, señor! ¿Algo más?

MARTÍNEZ.— ¿Está ya en la antecámara el capitán Kendrick?

MENDOFIA.— Sí, señor; está en la antecámara.

MARTÍNEZ.— Dile que le recibiré dentro de unos minutos. Puedes retirarte.

MENDOFIA.— ¡A sus órdenes, mi comandante! (*Sale.*)

MARTÍNEZ.— (*Entregándole dos pistolas.*) Las pistolas, Cañizares...

CAÑIZARES.— (*Tomándolas y metiéndolas entre la camisa y el cinturón.*) ¡Sí, mi comandante!

MARTÍNEZ.— (*Mirando hacia la derecha.*) Hudson va a subir a bordo...

CAÑIZARES.— ¿Le va a dejar salir del puerto, señor?

MARTÍNEZ.— Sí, le voy a dejar salir del puerto, Cañizares.

CAÑIZARES.— ¿Pero no le va a detener?

MARTÍNEZ.— No, no le voy a detener. Le dí permiso para que abandonase el puerto y no voy a cambiar de parecer.

CAÑIZARES.— Pero cuando usted le dio el permiso no sabía que estaba en connivencia con López de Haro...

MARTÍNEZ.— (*Con firmeza.*) No, no lo sabía; pero aun sabiéndolo prefiero que salga del puerto a tenerlo aquí como prisionero, tratando de levantar a los indios y a López de Haro en contra mía. (*Un golpe en la puerta le indica que el capellán de la fragata está llamando.*) ¡Adelante, padre! (*A Cañizares.*) Puedes retirarte; seguiremos después con el informe.

CAÑIZARES.— ¡A sus órdenes, mi comandante!

PADRE LÓPEZ.— (*Entrando con un maletín y seguido de una joven india.*) ¡Señores!

CAÑIZARES.— ¡Padre López; Yukua! (*Leve inclinación de cabeza y sale.*)

PADRE LÓPEZ.— ¡Cañizares! (*Dejando su maletín en la mesa de Martínez.*)

MARTÍNEZ.— ¡Padre López! ¡Buenas tardes, Yukua!

(*La india no corresponde al saludo.*)

PADRE LÓPEZ.— Yukua, el comandante ha dicho *clush yactzuc*, buenas tardes.

YUKUA.— (*Mirando con desafío a Martínez, dirigiéndose a uno de los ventanales, y pronunciando con desgana.*) *Clush yactzuc*.

PADRE LÓPEZ.— (*Con enfado.*) ¡Yukua! Esas no son maneras...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) Déjela, padre, déjela; por lo menos es honrada mostrando lo que siente. (*Pausa.*) ¿Qué es lo que ha podido averiguar sobre ella?

PADRE LÓPEZ.— Prácticamente nada. Lo único que tengo claro es que pertenece a la familia de Keleken, pero lo mismo puede ser su hermana que una de sus mujeres.

MARTÍNEZ.— (*Con desánimo.*) Ya, ya; quiere usted decir que estamos como anteayer, cuando la trajo Keleken diciendo que era su hermana, y que, en muestra de su amistad hacia nosotros, quería que la instruyésemos en la religión cristiana.

PADRE LÓPEZ.— Debemos tener paciencia, comandante. En dos días no se puede averiguar mucho. (*Pausa.*) Tenga en cuenta que debo hacer las indagaciones con cuidado para que no sospechen de que no creemos a Keleken.

MARTÍNEZ.— Está bien, padre, está bien; pero no ahorre esfuerzos en esta cuestión. Me interesan muchísimo todas las noticias que se refieran a esta joven; pues ya sabe usted que yo creo firmemente que es un topo que Keleken nos ha metido en esta fragata.

PADRE LÓPEZ.— Ya lo sé, comandante, ya lo sé. (*Pausa.*) Es posible que tenga usted razón; pero también creo que usted tiene que confiar un poco más en las personas...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) ¿Confiar? Eso quisiera yo, padre. Yo quisiera confiar en los demás, pero los demás no me dejan.

PADRE LÓPEZ.— ¿Que no le dejan...?

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) Sí, padre, no me dejan; a cada momento que pasa surgen nuevos sospechosos...

PADRE LÓPEZ.— (*Interrumpiéndole.*) Pero comandante...

MARTÍNEZ.— Sí, padre; vea usted mismo un ejemplo: cuando esa joven llegó aquí hace dos días traía en su muñeca derecha cuatro pulseras y ahora sólo lleva tres...

PADRE LÓPEZ.— (*Mirando a Yukua que se asoma por un cuartel abierto.*) ¿Sí? No me había dado cuenta...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) No la mire, padre. No quiero que sepa que hablamos de ella...

PADRE LÓPEZ.— (*Interrumpiéndole.*) Pero eso no quiere decir nada, comandante...

MARTÍNEZ.— (*Con ironía.*) Querido padre; cuando esa joven se asoma por uno de esos cuarteles, saca siempre su muñeca derecha fuera, como si quisiera que se la viesen...

PADRE LÓPEZ.— (*Volviendo a mirar a Yukua, y comprobando que lo que dice Martínez es cierto.*) Será su manera de...

MARTÍNEZ.— (*Con firmeza.*) Ya veo, ya veo, padre; usted no quiere reconocer lo que ve con sus propios ojos.

PADRE LÓPEZ.— Perdón, comandante; si usted dice que es una espía...

MARTÍNEZ.— (*Alzando la voz.*) Sí, lo digo y lo repito. Es un topo. (*Pausa.*) Además, ¿por qué no iban a tener los indios un espía en esta fragata, si los demás tienen los suyos?

PADRE LÓPEZ.— (*Con sorpresa.*) ¡Por Dios, comandante! ¿Qué quiere decir usted?

MARTÍNEZ.— Pues quiero decir, padre, que en este puerto hay dos naves españolas, dos americanas y una inglesa; y que cada bando tiene aquí su espía.

PADRE LÓPEZ.— ¿Cómo que cada bando tiene aquí su...?

MARTÍNEZ.— (*Asintiendo con la cabeza.*) ¡Sí, cada bando, padre; cada bando! (*Pausa.*) Los americanos nos metieron en esta fragata al hijo de Kendrick, diciendo que era católico-romano y que prefería vivir con nosotros. Los ingleses nos mandaron al artillero Robert Cant, quien, tan pronto se encontró a bordo, se pasó a nosotros y nos descubrió las órdenes que tenía de informar a Hudson...

PADRE LÓPEZ.— (*Interrumpiéndole.*) Comandante; lo de ese marinero está claro, pero lo del hijo del capitán Kendrick no lo puedo aceptar como...

MARTÍNEZ.— (*Interrumpiéndole.*) Perdón, padre, perdón; que aún no le he dicho lo principal...

PADRE LÓPEZ.— ¿Qué es lo que no me ha dicho...?

MARTÍNEZ.— No le he dicho, padre; que el propio López de Haro, capitán del paquebote "San Carlos", también ha colocado aquí su espía...

PADRE LÓPEZ.— ¿López de Haro...?

MARTÍNEZ.— (*Asintiendo con la cabeza y alzando la voz.*) Sí, padre, sí; López de Haro. Y antes de que me pregunte usted quién es, le contestaré que no es otro que mi primer piloto, y segundo en el mando de esta fragata, José Tovar y Tamariz.

PADRE LÓPEZ.— (*Alzando la voz.*) ¡Eso no puede ser, comandante!

MARTÍNEZ.— (*Asintiendo con la cabeza.*) ¡Pues lo es, padre, lo es! Las declaraciones de ese marinero inglés han confirmado mis sospechas...

PADRE LÓPEZ.— (*Con rapidez.*) ¿Y quién responde por lo que dice ese marinero inglés?

MARTÍNEZ.— Padre, creo absolutamente en lo que ha declarado ese marinero; y lo creo, en primer lugar, porque todos sabemos que a los miembros de la tripulación inglesa se les deben veinte meses de paga; sabemos también que se les niegan todos los anticipos que piden, y vemos que se están lamentando en todo momento por el mal trato que Hudson les da. (*Pausa.*) Y en segundo, porque esas declaraciones confirman las sospechas que yo tenía.

MENDOFIA.— (*Entrando sin llamar.*) ¡Ordenes cumplidas, mi comandante! (*Pausa y bajando la voz.*) ¡Padre López!

PADRE LÓPEZ.— ¡Piloto Mendofia!

MARTÍNEZ.— ¿Alguna novedad?

MENDOFIA.— Ninguna, señor.

MARTÍNEZ.— ¿Ha dicho algo Tovar sobre la escolta que le he asignado?

MENDOFIA.— Nada, en absoluto, señor. Se ha limitado a firmar la orden y nada más.

MARTÍNEZ.— ¿Ha insinuado algo respecto a su traslado a la cabaña?

MENDOFIA.— Nada, señor; me dijo que le relevase, porque en ese mismo momento se iba a la playa.

MARTÍNEZ.— ¿Se ha llevado al "*San Carlos*" la orden para que la firme López de Haro?

MENDOFIA.— Señor, no ha hecho falta llevársela al "*San Carlos*", porque López de Haro venía a hablar con usted; y el guardián Márquez ha aprovechado la oportunidad para ponerle la orden a la firma, y yo para comunicarle que se presentase a usted "de muestra".

MARTÍNEZ.— ¿Ha firmado el "*Enterado*"?

MENDOFIA.— Sí, señor; ha firmado la orden, y está esperando ser recibido por usted.

MARTÍNEZ.— (*Con ironía.*) Entonces, mis queridos amigos, no hagamos esperar a don Gonzalo López de Haro. Ruego abandonéis esta cámara y esperéis fuera.

PADRE LÓPEZ.— Yukua, *chocó*; Yukua, ven acá. (*Yukua acude rápidamente.*) Contenga su genio, comandante; un poco de mano izquierda...

MARTÍNEZ.— No se preocupe, padre...

PADRE LÓPEZ.— Sea prudente. (*Sale seguido de Yukua.*)

MARTÍNEZ.— (*En voz baja.*) Mendofia, dile a ese "caballero" que pase, y cierra la puerta cuando haya entrado.

MENDOFIA.— Sí, señor. (*Sale, y casi en el acto entra López de Haro.*)

LÓPEZ DE HARO.— (*Entrando.*) ¡Comandante!

MARTÍNEZ.— ¡Primer piloto!

LÓPEZ DE HARO.— Me ha comunicado Mendofia que usted quería verme...

MARTÍNEZ.— ¡Póngase "firmes" delante de su superior!

LÓPEZ DE HARO.— (*Con sorpresa, y poniéndose "firmes", mientras Martínez lo mira de arriba abajo.*) Como usted diga.

MARTÍNEZ.— ¡Como usted diga, "mi comandante"!

LÓPEZ DE HARO.— ¡Sí, mi comandante!

MARTÍNEZ.— (*Paseando alrededor de López de Haro.*) ¡Primer piloto! (*Pausa.*) Cuando ayer nos reunimos aquí por enésima vez para discutir el asunto de los americanos, usted siguió insistiendo en que debían ser hechos prisioneros. (*Pausa.*) La cuestión es que no sé si usted está verdaderamente interesado en que se aprese a las tripulaciones de las naves americanas, o lo dice simplemente para llevarme la contraria...

LÓPEZ DE HARO.— (*Interrumpiéndole.*) Comandante, yo digo...

MARTÍNEZ.— (*Con firmeza.*) ¡Cállese! ¡Usted no dice nada! Usted lo único que puede decir aquí es: "sí, mi comandante", o "no, mi comandante". Repito que no sé si lo dice usted por convencimiento, o por llevarme la contraria, como es su costumbre. Por eso quiero que quede claro, de una vez por todas, que los americanos no serán apresados.

LÓPEZ DE HARO.— Pero nuestra obligación...

MARTÍNEZ.— (*Con firmeza y alzando la voz.*) ¿Qué es eso de "nuestra" obligación? Usted sólo tiene una obligación que es cumplir las órdenes que yo le doy; y la mía, mi obligación, es darlas y hacerlas cumplir. Por eso vuelvo a repetirle, por última vez, que borre de su mente el querer apresar a los capitanes Kendrick y Gray, quienes deben ser atendidos, al igual que sus tripulaciones, con especial diligencia en todo lo que precisen. ¿Lo ha entendido?

LÓPEZ DE HARO.— ¡Sí, lo he entendido!

MARTÍNEZ.— (*Con firmeza y alzando más la voz.*) ¡Sí, lo he entendido, "mi comandante"!

LÓPEZ DE HARO.— ¡Sí, lo he entendido, mi comandante!

MARTÍNEZ.— ¿Ha quedado claro?

LÓPEZ DE HARO.— ¡Sí, ha quedado claro, mi comandante!

MARTÍNEZ.— ¡Está bien! Comprobaré personalmente, y momento a momento, el cumplimiento de esta orden, y castigaré con el máximo rigor cualquier mala interpretación que se haga de mis palabras.

LÓPEZ DE HARO.— ¡Sí, mi comandante!

MARTÍNEZ.— Con referencia a la orden que acaba de firmar, quiero decirle que puede usted escoger la escolta que desee cuando se traslade a tierra.

LÓPEZ DE HARO.— ¡Sí, mi comandante!

MARTÍNEZ.— ¡Retírese!

LÓPEZ DE HARO.— ¡A sus órdenes, mi comandante! (*Sale.*)

PADRE LÓPEZ.— (*Entrando seguido de Yúkua y Mendofia.*) Pero, comandante, ha ultrajado usted a López de Haro, y yo le dije que tuviese...

MARTÍNEZ.— (*Interrumpiéndole.*) Sí, padre; ya sé lo que usted me dijo. Pero en estos momentos no puedo andar con miramientos y hay que decir las cosas como son; no quiero que haya malos entendidos. (*Pausa.*) Y le he dicho mil veces que no pegue la oreja a la puerta...

PADRE LÓPEZ.— (*Azorado.*) Perdone, comandante, perdone... Pero creo que no era necesario comportarse así con López de Haro...

MARTÍNEZ.— (*Interrumpiéndole.*) Esa es su opinión, padre; yo sé lo que es necesario en cada momento, y en éste había que dejar las cosas claras; ya que no quiero que luego, cuando pida cuentas, nadie se llame a engaño. (*Pausa.*) La situación es delicada y por eso cuando usted baje a tierra tendrá que ir acompañado por dos hombres armados.

PADRE LÓPEZ.— ¿Y por qué tengo...?

MARTÍNEZ.— (*Interrumpiéndole.*) ¡Porque acabo de dar esa orden, padre!

PADRE LÓPEZ.— ¿Y se puede saber cuál es el motivo...?

MARTÍNEZ.— Es lo que le estaba contando, padre. El motivo es que Tovar se ha confabulado con López de Haro, y como quiero vigilarles en todo momento, he decidido poner escolta a todas las personas importantes de esta expedición, para que no sospechen de que sólo les vigilo a ellos.

PADRE LÓPEZ.— ¿Y usted cree que no sospecharán...?

MARTÍNEZ.— (*Con firmeza.*) No, no sospecharán; pues usted me ha podido oír que a López de Haro le he dado permiso para que elija su escolta; ya que quiero que se confíe y que no se sienta vigilado. (*Pausa.*) A mí me bastará con espiar a Tovar para saber qué es lo que están tramando.

PADRE LÓPEZ.—Yo, comandante, quisiera insistir en que no debería usted fiarse tanto de un inglés...

MARTÍNEZ.— Padre, deje usted a un lado su anglofobia, y pregúntese por qué sabe un marinero inglés que López de Haro está en connivencia con Tovar. Si lo mira usted así, la respuesta que obtendrá es única y sencilla: se lo ha dicho Hudson, su capitán.

MENDOFIA.—Y a Hudson se lo ha comunicado López de Haro; ya que Tovar al estar enfermo no ha bajado a tierra desde el 14 de junio hasta ayer, día 30, cuando fue a bañarse a la laguna.

MARTÍNEZ.— ¿Y sabe con quién se estaba bañando en solitario?

MENDOFIA.— ¡Con López de Haro!

MARTÍNEZ.— Efectivamente; con López de Haro. Como puede usted observar, padre...

PADRE LÓPEZ.— ¿Y desde cuándo cree, comandante, que viene fraguándose esta...?

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) ¿Conspiración? (*Pausa.*) No lo sé, padre, no lo sé; pero por lo menos desde antes del día 14 de junio, e inicialmente Hudson no tenía nada que ver en ella, ya que llegó aquí el día 16, dos después de que Tovar se lesionase en el pie y no pudiese bajar a tierra.

MENDOFIA.—Y así queda claro, que toda la información que pueda tener Hudson procede forzosamente de López de Haro.

PADRE LÓPEZ.— ¿Y qué es lo que pretenden...?

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) No lo sé, padre. Y todavía entiendo menos que se lo hayan dicho a un inglés. A un inglés que va a salir de este puerto dentro de pocas horas. (*Pausa, y como pensando.*) ¿Por qué se habrán pues-

to en contacto con una persona que se tiene que ir y que no les podrá servir de nada?

PADRE LÓPEZ.— ¿Es posible que el capitán Hudson no se quiera ir?

MARTÍNEZ.— No, no; Hudson acaba de subir a bordo para despedirse, y hace unos minutos me mandó una nota en la que me confirmaba su salida, y me daba las gracias por las atenciones recibidas. (*A Mendofia.*) ¿Están dispuestas las dos lanchas?

MENDOFIA.— Sí, señor; están dispuestas.

MARTÍNEZ.— ¿Has elegido ya los veinte hombres armados que deben ir en cada una?

MENDOFIA.— Sí, señor; ya están avisados.

MARTÍNEZ.— Como sustituto de Tovar quiero que seas tú el que gobierne las lanchas que remolquen a Hudson fuera del puerto.

MENDOFIA.— ¡Sí, señor!

MARTÍNEZ.— ¿Se ha estado comprobando continuamente que todos los cañones de la "*Princess Royal*" están en su bodega?

MENDOFIA.— Sí, señor; lo he estado comprobando diariamente, tanto por la mañana como por la tarde.

PADRE LÓPEZ.— Perdón, comandante; como estamos seguros de que Hudson va a salir de este puerto, pienso que si López de Haro le ha dicho algo es por una de estas dos razones: o porque sabe que Hudson piensa volver, o porque está enterado que detrás de éste vienen más naves a este puerto. (*Pausa.*) Naturalmente, naves inglesas...

MARTÍNEZ.— Cierto, padre, cierto. Esas son dos de las posibilidades en las que he pensado; pero todavía queda otra...

MENDOFIA.— (*Con rapidez.*) Ya sé a lo que se refiere, comandante; pero ya le he dicho muchas veces que confío totalmente en los americanos, y no creo que ellos estén confabulados ni con los ingleses ni con López de Haro.

MARTÍNEZ.— ¿Por qué Mendofia? ¿Por qué confías tanto en ellos?

MENDOFIA.— Pues porque, a simple vista, hay muchos motivos que impiden a los americanos y a los ingleses unirse en contra nuestra. ¿No ha visto usted con qué desprecio los trata Hudson? ¿No le ha dicho a usted el mismo Hudson que la guerra contra los americanos no ha hecho nada más que empezar...?

MARTÍNEZ.— Pero, Mendofia, eso puede ser un engaño, o una postura chulesca de Hudson...

PADRE LÓPEZ.— Es posible, comandante; pero lo cierto es que piensan lo mismo todos los marineros de la balandra inglesa. Su odio por los americanos es patente...

MENDOFIA.— Así es, padre. (*A Martínez.*) ¿Puedo coger las cédulas de los americanos?

MARTÍNEZ.— Sí, puedes cogerlas; pero ya te he dicho muchas veces que para mí tienen muy poco valor...

(*Mendofia va a la mesa de Martínez, abre uno de sus cajones y sacando un paquete de pliegos de papel, elige dos de ellos.*)

MENDOFIA.— (*Con los pliegos en la mano.*) Aquí están, comandante...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) Te repito, Mendofia, que esas fichas tienen muy poco valor, porque están redactadas sobre datos aportados por los propios interesados...

MENDOFIA.— Es cierto, mi comandante. Estas cédulas no son perfectas, ya que nos las cursó al Departamento de San Blas, el gobernador militar de la isla de Juan Fernández, cuando los americanos arribaron allí a causa de un temporal...

MARTÍNEZ.— Por eso lo digo, por eso. De todo lo que se cuenta en ellas, lo único que podemos creer con alguna certeza es que Kendrick nació en Harwick y Gray en Tiverton...

MENDOFIA.— Perdón, señor; pero, además de eso, se dan datos concretos de que tanto uno como otro estuvieron cinco veces en La Habana en diferentes embarcaciones; y precisamente Kendrick actuó como cor-

sario contra los ingleses en el Caribe y conoció a muchas autoridades marítimas de la isla, de las cuales cita sus nombres...

MARTÍNEZ.— Ese no es un dato definitivo a tener en cuenta...

MENDOFIA.— (*Con rapidez.*) También se subraya en la cédula de Kendrick que tiene familia en Detroit, y sabemos que esa aldea está todavía en manos inglesas...

MARTÍNEZ.— Mendofia; Detroit está en poder de los ingleses, como lo están Oswego, Niagara Fort y otros puntos estratégicos. (*Pausa.*) El que no aprese a los americanos no quiere decir que confíe en ellos, y si los defiende de López de Haro es porque en este momento les necesito; pero lo que se cuenta en esas cédulas más que confiar en ellos lo que me hace es sospechar. (*Pausa.*) ¡Guárdalas! A mí lo que me interesa es saber a ciencia cierta lo que están haciendo aquí...

MENDOFIA.— (*Metiendo las cédulas en el cajón.*) Están acabando de reparar sus averías...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez e ironía.*) Sí, eso ya lo veo, Mendofia, ya lo veo.

MENDOFIA.— Es natural que lo hagan. Están dando la vuelta...

MARTÍNEZ.— (*Interrumpiéndole y con ironía.*) ¡Están dando la vuelta alrededor del mundo! (*Pausa.*) ¡Mendofia, por favor! Esa es la mentira más extendida por todos los mares del planeta. (*Pausa.*) ¿Qué es lo que les dijimos nosotros a los rusos, cuando el año pasado los encontramos en Onalaska? ¡Pues que estábamos dando la vuelta al mundo!

MENDOFIA.— En este caso es diferente...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) ¿Por qué es diferente? ¿Porque te has hecho amigo de Gray? ¡No, Mendofia, no! Me mantengo en lo que he dicho siempre, y tanto el padre López como Cañizares me han dado la razón. Los americanos están aquí por tres motivos: el primero buscando el célebre paso del Noroeste que les comunique con el Atlántico; el segundo para comprobar las posibilidades comerciales de esta Entrada de Nutka, tan alabada por el capitán Cook; y el tercero porque se quieren asentar aquí, y, si no lo ven viable, en las islas Sandwich. En resumen, los americanos

nos están vigilando para ver los pasos que damos y así poder obrar en consecuencia.

MENDOFIA.— Pero no puede usted negar que hasta la fecha nos han atendido en todo lo que les hemos pedido...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) Y yo también a ellos, Mendofia; yo también a ellos. ¿Pero por qué nos han atendido en todo lo que les hemos pedido? Pues porque tanto Kendrick como Gray se sienten coaccionados por las pieles de nutria que sus tripulaciones tienen en las bodegas; y como no quieren provocar un motín, si les exijo que se las pidan, harán lo que yo les ordene.

PADRE LÓPEZ.— Yo estoy de acuerdo con usted, comandante; y además ellos y nosotros tenemos un enemigo común: los rusos...

MARTÍNEZ.— Eso también es cierto, padre...

CAÑIZARES.— (*Entrando.*) Mi comandante, el capitán Hudson está esperando ser recibido por usted.

MARTÍNEZ.— Está bien, Cañizares; que espere un momento. Puedes retirarte.

CAÑIZARES.— ¡A sus órdenes, mi comandante! (*Sale.*)

PADRE LÓPEZ.— Comandante, yo me voy a mi...

MARTÍNEZ.— Calma, padre; no hay prisa. El capitán Hudson puede esperar. (*A Mendofia.*) Mete en el maletín del padre López las dos pistolas.

(*Mendofia abre el maletín y mete en él las dos pistolas.*)

PADRE LÓPEZ.— (*Cogiendo el maletín.*) ¿Pero usted cree que es necesario...?

MARTÍNEZ.— Sí, por desgracia, es necesario. Siga usted con el trabajo de averiguar quién es esa joven, y abra bien los ojos a todo lo que nos rodea; y no dude en informarme de cualquier cosa que le parezca sospechosa...

PADRE LÓPEZ.— Está bien, comandante. Estaré atento. (*A Yukua.*) Yukua, *chocó*; Yukua, ven acá. (*Yukua acude rápidamente y ambos salen.*)

MARTÍNEZ.— Mendofia, que pase el capitán Kendrick.

MENDOFIA.— ¡A sus órdenes, señor! (*Sale.*)

(*Mientras sale y vuelve Mendofia, Martínez desenfunda su pistola y comprobando que está lista para ser disparada, se la vuelve a meter entre el cinturón y la camisa.*)

MENDOFIA.— (*Entrando.*) El capitán Kendrick, mi comandante.

KENDRICK.— (*Entrando.*) ¡Capitán Martínez!

MARTÍNEZ.— ¡Capitán Kendrick! (*A Mendofia.*) ¡Retírese!

MENDOFIA.— (*En voz baja.*) A sus órdenes, mi comandante.

MARTÍNEZ.— ¿Tiene usted ya el informe completo, capitán?

KENDRICK.— Sí, capitán; aquí lo tiene usted. (*Entregándole unos pliegos.*)

MARTÍNEZ.— (*Tomando el informe.*) Quiero darle, ante todo, las gracias por...

KENDRICK.— (*Interrumpiéndole.*) No tiene importancia, capitán. Lo he hecho con mucho gusto, y ya sabe usted que estoy a su disposición.

MARTÍNEZ.— Gracias, Kendrick, gracias. Le he llamado a usted porque el capitán Hudson, que va a abandonar este puerto en las próximas horas, ha venido a despedirse...

KENDRICK.— Sí, capitán; está esperando hablar con usted...

MARTÍNEZ.— (*Dejando el informe sobre la mesa.*) El caso es que Hudson se habrá enterado ya de que su marinero le ha traicionado, y estoy casi seguro que me va a pedir que se lo entregue; cosa que, evidentemente, no pienso hacer...

KENDRICK.— Claro, capitán; dígame en qué puedo atenderle...

MARTÍNEZ.— Y por ello he creído conveniente que, tan pronto entre Hudson en esta cámara, se aposte usted detrás de esa puerta, con el marinero inglés, para que escuche lo que me diga Hudson al

respecto; pues quisiera que usted hiciese de intérprete, si se llegase al extremo de tener que hacer un careo entre ese marinero y su capitán.

KENDRICK.— Muy bien, capitán. ¿Algo más?

MARTÍNEZ.— Nada más; muchas gracias, Kendrick.

KENDRICK.— Estoy a su disposición, capitán. (*Sale.*)

(*Mientras Kendrick sale Martínez coge de un cajón de su mesa una botella de aguardiente, toma un sorbo, y la guarda rápidamente.*)

MARTÍNEZ.— (*Alzando la voz.*) ¡Mendofia!

MENDOFIA.— (*Entrando en el acto.*) ¡Mi comandante!

MARTÍNEZ.— ¡Que pase el capitán Hudson!

MENDOFIA.— ¡A sus órdenes, mi comandante! (*Sale y entra en el acto seguido de Hudson.*) Mi comandante, el capitán Hudson.

HUDSON.— Buenas tardes, capitán Martínez.

MARTÍNEZ.— Buenas tardes, capitán Hudson. (*A Mendofia.*) Puede retirarse.

MENDOFIA.— (*En voz baja.*) A sus órdenes, mi comandante. (*Sale.*)

HUDSON.— Vengo a despedirme. Ya le anuncié que...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) Sí, ya recibí su nota, capitán. ¿Necesita algo de mí?

HUDSON.— Sí, sí. Quiero pedirle que, a las cinco y media de la mañana, me remolquen sus lanchas fuera del puerto.

MARTÍNEZ.— Concedido, capitán. Dentro de diez horas mis lanchas le ayudarán a salir del puerto.

HUDSON.— ¡Gracias, capitán!

MARTÍNEZ.— (*Entregándole un sobre abierto que toma de su mesa.*) Tenga usted este informe que he preparado para la Compañía del Comercio Libre de Londres en Macao, donde explico claramente los puntos que defiende mi Gobierno respecto a la navegación por estas costas.

HUDSON.— (*Tomando el sobre.*) ¿Puedo leerlo?

MARTÍNEZ.— Sí, sí. Deseo que lo lea usted, para que mañana, antes de que se haga a la mar, pueda preguntarme cualquier cosa que no entienda; pues tengo el mayor interés en que informe usted complementariamente a la Compañía, de que la Entrada de Nutka, en la que se encuentra este puerto de Santa Cruz, pertenece al Rey de España. Y que toda la costa comprendida...

HUDSON.— (*Interrumpiéndole.*) Ya le he dicho a usted que en Londres y en Macao...

MARTÍNEZ.— (*Cortándole.*) Capitán, no vamos a ...

HUDSON.— (*Insistiendo.*) En Londres y en Macao se piensa que estos puertos pertenecen a Inglaterra, por haberlos descubierto el capitán Cook...

MARTÍNEZ.— (*Interrumpiéndole y con firmeza.*) Capitán, estamos aquí para deshacer errores; y ya le contesté a eso diciéndole que Juan Pérez al mando de la fragata "Santiago", en la que me encontraba yo como segundo piloto, descubrió esta Entrada de Nutka en el mes de agosto del año 1774; tres años y ocho meses antes de que anclase aquí su famoso capitán Cook.

HUDSON.— Pero Cook publicó su descubrimiento y ustedes no...

MARTÍNEZ.— (*Interrumpiéndole.*) El que Cook publicase su supuesto descubrimiento, no avala el que él fuese el primero en llegar aquí...

HUDSON.— Ya veremos qué es lo que opinan las autoridades de mi...

MARTÍNEZ.— (*Con firmeza.*) Nadie tiene que opinar nada. Las cosas son como son. Macuina, el jefe supremo de estas rancherías, recuerda mi llegada, y así se lo manifestó a usted ante testigos.

HUDSON.— Entregaré este informe a mis superiores...

MARTÍNEZ.— Hágalo usted y todos saldremos beneficiados.

HUDSON.— (*Con displicencia.*) No creo que la Compañía se beneficie de nada...

MARTÍNEZ.— (*Alzando la voz.*) Sí, capitán; la Compañía se beneficiará porque tendrá paz, y porque podrá buscar otras costas donde conseguir pieles; y quiero advertirle, por última vez, que estas aguas pertenecen al Rey de España, desde el Cabo de Hornos hasta más allá de la Bahía del Príncipe Guillermo; y toda nave inglesa que se atreva a navegar por ellas será apresada, y su tripulación considerada como presa de guerra.

HUDSON.— (*Con arrogancia.*) Permítame que lo dude, capitán. Nadie puede estar contra todos, todo el tiempo. Ni el Rey de España ni ningún otro. Ya es demasiado tarde para evitar que naves de todas las nacionalidades acudan a esta costa en busca de pieles. (*Pausa.*) Y para demostrárselo le daré a usted un dato, y le señalaré que cuando salí de Macao, hace ya 130 días, se disponían a partir hacia aquí la fragata "King George" y la balandra "Princess Charlotte", ambas inglesas, y además se estaban aparejando un paquebote portugués y un bergantín americano.

MARTÍNEZ.— (*Con ironía.*) ¿Nadie más? (*Pausa.*) Yo, capitán Hudson, le agradezco el dato; pero permítame también que dude de él. (*Pausa.*) Recuerde que cuando usted ancló aquí, le pregunté si le seguían más embarcaciones, y usted me juró, bajo palabra de caballero, que no; que había venido solo. (*Tomando un pliego de su mesa y ojeándolo mientras habla.*) También le pregunté dónde estaban los paquebotes "Cook", "Experiment", "Lark", y la fragata "Prince of Wales"; y usted me respondió que no había oído nunca hablar de ellos...

HUDSON.— (*Interrumpiéndole.*) Y es cierto. No conozco esas naves.

MARTÍNEZ.— (*Mirando el pliego.*) ¡Ya, ya! ¿Tampoco conoce a los capitanes Laurie, Guise, Peters y Colnett?

HUDSON.— (*Con rapidez.*) Tampoco, tampoco les conozco.

MARTÍNEZ.— (*Con ironía.*) Pues es sumamente extraño; ya que según mis informes trabajan para su misma compañía. (*Depositando el pliego sobre su mesa.*)

HUDSON.— Si usted lo dice...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) Sí, lo digo y lo afirmo; porque las noticias que tengo al respecto son de primera mano.

HUDSON.— (*Con ironía.*) ¿También tiene noticias de primera mano sobre los americanos? ¿Por eso no les expulsa del puerto?

MARTÍNEZ.— Capitán; no les expulso del puerto porque están reparando sus averías, y porque son totalmente ajenos al comercio de pieles.

HUDSON.— (*En tono burlón.*) ¿Usted cree eso, capitán?

MARTÍNEZ.— No tengo la más mínima duda. Están dando la vuelta alrededor del mundo, capitán Hudson.

HUDSON.— ¿Sí? ¿Entonces por qué tienen las bodegas llenas de pieles?

MARTÍNEZ.— ¿Llenas de pieles?

HUDSON.— (*Alzando la voz.*) ¡Sí, llenas de pieles! Lo sabe todo el mundo en este puerto...

MARTÍNEZ.— (*Interrumpiéndole.*) Eso no es cierto, capitán. Pues en la fragata "Columbia" hay tan sólo cuarenta y en la balandra "Washington" quince; y para su información le diré que se trata de un regalo que he tenido a bien hacerles, por las muchas atenciones que me han dispensado.

HUDSON.— No son esas mis noticias...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) Debe usted informarse mejor. (*Pausa.*) Los americanos saldrán del puerto tan pronto hayan reparado sus averías y estén en plenas condiciones de hacerse a la mar. (*Pausa.*) Pero dejemos ya esta discusión y dígame si le puedo atender en algo más...

HUDSON.— Sí, capitán; puede usted atenderme en una...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) ¡Dígame usted!

HUDSON.— Entrégueme el marinero que esta mañana ha pedido refugio en esta fragata.

MARTÍNEZ.— ¿Se refiere usted al artillero Robert Cant?

HUDSON.— Sí, a él me refiero.

MARTÍNEZ.— No se lo puedo entregar, capitán. Y no lo puedo hacer porque esa persona ha venido aquí por su voluntad, y sus propios compañeros le han ayudado a traer sus cosas.

HUDSON.— (*Alzando la voz.*) Ese hombre no tenía mi permiso para abandonar la nave y ponerse bajo sus órdenes.

MARTÍNEZ.— No es eso lo que me dijeron él y sus compañeros.

HUDSON.— Ese hombre es un desertor, capitán; y exijo su entrega...

MARTÍNEZ.— (*Interrumpiéndole.*) Y yo le repito que no puedo entregárselo. Está bajo mi custodia y pertenece ya a la dotación de esta fragata. Y, antes de pedirme usted esto, debería haber preguntado a su contra maestre que es uno de los que le ayudó a traer su petate.

HUDSON.— (*Alzando la voz.*) Ya he pedido las explicaciones pertinentes a mis hombres, capitán.

MARTÍNEZ.— (*Con firmeza.*) No se lo entrego, capitán. (*Golpeando repetidamente con la mano el informe que está sobre su mesa.*) Aquí tengo el informe de su confesión; y dice que usted le quiso meter aquí para espiar mis movimientos. Pero tan pronto pisó esta fragata lo confesó todo, y lo único que quiere es olvidarse de usted.

HUDSON.— (*Alzando más la voz.*) ¡Es un desertor y debe usted entregármelo!

MARTÍNEZ.— (*Con aplomo.*) No se lo entregaré, capitán. Es mi última palabra.

HUDSON.— (*Gritando.*) Ese hombre además de desertor es un ladrón. Ha robado de mi cámara una medalla de oro valorada en dos guineas, y la ha ocultado en el forro de su chaleco. (*Pausa y gritando.*) ¡Quiero al ladrón y quiero mi medalla!

MARTÍNEZ.— (*Gritando.*) ¡Kendrick!

KENDRICK.— (*Abriendo la puerta y sin entrar.*) ¡Capitán Martínez!

MARTÍNEZ.— ¡Compruebe lo que dice el capitán Hudson!

(Kendrick desaparece y, de repente, se oirán ruidos de pelea hasta que vuelva a aparecer con un chaleco y una navaja de afeitar en sus manos.)

KENDRICK.— ¡Sí, tiene la medalla, capitán! *(Entrando.)* Se ha intentado suicidar con la navaja de afeitar.

MARTÍNEZ.— *(A Hudson y mascando las palabras.)* Capitán, ha estado a punto de asesinar a un hombre... *(Tomando el chaleco y la navaja que le entrega Kendrick.)*

HUDSON.— *(Gritando.)* Es un ladrón. Quiero que...

MARTÍNEZ.— *(Interrumpiéndole y gritando.)* Usted no puede querer nada. Usted no es digno de mandar hombres. Usted debería estar cuidando cerdos. *(Tirándole el chaleco a los pies y señalándole la puerta.)* Salga en mala hora de este puerto y, desde hoy, jamás olvidaré que antes de acoger a un inglés deberé cerciorarme de que no lleva cosida en su chaleco una traidora medalla de oro.

(Hudson recoge el chaleco del suelo y sale rugiendo. Mientras baja el

Telón.)

ACTO SEGUNDO

Escenario:

(El mismo que en el acto anterior.)

★ ★ ★

(Fecha:— 3 de julio de 1789.

Lugar:— El mismo que en el acto anterior.

Hora:— Las cinco de la tarde.)

★ ★ ★

(Al alzarse el telón don Esteban José Martínez, sentado a su mesa, está terminando de leer un informe de varios pliegos y hace gestos de desaprobación mientras lo corrige. Deja la pluma sobre la mesa y se levanta.)

MARTÍNEZ.— *(Gritando.)* ¡Cañizares!

CAÑIZARES.— *(Entrando en el acto.)* ¡Mi comandante!

MARTÍNEZ.— *(Señalando el informe.)* Esto está muy mal redactado. *(Pausa.)* Hay que poner más atención en lo que se hace.

CAÑIZARES.— *(Azorado.)* Sí, señor; usted dirá...

MARTÍNEZ.— El que yo pida las cosas con urgencia no quiere decir que se tengan que hacer mal. *(Pausa.)* Has tenido tres horas para redactar este informe...

CAÑIZARES.— (*En voz baja.*) Sí, señor...

MARTÍNEZ.— (*Cogiendo el informe.*) Ya sé que no has dormido esta noche; pero yo tampoco lo he hecho y estoy atento a mis obligaciones. (*Mirando el informe.*) Tienes que dejar las florituras de la redacción a un lado y ser más exacto y concreto con los datos. (*Pausa.*) Es precisamente la primera parte, la más sencilla, la que está peor redactada...

CAÑIZARES.— (*En voz baja.*) Sí, señor...

MARTÍNEZ.— No pido mucho. Tan sólo que lo escrito se entienda sin esfuerzo. (*Exhibiendo uno de los pliegos.*) En la primera parte de este pliego lo que se debe resaltar es que ayer, día dos de julio, a las cinco y media de la mañana, salió de este puerto Hudson con su balandra; y que a las ocho de la tarde avistamos el "*Argonaut*" de James Colnett, al que abordamos y metimos en este puerto a la una de la madrugada de hoy.

CAÑIZARES.— Sí, señor.

MARTÍNEZ.— La primera parte de la segunda columna debe quedar redactada, más o menos, así: (*Lee.*) "A las cinco y media de la mañana del día dos de julio expulsé de este puerto a la balandra inglesa "*Princess Royal*". Se trata de una embarcación que la compañía del Comercio Libre de Londres ha destinado a traficar con pieles entre Macao y estos puertos de la Entrada de Nutka. La citada nave arribó aquí el día dieciseis de junio; y habiendo visto que su capitán, Thomas Hudson, creía a ciencia cierta que estas costas pertenecían a Inglaterra, preferí echarle del puerto antes que hacerle prisionero; pero advirtiéndole que, en caso de volverle a ver por estas aguas, sería considerado objetivo de guerra y atacado". (*Pausa.*) "Este mismo día, a las ocho de la tarde, divisamos el paquebote "*Argonaut*", hacia el que me dirigí con mis lanchas; y, una vez abordado, supe que su capitán, James Colnett, era el jefe de Hudson, y que venía a tomar posesión formal de estas costas en nombre de la Corona inglesa." (*Deja de leer y le entrega los pliegos.*) Escríbelo de nuevo recogiendo todas las correcciones que te he señalado y me lo presentas mañana por la mañana perfectamente redactado.

CAÑIZARES.— (*Cogiendo los pliegos.*) ¡Sí, señor!

MARTÍNEZ.— ¿Está Mendofia esperando?

CAÑIZARES.— ¡Sí, mi comandante!

MARTÍNEZ.— Retírate; dile que pase, y espera en la puerta.

CAÑIZARES.— ¡A sus órdenes! (*Sale.*)

(*Mientras sale Cañizares y entra Mendofia, Martínez coge del cajón de su mesa la botella de aguardiente, toma un sorbo y la guarda rápidamente.*)

MENDOFIA.— (*Entrando.*) ¡Mi comandante!

MARTÍNEZ.— ¿Has comprobado definitivamente lo que nos dijo Kendrick al mediodía?

MENDOFIA.— ¡Sí, mi comandante! Es cierto que los indios han cesado en sus protestas por haber echado del puerto al capitán Hudson; y también es verdad que Macuina y su hermano Guagelasapiltz han desahogado de la ranchería.

MARTÍNEZ.— (*Mirando por los ventanales del foro.*) ¿Cuántos indios se disponen a salir de pesca?

MENDOFIA.— Más o menos los mismos de siempre, mi comandante.

MARTÍNEZ.— ¿Entonces tú crees que ha cesado la protesta?

MENDOFIA.— Aparentemente sí, mi comandante.

MARTÍNEZ.— ¿Qué quiere decir eso de "aparentemente"?

MENDOFIA.— Quiero decir "aparentemente", porque faltan algunas canoas de guerra.

MARTÍNEZ.— ¿Cuántas?

MENDOFIA.— No lo sé con exactitud; pero no deben de ser más de tres o cuatro.

MARTÍNEZ.— ¿Entre ellas las de Macuina y Guagelasapiltz?

MENDOFIA.— ¡Sí, mi comandante!

KENDRICK.— (*Dando dos golpes en la puerta y entrando.*) ¡Buenas tardes! (*A Martínez.*) Perdone que me haya retrasado, pero...

MARTÍNEZ.— (*Interrumpiéndole.*) ¡Buenas tardes, Kendrick! No se preocupe, no se preocupe. (*Pausa.*) Mendofia me estaba confirmando que los indios han dejado de protestar por lo de Hudson...

KENDRICK.— Capitán, me he retrasado porque Gray me ha detenido para darme una noticia cuando venía hacia aquí. (*Pausa.*) Me acaba de decir que Janapi, el suegro de Macuina, tampoco está en la ranchería; y que ha estado hablando con Keleken, a quien no ha podido sacar ni una palabra de todo lo que pasa, ya que se ha limitado a contestarle que no sabía a dónde habían ido Macuina y los demás, ni cuándo regresarían a la ranchería...

MARTÍNEZ.— ¡Ya, ya! Ya se está descubriendo Keleken. (*Pausa.*) Le he mandado aviso para que se presente aquí, y todavía le estoy esperando...

KENDRICK.— (*Con rapidez.*) No creo que venga, capitán. La actitud de Keleken y la desaparición de Janapi son indicios definitivos de que trampan algo.

MARTÍNEZ.— Y es evidente que Colnett está detrás de todo esto...

KENDRICK.— Sí, seguro. El cese de las protestas y la desaparición de esos personajes se los debemos a Colnett.

MENDOFIA.— Anoche, cuando vimos a Colnett embarcarse con gran sigilo en su bote e ir a inspeccionar la cabaña de la playa, debió de comunicarse con algún nativo sin que lo pudiésemos advertir...

KENDRICK.— Fue una pena que no se le pudiese seguir más de cerca, pues ahora sabríamos exactamente con quién había hablado...

MARTÍNEZ.— El contraмаestre Pérez no pudo seguirle más de cerca por la playa...

MENDOFIA.— Colnett se habría dado cuenta...

KENDRICK.— Sí, sí...

MARTÍNEZ.— (*Alzando la voz.*) Señores, no sabemos qué es lo que está fraguando Colnett; y al decirles esto me estoy refiriendo también a otra

sorpresa. (*Pausa.*) A las tres en punto, cuando ustedes estaban en tierra, recibí una nota de Colnett, en la que me pedía que le prestase mis lanchas para remolcarle fuera del puerto tan pronto como fuese posible.

MENDOFIA.— (*Con rapidez.*) ¿Cómo? ¿Se quiere ir?

KENDRICK.— (*Sorprendido.*) ¿Tan pronto? Pero si acaba de llegar...

MARTÍNEZ.— (*Alzando la voz.*) Pues ya ven ustedes; no quiere estar aquí ni un solo día. (*Pausa y con ironía.*) Parece que todos quieren desaparecer de repente...

KENDRICK.— Sí, capitán; eso parece. Todos se quieren quitar de en medio...

MENDOFIA.— ¿Qué piensa hacer usted, comandante?

MARTÍNEZ.— Pues, sencillamente, tratar de no perder de vista a mis enemigos; y romper la maquinación que se traen entre manos. (*Pausa.*) No voy a dejar salir a Colnett del puerto, y así se lo hice saber mandándole una nota por su propio mensajero.

MENDOFIA.— Montará en cólera...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez y asintiendo con la cabeza.*) Sí, montará en cólera y vendrá a pedirme explicaciones. (*A Mendofia.*) Y tú, tan pronto como haya entrado en esta cámara, avisas a Cañizares para que se sitúe en el combés dispuesto a recibir órdenes. (*Pausa.*) Manda que todos los hombres disponibles ocupen sus puestos, y a ti te quiero de guardia en la antecámara.

MENDOFIA.— ¡Sí, mi comandante!

MARTÍNEZ.— Da también orden de que avisen a López de Haro, para que se presente aquí "de muestra". ¡Puedes retirarte!

MENDOFIA.— ¡A sus órdenes, mi comandante! (*Sale.*)

MARTÍNEZ.— Le he mandado llamar tan pronto he recibido la nota de Colnett, porque pienso que al negarle la salida del puerto va a tratar de forzar la situación, y quiero que usted sea testigo de los pasos que voy a

dar; ya que debo tener muy en cuenta que el paquebote de Colnett tiene pabellón inglés.

KENDRICK.— Cuente conmigo, capitán. ¿Le ha comunicado los supuestos motivos por los que desea salir de aquí tan precipitadamente?

MARTÍNEZ.— No, no; no me ha comunicado nada. Tan sólo que le preste mis lanchas para que lo remolquen hasta la boca del puerto.

KENDRICK.— Ya...

MARTÍNEZ.— En cuanto a los motivos que pueda tener para querer irse tan súbitamente, son los que usted se puede imaginar; por una parte sabemos que vio a Hudson salir de aquí hace pocas horas, y es posible que le quiera alcanzar; y por otra, es probable que se quiera reunir con él en algún lugar convenido de antemano. En ambos casos la finalidad que persigue es la misma: unir sus fuerzas a las de Hudson. (*Pausa.*) Ahora, yo me pregunto, ¿para qué?; ¿para qué quiere unir sus fuerzas a las de Hudson? (*Pausa.*) ¿Para atacarme?

KENDRICK.— No, no; eso no es posible...

MARTÍNEZ.— Eso mismo pienso yo, Kendrick. No es posible que intente...

KENDRICK.— Capitán, la balandra y el paquebote ingleses no están perrechados para el combate...

MARTÍNEZ.— Ni para el combate, ni para nada. Su estado de conservación es tan lamentable que es casi un milagro el que hayan atravesado el Pacífico.

KENDRICK.— Necesitan refuerzos para llevar a cabo cualquier intento de...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) Exactamente, Kendrick; necesitan refuerzos. Ahí es a donde yo quería ir a parar; a que necesitan refuerzos. ¿Y dónde pueden obtener esos refuerzos...?

KENDRICK.— Quizá esperen poder reforzarse con otras naves procedentes de Macao...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez y alzando la voz.*) De Macao o de donde sea. Y cuando digo "de donde sea" estoy pensando en este puerto, y cuando pienso en este puerto, pienso en la repentina desaparición de Macuina y hasta en una posible y rebuscada "neutralidad" de López de Haro. (*Pausa.*) Por eso le leeré la cartilla a este personaje, espíaré a Macuina y apresaré a Colnett. Tengo que parar esta confabulación y para ello debo evitar que entren en contacto los conspiradores y unan sus fuerzas.

KENDRICK.— Tiene usted razón. Hay que evitar que unan sus fuerzas...

MARTÍNEZ.— Eso es lo que pretendo al apresar a Colnett; ya que si Hudson está esperando a su jefe, tendrá que volver aquí si quiere reunirse con él...

KENDRICK.— Y hasta es posible que Macuina no dé la cara hasta que no vea a Colnett y a Hudson juntos en este puerto...

MARTÍNEZ.— Exactamente, Kendrick; eso es lo que pienso...

PADRE LÓPEZ.— (*Asomando la cabeza por la puerta.*) ¿Puedo pasar, señores?

MARTÍNEZ.— ¡Pase usted, padre, pase!

PADRE LÓPEZ.— (*Entrando con su maletín y seguido de Yukua.*) ¡Comandante; capitán Kendrick!

KENDRICK.— (*Con leve inclinación de cabeza.*) ¡Padre López! ¡Yukua!

PADRE LÓPEZ.— Perdonen que les interrumpa, pero hace unos minutos hemos hablado Yukua y yo con el hijo de Janapi, y nos ha dicho que su padre y Macuina se habían ido a Thasis para preparar el asentamiento donde pasarán el otoño y el invierno. (*Depositando su maletín en la mesa de Martínez.*)

KENDRICK.— (*Sorprendido.*) ¿A Thasis el día tres de julio? ¿Keeshshucnok ha dicho eso...?

PADRE LÓPEZ.— Sí; y que él mismo se iba en ese momento para allí...

MARTÍNEZ.—(*A Kendrick.*) ¿Pero no suelen ir a inspeccionar esa zona la última semana de agosto?

KENDRICK.— Efectivamente, capitán; sobre esas fechas inspeccionan la zona, y a mediados de septiembre se instalan allí para pasar el otoño y el invierno.

MARTÍNEZ.— (*Gritando.*) ¡Cañizares!

CAÑIZARES.—(*Entrando en el acto.*) ¡Mi comandante!

MARTÍNEZ.— Que cuatro hombres armados vayan a tierra y cuenten las canoas de guerra que faltan en la rancharía; y que comprueben también si Keleken y el hijo de Janapi están allí.

CAÑIZARES.— ¡A sus órdenes, mi comandante! (*Pausa.*) López de Haro está esperando hablar con usted.

MARTÍNEZ.— ¡Que espere, que espere! ¡Rápido! ¡Muévete!

CAÑIZARES.— ¡A sus órdenes! (*Sale rápidamente.*)

MARTÍNEZ.— Kendrick, en vista de las circunstancias, esta misma noche voy a mandar dos hombres por tierra para que inspeccionen la costa desde aquí hasta Thasis. ¿Puede usted mandar otros dos para que la reconozcan en sentido contrario...?

KENDRICK.—¿Hasta la Punta de Macuina...?

MARTÍNEZ.— ¡Sí, hasta la Punta de Macuina!

KENDRICK.— Cuento con ello, capitán. ¿Cuándo quiere que salgan?

MARTÍNEZ.— Quiero que salgan tan pronto haya anochecido. ¿Puede usted cursar ya la orden?

KENDRICK.— Sí, naturalmente. En este mismo momento aviso a mi ordenanza, para que se lo diga a Gray. Vuelvo en seguida, capitán. (*Sale.*)

(*Tan pronto ha salido Kendrick, Martínez va rápidamente a su mesa y saca del cajón una bolsita de cuero llena de piedras.*)

MARTÍNEZ.— (*Entregando la bolsita al padre López.*) Hay que dejar en el cedro convenido con Guicananish esta bolsa con treinta piedras.

PADRE LÓPEZ.— (*Cogiendo la bolsita.*) ¡Treinta piedras! ¿Pero de dónde vamos a sacar treinta vasijas de cobre?

MARTÍNEZ.— Guicananish no se mueve por menos precio, padre.

PADRE LÓPEZ.— ¿Pero dónde vamos a guardar la pólvora...?

MARTÍNEZ.— No se preocupe, padre. En el paquebote de Colnett hay muchas vasijas y la pólvora no la necesita para nada. (*Mirando a Yukua que acaba de tirar con disimulo una pulsera al agua.*) Vigile a esa joven con muchísimo cuidado, pues en este preciso momento acaba de "perder" otra de sus pulseras.

PADRE LÓPEZ.— (*Bajando la voz.*) No me extraña, comandante; hoy la veo muy nerviosa. Me ha dicho que no ha visto a un familiar suyo en la ranchería...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) ¿Un familiar? ¿Qué familiar?

PADRE LÓPEZ.— No lo sé, comandante, no me lo ha querido decir.

MARTÍNEZ.— Pues pregúnteselo; pregúnteselo mil veces y de mil maneras; pero es necesario que sepamos quien es esa joven y de quien recibe las órdenes para hacer lo que hace...

PADRE LÓPEZ.— Lo estoy haciendo, comandante, lo estoy haciendo...

MARTÍNEZ.— Pues a ver si es verdad, padre; y podemos enterarnos de una vez...

PADRE LÓPEZ.— Confíe en mí, comandante, confíe en mí. (*Pausa.*) Y ahora dígame exactamente de cual de los cedros se trata...

MARTÍNEZ.— (*Señalando hacia la costa.*) Es el segundo, el que está inclinado hacia la derecha.

PADRE LÓPEZ.— El segundo, ¿el que está a unas doscientas varas de aquí?

MARTÍNEZ.— Sí, padre; el que está a doscientas varas de aquí.

PADRE LÓPEZ.— Está bien, comandante; pondré la bolsa en su base y que Dios nos atienda. (*Alzando la voz.*) ¡Vamos Yukua! (*Cogiendo su maletín.*)

MARTÍNEZ.— (*Deteniéndole.*) Perdón, padre; deje aquí su maletín. Tengo que recibir unas visitas muy molestas...

PADRE LÓPEZ.— (*Depositando el maletín sobre la mesa.*) ¡Ah!, sí, comandante; pero sea prudente, por favor...

MARTÍNEZ.— No se preocupe, padre; y dígale a López de Haro que pase.

PADRE LÓPEZ.— Sea prudente...(*Sale seguido de Yukua.*)

(*Tan pronto han salido el padre López y Yukua, Martínez guarda su pistola en un cajón de su mesa, abre el maletín y lo coloca en el lado derecho de la mesa.*)

LÓPEZ DE HARO.— (*Entrando.*) ¡Mi comandante!

MARTÍNEZ.— ¡Primer piloto!

LÓPEZ DE HARO.— Me ha comunicado Mendofia que me presente a usted.

MARTÍNEZ.— Efectivamente, di esa orden al piloto Mendofia. (*Pausa.*) El capitán Colnett llegará aquí de un momento a otro, y he decidido que, desde este instante y hasta que el capitán inglés abandone la nave, se acomode usted en mi antecámara.

LÓPEZ DE HARO.— ¿En la antecámara...?

MARTÍNEZ.— (*Alzando la voz.*) ¡Sí, en la antecámara! (*Señalando.*) ¡Detrás de esa puerta! Quiero que sea usted testigo de los pasos que voy a dar. (*Pausa.*) Y por nada del mundo abandonará usted esta nave sin que antes le haya dado yo, expresamente, mi permiso.

LÓPEZ DE HARO.— (*En voz baja.*) Pero, comandante...

MARTÍNEZ.— (*Señalando la puerta y alzando más la voz.*) ¡Retírese!

LÓPEZ DE HARO.— ¡A sus órdenes, mi comandante! (*Al salir casi se tropieza con Kendrick.*)

KENDRICK.— ¡Primer piloto!

LÓPEZ DE HARO.— ¡Capitán!

KENDRICK.— (*A Martínez.*) Todo estará dispuesto para esta noche, capitán. He ordenado que lleven víveres para cuatro días.

MARTÍNEZ.— ¡Muchas gracias, Kendrick!

KENDRICK.— No tiene importancia, capitán. (*Pausa.*) Colnett y dos de sus oficiales acaban de subir a bordo...

MARTÍNEZ.— No ha tardado mucho, ¿eh? (*Alzando la voz.*) ¡Mendofia!

MENDOFIA.— (*Entrando en el acto.*) ¡Señor!

MARTÍNEZ.— Mendofia, elije dos hombres de la máxima confianza y da orden de que se les prepare el equipo completo para realizar un servicio de monte de seis días. (*Pausa.*) Les pasaré revista dentro de dos horas.

MENDOFIA.— ¡A sus órdenes, mi comandante! A las siete en punto estarán dispuestos. (*Pausa.*) El capitán Colnett ha llegado ya y le están atendiendo...

MARTÍNEZ.— Ya, ya lo sé. Dile que le recibiré dentro de unos minutos...

MENDOFIA.— ¡Sí, señor! (*Sale.*)

MARTÍNEZ.— Kendrick, quiero insistir en que le quedo muy agradecido...

KENDRICK.— (*Interrumpiéndole.*) Y yo, querido amigo, le repetiré una vez más que sus compatriotas me ayudaron muchas veces en La Habana...

MARTÍNEZ.— De bien nacidos es ser agradecidos; y usted...

KENDRICK.— (*Con rapidez.*) Y además ha aceptado usted a mi hijo en su fragata como uno más de sus pilotos...

MARTÍNEZ.— Eso lo he hecho con sumo placer al ser su hijo católico y romano.

KENDRICK.— Pues con eso ya me ha pagado todo lo que yo pueda hacer por usted...

MARTÍNEZ.— Es posible que le haya pagado a usted, Kendrick; pero sus hombres querrán obtener un beneficio de esta situación, y es mi deseo que cuando salgan sus naves de este puerto lo hagan con la suficiente cantidad de pieles, para que tanto sus armadores como sus hombres queden satisfechos de la ayuda que usted me está proporcionando.

KENDRICK.— Se lo agradezco por ellos, capitán...

MARTÍNEZ.— Muy bien, Kendrick. Gracias otra vez. ¿Le parece que recibamos ya a Colnett?

KENDRICK.— Cuando usted guste, capitán.

MARTÍNEZ.— Muy bien. (*Alzando la voz.*) ¡Cañizares!

CAÑIZARES.— (*Entrando en el acto.*) ¡Señor!

MARTÍNEZ.— ¡Comunica al capitán Colnett que puede pasar!

CAÑIZARES.— ¡A sus órdenes, mi comandante! (*Sale.*)

MARTÍNEZ.— Usted se sentará en esa silla y no intervendrá a menos que sea necesario

KENDRICK.— Muy bien, capitán...

CAÑIZARES.— (*Entrando seguido de Colnett.*) ¡Mi comandante, el capitán Colnett!

MARTÍNEZ.— (*Leve inclinación de cabeza.*) ¡Capitán Colnett! (*Pausa y a Cañizares.*) ¡Retírese!

CAÑIZARES.— ¡A sus órdenes, mi comandante! (*Sale.*)

COLNETT.— (*Con leve inclinación de cabeza.*) ¡Capitán Martínez! ¡Capitán Kendrick!

KENDRICK.— ¡Capitán Colnett!

MARTÍNEZ.— (*Señalando las dos sillas.*) Por favor, tomen asiento...

COLNETT.— Capitán, voy a ser breve y prefiero estar de pie...

MARTÍNEZ.— (*Mientras se sienta Kendrick.*) Como usted guste, capitán...

COLNETT.— Capitán, a las tres en punto de esta tarde le pasé a usted una nota pidiéndole que me ayudase con sus lanchas a salir de este puerto...

MARTÍNEZ.— (*Asintiendo con la cabeza.*) Así es, en efecto...

COLNETT.—Y usted me contestó por escrito que no me permitiría salir de aquí, si antes no le mostraba mi pasaporte, instrucciones y las pólizas de mi cargamento.

MARTÍNEZ.— (*Asintiendo con la cabeza.*) Así es, en efecto...

COLNETT.— Quiero recordarle, capitán, que cuando usted subió esta pasada noche a bordo del "*Argonaut*", le contesté a todas las preguntas que quiso formularme; y aquí está presente el capitán Kendrick que puede confirmarlo. (*Pausa.*) ¿Puedo saber qué es lo que pretende ahora al pedirme esos documentos...?

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) Un momento, capitán; no mezcle usted las cosas. El que esta pasada noche contestase a mis preguntas, no tiene nada que ver con lo que ahora estamos tratando; ya que debe tener usted en cuenta que esta mañana, a las once en punto, le mandé recado por el cabo Castillo, para que me presentase su pasaporte, instrucciones y las pólizas de su cargamento; y usted vino inmediatamente a decirme que no me podía mostrar esos documentos por tener todos los baúles de su cámara revueltos...

COLNETT.— Eso es justamente lo que le dije...

MARTÍNEZ.— (*Con brusquedad.*) Perdón, capitán; déjeme continuar. (*Pausa.*) Cuando usted me dijo que no tenía los documentos a mano, yo le contesté que no se preocupase, que no tenía prisa y, al mismo tiempo, le invitaba a que dejase caer su ancla; cosa que todavía no había hecho...

COLNETT.— ¡Por favor capitán; conteste a mi pregunta...!

MARTÍNEZ.— (*Con cortante sequedad.*) A eso voy, capitán, a eso voy. (*Pausa.*) Lo que pretendo con esta petición es simple y llanamente cumplir las órdenes que se me han dado, y comprobar si lo que usted me dijo, de que venía como gobernador de estos puertos de la Entrada de Nutka, consta en sus *Instrucciones* y de qué manera consta; pues, además de como gobernador, usted me dijo que venía a construir una factoría para la Compañía del Comercio Libre de Londres, y a fortificar estos puertos por orden de la Corona inglesa, con el fin de impedir a otras naciones el comercio de pieles.

COLNETT.— Eso es lo que le dije y me reafirmo en...

MARTÍNEZ.— (*Interrumpiéndole.*) No me entiende, o no me quiere entender, capitán. Usted me dijo que me mostraría su documentación y ahora no quiere mostrármela. Y el que yo examine sus...

COLNETT.— (*Con rapidez.*) No le presento mi documentación, capitán, porque yo estoy aquí de paso...

MARTÍNEZ.— (*Con calma contenida.*) Y yo le contesto a usted, capitán; que el que yo examine sus *Instrucciones*, y tome nota literal de ellas, es absolutamente necesario para que disponga si usted puede salir de este puerto o no; pues como representante de Su Majestad Católica, que es a quien pertenece la costa del Pacífico desde el Cabo de Hornos hasta más allá de la Bahía del Príncipe Guillermo...

COLNETT.— (*Interrumpiéndole.*) Capitán, quiero aclararle que cuando le dije a usted que le presentaría mi documentación, lo decía pensando en que tendría que quedarme en este puerto algún tiempo para reparar averías; pero habiendo comprobado que no me es imprescindible atracar aquí para solucionar mis problemas, he decidido continuar mi viaje...

MARTÍNEZ.— Demasiado tarde, capitán; pues el que usted iba a continuar su viaje me lo debía haber dicho anoche, cuando le remolqué a este puerto; pero usted, muy al contrario, se dedicó a discutir mis razones y entró aquí diciendo que iba a construir una factoría para el comercio de pieles; porque estas costas pertenecían a Inglaterra al haber sido descubiertas por el capitán Cook.

COLNETT.— Eso no lo digo sólo yo; lo dice todo el mundo. El capitán Cook descubrió esta Entrada de Nutka en 1778.

MARTÍNEZ.— (*Con aspereza.*) Y yo le vuelvo a repetir que fue el alférez graduado don Juan Pérez quien, al mando de la fragata "Santiago", descubrió estos parajes en el mes de agosto del año 1774; es decir, tres años y ocho meses antes que pisase estas tierras su célebre capitán Cook; y esto puedo afirmarlo con total seguridad, por hallarme yo, como segundo piloto, a bordo de la "Santiago".

COLNETT.— Nadie tiene noticias de tal descubrimiento...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) Las noticias las tienen el Departamento Marítimo de San Blas, el Virrey de Nueva España y su Majestad Católica...

COLNETT.— Insisto en que no hay noticia impresa de tal acontecimiento.

MARTÍNEZ.— No tiene por qué haberla. Toda la costa americana del Pacífico es española.

COLNETT.— Cook publicó su descubrimiento en 1784, y ustedes no dijeron nada...

MARTÍNEZ.— (*Interrumpiéndole y señalando la biblioteca.*) Capitán, conozco el libro de Cook; ahí están los volúmenes de la edición francesa de 1785... En cuanto a las noticias, si bien es cierto que no las hay impresas, sí las hay escritas, como se puede comprobar en mi diario de navegación y en el del alférez graduado don Juan Pérez. (*Pausa.*) Además hay un testigo de excepción de mi estancia aquí en 1774, y éste no es otro que Macuina, quien entonces tenía poco más de quince años y al entrar en este puerto, el cinco de mayo de este año, me reconoció delante de los capitanes Kendrick y Gray.

KENDRICK.— Es cierto, capitán Colnett.

MARTÍNEZ.— (*Cogiendo un documento de su mesa y examinándolo mientras habla.*) Además tengo que hacerle dos precisiones sobre su capitán Cook: la primera es que, en el folio 32 de su tomo primero, el Almirantazgo le previene terminantemente que no toque en parte alguna de los dominios españoles situados en las costas occidentales de América, a menos de ser arrojado a ellas por accidentes inevitables, y guardándose siempre mucho de dar el menor motivo de queja a los vasallos de Su Majestad Católica...

COLNETT.— Todo esto tendrán que juzgarlo...

MARTÍNEZ.— (*Interrumpiéndole con irritación.*) Capitán, déjeme terminar. (*Pausa y mirando el documento.*) Y la segunda precisión es sobre lo que se apunta en el capítulo primero, libro cuarto, folio 45; en donde dice que encontró dos cucharas de plata. Esas cucharas me fueron robadas a mí por los indios; extremo éste que también confirmó Macuina delante de los capitanes Kendrick y Gray, diciendo que el nativo que me las robó había muerto ya.

KENDRICK.— Es cierto, capitán Colnett.

MARTÍNEZ.— Con esto quiero decirle, capitán Colnett, que yo estuve aquí en 1774; y también que el capitán James Cook tenía órdenes expresas del Almirantazgo de no tomar posesión de ningún paraje perteneciente al Rey de España.

COLNETT.— (*Con calma contenida.*) Eso depende de qué es lo que se considere como dominios del Rey de España; y en lo que se refiere a las cucharas, Cook dijo que podían proceder de la Bahía de Hudson...

MARTÍNEZ.— Las cucharas no pueden proceder de la Bahía de Hudson, capitán; a no ser que el famoso paso del Noroeste se encuentre cerca de aquí...

COLNETT.— Es posible...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) Es posible, pero aún no se ha encontrado...

COLNETT.— Esta discusión no conduce a ningún lado, capitán. Todo lo que usted me dice debe ser estudiado por las autoridades competentes; pues queda claro que Cook descubrió la Entrada de Nutka en 1778 y así consta en su obra; y ni él ni nadie tenía idea de que ustedes pudieran haber llegado antes aquí...

MARTÍNEZ.— (*Con brusquedad.*) Veo, capitán, que trata de dar vueltas y vueltas a un asunto que está zanjado a simple vista. Pero como usted dice que Cook no sabía que estas costas pertenecían a Su Majestad Católica, voy a hacerle a usted algunas observaciones; porque no quiero aparecer como una persona que no conoce sus obligaciones. En lo que se refiere al tercer viaje de Cook, que es el que nos interesa, se nos quiso hacer ver que se realizó para llevar a su tierra a Omai, un tahitiano recogido en el viaje anterior y que había hecho las delicias de la sociedad londinense como si fuese la encarnación del buen salvaje, y también para buscar en la cos-

ta septentrional el paso del Noroeste, gratificando con veinte mil libras al inglés que navegase por sus aguas la primera vez. (*Pausa.*) Tanto una razón como otra no parecieron en aquellos momentos, al Gobierno de su Majestad Católica, justificación suficiente para que se montase una expedición como aquella...

COLNETT.— ¿Le parece poco motivo el intentar descubrir el paso del Noroeste...?

MARTÍNEZ.— (*Alzando la voz.*) Sí, capitán; en aquellos momentos a la Corona española esos motivos le parecieron insuficientes. Porque bajo el toque exótico de Omai y bajo ese premio de veinte mil libras, tan acorde con el gusto inglés por las apuestas, la Corte inglesa estaba preocupada por otras cosas. ¿Cuáles? (*Pausa.*) Pues por la actividad española en la costa del Pacífico, fundando misiones y construyendo fuertes; y, sobre todo, inquietaban al Almirantazgo las expediciones marítimas de Juan Pérez, Heceta, Bodega y Mourelle. Hay poderosas razones para suponer que Cook tenía órdenes de señalar con toda la precisión posible los efectivos militares españoles en esta costa. (*Pausa.*) Y nosotros, naturalmente, teníamos órdenes de obstaculizar sus planes, e incluso atacarle, si infringía las normas de buena conducta establecidas entre dos naciones amigas.

COLNETT.— ¿Atacar a Cook?

MARTÍNEZ.— (*Alzando la voz.*) ¡Sí, atacar a Cook, capitán!

COLNETT.— Pero eso hubiese sido una agresión...

MARTÍNEZ.— Le he dicho que para que eso fuera posible se deberían dar las circunstancias...

COLNETT.— Pero si Cook no conocía los límites de la presencia española en estas costas, no podía ser atacado a causa de su ignorancia...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) La ignorancia no exime de los cumplimientos...

COLNETT.— (*Interrumpiéndole.*) La ignorancia no será un eximente, pero quien se aprovecha de ella muestra su mala fe.

MARTÍNEZ.— (*Encoraginándose.*) No, no capitán. La mala fe la mostró el Almirantazgo enviando a Cook a estas costas sabiendo que pertenecían

a Su Majestad Católica; y la mala fe la muestra usted ahora rechazando hechos evidentes y palpables porque son contrarios a sus intereses. (*Pausa y mirando el documento.*) Y como usted insiste en que Cook no sabía nada de la actividad española en estas costas, debo señalarle que eso no responde a la verdad, y no responde a la verdad porque mi Gobierno no puede creer que el Almirantazgo, y por lo tanto Cook, estén tan mal informados sobre las costas del Pacífico como se muestra en el *Annual Reporter* de julio de 1776 y en otros folletos de esas fechas; y no lo cree mi Gobierno porque sabe que Cook conocía al menos el diario de Mourelle de 1775, el cual ustedes mismos tradujeron y publicaron en 1781...

COLNETT.— Capitán, nos estamos alejando del tema...

MARTÍNEZ.— (*Con energía.*) No, no capitán; no me alejo del tema. Estoy rebatiendo sus errores para que reluzca la verdad. (*Pausa.*) Como usted comprenderá, si Cook ensalzó estos lugares como ideales para comerciar con Asia, nosotros también les hemos asignado dos funciones primordiales: la primera como defensa de los puertos de California, y la segunda como punto de vigilancia del posible paso del Noroeste, que se supone podría estar situado en...

COLNETT.— (*Interrumpiéndole.*) Cese ya esta discusión, capitán; y dejemos en manos de las autoridades competentes esta cuestión. Pues además de todo lo dicho, debo comunicarle que la Compañía del Comercio Libre de Londres, que yo represento, ha adquirido de los portugueses el derecho que tienen sobre estos parajes, al haber sido descubiertos por el almirante don Bartolomé Fonte...

MARTÍNEZ.— (*Con brusquedad.*) ¡Un momento, capitán! Esta discusión no va a terminar hasta que queden errores por aclarar, y menos va a cesar ahora que acaba usted de sumergirse en uno nuevo. (*Pausa.*) Mire usted, capitán; de la expedición de Fonte no se ha encontrado la relación oficial; ni tan siquiera se ha probado que se llevase a cabo, e incluso no se ha podido demostrar la existencia real de ese supuesto almirante...

COLNETT.— Esta es otra de las cuestiones que tienen que dilucidar las autoridades...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) Esta es una cuestión que no tiene apoyo en ningún documento serio...

COLNETT.— Para usted lo escrito no tiene nunca valor...

MARTÍNEZ.— No, si lo escrito no se ajusta a los hechos. ¡Yo me atengo a los hechos!

COLNETT.— Ya que usted dice que se atiene a los hechos, debo preguntarle si tiene para usted algún valor el hecho de que el capitán Meares, fundador de la Compañía, construyese aquí, en 1788, una casa de dos pisos...

MARTÍNEZ.— (*Con aplomo.*) Capitán, vuelve usted a equivocarse. (*Pausa.*) Debe usted precisar más los datos y decir que su jefe, el capitán Meares, por indicación de su socio portugués, el señor Carvalho de Macao, construyó aquí un cobertizo sin permiso de mi Gobierno.

COLNETT.— El capitán Meares construyó una casa de dos pisos, en un lugar totalmente deshabitado...

MARTÍNEZ.— (*Con aspereza.*) Deshabitado, pero perteneciente a España. (*Pausa.*) Y en cuanto que construyó una casa, eso es mucho decir, capitán. Hay que tener más sentido de la proporción y puntualizar que lo que levantó fue un cobertizo para reparar sus toneles; y además hay que añadir que cuando los marineros de la Compañía se fueron a invernar a las Sandwich se llevaron las vigas del cobertizo, y la techumbre se la regalaron al capitán Kendrick para leña.

KENDRICK.— (*A Colnett.*) Eso es cierto, capitán.

MARTÍNEZ.— Construyó un cobertizo y sus propios hombres lo destruyeron. No construyó una casa con la intención de permanecer en ella como usted pretende dar a entender. Para mí lo que hizo Meares no tiene ningún valor, ya que se limitó a invadir los dominios del Rey de España y a abandonarlos después. Los hechos son los hechos; y cuando yo llegué a esta Entrada de Nutka, el cinco de mayo de este año, no encontré a Meares, ni a sus hombres, ni su cobertizo. Estos son los hechos, capitán.

COLNETT.— Cada uno hace con lo suyo lo que le viene en gana. Si destruyeron la casa fue porque necesitaban las vigas para...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) No me lo cuente, capitán; no me interesan los motivos...

COLNETT.— (*Interrumpiéndole.*) ¿Cómo que no le interesan los motivos? ¡La presencia de Meares en la Entrada de Nutka es fundamental para las aspiraciones de Inglaterra y de la Compañía sobre estos puertos...

MARTÍNEZ.— (*Con irritación.*) Capitán, no insista más en sus equivocaciones. Ni Cook tenía derecho alguno para desembarcar aquí, ni la Compañía tenía poderes para tomar posesión de estos parajes...

COLNETT.— Está usted faltando al respeto a la Corona inglesa...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) No, capitán, no estoy faltando al respeto a la Corona inglesa. No trate de confundir las cosas; lo que le he dicho y le repito es que aquí, en la Entrada de Nutka y en sus puertos, no tienen nada que hacer la Corona inglesa ni la Compañía de Meares y Carvalho, llamada ahora pomposamente Compañía del Comercio Libre de Londres.

COLNETT.— Está usted insultando a la Corona inglesa y a la Compañía...

MARTÍNEZ.— (*Con aplomo y alzando la voz.*) No, capitán, no. Yo no estoy insultando a la Corona inglesa. Usted lo que quiere es confundir las cosas. Y no estoy insultando a la Corona inglesa, porque le repito que la Corona inglesa no tiene que ver en nada de lo que estamos aquí tratando; y en lo que se refiere a la Compañía, a la cual usted pertenece, permítame señalarle que en el momento en que Meares arribó a esta Entrada de Nutka, sus naves enarbolaban el pabellón portugués, para eludir los elevados derechos aduaneros chinos, de los que los portugueses estaban exentos. Y por este motivo me voy a permitir preguntarle a usted lo siguiente: ¿En nombre de quién tomó posesión de estas costas Meares?; ¿lo hizo como portugués por ser socio de una compañía nominalmente portuguesa?; ¿o lo hizo como un particular inglés? (*Pausa.*) Tanto si lo hizo de una como de otra manera, nada tiene que ver la Corona inglesa. ¡Vamos, dígame, capitán!

COLNETT.— El capitán Meares es inglés, y el que navegase bajo otro pabellón...

MARTÍNEZ.— (*Con cortante sequedad.*) No siga, capitán, no siga. Me va a decir que tomó posesión de estos parajes como oficial inglés y en nombre de Inglaterra; y naturalmente yo debo contestarle a usted que el capitán Meares obró delictivamente, ya que las naciones, y más si son amigas, se deben a los tratados internacionales; y como pare-

ce que él no los conocía yo se los voy a refrescar a usted. (*Pausa y mirando al documento.*) El tratado de Utrecht, capitán, sentó los derechos de los españoles sobre el Noroeste, ya que reconoce en su artículo octavo que la navegación y comercio de las Indias Occidentales, pertenecientes a España, deberían subsistir en los mismos términos en que se hallaban en tiempos del Rey Católico Carlos II; y existían límites precisos en la época de este Rey; y singularmente la Real Cédula de 25 de Noviembre de 1692, en la que se ordenaba secuestrar los buques extranjeros que se hallasen en aquellos parajes que estuviesen dentro de los límites a los que España no hubiese renunciado expresamente...

COLNETT.— (*Interrumpiéndole.*) Pero, capitán, se está usted refiriendo a circunstancias tan lejanas como olvidadas. (*Pausa.*) El tratado de París de 1763, que puso fin a la Guerra de los Siete Años, significó la liquidación del espíritu de Utrecht y la...

MARTÍNEZ.— (*Con brusquedad.*) Me estoy refiriendo a los tratados internacionales que ustedes quieren ignorar; y si quiere que le cite otras disposiciones más recientes de mi Gobierno, le mencionaré la Real Orden de 18 de octubre de 1776, en la que se establece que serán detenidos, apresados y procesados los buques extranjeros que arriben a los puertos españoles de los mares del Sur.

COLNETT.— Esa Real Orden no tiene nada que ver con los tratados internacionales...

MARTÍNEZ.— (*Alzando la voz.*) Pues la voy a cumplir, capitán. (*Tirando con violencia el informe sobre su mesa.*)

COLNETT.— (*Alzando la voz.*) ¡No se atreverá! (*Golpeando con su mano izquierda la empuñadura de su sable.*)

MARTÍNEZ.— (*Con autoridad.*) ¡Sí me atreveré, capitán! ¡Si no me muestra usted sus *Instrucciones* le detendré!

COLNETT.— (*Desafiante.*) ¿Detenerme? ¡Inténtelo! (*Poniendo la mano derecha sobre la empuñadura de su sable.*)

MARTÍNEZ.— (*Apoyando su mano derecha en el maletín del Padre López.*) ¡En nombre del Gobierno de Su Majestad Católica queda usted detenido, capitán!

COLNETT.— (*Con bravuconería.*) ¿Yo, detenido? ¿Detenido? ¡Yo salgo ahora mismo de este puerto, lo quiera usted o no! (*Va hacia los ventanales del foro y grita.*) ¡Corten los cables de amarre!

MARTÍNEZ.— (*Con la mano dentro del maletín y con voz cortante.*) ¡Alto, capitán! ¡No se mueva! Si intenta salir de esta cámara le destrozo la cabeza de un balazo y después paseo su cadáver colgado del bauprés de esta nave. (*Pausa.*) Cortar los cables, que mantenían amarrado el "Argonaut" a la "Columbia" y a esta fragata, es un acto hostil que debe ser respondido con toda la contundencia posible.

MENDOFIA.— (*Abriendo violentamente la puerta y quedándose en posición de "firmes" bajo el dintel.*) ¡Señor, el "Argonaut" ha cortado los cables de amarre!

MARTÍNEZ.— (*A Colnett.*) ¡Entrégueme su sable, capitán!

COLNETT.— ¡Nunca! ¡Antes preferiría no haber nacido!

MARTÍNEZ.— (*A Mendofia.*) ¡Atención del cabestrante!

MENDOFIA.— (*Gritando.*) ¡Atención del cabestrante!

VOZ EN OFF.— ¡Sí, señor!

MARTÍNEZ.— (*A Mendofia.*) ¡Leven anclas!

MENDOFIA.— (*Gritando.*) ¡Leven anclas!

VOZ EN OFF.— ¡Levando anclas, señor!

MARTÍNEZ.— (*A Mendofia.*) ¡Lanchas preparadas!

MENDOFIA.— (*Gritando.*) ¡Lanchas preparadas!

VOZ EN OFF.— ¡Lanchas preparadas, señor!

MARTÍNEZ.— (*A Mendofia.*) ¡Cíen la nave!

MENDOFIA.— (*Gritando.*) ¡Cíen la nave!

VOZ EN OFF.— ¡Nave ciando, señor!

MARTÍNEZ.— (*A Colnett.*) ¡Entrégueme su sable, capitán!

(*Por los ventanales del foro se ve aparecer lentamente la proa del "Argonaut", a una distancia no mayor de veinte metros. La progresión de la fragata española a lo largo del paquebote inglés será constante hasta que al final del acto queden sus popas a la misma altura.*)

COLNETT.— ¡Nunca!

MARTÍNEZ.— (*A Mendofia.*) ¡Fusileros y artilleros a estribor!

MENDOFIA.— (*Gritando.*) ¡Fusileros y artilleros a estribor!

VOZ EN OFF.— ¡Todos a estribor, señor!

MARTÍNEZ.— (*A Colnett y alargando su brazo izquierdo.*) ¡Su sable, capitán!

(*Se empiezan a oír gritos de protesta de los marineros del "Argonaut".*)

COLNETT.— ¡Antes prefiero la muerte mil veces!

(*Los gritos de los marineros ingleses van en aumento.*)

MARTÍNEZ.— (*A Mendofia.*) ¡Abran portas!

MENDOFIA.— (*Gritando.*) ¡Abran portas!

VOZ EN OFF.— ¡Portas abiertas, señor!

(*Los gritos de los marineros ingleses se elevan súbitamente.*)

MARTÍNEZ.— (*A Mendofia.*) ¡Preparados para hacer fuego! (*En voz baja.*)
Y que Dios nos ampare.

MENDOFIA.— (*Gritando.*) ¡Preparados para hacer fuego!

VOZ EN OFF.— ¡Preparados, señor!

MARTÍNEZ.— (*Alargando de nuevo su brazo izquierdo.*) ¡Su sable, capitán!

COLNETT.— (*Con la mano derecha en la empuñadura.*) ¡Venga usted a buscarlo!

(Los gritos de los marineros ingleses son cada vez más fuertes.)

VOZ EN OFF.— ¡Preparados para disparar, señor!

MENDOFIA.— ¡Preparados para hacer fuego, señor!

VOZ EN OFF.— *(Con apremio.)* ¡Preparados para disparar, señor!

(Los marineros ingleses gritan aterrados mientras se lanzan al agua.)

MARTÍNEZ.— *(A Colnett.)* ¡Su sable!

VOZ EN OFF.— *(Con apremio.)* ¡Preparados para disparar, señor!

MENDOFIA.— *(En voz baja.)* Preparados, señor...

MARTÍNEZ.— *(Gritando.)* ¡Atención...!

(Colnett rugiendo, desenvaina su sable y lo tira al agua por uno de los cuarteles del foro, y sale de la cámara dando un empujón a Mendofia.)

MARTÍNEZ.— *(A Mendofia y gritando.)* ¡Que detengan al capitán Colnett; que las lanchas aborden el "Argonaut"; que se aprese a toda su tripulación, y que se arríe el pabellón inglés!

MENDOFIA.— *(Gritando más fuerte.)* ¡Sí, señor!

(Sale y cae el

Telón.)

ACTO TERCERO

Escenario:

(El mismo que en el acto anterior.)

★ ★ ★

(Fecha:— 13 de julio de 1789.

Lugar:— El mismo que en el acto anterior.

Hora:— Las siete de la tarde.)

★ ★ ★

(Al alzarse el telón don Esteban José Martínez, de perfil a los espectadores, está mirando por el antejo. Todos los cuarteles de los ventanales están abiertos.)

MENDOFIA.— *(Entrando con un cartapacio, y en voz baja.)* Mi, comandante...

MARTÍNEZ.— *(Sin dejar de mirar por el antejo.)* ¡Nada! ¡Ni rastro de Guicananish! ¿Dónde estará? ¿Por qué tardará tanto? *(Plegando el antejo y volviéndose hacia Mendofia.)*

MENDOFIA.— Mi comandante, las lanchas acaban de regresar de su inspección diaria...*(Depositando el cartapacio sobre la mesa de Martínez.)*

MARTÍNEZ.— ¿Alguna novedad?

MENDOFIA.— Ninguna, señor; la lancha del Norte no ha avistado a los rusos, y la del Sur no ha encontrado señales de Guicananish y sus guerreros.

MARTÍNEZ.— ¿Por qué tardará tanto Guicananish?

MENDOFIA.— Quizá no venga, señor...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) ¡Cómo no va a venir! ¡Tiene que venir! ¡Es lo lógico! (*Pausa.*) Cuando el padre López puso la señal al pie del árbol convenido, sus espías la recogieron antes de dos horas; y eso demuestra el mucho interés que tiene Guicananish por las vasijas de cobre y por aliarse con nosotros en contra de Macuina.

MENDOFIA.— Mi comandante, estos indios no piensan como nosotros...

MARTÍNEZ.— (*Con aplomo y alzando la voz.*) ¡Mendofia, estos indios no son estúpidos! Estos salvajes saben lo que les conviene; y hay cosas que responden al sentido más común: si tenían espías en espera de nuestra señal, es natural que acudan ahora a nuestra llamada.

MENDOFIA.— (*En voz baja.*) Sí, señor...

MARTÍNEZ.— ¿Ha llegado Kendrick?

MENDOFIA.— No, señor; todavía no ha llegado.

MARTÍNEZ.— ¿Y Colnett?

MENDOFIA.— Tampoco, tampoco ha llegado, señor.

MARTÍNEZ.— ¿Sigue esperando Hudson?

MENDOFIA.— Sí, señor. Ha desplegado su silla y se ha instalado debajo del foque de mesana, diciendo que esperará el tiempo que sea necesario para hablar con usted.

MARTÍNEZ.— (*Calmoso.*) Pues muy bien; que espere. Aquí tenemos que esperar todos. (*Pausa.*) Yo también estoy esperando a Guicananish y a los rusos.

MENDOFIA.— Sí, señor...

MARTÍNEZ.— (*Irritándose.*) A Hudson le dije muy seriamente que si volvía por estas costas sería considerado como objetivo militar; y ya ves, Mendofia, lo que ha tardado en volver; se fue el día dos y regresó ayer, día doce; once días ha durado la promesa de que no volvería por aquí.

MENDOFIA.— Yo confiaba en que...

MARTÍNEZ.— (*Asintiendo con la cabeza.*) Sí, ya sé que tú confiabas en su palabra. (*Alzando la voz.*) Yo, no. (*Pausa.*) Pero una cosa sí que tengo que agradecerle, y es que cuando le mostré a Colnett la carta que me escribió Hudson, en la que decía que yo le había auxiliado para poder volver a Macao, se confió y permitió que subiésemos al "*Argonaut*" y lo remolcásemos hasta este puerto...

MENDOFIA.— Esa torpeza, por parte de Hudson, es lo que me hizo confiar más...

MARTÍNEZ.— (*Sentencioso.*) Mendofia, recuerda siempre que las torpezas del enemigo no son muestras de su bondad, sino ventajas para su contrario.

MENDOFIA.— Sí, señor.

MARTÍNEZ.— Y por ese error de Hudson, pudimos meter en este puerto al "*Argonaut*" sin mover un solo dedo. (*Pausa.*) Mendofia, tengo por norma desconfiar de aquellos que, como Hudson, aluden continuamente a su condición de caballeros.

MENDOFIA.— Sí, mi comandante.

MARTÍNEZ.— Recuerda lo mucho que insistía en que nadie venía detrás de él...

MENDOFIA.— Sí, sí...

MARTÍNEZ.— Y en el colmo de lo imprecendente e insensato, por si no le creíamos, nos remitía a que se lo preguntásemos al artillero Cant. (*Con irritación.*) ¡Este Hudson se cree que somos tontos! ¿Cómo va a saber un artillero que si Hudson salía de China en febrero iba a salir Colnett en abril?

MENDOFIA.— Sí, era ridículo. Un marinero no podía saber eso...

MARTÍNEZ (*Con aplomo.*) Naturalmente, eso lo saben los armadores y los capitanes. Hudson sí lo sabía; él sabía que Colnett partiría hacia aquí en abril; y nos juró por su palabra de caballero que venía solo. (*Pausa.*) ¿Y por qué ha vuelto de nuevo a este puerto...?

MENDOFIA.— Pues porque sabía que su jefe, el capitán Colnett, estaba aquí...

MARTÍNEZ.—(*Asintiendo con la cabeza.*) Exactamente, porque sabía que su jefe estaba aquí. (*Pausa.*) El marinero George Eaton, que se acaba de pasar a nosotros, nos ha confirmado lo que ya pensábamos; que Hudson ha estado costeando de Norte a Sur y de Sur a Norte, dejando pasar los días, hasta que ha creído que Colnett había entrado en este puerto. (*Pausa y mirando por un ventanal del foro.*) Mendofia, Kendrick está subiendo a bordo...

MENDOFIA.— (*Con rapidez.*) ¿Quiere que le diga que pase?

MARTÍNEZ.—Sí, sí; que pase inmediatamente.

MENDOFIA.— ¡A sus órdenes! (*Sale.*)

(*Mientras sale Mendofia y vuelve con Kendrick, Martínez despliega el antejo, mira en todas las direcciones, y, lanzando un gruñido, lo pliega de nuevo y lo deposita sobre su mesa.*)

KENDRICK.— (*Entrando seguido de Mendofia.*) ¡Capitán Martínez!

MARTÍNEZ.— ¡Kendrick!

KENDRICK.— (*Sacando una pequeña cartulina del bolsillo.*) Capitán, hemos identificado la canción...

MARTÍNEZ.— ¿Están seguros?

KENDRICK.— Sí, sí; tanto Gray como yo estamos totalmente seguros.

MARTÍNEZ.— ¿Es de guerra...?

KENDRICK.— Sí, capitán; es de guerra. (*Pausa.*) Después de escuchar muchas veces a sus exploradores la canción que oyeron en Thasis, podemos afirmar que pertenece al grupo de tonadillas guerreras que se emplean cuando

el combate es inminente. (*Mirando la cartulina mientras habla.*) La prueba de lo que decimos está en el estribillo, que comienza así: "Ie - yee ma hi-chill", que significa "vosotros no sabéis" en el lenguaje guerrero, distinto del común, en donde lo mismo se diría "Wik - kum - atash". El estribillo que sus exploradores oyeron repetir mil veces, dice, más o menos, así: "Poco sabéis vosotros, vosotros hombres de Martínez, cuán valientes somos. De nada les vale a nuestros adversarios hacernos frente, cuando avanzamos con nuestras dagas". (*Entrega la cartulina a Martínez.*)

MARTÍNEZ.— (*Tomando la cartulina y depositándola sobre su mesa.*) Entonces, es seguro que atacarán...

KENDRICK.— Sí, capitán; les atacarán a ustedes y es casi seguro que también nos ataquen a nosotros. (*Pausa.*) ¿Cuándo? No lo sé. Todo depende del número de canoas que se vayan uniendo a Macuina en su marcha hacia este puerto...

MARTÍNEZ.— Sí, tiene usted razón. Se presentará aquí cuando se sienta fuerte. (*Pausa.*) Estoy esperando noticias de los escuchas que le siguen por la costa.

KENDRICK.— ¿Cuántos tiene, capitán?

MARTÍNEZ.— Tengo tres parejas. Una sigue a Macuina, otra viene a informar y otra sale a relevar a la primera, y así sucesivamente.

KENDRICK.— ¿Necesita otra pareja de relevo?

MARTÍNEZ.— No, Kendrick; de momento no es necesario. ¡Muchas gracias! (*Pausa.*) ¿Están sus hombres avisados?

KENDRICK.— Sí, capitán; todos van armados, y los que se encuentran en tierra ya saben que si ocurre algo se pueden refugiar en la cabaña de su herrero.

MARTÍNEZ.— Perfectamente, Kendrick. En la herrería hay municiones en abundancia y veinte hombres perfectamente armados.

KENDRICK.— Sí, sí; ya lo sé. La herrería aguantará bien...

MARTÍNEZ.— Se han dispuesto los toneles como parapeto y es un lugar seguro para aguantar cualquier embestida por fuerte que sea...

KENDRICK.— ¿Ha logrado algún progreso en la identificación de los cuatro cadáveres que encontraron sus exploradores cuando se dirigían a Thasis?

MARTÍNEZ.— No, todavía no hemos aclarado nada al respecto. De momento sabemos solamente lo que usted conoce: que oyeron disparos de pistola; que cuando acudieron a ver lo que ocurría se encontraron los cuerpos de cuatro indios con las caras destrozadas, y que por los vestidos que llevaban pertenecían a los *tays*, es decir, a la clase noble. (*Pausa.*) Las investigaciones que hemos realizado no han dado ningún resultado positivo, ya que los cadáveres tienen los rostros irreconocibles, y tan sólo sus familiares serían capaces de identificarlos. Nosotros por simple deducción podemos pensar que se trata de Clúpananish, Oomis, Falusheatacus y Claco; ya que desaparecieron juntos de la ranchería ese mismo día...

KENDRICK.— Pero usted no está seguro, porque estos cuatro personajes podrían encontrarse en el campamento de Macuina...

MARTÍNEZ.— Así es, Kendrick; estos pueden estar con Macuina y tratarse de otros...

KENDRICK.— Y los indios aún no han descubierto los cadáveres...

MARTÍNEZ.— No, no los han descubierto todavía. (*Pausa.*) Quien los haya matado los "descubrirá" en el momento que le convenga.

KENDRICK.— Fue un asesinato repugnante...

MARTÍNEZ.— Mejor diga que fue una ejecución...

KENDRICK.— ¿Sigue pensando en que pudo haberlo hecho Colnett...?

MARTÍNEZ.— Ya le dije que para mí la cosa era sencilla, Kendrick; pues si no fueron sus hombres ni los míos; solamente pudieron haberlo hecho los hombres de Colnett o los de Keleken.

KENDRICK.— ¿Y no cree usted que Keleken haya podido obrar por su cuenta...?

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez y firmeza.*) No, Kendrick, no; pienso que Colnett ha inducido a Keleken a hacerlo para echarme encima a todos los indios de estas rancherías; pero también pienso que Keleken lo ha hecho

de buen grado, y que ha aprovechado la ocasión para quitarse de en medio cuatro rivales en la sucesión al trono de Macuina, si a éste le ocurriese algo desgraciado. En pocas palabras; cuando Macuina abandonó la ranchería, Keleken supuso que seguiríamos a su jefe y por ello nos sembró el camino de cadáveres para culparnos a nosotros de esas muertes; al mismo tiempo que nadie les echaría en falta en la ranchería por creerles en el campamento de Macuina. (*Pausa.*) Ahora Keleken descubrirá "oficialmente" los cadáveres cuando lo crea más oportuno.

KENDRICK.— ¿Y no cree usted que hubiese sido mejor haber dado a conocer esos asesinatos tan pronto volvieron los exploradores?

MARTÍNEZ.— Sí, es posible. (*Pausa.*) Eso es lo que me dijo usted, cuando los exploradores nos comunicaron la noticia. Pero hay que tener en cuenta que los cuerpos fueron descubiertos el día tres a las doce de la noche, y que los exploradores regresaron aquí el día diez. El descubrir siete días más tarde el hallazgo de unos cadáveres *tays*, era muy difícil de explicar sin confesar todos mis pasos. (*Pausa.*) E incluso podía no ser creído, a poco que se lo propusiese cualquier persona importante de la ranchería.

KENDRICK.— Por ejemplo, Keleken...

MARTÍNEZ.— (*Con firmeza.*) Sí, especialmente si esa persona es Keleken. (*Pausa.*) Por eso debe tener usted un poco de paciencia y no zarpar de este puerto hasta que las circunstancias se aclaren, o venga a auxiliarme la fragata "*Aránzazu*", que ya debería haber llegado aquí.

KENDRICK.— Capitán; Gray y yo hemos acordado esperar una semana más. En todo caso ya sabe usted que ayer cedí el mando de la "*Columbia*" a Gray, porque cada vez se me nubla la vista con más frecuencia. (*Pausa.*) Si pasada una semana la situación persiste en estas circunstancias, usted deberá hablar con él, porque desde ayer es el comandante de nuestras dos naves... Hemos acordado también que él siga con destino a China y que yo me dirija a las Sandwich, desde donde volveré a Boston.

MARTÍNEZ.— Lo sé, Kendrick; y bien que lo siento. (*Pausa.*) Desde luego una semana es más que suficiente, porque pienso acabar con esta situación antes de dos días; y, concretamente, dentro de unos minutos voy a dar el primer paso, y espero que definitivo, en la solución de esta cuestión. (*Cogiendo un documento de su mesa y exhibiéndolo.*) Tengo ya el informe del piloto español que venía con Colnett, y en él hace constar que detrás del "*Argonaut*" estaba dispuesto que saliesen hacia aquí dos naves

más de la Compañía; y tengo que mandar a Colnett a San Blas antes de que lleguen aquí esos navíos y antes también de que se presenten aquí las fragatas rusas; y, por supuesto, antes de que aparezca en este puerto Macuina con su flota de canoas. (*Dejando el documento sobre su mesa.*)

KENDRICK.— ¿Cómo se encuentra el piloto...?

MARTÍNEZ.— Bien, bien; se encuentra bien...

KENDRICK.— Estaba muy excitado...

MARTÍNEZ.— Sí, pero ya se encuentra bien... No le trataron mal, pues durante los ocho días que le tuvieron encadenado y escondido en el falso sollado desmontable, le bajaron la comida con regularidad. (*Pausa.*) Ahora, mi querido amigo, quiero que tanto usted como Gray, con el mayor disimulo posible, pongan a sus hombres embarcados en posición de combate...

KENDRICK.— (*Interrumpiéndole.*) Esa orden ya la dió Gray, capitán. Estamos así desde hace dos horas.

MARTÍNEZ.— Muy bien, Kendrick, muy bien...

KENDRICK.— ¿Entonces va a tomar usted la iniciativa...?

MARTÍNEZ.— Sí, Kendrick; voy a tratar de cazar a Keleken...

KENDRICK.— Mida usted sus pasos, capitán...

MARTÍNEZ.— Todo está muy medido y meditado, Kendrick. (*Alzando la voz.*) ¡Cañizares!

CAÑIZARES.— (*Entrando en el acto.*) ¡Mi comandante!

MARTÍNEZ.— (*Con energía.*) ¡Que se presente aquí inmediatamente López de Haro!

CAÑIZARES.— ¡A sus órdenes, mi comandante! (*Sale.*)

KENDRICK.— Capitán, me retiro; si me necesita ya sabe usted que estoy en la "*Washington*"...

MARTÍNEZ.— (*Con solicitud.*) Por favor, Kendrick, no se vaya todavía; y permítame que abuse un poco más de su amabilidad y le ruegue que espere unos minutos sentado a la mesa, debajo del contrafoque; pues allí le dará bien el aire y le servirán un refresco...

KENDRICK.— ¿Es por Hudson, capitán?

MARTÍNEZ.— Sí, por Hudson; y también por Colnett, a quien estoy esperando para interrogarle de nuevo.

KENDRICK.— ¿Ya se encuentra bien Colnett?

MARTÍNEZ.— No lo sé con exactitud, capitán; pero ya lleva dos días razonando con coherencia. (*Pausa.*) ¿Cree usted en su locura?

KENDRICK.— No sé que decirle, capitán. (*Pausa.*) Yo también he pensado que puede ser fingida... No obstante, tiene usted que vigilarle bien, porque puede hacer una tontería...

MARTÍNEZ.— Sí, por supuesto. Tengo dos hombres que no le pierden de vista ni un momento. (*Pausa.*) Duffin, su segundo, me ha asegurado que su locura es hereditaria; pero no sé qué pensar. Ahora parece que está bien, pero nos ha hecho pasar unos días muy malos, con su empeño de quererse suicidar...

KENDRICK.— Sí, era una situación muy extraña; menos mal que Duffin nos avisó...

MARTÍNEZ.— (*Irritado.*) Mire usted, Kendrick, no permitiré a Colnett que se tire de nuevo al agua con el propósito de ahogarse. Antes lo encadeno a la pata de esta mesa...

KENDRICK.— Dice que no soporta el verse prisionero...

MARTÍNEZ.— (*Alzando la voz.*) ¡Pues tiene que soportarlo, tiene que soportarlo! Estas cosas suceden en la mar. La fortuna no siempre está al lado de uno cuando la necesita. (*Pausa.*) A qué venían esos gritos que daba fuera de sí, diciendo: "Estoy condenado a morir ahorcado", y que repetía una y otra vez. Por eso quiero que usted sea testigo de todo lo que pase aquí, porque ese sujeto es capaz de acusarme de todo lo imaginable.

KENDRICK.— (*Con calma.*) Por eso no se preocupe usted, capitán. Usted está haciendo lo que debe; y además tiene el testimonio del piloto Duffin que es un hombre cabal. (*Pausa.*) Esperaré fuera la llegada de Colnett. (*Sale.*)

MARTÍNEZ.— Gracias de nuevo, Kendrick.

MENDOFIA.— Gran persona este Kendrick...

MARTÍNEZ.— Sí; lo es, lo es.

CAÑIZARES.— (*Entrando.*) Mi comandante, ha llegado la pareja de exploradores y me acaba de informar que Macuina se ha vuelto a mover con mucha rapidez, y que no ha parado hasta llegar a un pequeño surgidero, situado a una legua de aquí, donde han sacado del agua las canoas y las han camuflado bajo los árboles.

MARTÍNEZ.— ¿Sí? ¿A una legua?

CAÑIZARES.— Sí, señor; a una legua.

MARTÍNEZ.— ¿Cuántas canoas tiene ya?

CAÑIZARES.— Treinta y dos; y todas de guerra.

MARTÍNEZ.— Y está esperando a que se le unan más, ¿no?

CAÑIZARES.— Sí, señor; por eso parece que se ha detenido. Cuando los exploradores partieron hacia aquí para avisarnos, los hombres de Macuina se disponían a dormir después de haber montado los puestos de centinela.

MARTÍNEZ.— ¿Recibiremos pronto señales?

CAÑIZARES.— Sí, señor; la pareja que sigue en estos momentos a Macuina está buscando el lugar apropiado desde donde poder verle y, al mismo tiempo, poder enviarnos señales luminosas.

MARTÍNEZ.— Está bien, Cañizares. (*Pausa.*) Así queda totalmente claro que quieren atacarnos esta noche. Han llegado demasiado cerca de este puerto, y no pueden estar muchas horas corriendo el riesgo de ser descubiertos. Hay que adelantarse a ellos. (*Pausa.*) ¿Has avisado a López de Haro?

CAÑIZARES.— Sí, señor; acaba de subir a bordo.

MARTÍNEZ.— Muy bien, Cañizares. Es preciso precipitar los acontecimientos antes de que llegue Macuina. (*Toma el antejo de la mesa y, cerrado a los espectadores, mira hacia la costa.*) ¡Nada! ¡Ni la más leve señal de Guicananish! (*De perfil a los espectadores y enfocando el antejo hacia la boca del puerto.*) Tampoco de los rusos ni de los ingleses. (*Dejando el antejo sobre su mesa.*)

CAÑIZARES.— ¿Qué ordena, mi comandante?

MARTÍNEZ.— (*Abriendo uno de los cajones del armario del telón del foro, y sacando una capa confeccionada con bellas plumas.*) Si dentro de diez minutos no tenemos noticias de Guicananish, que se coloque esta capa en el cedro convenido. (*Pausa y entregándole la capa.*) Y ordena que se encierre inmediatamente en sus bodegas respectivas a las tripulaciones del "Argonaut" y de la "Princess Royal". Averigua las causas por las que se retrasa tanto Colnett, y que el pilotín Carrasco pase a la "Princess Royal" con diez hombres y se haga cargo de la batería, disponiéndola para el combate. (*Pausa.*) Que Hudson no abandone esta fragata, y si lo intenta le detienes y encadenas hasta nueva orden. (*Pausa.*) Y, muy especialmente, que los vigías, de las naves y del baluarte San Miguel, no dejen ni por un momento de escudriñar la costa en espera de las señales.

CAÑIZARES.— ¡A sus órdenes, mi comandante! ¿Algo más?

MARTÍNEZ.— ¡Que pase López de Haro! Y te repito que quiero ver aquí inmediatamente a Colnett, porque él y Hudson son nuestros rehenes y la única garantía de que quizás no seamos atacados por Macuina y Keleken. Avisame tan pronto hayas cursado las órdenes. ¡Retírate!

CAÑIZARES.— ¡A sus órdenes, mi comandante! (*Sale.*)

MARTÍNEZ.— Bien; de momento se está haciendo todo lo que se puede hacer. (*Toma de nuevo el antejo, mira hacia la boca del puerto y vuelve a plegarlo.*) ¡Nada! ¡Ni rastro! (*Pausa.*) ¿Sigue el padre López vigilando de cerca el árbol?

MENDOPIA.— Sí, mi comandante. No se ha movido de su escondite desde hace veinte horas.

LÓPEZ DE HARO.— (*Entrando y en voz baja.*) Mi comandante...

MARTÍNEZ.— (*En voz alta.*) ¡Primer piloto!

LÓPEZ DE HARO.— (*En posición de "firmes".*) Me ha comunicado Cañizares que me presente a usted, mi comandante.

MARTÍNEZ.— Efectivamente, primer piloto; esa es la orden que dí a Cañizares. (*Pausa larga.*) Primer piloto; como segundo en el mando de esta expedición naval, debo comunicarle que la aproximación de Macuina hacia nosotros continúa; y que los últimos informes de los exploradores señalan que se ha ocultado, con unas treinta canoas de guerra, en un surgidero a una legua de este puerto. Como es natural, Macuina sabe que no puede estar mucho tiempo en ese lugar sin que le descubramos; y por ello deduzco que está esperando a que llegue la noche para continuar su avance y caer sobre nosotros hacia las primeras horas de la madrugada. Por ello, y con el fin de tener más controlados a los ingleses, le ordeno que se amarre en andana con el paquebote de Colnett y, al mismo tiempo que realiza la maniobra, mande aviso a Keleken de que necesita hablar con él urgentemente...

LÓPEZ DE HARO.— (*Interrumpiéndole en voz baja.*) Pero, mi comandante yo no sé donde puede estar Keleken en estos momentos...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez y en voz alta.*) ¡Primer piloto! (*Pausa.*) ¡Keleken está escondido en la ranchería, y usted lo sabe!

LÓPEZ DE HARO.— (*Con rapidez y alzando la voz.*) Yo no lo sé, mi comandante. No he visto a...

MARTÍNEZ.— (*Alzando más la voz.*) ¡Primer piloto! (*Pausa.*) ¡Usted mantiene contactos diarios con Keleken, y eso es algo que le puedo demostrar porque tengo testigos!

LÓPEZ DE HARO.— (*En voz baja.*) Pero, mi comandante, hoy no le he visto...

MARTÍNEZ.— (*Alzando la voz.*) ¡Primer piloto! Aquí estamos hablando de un inminente ataque de Macuina, y usted me contesta dándome largas a una orden...

LÓPEZ DE HARO.— (*Con rapidez.*) Pero usted me pide que llame a Keleken ...

MARTÍNEZ.— (*Irritándose.*) ¡Yo no le pido a usted nada! ¡Yo le estoy dando una orden!

LÓPEZ DE HARO.— (*Con rapidez.*) Una orden que no puedo cumplir, mi comandante; porque no sé dónde está Keleken.

MARTÍNEZ.— (*Amenazador.*) Usted va a cumplir esa orden. Usted atrerá a Keleken al "San Carlos"...

LÓPEZ DE HARO.— (*Alzando un poco la voz.*) Yo le vuelvo a repetir, mi comandante, que no puedo cumplir esa orden, porque no sé dónde está Keleken; y si no le satisface mi respuesta pido que me arreste.

MARTÍNEZ.— (*Sentencioso.*) ¿Arrestarle? ¡No, no le arrestaré! No me crea tan ingenuo que, en esta ocasión, le vaya a permitir a usted ver los toros desde la barrera; pues las circunstancias actuales tienen la entidad suficiente como para exigirnos que demos todos el tipo, y, por supuesto, para no dejar pasar su comportamiento con un simple arresto...

LÓPEZ DE HARO.— (*Con rapidez.*) Yo cumplo con mi obligación de...

MARTÍNEZ.— (*Con irritación.*) ¡Cállese usted! Usted no ha cumplido nunca nada, señor López de Haro. Usted pertenece a esa clase de individuos que sólo muestran su honradez inquebrantable cuando les conviene o puede perjudicar a otros; usted es de esos que han hecho del "piensa mal y acertarás" el norte de su conducta; y usted pertenece a esas personas que criticarán siempre lo que hagan los demás, si lo que hacen no les conviene a sus intereses particulares.

LÓPEZ DE HARO.— (*Con rapidez y en voz baja.*) Está usted insultándome en un plano personal, y eso...

MARTÍNEZ.— (*Con brusquedad.*) ¡Cállese, señor López de Haro! Quiero que sepa usted que el haberle conocido ha sido para mí una de las mayores desgracias de mi vida...

LÓPEZ DE HARO.— (*Alzando la voz.*) ¡Me está usted ultrajando...!

MARTÍNEZ.— (*Con irritación e ironía.*) ¿Ultrajando? ¡No exagere, señor López de Haro! Usted es el que nos ha estado ultrajando a todos los miembros de esta expedición naval, porque usted es el que ha estado poniendo obstáculo tras obstáculo en la buena armonía de esta comunidad, has-

ta el extremo de que me he visto obligado a prescindir prácticamente de sus servicios.

LÓPEZ DE HARO.— (*Bajando la voz.*) Daré cuenta de todo esto...

MARTÍNEZ.— (*Sin hacerle caso.*) Pues a usted nada le conforma o satisface. Usted lo retuerce todo en su mente y piensa así: si Martínez facilita pieles a los americanos, es porque lleva una comisión en las ventas; si Martínez no quiere que los marineros españoles metan pieles en sus naves, es porque las quiere todas para él y los americanos; y si Martínez no le da a usted una comisión en ese supuesto negocio, entonces usted pide a Martínez que se apliquen al pie de la letra las *Instrucciones* y se aprese a los americanos.

LÓPEZ DE HARO.— (*Bajando más la voz.*) No tengo por qué seguir escuchando esto...

MARTÍNEZ.— (*Sin hacerle caso.*) Y esto lo piensa usted porque, además de ser mala persona, ha sido tentado por las pieles que le han ofrecido los ingleses y Keleken; y usted, en su ruindad, cree firmemente que yo me he vendido a los americanos; porque, ya sabe usted el refrán, "el ladrón piensa que los demás son de su condición".

LÓPEZ DE HARO.— (*Haciendo ademán de irse.*) Yo no puedo permanecer aquí...

MARTÍNEZ.— (*Gritando.*) ¡Alto! Usted permanecerá en esta cámara mientras yo no le dé permiso para que la abandone. (*Pausa.*) Y volvamos al principio, porque al principio había una orden. (*Pausa.*) ¡Le ordeno que antes de quince minutos vaya Keleken a visitarle a usted al "San Carlos"!

LÓPEZ DE HARO.— (*En voz baja.*) Pero yo no estoy seguro de poder cumplir esa...

MARTÍNEZ.— (*Sin hacerle caso y gritando.*) En caso contrario le colgaré a usted del tope del palo mayor.

LÓPEZ DE HARO.— (*Con estupor.*) Pero qué dice...

MARTÍNEZ.— (*Rugiendo.*) ¡Retírese, primer piloto!

LÓPEZ DE HARO.— (*Con un rictus terrible en los labios.*) Pero usted no puede hacer eso...

MARTÍNEZ.— (*Con profundo desprecio y mascando las palabras lentamente.*) ¡Yo sí puedo hacerlo, primer piloto! Tengo un cabo bien engrasado y lo tengo que poner alrededor de un cuello; y de usted depende que sea el suyo o el de Keleken.

LÓPEZ DE HARO.— (*Que no da crédito a lo que oye.*) Pero usted se ha vuelto loco...

MARTÍNEZ.— (*Rugiendo.*) ¡Retírese!

(*Mendofia coge rápidamente del brazo izquierdo a López de Haro y le saca fuera de la cámara.*)

MENDOFIA.— (*Entrando al instante.*) Mi comandante, creo que debemos vigilarle, porque es capaz de cualquier cosa...

MARTÍNEZ.— (*Con desprecio.*) Yo ya no creo capaz de nada importante a ese hijo de mala madre; pero por simple precaución ataré todos los cabos. (*Pausa y alzando la voz.*) ¡Cañizares!

CAÑIZARES.— (*Entrando en el acto.*) ¡Mi comandante!

MARTÍNEZ.— ¿Alguna novedad?

CAÑIZARES.— No, señor; todo se desarrolla en perfecto orden. (*Pausa.*) El capitán Colnett está subiendo a bordo; se está colocando en el árbol la capa de Guicananish; se está encerrando a las tripulaciones inglesas; el pilotín Carrasco se está trasladando en estos momentos a la "*Princess Royal*", y el capitán Hudson está esperando ser recibido por usted.

MARTÍNEZ.— Muy bien. Reúne a Colnett, Hudson y Kendrick en la antecámara. (*Pausa.*) ¿Está preparada la lancha?

CAÑIZARES.— Sí, señor, está preparada; y en estos momentos se están eligiendo los doce hombres que se camuflarán en ella.

MARTÍNEZ.— Está bien, Cañizares. Manda que vigilen la maniobra del "*San Carlos*", y ten en cuenta que su popa debe quedar tocando la de esta fragata; y te ordeno que se prohíba a López de Haro abandonar su nave

hasta nueva orden. (*Pausa.*) Cuando todo esté listo quiero que me lo confirmes. Retírate.

CAÑIZARES.— ¡A sus órdenes, mi comandante! (*Sale.*)

MENDOFIA.— ¿Mando pasar a Colnett...?

MARTÍNEZ.— No, no; todavía no. Que espere, que espere; es preciso que "madure" un tiempo. (*Pausa.*) Además estando Colnett y Hudson a bordo las prisas ya no lo son tanto.

MENDOFIA.— Como usted diga, mi comandante...

MARTÍNEZ.— (*Sentándose a su mesa.*) Mientras Cañizares me trae la confirmación de que todo está dispuesto, vamos a despachar rápidamente los asuntos pendientes.

MENDOFIA.— Sí, señor. (*Tomando el cartapacio de la mesa y situándose de pie al lado izquierdo de Martínez.*) Aquí tiene el inventario de la artillería que se ha trasladado del "Argonaut" a esta fragata. (*Le entrega el documento.*)

MARTÍNEZ.— (*Mirando el documento.*) ¿Se ha especificado también el armamento de la marinería...?

MENDOFIA.— Sí, señor...

MARTÍNEZ.— ¿Se está registrando el "Argonaut" y la "Princess Royal" como ordené?

MENDOFIA.— Sí, señor. Dos veces al día; mañana y tarde. Las tripulaciones están completamente desarmadas...

MARTÍNEZ.— Bien, bien... (*Dejando el documento a su derecha.*)

MENDOFIA.— (*Entregándole otro documento.*) Aquí tiene el informe de los dos pañoles que se han construido en el entrepuente del "Argonaut". (*Señalando en el documento.*) Este es el del pan y este otro es para los enfermos.

MARTÍNEZ.— (*Tomando el documento y apilándolo sobre el otro.*) Bien, bien; más...

MENDOFIA.— (*Pasándole otro documento.*) Este otro es el informe y declaración del marinero George Eaton, de la "*Princess Royal*", declarando que se ha pasado a nosotros. Tiene fecha de hoy, trece de julio; ¿le pongo también hora?

MARTÍNEZ.— (*Poniendo el documento sobre los otros.*) No, no hace falta. (*Pausa.*) Dame el cartapacio.

MENDOFIA.— Sí, señor. (*Le entrega el cartapacio.*)

MARTÍNEZ.— (*Ojeando los documentos.*) ¿Es esta la relación de víveres...?

MENDOFIA.— Sí, es la relación del arroz y carne salada de vaca y puerco que hemos retirado del "*Argonaut*", para alimentar a los veintinueve chinos que trajo Colnett, y que por falta de espacio no podrán ir a San Blas...

MARTÍNEZ.— (*Que sigue ojeando los documentos.*) Ya, ya. Y este otro es la copia del informe del piloto español que venía con Colnett...

MENDOFIA.— Sí, señor; y ese último es un estadillo sobre el coste del calafateado que se ha dado al "*Argonaut*"...

MARTÍNEZ.— Muy bien, Mendofia. ¿Falta algo más para que el "*Argonaut*" pueda hacerse a la mar?

MENDOFIA.— Nada, señor. Solamente el nombramiento de la tripulación.

MARTÍNEZ.— (*Dejando el cartapacio encima de los demás documentos y tomando tres pliegos.*) Bien, bien. (*Entregándole los pliegos.*) Ahí te entrego el nombramiento de Tovar, para que se haga cargo del "*Argonaut*". Lleva fecha de hoy, trece de julio, y se lo debes dar después de cenar; y lo mismo debes hacer con el nombramiento del pilotín Carrasco como segundo de a bordo. (*Pausa.*) El tercer pliego es para ti, y en él figuran los nombres de los que esta noche tienen que embarcarse para salir de madrugada hacia San Blas. Tienes que controlar personalmente la incorporación de los hombres, e instalar a Colnett en el pequeño camarote que se ha habilitado especialmente para él.

MENDOFIA.— Sí, señor...

MARTÍNEZ.— No quiero que haya miramientos con este personaje; si se resiste, lo encadenas sin contemplaciones. No podemos permitir que se arroje de nuevo al mar. (*Pausa.*) Personalmente daré órdenes muy estrictas en este sentido a Tovar y a Carrasco.

MENDOFIA.— Sí, señor.

MARTÍNEZ.— (*Tomando unos pliegos de la mesa y ojeándolos mientras habla.*) Estoy dudando si debo enviar a San Blas, con el pilotín Carrasco, el informe que he hecho sobre los descubrimientos realizados por el piloto Narváez en el Estrecho de Juan de Fuca. ¿Qué opinas tú?

MENDOFIA.— Yo no sé qué contestarle mi comandante. Lo descubierto por José María Narváez es muy importante; pero tenga en cuenta que las órdenes que usted le dio se referían únicamente a que tratase de localizar la entrada que usted vio en 1774; y que si la localizaba explorase solamente lo necesario para hacerse una idea de su dirección y extensión. Narváez salió de aquí el 21 de junio y volvió el 5 de julio; en tan corto espacio de tiempo no pudo verificar, como hubiera querido, todo lo que puede haber en ese Estrecho de Juan de Fuca.

MARTÍNEZ.— (*Que sigue ojeando los pliegos.*) Tienes razón; pero queda claro, por la carta que ha trazado, que el Estrecho de Juan de Fuca comienza en la Punta de Bonilla y que más adelante se divide en dos direcciones: la primera, hacia el ESE, tiene posible comunicación con el río Misisipí, y la segunda se dirige al ONO, pudiendo comunicarse, al parecer, con el estrecho del Almirante Fonte...

MENDOFIA.— Eso parece, mi comandante; además somos los primeros en confirmar la existencia del estrecho de Juan de Fuca...

MARTÍNEZ.— Sí, eso es cierto; pero en lo que se refiere al Estrecho del Almirante Fonte opino que hay que hacer otra expedición de reconocimiento...

MENDOFIA.— No sólo para eso mi comandante, sino que hay que comprobar también si existe esa comunicación con el Misisipí. Debemos dar la noticia completa y para eso tenemos que completar más los datos...

MARTÍNEZ.— Sí, sobre todo teniendo en cuenta que el célebre capitán Cook dice en su libro que tanto el estrecho de Fuca como el de Fonte

son imaginarios. (*Pausa.*) No podemos correr riesgos; pues en Europa la palabra de Cook es artículo de fe...

MENDOPIA.— Sí; hay que tener cuidado...

PADRE LÓPEZ.— (*Entrando precipitadamente y cerrando la puerta.*) ¡Comandante, Yukua se ha escapado!

MARTÍNEZ.— (*Totalmente sorprendido.*) ¿Qué? ¿Cómo que se ha escapado...?

PADRE LÓPEZ.— Sí, quiso impedir que atásemos la capa al árbol y estubo a punto de destrozarla...

MARTÍNEZ.— ¿Pero no le dije a usted que tuviese mucho cuidado con esa india...?

PADRE LÓPEZ.— Sí, comandante; pero es que al ver la capa, y darse cuenta que con ella tratábamos de engañar a Macuina, se volvió como loca y comenzó a gritarme cosas ininteligibles. (*Frotándose la muñeca izquierda.*) La intenté detener pero me mordió con todas sus fuerzas.

MARTÍNEZ.— (*Tomando el antejo y mirando hacia la costa.*) ¡Ya le había advertido, padre, ya le había advertido! (*Pausa.*) Al menos la capa ha quedado intacta, y está perfectamente visible desde el mar y a resguardo de las miradas de los indios de la ranhería...

CAÑIZARES.— (*Entrando y señalando hacia la costa.*) Mi comandante, los exploradores están emitiendo el primer "Sin novedad"

MARTÍNEZ.— (*Que sigue mirando por el antejo.*) ¿Desde dónde...?

CAÑIZARES.— Justamente desde la cumbre del cerro de enfrente. A menos de media legua.

MARTÍNEZ.— (*Que sigue mirando por el antejo.*) Sí, ya veo claramente las señales. (*Pausa.*) Mendofia, que les contesten izando una banderola en el bauprés de esta fragata. ¡Vamos! ¡Rápido! No pueden estar todo el día esperando la confirmación.

MENDOPIA.— Sí, señor. (*Sale rápidamente.*)

MARTÍNEZ.— (*Dejando de mirar por el antejo.*) ¿Está todo en orden, Cañizares?

CAÑIZARES.— Sí, señor. La capa está colocada; los ingleses han sido encerrados en sus bodegas; Carrasco está en la "*Princess Royal*", y López de Haro está maniobrando para situar su popa a diez varas de la nuestra.

MARTÍNEZ.— Muy bien. (*De perfil a los espectadores y mirando por el antejo hacia la boca del puerto.*) ¡Ni rastro de Guicananish, ni de los rusos, ni de nadie! Cañizares, da orden al señalero que comunique al baluarte San Miguel que se orienten todos los cañones hacia este puerto.

CAÑIZARES.— Sí, señor. (*Sale.*)

MARTÍNEZ.— (*Dejando el antejo sobre la mesa.*) Sobre Yukua, padre López, ya le dije en su momento lo que pensaba; y afortunadamente no es mucho lo que les puede contar a los suyos de nuestros planes...

MENDOFIA.— (*Entrando.*) Orden cumplida, mi comandante.

PADRE LÓPEZ.— ¿Comandante, quiere que vuelva a vigilar para que no roben la capa?

MARTÍNEZ.— No, no hace falta ya, padre; la vigilaremos desde aquí. (*A Mendofia.*) Y si alguien se la lleva, que nadie lo impida, pero que todo el mundo grite con todas sus fuerzas: "¡Guicananish! ¡Guicananish!". Cursa la orden y vuelve a informarme.

MENDOFIA.— Sí, señor. (*Sale en el mismo momento en que entra Cañizares.*)

CAÑIZARES.— (*Entrando.*) ¡Orden cumplida, mi comandante! El baluarte está contestando en estos momentos.

MARTÍNEZ.— (*Tomando el antejo de su mesa y mirando hacia una isleta cercana.*) Sí, ya lo veo. Está repitiendo el acuse de recibo. (*Dejando el antejo sobre la mesa.*)

MENDOFIA.— (*Entrando.*) ¡Orden cursada, mi comandante!

MARTÍNEZ.— Muy bien, ¿todo en orden, Mendofia?

MENDOFIA.— ¡Todo en orden, mi comandante!

MARTÍNEZ.— ¿Todo el mundo en sus puestos, Cañizares?

CAÑIZARES.— ¡Todos en sus puestos, mi comandante!

MARTÍNEZ.— Si todo está en orden y todos están en sus puestos ya sólo nos queda esperar, y mientras esperamos procederé a escuchar a Hudson y a interrogar a Colnett. (*Pausa.*) Cañizares, que pase también Kendrick para que sea testigo de lo que digan y hagan estos dos "caballeros", y cuando hayan entrado te sitúas de guardia en el combés.

CAÑIZARES.— Sí, señor. (*Sale.*)

CAÑIZARES.— (*Entrando en el acto seguido de Colnett, Hudson y Kendrick.*) ¡Mi comandante; los capitanes Colnett, Hudson y Kendrick!

MARTÍNEZ.— ¡Retírese, Cañizares! (*A Colnett, Hudson y Kendrick.*) ¡Señores!

COLNETT.— ¡Capitán Martínez!

HUDSON.— (*A Martínez.*) ¡Capitán!

KENDRICK.— (*A Martínez.*) ¡Capitán!

MARTÍNEZ.— (*Señalando las sillas.*) ¡Tomen asiento, por favor!

KENDRICK.— (*Sentándose en la silla de la escribanía.*) ¡Gracias, capitán!

COLNETT.— Nosotros preferimos estar de pie, capitán.

MARTÍNEZ.— Como ustedes gusten, caballeros. (*A Hudson.*) ¿En qué puedo atenderle a usted?

HUDSON.— Yo he venido a pedirle a usted que me permita abandonar este puerto en el "*Argonaut*", acompañando al capitán Colnett...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) Eso, capitán Hudson, no se lo puedo conceder...

HUDSON.— (*Interrumpiéndole.*) Se puede saber...

MARTÍNEZ.— (*Con rapidez.*) No se lo puedo conceder, por la sencilla razón de que ni yo mismo sé lo que va a pasar de aquí hasta mañana. (*Pausa.*) Los indios de estas rancherías, como ustedes muy bien saben, están muy inquietos desde hace días, y yo mismo he tenido que pedir a Guicananish que venga en mi ayuda, como pueden ustedes comprobar por la señal que han colocado sus avanzadillas en aquel cedro. (*Señalando hacia la costa.*)

HUDSON.— (*Con ironía.*) Ya, ya hemos visto esa señal y no creemos que Guicananish venga en su ayuda...

COLNETT.— (*Asintiendo con la cabeza.*) Sí, capitán; lo hemos visto todo y no creemos que venga Guicananish, porque ese reclamo lo ha mandado poner usted.

MARTÍNEZ.— (*Con ironía.*) Ya, ya; pero eso no lo saben los indios...

COLNETT.— (*Con rapidez y brusquedad.*) Los indios lo sabrán tan pronto vean esa ridícula señal.

HUDSON.— (*Alzando la voz.*) Con esa capa no engañará a nadie.

CAÑIZARES.— (*Entrando.*) Mi comandante, los exploradores comunican que Macuina ha puesto en movimiento sus canoas hacia aquí.

MARTÍNEZ.— (*Tomando rápidamente el antejo y mirando hacia la costa.*) Ya veo las señales con toda claridad. (*Pausa.*) Efectivamente, Macuina se dirige hacia aquí. (*Pausa y dejando de mirar por el antejo.*) ¿Por qué querrá atacarnos a plena luz del día?

COLNETT.— (*Con burla.*) Quizá le han comunicado los indios de la ranchería que la señal que usted ha mandado poner es ridícula...

MARTÍNEZ.— (*A Colnett y con irritación.*) ¡Cállese! (*A Cañizares.*) Contesta a los exploradores arriando la banderola del bauprés, y quédate en el combés de guardia. ¡Rápido!

CAÑIZARES.— Sí, mi comandante. (*Sale rápidamente.*)

MARTÍNEZ.— (*A Mendofia.*) Disponte a transmitir órdenes.

MENDOFIA.— ¡Sí, señor! (*Situándose bajo el dintel de la puerta.*)

COLNETT.— (*Con ironía.*) Ya le dije que con esa señal no...

MARTÍNEZ.— (*Con irritación.*) ¡Cállese o le cuelgo a usted del bauprés por los tobillos, para que pueda ver desde primera línea todo lo que va a pasar aquí! (*Pausa.*) Padre López, registre a estos dos "caballeros".

PADRE LÓPEZ.— Sí, comandante. (*Los cachea rápidamente.*) Están desarmados, comandante.

MARTÍNEZ.— (*A Mendofia.*) Izar bandera de combate.

MENDOFIA.— (*Gritando.*) ¡Izar bandera de combate!

VOZ EN OFF.— ¡Izando bandera de combate, señor!

MARTÍNEZ.— Confirmación.

MENDOFIA.— (*Gritando.*) ¡Confirmación!

VOZ EN OFF.— ¡Confirmando "San Carlos", cabaña, "Princess Royal" y baluarte, señor!

MARTÍNEZ.— (*De perfil a los espectadores y mirando por el antejo hacia una isleta cercana.*) Efectivamente, ahí está el baluarte izando la suya.

PADRE LÓPEZ.— Comandante, los hombres de la playa se refugian en la cabaña...

MARTÍNEZ.— (*Cerrándose a los espectadores y volviendo el antejo hacia la costa.*) Sí, ya lo veo... (*Alzando la voz.*) ¿Pero qué hace esa india ahí?, ¿qué está haciendo en la capa...?

PADRE LÓPEZ.— (*Sacando la cabeza por un cuartel del foro.*) Está colgando de la capa...

MARTÍNEZ.— Ha colgado un carcaj, una piel de nutria y...

PADRE LÓPEZ.— Y se ha tirado al agua...

MARTÍNEZ.— Sí; y viene hacia aquí...

CAÑIZARES.— (*Entrando.*) Mi comandante, los exploradores han fijado una de las señales, indicando que se disponen a abandonar su puesto de observación.

MARTÍNEZ.— (*Dirigiendo el antejo hacia el cerro.*) Sí, ya veo la señal. (*Pausa.*) Definitivamente Macuina se ha decidido a avanzar y dentro de muy pocos minutos le veremos doblar el cabo y entrar en este puerto. ¿Todo dispuesto?

CAÑIZARES.— ¡Sí, mi comandante!

MARTÍNEZ.— (*Dejando de mirar hacia la costa y plegando el antejo.*) Ordena que echen la escala de gato para recoger a la india, y que la traigan aquí inmediatamente.

CAÑIZARES.— ¡A sus órdenes! (*Sale rápidamente.*)

MARTÍNEZ.— (*A Kendrick.*) ¿Qué órdenes tienen sus hombres, capitán?

KENDRICK.— Disparar si somos atacados, capitán. Pero quiero recordarle que usted sabe ya que no son mis hombres. El mando lo tiene Gray.

MARTÍNEZ.— Gracias, capitán; con lo que me ha dicho es suficiente.

CAÑIZARES.— (*Entrando precipitadamente.*) Mi comandante, en el otro extremo de la playa Keleken está botando ocho canoas de guerra.

MARTÍNEZ.— (*Con sorpresa.*) ¿Ocho canoas?, ¿ocho...?

CAÑIZARES.— Sí, mi comandante; ocho canoas.

MARTÍNEZ.— ¿Con cuántos hombres...?

CAÑIZARES.— Aproximadamente unos cien, mi comandante.

COLNETT.— (*A Martínez.*) Capitán, si nos dejase...

MARTÍNEZ.— (*A Colnett y con irritación.*) ¡Cállese! (*A Cañizares.*) ¡Ya ha aparecido Keleken! ¡Ya esperaba yo algo así...! (*Pausa.*) Con cien hombres lo que pretende es presentarnos otro frente...

CAÑIZARES.— (*Con rapidez.*) Sí, capitán; está aprovechando la excusa de que le ha llamado López de Haro.

MARTÍNEZ.— (*Con fingida calma.*) Exactamente, Cañizares; y acude a la llamada con cien hombres. (*Pausa.*) Pero lo importante ahora es que se puede ver con claridad que Macuina y Keleken están confabulados. (*Pausa.*) Esto es un ataque en toda regla, y nosotros no hemos advertido sus señales de comunicación. Vete al combés y ordena que se metan en la lancha ocho hombres más para que refuercen a los remeros, y que no se dispare sobre Keleken hasta que yo dé la señal.

CAÑIZARES.— Sí, señor.

MARTÍNEZ.— Ya no se trata de apresar a Keleken, Cañizares; hay que acabar con él.

CAÑIZARES.— Sí, señor. (*Sale rápidamente.*)

MARTÍNEZ.— (*Al padre López.*) ¡Ate las manos a los capitanes Colnett y Hudson!

PADRE LÓPEZ.— Sí, comandante.

(*El padre López, con extraordinaria rapidez, quita los cintos de los pantalones de Colnett y Hudson y con ellos comienza a atarles las manos.*)

COLNETT.— (*Con ironía.*) Capitán Martínez, el que usted me mande atar es un honor...

HUDSON.— Lo mismo digo, veremos quién ríe el último...

MARTÍNEZ.— (*Con irritación.*) Ya veo que no saben ustedes estarse callados, y compruebo también que no se han dado cuenta de la gravedad de su situación. (*En tono amenazador.*) Si soy atacado, los primeros perjudicados serán ustedes...

COLNETT.— (*Alzando la voz.*) Usted es un fanfarrón. No se atreverá a...

MARTÍNEZ.— (*Con aplomo.*) ¡El tiempo lo dirá, y pronto! (*Comprobando con brusquedad las ligaduras de Colnett.*)

COLNETT.— (*Alzando la voz.*) ¡Me hace usted daño...!

MARTÍNEZ.— (*Con burla.*) ¡Perdone, capitán!

PADRE LÓPEZ.— (*Terminando de atar a Hudson.*) ¡Los dos maniatados, capitán!

MARTÍNEZ.— (*Comprobando las ligaduras de Hudson.*) Muy bien, padre López.

CAÑIZARES.— (*Entrando rápidamente.*) Mi comandante, los exploradores comunican que Macuina se ha detenido.

MARTÍNEZ.— (*Con sorpresa.*) ¿Qué...? ¿Detenido? (*Desplegando el anteojo y mirando hacia la costa.*) Ya veo la señal... Efectivamente, Macuina se ha detenido. Que se les conteste inmediatamente izando la banderola en el bauprés. ¿Qué hace Keleken?

CAÑIZARES.— Keleken viene hacia el "San Carlos", mi comandante.

MARTÍNEZ.— (*Dejando de mirar por el anteojo.*) ¡Muy bien! Que icen la banderola. ¡Rápido!

CAÑIZARES.— A sus órdenes, mi comandante. (*Sale corriendo.*)

PADRE LÓPEZ.— (*Mirando por un ventanal del foro.*) Comandante, Yukua está subiendo a bordo.

MARTÍNEZ.— Sí, ya la veo, padre. (*Pausa y como pensando en voz alta.*) ¿Por qué se habrá detenido Macuina...? (*Mirando hacia la costa.*) Más señales... (*Cerrado a los espectadores y mirando por el anteojo hacia la costa.*) ¿Qué...?

CAÑIZARES.— (*Entrando precipitadamente.*) Mi comandante, Macuina da media vuelta y se aleja. Los exploradores...

MARTÍNEZ.— (*Que sigue mirando por el anteojo.*) Sí, Cañizares, lo estoy viendo... Efectivamente, Macuina se aleja. (*Pausa.*) ¿Dónde está Keleken?

CAÑIZARES.— Keleken está a punto de llegar al "San Carlos", mi comandante.

MARTÍNEZ.— (*Dejando de mirar por el anteojo y como pensando en voz alta.*) Keleken está aquí; Macuina se va... ¿Qué está pasando aquí...? ¿Me está entregando Macuina a Keleken...? (*Alzando la voz y mirando rápidamente por el anteojo hacia la costa.*) ¿O es la capa...?

YUKUA.— (*Entrando con las vestiduras totalmente empapadas.*) ¡Es la capa, es la capa! *Keleken caxasil Claco, Claco cathlatic.*

MARTÍNEZ.— (*Con sorpresa y confusión.*) ¿Qué...?

PADRE LÓPEZ.— (*Dando unos pasos en la dirección de Yukua, y con los brazos extendidos.*) Comandante, dice que Keleken mató a su hermano Claco...

YUKUA.— *Clilitac mamati clush; clilitac quatlác sihatas pushak.* (*Se arroja llorando a los brazos del padre López.*)

PADRE LÓPEZ.— Comandante, dice que la capa de plumas es anuncio de paz, pero con la piel de nutria y el carcaj significa declaración de guerra.

MARTÍNEZ.— (*Con total sorpresa.*) ¿Entonces...?

PADRE LÓPEZ.— Sí, comandante, ha...

MARTÍNEZ.— Ha engañado a Macuina...

PADRE LÓPEZ.— (*Abrazando a Yukua que llora convulsivamente.*) Sí, comandante, ha engañado a Macuina...

MARTÍNEZ.— (*Acercándose a Yukua y acariciándola suavemente el cabello.*) Muchas gracias, mi querida amiga, muchas gracias. (*Pausa y a Cañizares con rabia.*) ¿Dónde está Keleken?

CAÑIZARES.— (*Asomándose por un cuartel de la derecha.*) Está al pie de la escala del "San Carlos", mi comandante.

MARTÍNEZ.— (*A Mendofia.*) ¡Dispuesta la lancha!

MENDOFIA.— (*Gritando.*) ¡Dispuesta la lancha!

VOZ EN OFF.— ¡Lancha dispuesta, señor!

MARTÍNEZ.— (*Asomándose por un cuartel de la derecha y gritando.*) ¡Keleken, *chocó!* ¡Keleken, ven aquí!

VOZ EN OFF.— ¡Martínez, *pushak!*

MARTÍNEZ.— (*Gritando.*) ¿*Pushak?*

VOZ EN OFF.— ¡*Pushak*, Martínez, *pushak*!

MARTÍNEZ.— (*Gritando.*) ¡Alto, Keleken! ¡Keleken, *winnapi*!

VOZ EN OFF.— ¡Martínez, *pushak*!

MARTÍNEZ.— (*Con la pistola en la mano.*) ¡Atención de la lancha! (*Haciendo un disparo a través de un ventanal de la derecha.*) ¡Fuego!

(*Tan pronto haya disparado Martínez, se oirá la descarga cerrada de una veintena de fusiles.*)

MARTÍNEZ.— (*A todos y en voz alta.*) Nunca quiso entender que los compromisos se hacen para ser cumplidos, y por eso siempre actuó traidoramente. Ahora, muerto el traidor, se acabó su causa. (*A Mendofia.*) ¡Arrien bandera de combate!

MENDOFIA.— (*Gritando.*) ¡Arrien bandera de combate!

VOZ EN OFF.— ¡Arriando bandera de combate, señor!

MARTÍNEZ.— ¡Permanezcan en sus puestos!

MENDOFIA.— (*Gritando.*) ¡Permanezcan en sus puestos!

VOZ EN OFF.— ¡Todos en sus puestos, señor!

MARTÍNEZ.— (*A Cañizares.*) ¡Desate a los capitanes Colnett y Hudson!

CAÑIZARES.— ¡Sí, señor!

MARTÍNEZ.— (*Situándose detrás de su mesa.*) Como habrán podido comprobar los capitanes Colnett y Hudson, en las naves de Su Majestad Católica, las cosas imposibles se hacen en el acto y con los milagros se tarda un poco más. (*Señalando las dos sillas a Colnett y Hudson.*) ¡Siéntense, caballeros!

(*Al tomar asiento Colnett y Hudson, y estando todavía Martínez de pie, comienza a bajar lentamente el*

Telón.)

Todos, todos vienen hacia San Antonio



“Uniforme, armas, montura e impedimenta de los húsares de Texas en acción de guerra”. Archivo General de Indias (Sevilla).

PERSONAJES
por orden de aparición

VICENTE FLORES.— Alférez de las Milicias de Texas. Destinado en San Antonio. (54 años).

MIGUEL REINA.— Sargento de las Milicias del Nuevo Reino de León. Destinado en Texas y residente en San Antonio. (31 años).

JUAN BAUTISTA CASAS.— Capitán retirado de las Milicias de Nuevo Santander. Residente en San Antonio. (36 años).

GUADALUPE YANAS.— Mestiza y asistenta ocasional del capitán don Juan Bautista Casas. Natural y residente en San Antonio. (18 años).

ANTONIO SÁENZ.— Teniente de las Milicias de Nuevo Santander. Destinado en Texas y residente en San Antonio. (36 años).

JUAN JOSÉ MANUEL VICENTE ZAMBRANO.— Subdiácono del Nuevo Reino de León. Natural y residente en San Antonio. (39 años).

FRAY JUAN SALAZAR.— Presbítero franciscano de la provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán. Embajador de don Miguel Hidalgo y Costilla. De paso por San Antonio. (43 años).

ACTO PRIMERO

Escenario:

(Izquierda y derecha las del espectador. Estamos en el despacho militar que el gobernador de Texas, en San Antonio, tiene en el edificio "Casas Reales". Al fondo, en el telón de foro, hay tres grandes ventanas practicables con sus visillos, encima de las cuales se han colocado simétricamente dos lámparas y, entre ellas, un gran crucifijo. Debajo de las ventanas, y ocupando toda la base del telón de foro, hay un armario de un metro de altura sobre el que reposan tres lámparas, algunos libros y diversos legajos. En la parte izquierda-arriba del escenario está la puerta de entrada, al lado de la cual se ha puesto un perchero, y más abajo hay una chimenea en la que arden gruesos troncos de álamo. En la parte derecha-arriba hay una escribanía con su silla y una bandera española con basa, y más abajo está la mesa de despacho del gobernador con su sillón y dos sillas. Sobre cada una de las mesas hay una lámpara, un crucifijo y diversos documentos.)

* * *

(Lugar:— San Antonio de Béjar (Provincia de Texas). Despacho militar del gobernador en "Casas Reales".

Fecha:— Martes, 22 de enero de 1811.

Hora:— Faltan pocos minutos para las siete y media de la mañana.)

* * *

(Al levantarse el telón todas las lámparas del escenario estarán encendidas. El alférez Vicente Flores, en cuclillas y cerrado a los espectadores, está sacando del arma-

rio documentos que hojea rápidamente y que vuelve a colocar en el mismo sitio. Simultáneamente el sargento Miguel Reina está registrando los cajones de la mesa de despacho.)

FLORES.— (*Examinando unos documentos.*) Nada, nada; aquí no hay nada.

(El sargento Reina recoge de debajo de la mesa un pequeño cuaderno de tapas negras.)

FLORES.— (*Que sigue examinando los documentos.*) Nada, nada... (*Colocando los documentos en el armario.*)

(El sargento Reina aparta las dos sillas y levantando por un extremo la mesa de despacho la desplaza, hasta casi ponerla paralela al bambalín, y la vuelve a colocar en su posición inicial.)

FLORES.— (*Que hojea otro legajo de documentos.*) Nada, nada. Esta también es documentación de trámite. (*Colocando los documentos en el armario.*) ¿Has encontrado algo, sargento?

REINA.— (*Que está tratando de leer la primera página del cuaderno.*) Sí, alférez Flores; creo que este cuaderno puede ser interesante. (*Se acerca a Flores, que ya se ha puesto en pie, y se lo entrega.*)

FLORES.— (*Abriendo el cuaderno.*) A ver...

REINA.— ¿Es la letra del gobernador Salcedo, mi alférez?

FLORES.— (*Sin levantar la mirada del cuaderno.*) Sí, Reina; es su letra...

REINA.— ¿Es importante, mi alférez?

FLORES.— (*Pasando páginas del cuaderno.*) Sí, creo que sí, sargento. ¿Dónde lo has encontrado?

REINA.— Debajo de la mesa, mi alférez. Creo que cuando le apresamos lo dejó caer al suelo, y después lo empujó con el pie hasta casi meterlo debajo de la mesa.

FLORES.— (*Sin levantar la mirada del cuaderno.*) Aquí hay datos importantes que tenemos que...

CASAS.— (*Entrando y con tono triunfal.*) ¡Ya están todos encerrados en El Álamo!

(*Se quita rápidamente los guantes y el sombrero, y los arroja sobre la mesa de despacho.*)

REINA.— (*Cuadrándose y con emoción.*) Capitán Casas, éste es un día importante para México.

FLORES.— (*Dirigiéndose hacia Casas con los brazos abiertos.*) ¡Juan!

CASAS.— ¡Compañero! (*Se abrazan.*)

FLORES.— ¿Ha ido todo bien?

CASAS.— Perfectamente. Todos están ya encarcelados. (*A Reina.*) ¡Un abrazo, sargento Reina!

REINA.— (*Casi llorando y abrazando también a Casas.*) ¡Mi capitán!

CASAS.— Teníais que haber visto la cara de Salcedo cuando le ponían los grillos...

FLORES.— (*Deshaciendo el abrazo.*) Juan, acércate al fuego...

CASAS.— (*Frotándose las manos ante la chimenea.*) La tenía más blanca que la nieve. (*Pausa.*) Y miraba fijamente a los soldados de la escolta, repitiendo una y otra vez: "Ya veremos cómo acaba esto. Esto no se acaba aquí..."

FLORES.— ¿Le saludó la tropa como cuando le detuvimos aquí?

CASAS.— Sí, sí; ya sabes que la tropa estaba avisada, y tan pronto llegamos a la entrada de El Álamo se formó la guardia con las armas a la funerala; y después el herrero le pidió perdón mientras le ponía los grillos. (*Pausa y con ironía.*) No quiero que piense nadie que, en momentos como éste, no soy protocolario.

FLORES.— ¿Y Simón Herrera...?

CASAS.— El teniente coronel Herrera estaba lívido de rabia, y tan pronto le desatamos las manos comenzó a golpear a todo aquel que encontraba por delante. Me llamó traidor y me insultó en francés, hasta que le

pegamos varios culatazos para poderlo encadenar; y allí se quedó bramando y llamándonos a todos gitanos americanos.

FLORES.— Sí, no me extraña; es su insulto predilecto cuando se enfurece. (*Pausa.*) Para él todos los nacidos en América somos "gitanos americanos".

CASAS.— (*Con burla y ahuecando la voz.*) Ten en cuenta que él es canario, y que, según su manera de pensar, el que ha nacido en Canarias ha sido parido en el Paraíso...

FLORES.— (*Con rapidez.*) Por fortuna también tenemos canarios cabales que nos han ayudado mucho en...

CASAS.— (*Interrumpiéndole.*) Sí, sí, Vicente; pero éste no lo es. Este es un pájaro de cuidado; que al igual que el gobernador Salcedo, no quiere entender que la Revolución acaba de triunfar en San Antonio; y que antes de quince días toda la provincia de Texas habrá abrazado la causa de don Miguel Hidalgo.

REINA.— Perdón, mi capitán; ¿le preparo algo para desayunar?

CASAS.— Sí, Reina, prepara algo para los tres. (*Pausa.*) Aquí detrás, en el cobertizo, está Gabino Delgado vigilando la descarga de los víveres que Salcedo había preparado para su huída. (*Pausa.*) ¡Ah!, y elige tú mismo las tres mejores botellas de vino, porque tenemos que comenzar el día celebrando este acontecimiento como se merece. (*Dándole un golpecito cariñoso en el hombro.*)

REINA.— (*Cuadrándose y con gesto de agradecimiento.*) A sus órdenes, mi capitán; lo preparo todo en el acto. (*Sale.*)

CASAS.— (*Señalando el armario.*) ¿Has encontrado algo, Vicente?

FLORES.— Sí, acabamos de encontrar, debajo de la mesa, este cuaderno con anotaciones muy esquemáticas... (*Se lo entrega.*)

CASAS.— (*Abriendo el cuaderno y leyendo a media voz.*) "Tres de diciembre de 1810; Jiménez en San Luis de Potosí. Seis de diciembre; Jiménez en Venado". (*Levantando un momento los ojos y mirando a Flores.*) Se refiere a don José Mariano Jiménez, General de las Américas y mano derecha de Hidalgo...

FLORES.— Sí, eso parece...

CASAS.— (*Que sigue leyendo.*) "Ocho de diciembre; Jiménez en Charcas. Quince de diciembre; Jiménez en Matehuala con siete mil hombres. Siete de enero de 1811; Jiménez derrota a Cordero en Aguanueva. Ocho de enero; Jiménez entra en Saltillo. Quince de enero; Jiménez envía a Carrasco a Monterrey". (*Sin levantar la mirada del cuaderno.*) Este será el coronel Juan Bautista Carrasco...

FLORES.— (*Con rapidez.*) Sí, seguro; porque Carrasco anda con Jiménez desde la caída de Guanajuato.

CASAS.— (*Pasando algunas páginas del cuaderno.*) Aquí hay más noticias. (*Leyendo.*) "Dieciséis de enero; Royuela apresado en Presidio de Río Grande. Robado por los capitanes Elizondo y Menchaca". (*Sin levantar la vista del escrito.*) Este Royuela sólo puede ser Manuel Royuela, el tesorero de las Cajas Reales de Saltillo. (*Pausa; levantando la mirada y con sorpresa.*) ¿Y qué podía estar haciendo en Presidio de Río Grande el recaudador de los impuestos de las Provincias Internas Orientales?; ¿qué hacía allí?; ¿por qué estaba allí, Vicente?

FLORES.— Pues porque...

CASAS.— (*Alzando la voz y con alegría.*) Pues porque huía, Vicente; porque huía con los fondos de las Cajas Reales.

FLORES.— Sí, Juan; pero no sabemos si huía porque había robado el dinero, o si huía con el dinero porque le perseguían los nuestros.

CASAS.— Las dos cosas, Vicente. Queda claro que Royuela estaba escapando de Jiménez y robando al mismo tiempo los fondos de las Cajas Reales de Saltillo, hasta que fue detenido por los patriotas en Presidio de Río Grande. (*Pausa y con desprecio.*) Esta gentuza sólo piensa en robar...

FLORES.— (*Intentando pasar una hoja del cuaderno.*) Mira a ver si hay más noticias...

CASAS.— (*Pasando una hoja.*) Aquí hay más... (*Leyendo.*) "17 de enero; el brigadier Pedro de Aranda llega a Monclova". (*Pausa.*) ¿Lo ves? Aranda está ya en Monclova, por eso escapaba Royuela. (*Pausa y pasando algunas hojas.*) Aquí... (*Leyendo.*) "8 de enero; el obispo Marín de Porras sale de

Monterrey con dirección a Laredo y con intención de viajar hasta San Antonio y Luisiana". (*Mirando otras hojas.*) Ya no hay más...

FLORES.— (*Cogiendo el cuaderno con nerviosismo y mirándolo con detenimiento.*) Pero esto es extraordinario...

CASAS.— (*Con alegría.*) Sí, Vicente, sí; estas noticias son maravillosas. Nosotros conocíamos la derrota de Cordero en Aguanueva y la entrada de Jiménez en Saltillo; pero no sabíamos que el tesorero Royuela hubiese huido; ni que el brigadier Aranda estuviese ya en Monclova; ni que el obispo...

FLORES.— Hubiese huido de Monterrey.

CASAS.— (*Alzando la voz.*) Todos, todos huyen; es la desbandada, Vicente. (*Pausa.*) Han caído ya definitivamente las provincias de Coahuila, Nuevo Reino de León y Nuevo Santander, y ahora nosotros nos hemos apoderado de San Antonio. Todo el norte oriental de México está en manos de la Revolución; y por algunas de estas noticias, cuyas fechas indican que acaban de llegar hace uno o dos días, es casi seguro que las avanzadillas de Jiménez estarán a punto de llegar hasta aquí...

FLORES.— (*Exhibiendo el cuaderno.*) Esto justifica el que Salcedo quisiese escapar cuanto antes de San Antonio...

CASAS.— (*Asintiendo varias veces con la cabeza.*) Naturalmente, Vicente, naturalmente; y le hemos apresado en el momento oportuno; cuando ya se veía prácticamente a caballo y camino de Luisiana...

FLORES.— ¡Y cómo negaba; diciendo, una y mil veces, que no pretendía fugarse de San Antonio! (*Arroja el cuaderno sobre la mesa de despacho.*)

CASAS.— Sí, lo negaba; pero ya ves que era cierto que quería escapar...

FLORES.— Casi llegó a convencerme de que no...

CASAS.— (*Interrumpiéndole.*) Sí, sí. (*Pausa.*) Lo que yo te quiero decir es que es posible que los hombres de Jiménez lleguen aquí dentro de pocas horas; y que lo que les debemos dejar bien claro es que hemos sido nosotros los que nos hemos levantado contra el gobernador Salcedo, y quienes hemos apresado a todos los jefes militares que se encontraban en San Antonio y no simpatizaban con la Revolución.

FLORES.— (*Con rapidez.*) Sí, nosotros somos los que hemos ganado San Antonio para la causa de Hidalgo.

CASAS.— (*Con firmeza.*) Y no entregaremos la ciudad a nadie más que al general revolucionario que haya invadido Texas.

FLORES.— Sí; la debemos entregar a alguien que tenga mucho peso ante Hidalgo.

CASAS.— Exactamente; no quiero que cualquier coronel recién ascendido pretenda llevarse nuestro éxito...

FLORES.— Tenemos que entregar San Antonio al general Jiménez o al brigadier Aranda...

CASAS.— Sí, sí, Vicente. (*Pausa.*) Dile a Reina que venga.

FLORES.— Ahora mismo. (*Sale rápidamente.*)

(*En los pocos segundos que Flores esté fuera del escenario, Casas se quitará su capa y la colgará en el perchero.*)

FLORES.— (*Entrando seguido de Reina.*) Aquí está Reina.

REINA.— (*Cuadrándose.*) ¡A sus órdenes, mi capitán!

CASAS.— Reina, dile al sargento Trinidad Pérez que comunique verbalmente al teniente Escamilla y a los alféreces Tarín, Falcón y Montelongo que se mantengan en sus puestos, controlando cada uno los barrios de Valero, Laredo, Norte y Sur, y que no dejen a nadie salir de sus distritos hasta nueva orden. Dile también que avise al teniente Sáenz de que se presente aquí inmediatamente.

REINA.— A sus órdenes, mi capitán. (*Haciendo intención de irse.*)

CASAS.— Un momento, Reina. (*Coge el cuaderno de la mesa de despacho.*) Ninguno de vosotros ha visto este cuaderno. (*Se dirige a la chimenea y lo arroja al fuego.*) No quiero que piensen que nos hemos sublevado contra Salcedo porque sabíamos que el general Jiménez está a punto de llegar aquí.

REINA.— (*Muy sorprendido.*) ¿El general Jiménez a punto de llegar a San Antonio?

CASAS.— Sí, Reina; pero esto lo sabemos solamente nosotros tres. (*Pausa.*) Y en este momento ya lo hemos olvidado. ¿Entendido?

REINA.— ¡Sí, capitán Casas! ¡Ya lo he olvidado! ¡A sus órdenes, mi capitán! (*Sale.*)

CASAS.— Hay que mandar urgentemente noticias a Presidio de Río Grande para que sepan que hoy, veintidós de enero de 1811, a las seis de la mañana la Revolución ha triunfado en San Antonio, y que todos los oficiales realistas han sido detenidos y encarcelados. (*Pausa y mirando su reloj de bolsillo.*) Y que en estos momentos, a las siete y media de la mañana, estamos deteniendo a todos los europeos y confiscándoles sus bienes. (*Pausa.*) Encárgate tú de esto.

FLORES.— Está bien. ¿Cuántos hombres mando?

CASAS.— Manda dos parejas con una diferencia de una hora.

FLORES.— Bien; voy a hacer el parte de guardias, y dentro de una hora mando la primera pareja.

CASAS.— Yo voy a mandar al teniente Sáenz, como representante de los militares, y a Francisco Travieso, como representante de los rancheros, a Nacogdoches para que arresten a todos los europeos y especialmente para que detengan al teniente coronel Cristóbal Domínguez, que, en estos momentos, es el nuevo comandante de la frontera con Luisiana...

FLORES.— ¿Cuántos hombres llevarán?

CASAS.— Diez cada uno. (*Pausa.*) ¿Serán suficientes?

FLORES.— Sí, creo que sí. (*Pausa.*) También deberíamos mandar a alguien a Bahía del Espíritu Santo...

CASAS.— Sí, ya lo había pensado. Irá el capitán José Agabo de Ayala a detener al comandante de Bahía...

FLORES.— (*Interrumpiéndole.*) Estoy pensando que los emisarios que mandemos a Presidio de Río Grande podrían bajar también hasta San Agustín de Laredo y avisar al capitán...

CASAS.— (*Interrumpiéndole.*) No, Vicente, no; de ninguna manera. El comandante de San Agustín de Laredo es el maldito capitán Díaz de Bustamante, y ese sujeto es capaz de vender a su padre por un plato de frijoles. He sido su socio en algunos negocios y le conozco bien. Es realista y todo lo que pueda hacer contra la Revolución lo hará, y si de paso me perjudica a mí, lo hará con más gusto. (*Pausa.*) Debe saber muchas cosas de personas muy importantes porque, a pesar de ser un estafador declarado, lleva más de veinte años en el cargo.

FLORES.— Como tú digas...

CASAS.— Ahora deja de examinar la documentación. El sargento Reina seguirá con la revisión más tarde; pues yo creo que, con lo que hemos encontrado, ya tenemos una idea aproximada de lo que está ocurriendo por el río Grande, que es por donde, de momento, nos pueden llegar los problemas a San Antonio.

FLORES.— Estábamos revisando los cartapacios del armario porque tú nos lo habías ordenado, pero te puedo decir que se trata de documentación de trámite, referente al gobierno militar de la provincia...

CASAS.— Sí, lo imaginaba. (*Pausa.*) Sabía que no íbamos a encontrar la correspondencia confidencial; pues desde el momento en que Montelongo asaltó la casa de Salcedo y no encontró ninguna documentación, pensé en el acto que se la había llevado su mujer ayer por la tarde, cuando salió para Luisiana.

FLORES.— ¿Y no la podríamos alcanzar...?

CASAS.— No, no lo creo; pero lo voy a intentar. (*Pausa.*) Presencí su salida y vi que llevaba una reata de doce mulas con una carga que podría ser transportada en cinco caballos...

FLORES.— Está claro que no se va a detener en el camino...

CASAS.— Sí; solamente se detendrá lo indispensable, porque además lleva también quince caballos de refresco.

FLORES.— Me dijeron que salió con ocho criados...

CASAS.— (*Interrumpiéndole.*) No, Vicente; salió con once criados de la máxima confianza, y es posible que en el camino se le puedan unir algunos

más... Tampoco sabemos si se dirige a casa de Murphy, el cónsul español en Nueva Orleans, o si va a Natchitoches, donde Salcedo pasó algún tiempo antes de venir a Texas. (*Pausa.*) Perseguirla es casi inútil porque no sabemos el rumbo que habrá tomado una vez que se viera en campo abierto; pero, a pesar de todo, cuando esta tarde salgan Sáenz y Travieso les daré las instrucciones oportunas para que no dejen de inspeccionar el terreno a ver si encuentran sus huellas, y podamos, al menos, saber hacia qué punto de Luisiana se dirige.

FLORES.— ¿Y por qué no salen ahora mismo Sáenz y Travieso?

CASAS.— Pues porque hace tan sólo hora y media que hemos detenido al Gobernador, y hay que dar tiempo al tiempo. Todos los asuntos están cerrados, pero aún hace falta poner encima el pie para que no se abran.

FLORES.— Si tú crees que es un poco precipitado...

CASAS.— (*Interrumpiéndole y con firmeza.*) Sí, es un poco precipitado. (*Pausa y sacando un documento de uno de los bolsillos superiores de su guerrera.*) Como quiero mandar esta mañana, sin falta, una carta a don Miguel Hidalgo contándole todo lo ocurrido aquí, te voy a leer los nombres de los detenidos, con su graduación y destino, para que me confirmes que tengo bien los datos. (*Desdoblando el documento y leyendo.*) "Detenidos: Manuel Salcedo, teniente coronel y gobernador de la provincia de Texas; Simón Herrera y Leyva, teniente coronel y comandante de las milicias del Nuevo Reino de León y de Nuevo Santander destacadas en Texas; Jerónimo Herrera, capitán de las milicias del Nuevo Reino de León; Joaquín de Hugarte, capitán del fuerte de San Fernando; Juan Ignacio Arrambide, capitán de la Compañía Volante de Parras; Juan Martín de Echavarría, capitán de las milicias de Nuevo Santander; José Goceascoechea, capitán de las milicias de Nuevo Santander; Gregorio Amador, teniente de las milicias de Nuevo Santander, y José Bernardino Montero, capitán de las milicias de Nuevo Santander". (*Levantando la mirada.*) Todos españoles y realistas; menos el último, Montero, que es criollo, pero más realista que todos los demás. (*Pausa.*) ¿Estás de acuerdo?

FLORES.— Sí, los datos son correctos.

CASAS.— (*Doblando y guardándose el documento.*) Sobre las personas que hemos llevado a cabo el levantamiento en San Antonio, citaré en primer lugar a los cuatro alféreces: Vicente Flores, Vicente Tarín, Pedro Falcón y

Francisco Montelongo; después a los tres sargentos: Miguel Reina, Trinidad Pérez y Pedro Rodríguez; y, por último, a los dos paisanos: Francisco Travieso y Gabino Delgado. (*Pausa.*) A ti, Vicente Flores, te pondré en primer lugar y te señalaré como mi hombre de confianza. ¿De acuerdo?

FLORES.— Muchas gracias, Juan. (*Pausa.*) Pero, ¿no vas a hacer referencia al intento de rebelión que protagonizaron, el día 15 de este mes, los tenientes Sáenz y Escamilla?

CASAS.— No, no; aquello fracasó...

FLORES.— Pero intentaron apresar a Salcedo; y además era conocido por todos que los iba a fusilar en El Álamo, antes de huir a Luisiana...

CASAS.— Vicente, esos rumores los creamos nosotros para que se indignase la tropa y se pusiese de nuestra parte...

FLORES.— Sí, pero la verdad era que Salcedo tenía realmente el propósito de pasar por las armas a Sáenz y a Escamilla, antes de que nosotros hubiésemos creado esos rumores...

CASAS.— Mira, Vicente; ni Sáenz ni Escamilla contaron con nosotros. (*Pausa.*) Yo también me enteré el día 13 de la derrota del coronel Cordero en Aguanueva, y de que, por lo tanto, se estaba desplomando la causa realista en el norte oriental de México. Yo os pedí calma a todos y os dije que teníamos que esperar unos días; y os avisé también de que Salcedo estaría muy atento a todo lo que se moviese en San Antonio, y que sería muy peligroso intentar poner a la tropa contra él en esos momentos. (*Pausa.*) ¿Y qué pasó? Pues pasó que solamente tú, Tarín, Falcón y Travieso me prometisteis que me haríais caso; pero Sáenz y Escamilla no me quisieron ni escuchar y se fueron por su lado, porque creían que podían sacar provecho de los acontecimientos favorables de esos momentos; y entraron aquí, en este despacho, como si fuera tierra dominada; y aquí, aquí mismo, los esperaba Salcedo con su guardia de confianza y les detuvo como a dos colegiales. (*Pausa.*) Vicente, estos dos se precipitaron, o dicho de otro modo: la avaricia rompió el saco.

FLORES.— Yo reconozco que tienes razón en...

CASAS.— (*Con firmeza.*) ¡Claro que tengo razón, Vicente! La tengo; y no tengo por qué citarles en el alzamiento de hoy. (*Pausa.*) A estos dos

quiero quitármelos de encima para que no me atosiguen con sus continuas intrigas; y para que no sospechen y vean que les considero muy afectos a la causa revolucionaria les he asignado dos comisiones importantes: Sáenz saldrá esta tarde con Travieso hacia Nacogdoches, y Escamilla está ya al mando del barrio de Valero y de la cárcel de El Álamo, en donde tiene su puesto de mando; y así, de momento, los tengo a los dos lo más lejos posible de estas "Casas Reales".

FLORES.— ¿Y con los españoles, y el francés Labarra, que apoyaron a Sáenz y fueron detenidos...?

CASAS.— (*Con rapidez.*) ¿Qué es lo que pasa con los españoles detenidos y Labarra?

FLORES.— Digo que si les vas a apresar y confiscar sus bienes...

CASAS.— No, Vicente, no les apresaré; pero les confiscaré sus bienes para ayuda de la causa revolucionaria. (*Pausa.*) Aquí van a pagar todos los españoles el daño que hicieron a México durante siglos.

FLORES.— ¿No te estarás extralimitando un poco en tus apreciaciones? (*Pausa.*) Entre los españoles hay de todo: buenos y malos. Tú mismo tienes amigos...

CASAS.— (*Interrumpiéndole.*) Sí, es cierto, Vicente. Tú sabes bien que los dos tenemos amigos españoles, y, precisamente por eso, debemos obrar con todos de la misma manera. No quiero que se pueda decir que la Revolución oprime a unos y dispensa a otros.

FLORES.— No te estarás convirtiendo en juez de...

CASAS.— (*Interrumpiéndole y con firmeza.*) No, Vicente, no; no me estoy convirtiendo en juez de nada; y por eso me limito a realizar lo que se hace en todos los lugares en donde se asienta la Revolución; y prueba de ello es que tan pronto como se haya detenido a los españoles que están de servicio fuera de San Antonio, los enviaré a Presidio de Río Grande para que sean entregados a las altas instancias revolucionarias y juzgados como se merecen. (*Pausa.*) Y, precisamente, quiero que seas tú, como persona de mi mayor confianza, quien conduzcas la cuerda de presos.

FLORES.— Si tú crees que debo ir yo...

CASAS.— Sí; y no quiero que tardes más de tres o cuatro días en la conducción.

REINA.— (*Entrando.*) Orden cumplida, mi capitán.

CASAS.— Está bien, Reina. Acércate en un momento al Ayuntamiento y dile a Francisco Travieso que te dé las copias del censo de ranchos; y que les comunique a los síndicos Arocha, Montes, Leal y Salinas que se presenten aquí a las cuatro de la tarde. (*Pausa.*) Cuando vuelvas desayunaremos.

REINA.— Sí, mi capitán; a sus órdenes. (*Sale.*)

CASAS.— Vicente, quiero que tan pronto como sea posible se pongan seis hombres, con cuatro caballos cada uno, en el cruce del arroyo Hondo con el "Camino Real", para que detengan a toda persona que se acerque a San Antonio por el Oeste. Esta guardia patrullará día y noche y me dará la novedad cada ocho horas. (*Pausa.*) Pásale la orden a Tarín, que es quien se encarga de esa zona, y dile que la guardia deberá estar montada esta tarde a las seis. (*Pausa.*) Vete y comunícale la orden ahora mismo. Su puesto de mando está aquí cerca, en la Plaza Militar.

FLORES.— Bien, Juan; vuelvo en el acto.

CASAS.— Y si no está, déjale una nota; pero tú vuelve ahora mismo, porque te necesito aquí.

FLORES.— Está bien; vuelvo ahora mismo. (*Sale.*)

(*Tan pronto haya salido Flores entrará en escena Guadalupe.*)

GUADALUPE.— (*Entrando y con voz emocionada.*) ¿Qué está pasando?; ¿por qué estás aquí?; me han dicho que has apresado al Gobernador...

CASAS.— (*Sorprendido.*) ¿Qué haces tú aquí?; ¿por qué no estás atendiendo a doña María?; ¿cómo te han dejado venir desde la calle de la Acequia...?

GUADALUPE.— (*Elevando más la voz.*) Pues no ha sido fácil... Unos soldados me detuvieron y me llevaron ante el alférez don Pedro Falcón, quien, al saber que era tu asistenta, me proporcionó una escolta de soldados que me ha traído hasta aquí.

CASAS.— (*Muy enojado.*) He dado órdenes de que nadie, absolutamente nadie, salga de su casa; y menos de que se pueda trasladar alguien de un barrio a otro.

GUADALUPE.— No te veía desde ayer por la mañana. (*Pausa.*) Esta madrugada he visto muchos hombres corriendo por la calle y gritando contra el Gobernador... Tenía miedo, y doña María Saucedo estaba muy asustada y me ha pedido que averiguara lo que sucedía...

CASAS.— ¿Cómo está doña María?

GUADALUPE.— Está casi inconsciente y toda la noche ha tenido grandes dolores. (*Pausa.*) Ahora parece que se acaba de dormir...

CASAS.— ¿Y cómo has dejado sola a doña María...?

GUADALUPE.— (*Con rapidez.*) No se ha quedado sola; la está cuidando mi hermana Gertrudis.

CASAS.— ¿Tu hermana...?

GUADALUPE.— Sí, mi hermana; que vino ayer por la tarde, huyendo de su marido...

CASAS.— ¡Que, como siempre, estaría borracho!

GUADALUPE.— (*Bajando la voz.*) Sí; estaba borracho...

CASAS.— Menuda joya se ha cogido tu hermanita...

GUADALUPE.— Está enfermo...

CASAS.— ¿Enfermo? No, no está enfermo. Lo que le pasa es que es un vago y un ladrón. (*Pausa.*) Es un desgraciado que si no está borracho, está robando.

GUADALUPE.— Y tú bien que te aprovechas de ello...

CASAS.— (*Con rapidez.*) ¿Yo? ¿Yo me...? Vete al cobertizo y cuando vaya el sargento Reina le ayudas a preparar la barbacoa. (*Pellizcándola en las nalgas.*) ¡Muévete!

GUADALUPE.— (*Dándole un puñetazo en el brazo.*) Déjate de... (*Al salir casi se tropieza con el teniente Sáenz que quiere entrar.*)

SÁENZ.— (*Entrando.*) ¡Mi capitán!

CASAS.— Pasa, teniente Sáenz, pasa. (*Se abrazan dándose palmaditas en la espalda.*) Hoy es un día feliz para Texas; los patriotas nos hemos liberado de las garras de los opresores españoles. (*Separándose.*) Cuando os liberamos me pareció que estabais todos bien...

SÁENZ.— Todos estamos bien, mi capitán; excepto Farias, el carnicero, que está siendo atendido por el cirujano en el Hospital Militar...

CASAS.— Don Jaime le atenderá bien...

SÁENZ.— Sí, eso esperamos; porque la herida en el brazo es...

CASAS.— ¿Se le agravó la herida?

SÁENZ.— Sí, se le infectó y es posible que se le tenga que amputar el brazo urgentemente.

CASAS.— Lo siento mucho; pero confío en que don Jaime Garza logre curar a nuestro amigo.

SÁENZ.— Yo también confío en ello... ¿Cómo se encuentra la hermana de Saucedo? La última noticia que nos llegó a la cárcel era que estaba muy grave...

CASAS.— Sí, por desgracia, está muy mal. La están atendiendo mi asistente Guadalupe y su hermana Gertrudis. (*Pausa.*) Precisamente, en este momento, ha llegado Guadalupe para decirme que había pasado muy mala noche y que se acababa de quedar dormida.

SÁENZ.— Lo siento. Es una pena; pero parece que su enfermedad no tiene remedio...

CASAS.— Eso es lo que opina don Jaime...

SÁENZ.— ¿Se sabe algo de quién nos pudo traicionar la semana pasada?

CASAS.— No, no hemos averiguado nada. (*Pausa.*) Desde el día 15 en que os detuvieron, lo único que hemos podido hacer es formar un grupo de absoluta confianza para derribar al Gobernador y liberaros de la cárcel. Pero, tan pronto tengamos toda la provincia de Texas bajo control, abriré una investigación para ver si hay algún garbanzo negro entre los nuestros.

SÁENZ.— Sí, hay que saber quién fue...

CASAS.— Ahora que nos hemos hecho cargo de San Antonio la investigación puede esperar, porque hay otros asuntos de primera necesidad que debemos llevar a buen término; y, en realidad, sólo me puedo fiar de unos pocos, y, especialmente, de aquellos que he sacado de la cárcel.

SÁENZ.— Todos te estamos muy agradecidos. Hasta nosotros llegó la noticia de que el Gobernador se quería marchar, y que antes de hacerlo nos iba a fusilar a Escamilla y a mí. (*Pausa.*) Por eso te estamos muy agradecidos y nos ponemos a tu disposición incondicionalmente.

CASAS.— Ya lo sé, ya lo sé. Pero más que a mí se lo tienes que agradecer a unos cuantos alféreces y sargentos, que fueron los que me animaron a levantarme contra los españoles, que quieren entregar este país a los franceses.

SÁENZ.— Gracias, otra vez, en nombre de todos.

CASAS.— Por favor, no insistas más en eso. (*Pausa.*) Como veo que te encuentras bien te voy a mandar con Travieso a Nacogdoches para que apreséis a todos los españoles, y especialmente al teniente coronel Cristóbal Domínguez, que es el nuevo jefe de la frontera con Luisiana. Saldréis esta tarde, después de comer, porque también quiero que intentéis apresar a la mujer de Salcedo, que salió ayer por la tarde con su hija en dirección a Luisiana. (*Pausa.*) Tú irás con diez hombres por el Norte y Travieso con otros diez por el Sur y os reuniréis en el cruce del "Camino Real" con el río Colorado; después haréis lo mismo y os encontraréis de nuevo en el cruce del "Camino Real" con el río Santísima Trinidad, y desde allí seguiréis juntos hasta entrar en Nacogdoches.

(*Entra en escena el subdiácono Juan José Zambrano, que, por su forma de vestir, más parece un rico hacendado que un religioso. Lleva una fusta colgada de su muñeca derecha, y con ella se golpeará, de vez en cuando, sus botas altas de montar.*)

ZAMBRANO.— ¡Buenos días, señores!

CASAS.— (*En voz baja y con sorpresa.*) Buenos días...

SÁENZ.— (*Estrechándole la mano con fuerza.*) ¡Buenos días, Juan José!

ZAMBRANO.— (*Señalando con la fusta a Casas, y paseando mientras habla.*) Señor capitán Casas, ¿se me puede decir el motivo por el cual no se me ha avisado de esta sublevación contra el indigno gobierno del señor Salcedo?

CASAS.— (*En voz baja y pronunciando las palabras muy lentamente.*) Señor subdiácono; las sublevaciones se preparan entre aquellos que tienen motivos para rebelarse...

ZAMBRANO.— (*Interrumpiéndole y gesticulando con el brazo derecho.*) Justamente lo digo por eso, capitán Casas; justamente por eso lo digo. Pues creo que pocas personas habrá en Texas que hayan sido tan injustamente tratadas, por el gobernador Salcedo, como yo. ¿O debo recordarle que fui encarcelado por ese personaje y más tarde desterrado de esta provincia; y que se opuso a que volviese, y que únicamente gracias a las presiones del brigadier Bonavía pude volver a esta ciudad?

CASAS.— (*Elevando un poco la voz.*) Eso no lo ignoro. Eso lo saben todos los habitantes de San Antonio. (*Pausa.*) Pero usted, señor subdiácono, no fue expulsado una vez de Texas, sino dos; y lo fue no por cuestiones políticas, sino por asuntos que tienen mucho que ver con lo que no es ejemplarizante en un religioso como usted.

ZAMBRANO.— (*De espaldas a Casas.*) Veo que sigue usted insultándome como siempre, capitán Casas; pero esos asuntos que usted maliciosamente sugiere, quedaron claros cuando el obispo Marín hizo las averiguaciones pertinentes, y como resultado de ellas fueron excomulgados el Gobernador y los soldados que me detuvieron.

CASAS.— (*Sin elevar la voz, pero con firmeza.*) Eso no quiere decir nada, señor subdiácono. El obispo Marín cuando excomulgó a Salcedo lo hizo porque invadió su campo de autoridad eclesiástica; y eso no quiere decir que no fuesen ciertas las acusaciones que, en su día, se hicieron contra usted.

ZAMBRANO.— (*En la misma posición y golpeando suavemente con la fusta la mesa de despacho.*) Veo que sigue usted hablando sin ningún respeto de un alto ministro del Señor. Veo que sigue usted haciendo caso de las habladurías malintencionadas, e ignorando los dictámenes de un tribunal eclesiástico.

CASAS.— (*Interrumpiéndole y con firmeza.*) Deje usted en paz a los tribunales eclesiásticos. (*Pausa.*) Aquí en San Antonio todos sabemos quién es el subdiácono Juan José Manuel Vicente Zambrano...

ZAMBRANO.— (*Volviéndose hacia Casas y pronunciando muy lentamente.*) Ya; y aquí, en San Antonio, también sabemos quién es el capitán retirado de las milicias de Nuevo Santander Juan Bautista Casas; ¿o debo darle ya el grado de brigadier, que seguramente le otorgará el general Jiménez?

CASAS.— (*En voz baja y ronca.*) Está usted a punto de colmar mi paciencia...

ZAMBRANO.— (*Dándole la espalda y ahuecando la voz.*) Ser brigadier a los treinta y seis años es el preludio de una gran carrera militar y política...

CASAS.— (*Conteniendo la irritación.*) Me va usted a obligar a que le tenga que detener...

ZAMBRANO.— (*Volviéndose rápidamente y alzando la voz.*) ¿Detenerme? ¿Detenerme a mí que he sido el primer civil de San Antonio que se ha presentado en estas "Casas Reales", con dieciséis vaqueros, para apoyar la Revolución en la que tanto empeño tengo? (*Dirigiéndose hacia la ventana central y levantando uno de los visillos con la fusta.*) Ahí están mis hombres; frente a la iglesia; y todos llevan casaca acorazada, espada ancha, lanza, escopeta y dos pistolas...

SÁENZ.— (*Interponiéndose entre los dos.*) En estos momentos, Juan José, una discusión, donde se está de acuerdo en lo básico, no conduce a nada...

ZAMBRANO.— (*Interrumpiéndole.*) Antonio, las cosas no son tan simples. Mi entrada y mi presencia aquí, en este preciso momento, tienen su razón de ser.

SÁENZ.— ¿Qué quieres decir...?

ZAMBRANO.— Quiero decir que llevo más de media hora en el arroyo de San Pedro esperando a que mi hermano Darío me hiciese una señal,

desde el campanario de la iglesia, avisándome de que una persona de respeto se acercaba a este edificio. *(Pausa.)* Y ahora, al entrar, he descubierto que esa persona eras tú.

CASAS.— ¿Y por qué esperaba usted a que llegase aquí "una persona de respeto"?

ZAMBRANO.— Pues porque no me fío de usted, capitán Casas; y quiero tener un testigo fiable de que he ofrecido mi ayuda a la Revolución.

CASAS.— ¿Por tener un testigo...?

SÁENZ.— *(Conciliador.)* Señores; yo les ruego a los dos que dejen esta discusión para otro momento más oportuno...

ZAMBRANO.— *(Sin hacer caso de Sáenz y señalando a Casas con la fusta mientras habla.)* Sí, por tener un testigo fiable. Porque usted, capitán Casas, me pidió el lunes de la semana pasada, que no hiciese nada en contra de Salcedo; y me prometió que usted y yo coordinaríamos los pasos oportunos, para deponer al Gobernador en la primera ocasión favorable que se presentase; y usted no me ha hecho partícipe de su levantamiento. *(Pausa.)* Y vuelvo a insistir en mi pregunta: ¿por qué no me ha avisado usted?

CASAS.— *(Con fingida calma.)* ¿Y a dónde le debía haber avisado?; ¿a su rancho, que dista de San Antonio más de veinte leguas?

ZAMBRANO.— *(Con suavidad.)* Capitán, usted sabe que desde el lunes, día 14, no me he movido de San Antonio...

CASAS.— *(Con rapidez.)* No, no lo sabía; pero le diré a usted que en hechos como éste se juega uno la vida, y yo pongo la mía en manos de quien quiero. *(Pausa.)* Además no me gustan los curas, y menos los que se meten en política.

ZAMBRANO.— *(Con suficiencia.)* Capitán, usted va sembrando errores por los caminos por donde pasa; y, en este momento, además de negar que sabía usted que me encontraba en mi casa de San Antonio, acaba de afirmar categóricamente que no le gustan los curas que se meten en política; dato muy interesante, que comunicaré por carta a don Miguel Hidalgo.

CASAS.— *(Con rapidez.)* Usted sabe que don Miguel Hidalgo es la excepción que confirma la regla...

ZAMBRANO.— (*Interrumpiéndole y con suficiencia.*) Vuelve usted a equivocarse. (*Pausa.*) Es el clero mejicano quien ha levantado al pueblo contra el mal gobierno; y como ejemplos sirvan el que los legos juaninos Herrera y Villerías fueron los que se apoderaron de San Luis de Potosí; que el presbítero José María Pérez levantó en Venado una compañía de voluntarios y se le concedió el grado de coronel; y que hombres importantes de la Revolución son fray Juan Salazar, fray Gregorio de la Concepción, fray Bernardo Conde, e infinitos más...

SÁENZ.— (*En voz baja y mostrando su enfado con un gesto de manos.*) ¡Señores, cuando tengan ustedes tiempo seguiremos hablando de los asuntos importantes! (*Hace una leve inclinación de cabeza y sale con paso rápido.*)

CASAS.— (*Sin hacer caso de la salida de Sáenz y con ironía.*) Sí, es cierto; porque donde hay tantos puede haber de todo. (*Pausa.*) Por ejemplo, el obispo Marín...

ZAMBRANO.— (*Con desafío.*) ¿Qué pasa con el obispo Marín?

CASAS.— (*Con falsa suavidad.*) Que, al parecer, no es tan adepto a la Revolución como usted, y ha huido de Monterrey...

ZAMBRANO.— (*Interrumpiéndole y con firmeza.*) Si ha huido de Monterrey sus razones tendrá.

CASAS.— (*Con rapidez.*) Le defiende usted porque es su protector.

ZAMBRANO.— (*Con firmeza.*) El obispo es una persona recta y defensora de los oprimidos, entre los cuales me he encontrado muchas veces.

CASAS.— (*Con rapidez y firmeza.*) El obispo es un realista que se dirige hacia aquí; y, tan pronto entre en esta ciudad, será detenido.

ZAMBRANO.— (*Con aplomo.*) El Excelentísimo y Reverendísimo señor don Primo Feliciano Marín de Porras es el pastor de mi diócesis; y tengo que decirle a usted que es realista y, concretamente, defensor y admirador de Fernando VII, como lo soy yo y como lo es don Miguel Hidalgo; y si llega a esta ciudad será bien recibido y mi casa será la suya. (*Pausa y sacando un pliego del pecho.*) Y como es obvio que está usted confundiendo "su" sublevación de San Antonio con la Revolución de México, donde los dos bandos son realistas, le leeré las frases finales de una proclama del señor Hidalgo. (*Desdobra el pliego y lo lee sin apenas mirarlo.*) "No deis oídos a la seducción que

ellos quieren introducir entre nosotros, afirmando que venimos destruyendo nuestra sagrada religión católica y que somos traidores al Rey; engaño manifiesto, porque el suspirado Fernando VII viene ocupando nuestros corazones y para él y para sus sucesores queremos conservar estos dominios, pero sin mezcla de traidores gachupines. No oiréis otra cosa en nuestras bocas sino: Viva la religión católica; viva nuestro amado Rey; viva la Patria para siempre en este continente americano; viva la sagrada patrona, la Santísima Virgen de Guadalupe, y acábase el mal gobierno". (*Dobla el pliego y se lo guarda en el pecho.*)

CASAS.— (*En voz baja y con ironía.*) Pero, señor subdiácono, usted sabe que esas palabras son para ganarnos a la "feligresía" de religiosos y beatas.

ZAMBRANO.— (*Dándole la espalda y ahuecando la voz.*) Si usted lo dice...

CASAS.— (*Interrumpiéndole y con firmeza.*) Sí, lo digo y lo afirmo. (*Pausa.*) Y, en cuanto al Rey, le diré que la Revolución va contra los gachupines y su mal gobierno, y que el que está en la cumbre de todos los males es el propio Fernando VII. (*Pausa.*) ¿Por qué nos íbamos a rebelar aquí contra los españoles y seguir rindiendo homenaje al principal de todos ellos?

ZAMBRANO.— (*Ahuecando la voz.*) Importante afirmación, que espero mantenga usted delante de algún alto responsable de la Revolución.

CASAS.— (*Con rapidez.*) Yo he mantenido y mantendré siempre mi palabra; y se lo demostraré a usted arrojando al obispo Marín tan pronto le ponga la vista encima.

ZAMBRANO.— (*Volviéndose hacia Casas y remarcando mucho las palabras.*) Esa es una afirmación para la galería, que se desvanecerá tan pronto como llegue don Primo Feliciano a San Antonio. (*Pausa.*) Y digo esto por dos motivos: el primero, porque, según mi creencia más profunda, el señor obispo apoya los postulados de don Miguel Hidalgo; y el segundo, porque si usted apresa a persona de tan alta categoría y ciencia, todo el mundo sabrá que lo hace por odio y venganza.

CASAS.— (*Con sorpresa.*) ¿Por odio y venganza? Yo no necesito odiar para detener a un...

ZAMBRANO.— (*Interrumpiéndole.*) Sí, por odio y venganza. Todos sabemos que el señor obispo le obligó a usted a pedir el retiro como capitán

de las milicias, por haber golpeado a un pobre sacerdote que le acusó de contrabandista.

CASAS.— (*Con rapidez.*) Esa fue una acusación falsa. Ni siquiera hubo juicio...

ZAMBRANO.— (*Interrumpiéndole y con firmeza.*) Es cierto, no hubo juicio; y no lo hubo porque le perdonó a usted el buen sacerdote. (*Pausa.*) Pero el propio señor obispo siguió la investigación y don Guillermo Burr le confirmó que usted le había vendido doscientas mulas en 1808, y que a cambio le había dado dos mil pesos en artículos de contrabando.

REINA.— (*Entrando con cuatro gruesas carpetas.*) Aquí están las relaciones de los cuatro síndicos... (*Reparando en Zambrano.*) ¡Buenos días, señor subdiácono!

CASAS.— Ponlas encima de la mesa.

REINA.— Sí, señor.

ZAMBRANO.— ¡Buenos días, sargento!

REINA.— Mi capitán, si usted no ordena otra cosa, voy a...

GUADALUPE.— (*Entrando.*) La barbacoa está hecha... (*Sorprendiéndose ante la presencia de Zambrano.*) ¿Qué hace aquí ese hombre?

ZAMBRANO.— (*Sonriendo y llevándose la mano derecha al sombrero.*) "Ese hombre", como usted dice, está aquí ofreciendo sus humildes servicios a la Revolución.

GUADALUPE.— (*En voz alta y con desprecio.*) ¿Usted ofreciendo ayuda? Usted nunca ofrece ayuda a cambio de nada. Usted está siempre en todas las partes donde haya algo que repartir. Usted no se conforma con atemorizar a todas las mujeres de San Antonio, haciendo su santa voluntad, sino que...

CASAS.— ¡Cállate de una vez, Guadalupe! (*Pausa.*) Reina, llévatela; y sigue con lo que estabas haciendo.

(*Reina se dirige a la puerta y coge a Guadalupe del brazo.*)

REINA.— Sí, señor.

GUADALUPE.— (*Desde la puerta y empujada por Reina.*) Ahora también quiere formar parte de los peces gordos que dirigirán San Antonio... (*Sale.*)

ZAMBRANO.— (*Sonriendo y llevándose la mano derecha a su sombrero.*) Cada uno ofrece lo que puede, y cada uno ocupa el lugar que le corresponde.

CASAS.— Pues le ha puesto a usted en el lugar que le corresponde...

ZAMBRANO.— Sí, ya he visto que su "asistentita" ocupa también el suyo.

FLORES.— (*Entrando precipitadamente.*) Juan, hay cuarenta indios apaches y pajalates detrás de la vieja "Casa del Capitán".

CASAS.— ¿Cuarenta indios...?; ¿dónde...?

FLORES.— Sí; están entre la vieja "Casa del Capitán" y el arroyo de San Pedro...

ZAMBRANO.— Son criados míos que he mandado llamar...

CASAS.— (*A Flores.*) ¿Y están armados?

FLORES.— Sí, están armados, y dicen que esperan al subdiácono Zambrano.

CASAS.— (*A Flores.*) ¿Están bajo control?

FLORES.— Sí; Tarín y sus hombres los vigilan.

CASAS.— (*A Zambrano.*) ¿Qué hacen esos indios en San Antonio?

ZAMBRANO.— Los ha traído mi capataz para ayudar a la causa revolucionaria.

CASAS.— ¿Y por qué los ha dejado en el arroyo de San Pedro, y no han venido con los demás vaqueros hasta esta Plaza Mayor?

ZAMBRANO.— (*Con suavidad fingida.*) Pues porque no quería alarmar a la población con su presencia...

CASAS.— (*Alzando la voz.*) La alarma se da lo mismo en esta plaza que en el arroyo de San Pedro. (*Pausa.*) ¿Qué hacen, en el mes de enero, tantos indios en su rancho?

ZAMBRANO.— (*Con afectada suavidad.*) Están construyendo otro molino, según se dispuso en la Junta Extraordinaria del Ayuntamiento del día siete del pasado mes. (*Pausa.*) Si nadie quiere construir molinos en San Antonio, tendré que hacerlo yo; porque luego llega el momento y todos quieren moler su grano al mismo tiempo.

CASAS.— (*Con firmeza y elevando la voz.*) Ya, ya; tiene usted respuestas para todo. (*Dirigiéndose a la mesa y tomando una de las carpetas.*) Aprovechando su total disposición de servir a la Revolución, le ordeno a usted, como ordenaré a todos los patriotas por escrito, que aporte a la causa revolucionaria un diez por ciento de todos los bienes semovientes que tenga en su poder. (*Abriendo la carpeta.*) Como usted está bajo la jurisdicción del síndico don Ignacio de Arocha, vamos a ver ahora mismos cuáles son sus bienes. (*Pasando hojas.*) Aquí está el apartado correspondiente al rancho llamado "La Laguna de las Animas", y el ganado que posee es el siguiente: (*Leyendo.*) "80 caballos, 24 yeguas, 2 burros, 24 mulas, 450 vacas, 220 novillos, 110 toros, 230 becerros, 4.600 cabezas de ganado lanar, y 15 yuntas de bueyes".

ZAMBRANO.— ¿Dónde debe ser depositado?

CASAS.— En los corrales que se van a señalar en Villita.

ZAMBRANO.— ¿Cuándo?

CASAS.— Antes de diez días; y el que no haga la entrega será considerado como rebelde. (*Pausa.*) Y en este mismo momento debe usted ordenar que sus vaqueros y sus indios abandonen San Antonio, antes de que el alférez Tarín y yo perdamos la paciencia. El alférez Flores le acompañará y será testigo de que se cumple esta orden. (*Pausa.*) Y usted no podrá salir de San Antonio sin un permiso mío por escrito.

ZAMBRANO.— (*Con estudiada arrogancia.*) Señor capitán, yo no tengo deseos de ir a ningún sitio; porque también sé, como lo saben todos los buenos ciudadanos que se interesan por la Revolución, que el general Jiménez ha cruzado ya el río Grande; y que se dirige hacia aquí persiguiendo a los realistas que huyen en desbandada; y todos, perseguidos y perseguidores; todos, todos, vienen hacia San Antonio. (*Se lleva la mano derecha al sombrero con*

displencia, y sale pausadamente golpeándose las botas con la fusta.)

CASAS.— (*Inmóvil, y en voz baja a Flores.*) Sí; para desgracia de algunos.
(*Baja el*

Telón.)

ACTO SEGUNDO

Escenario:

(El mismo que en el acto anterior.)

★ ★ ★

(Lugar:— El mismo.

Fecha:— Jueves, 28 de febrero de 1811.

Hora:— Pasan pocos minutos de las cinco de la tarde.)

★ ★ ★

(Al alzarse el telón el brigadier Casas está sentado ante la mesa de despacho hojeando un informe.)

FLORES.— *(Entrando.)* Todavía no viene el padre Salazar...

CASAS.— *(Dejando el informe sobre la mesa y consultando su reloj de bolsillo.)* Pues yo no puedo esperar mucho más... ¿A qué hora te dijo su secretario que llegaría?

FLORES.— El teniente Gárate me dijo que vendría a las cuatro y media; después de hacer el inventario.

CASAS.— Pues mucho tarda en hacer ese inventario... *(Levantándose y saliendo de detrás de la mesa.)* Yo ya he hecho el informe que me pidió ayer durante la cena.

FLORES.— Puedes ir tú al jacalón de El Potrero a atender a los comanches, y yo me quedo para entregarle el informe...

CASAS.— No, no. Quiero que vengas tú conmigo a la entrega de los regalos, porque es preciso que te conozcan y vean que eres mi persona de confianza.

FLORES.— Entonces permíteme que vaya hasta El Alamo a ver qué es lo que le pasa al padre Salazar...

CASAS.— No, no vayas allí. Es un hombre que se molesta por cualquier insignificancia. (*Pausa.*) Hace dos horas mandé a Reina para que le preguntase si tenía previsto decir misa y ni le recibió. Salió el teniente Gárate y le dijo que el señor embajador estaba ocupado haciendo el inventario, y que dejase por escrito el recado que tuviese.

FLORES.— Está bien; como tú digas. Seguiremos esperando...

CASAS.— Sí, no hay más remedio. (*Pausa.*) ¿Está todo preparado?

FLORES.— Sí, claro; la carreta con los regalos está dispuesta, y los treinta mesteños están debidamente atados por sus cabezales. (*Pausa.*) ¿No crees que deberíamos mandarles algo para que se distraigan mientras nos esperan?

CASAS.— Sí, sí; creo que tienes razón. Tenemos que mandarles algo... (*Dirigiéndose hacia la puerta y alzando la voz.*) ¡Reina!

REINA.— (*Entrando al instante y cuadrándose.*) ¡Señor!

CASAS.— Dile al sargento Rodríguez que coja de la carreta seis botellas de *atole*, siete de *mezcal* y trece raciones de *piloncillo*, y que se lo lleve todo a los comanches que están en el jacalón de El Potrero; que les pregunte si desean también algo de *pozole* o de *tamal*, y que les diga que los treinta mesteños se los llevaré yo personalmente dentro de media hora.

REINA.— ¿Debe acompañar alguien a Rodríguez, mi brigadier?

CASAS.— Sí, que vaya con él ese pintor que conduce la carreta; y que vuelvan los dos tan pronto como les sea posible.

REINA.— Sí, señor.

CASAS.—Y que se muestren sumamente amables con ellos.

REINA.— Sí, señor ¡A sus órdenes, mi brigadier! (*Sale.*)

CASAS.— No entiendo por qué tiene que hacer el padre Salazar el inventario todas las semanas...

FLORES.— Y además anotar en el *Diario* de la expedición el horario en el que se ha hecho el recuento...

CASAS.— Y digo que no lo entiendo, porque lo normal, en estos casos, es coser y sellar debidamente la mercancía, y no abrir los embalajes hasta que se haya llegado al destino previsto.

FLORES.— Debe tener órdenes muy estrictas...

CASAS.— Sí, no dudo de que tenga órdenes muy estrictas; pero la meticulosidad que tiene con ese tesoro no se corresponde con la que tiene hacia nosotros.

FLORES.— ¿Qué quieres decir...?

CASAS.— Quiero decir que cuando, ayer por la noche, llegaron él y el mariscal Aldama diciendo que iban de camino para Estados Unidos, y que llevaban plata en barras y monedas para solicitar armas y gente, no me dijeron que Hidalgo y Allende habían sido derrotados en Puente Calderón por el general Calleja.

FLORES.— Yo no me enteré de lo que hablasteis en la cena porque tuve que ir rápidamente a El Alamo para prepararles las habitaciones. (*Pausa.*) ¿Es esto lo que me dijiste esta mañana que me querías comentar?

CASAS.— Sí, esto era. Lo quería hablar contigo después de que pasases revista a los puestos de guardia; pero como tuve que ir a El Potrero para atender a los comanches...

FLORES.— Sí, es un tanto extraño el que se omita una noticia de esa categoría...

CASAS.— Yo quería comentarte el que estos dos personajes rehuyeron ayer darme esa noticia, que aquí es conocida por todos. (*Pausa.*) En San Antonio conocemos la derrota de Puente Calderón desde hace una semana.

FLORES.— ¿Qué opinas de sus pasaportes?

CASAS.— Las firmas son auténticas...

FLORES.— Pero piensas que eso no quiere decir nada...

CASAS.— Exacto, Vicente, exacto. Los pasaportes parecen correctos: el de Aldama fue despachado por Allende y el de Salazar está firmado por Jiménez; pero no me fío de estos dos sujetos. No sé, no sé... Algo me huele mal. *(Pausa.)* Y ya sabes que yo no soy de esos que dicen: "Piensa mal y te quedarás corto".

FLORES.— Juan, dime de una vez lo que piensas y en qué basas tus sospechas.

CASAS.— El caso es que no sé qué pensar, Vicente. *(Pausa.)* De momento tanto Aldama como Salazar están en una posición muy fácil de defender; pues ellos con tal de que nos digan que van a Estados Unidos y nos muestren sus pasaportes...

FLORES.— Sí, eso ya lo sé. Pero te estoy pidiendo tu opinión. *(Pausa.)* ¿Crees que se están fugando a Estados Unidos con el tesoro?

CASAS.— Ya te he dicho que no sé qué pensar. *(Pausa.)* Pero podríamos retenerlos aquí con cualquier excusa, hasta que descubriésemos algo que nos permitiese obrar sobre seguro.

FLORES.— ¿A quién mandaste a Presidio de Río Grande?

CASAS.— A Alejandro Dauri, el carpintero.

FLORES.— ¿Y cuándo debe volver?

CASAS.— Como más tarde mañana por la noche. *(Pausa.)* Le di de plazo hasta las doce de la noche del primer día de marzo.

FLORES.— ¿Y es de confianza?

CASAS.— Sí, Alejandro Dauri es de absoluta confianza.

FLORES.— Entonces sólo hay que distraerles hasta que llegue el carpintero...

CASAS.— ¿Y si Aldama y Salazar quieren ponerse en camino antes de que haya llegado Dauri?

FLORES.— Pues entonces no tendremos más remedio que hacer algo que les retenga aquí hasta que llegue...

CASAS.— ¿Y qué crees que podríamos hacer sin levantar sospechas...?

FLORES.— Pues podríamos flecharles las mulas y echarle la culpa a los tacames, que andan un poco revueltos por la zona de la antigua Misión de Concepción.

CASAS.— Bien, bien. (*Pausa.*) Esperemos que Dauri llegue sin novedad, y nos traiga noticias que arrojen un poco de luz sobre lo que están haciendo estos dos personajes.

REINA.— (*Entrando y cuadrándose.*) Señor, el sargento Rodríguez y Clemente Valderas, el pintor, llevan en estos momentos los regalos a los comandantes.

CASAS.— Muy bien, Reina. ¿Quién conducirá ahora la carreta?

REINA.— He pensado que lo puede hacer Ignacio de los Santos, el sacristán, si usted no tiene inconveniente...

CASAS.— Sí, está bien; el sacristán es persona de toda confianza.

REINA.— Y el pelotón del sargento Rodríguez arreará a los mesteños.

CASAS.— Muy bien, Reina. Ocupa tu puesto y tenlo todo dispuesto para dentro de quince minutos.

REINA.— A sus órdenes, mi brigadier. (*Sale.*)

FLORES.— Entonces, dentro de quince minutos...

CASAS.— Sí, si dentro de quince minutos no ha llegado Salazar, nosotros nos iremos a El Potrero y el informe se lo entregará Reina.

(*Entra en escena el padre Salazar, que viste como un hacendado y lleva una gruesa cartera de mano.*)

PADRE SALAZAR.— ¡Señores!

FLORES.— (*Simulando preocupación.*) Estábamos intranquilos... (*Cogiéndole la cartera y poniéndola sobre la escribanía.*)

PADRE SALAZAR.— Por favor, señores, déjense de protocolos. En estos momentos, y para los amigos, soy tan sólo un presbítero franciscano de la provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán.

CASAS.— (*Con humildad.*) Como usted disponga, señor embajador...

PADRE SALAZAR.— Por favor, señores. (*Pausa.*) Entre amigos debemos dejar a un lado los cargos que provisionalmente nos vemos obligados a desempeñar. (*Pausa.*) Llámenme, simplemente, padre Salazar.

CASAS.— (*Con agradecimiento.*) Como usted lo ordene, padre Salazar.

FLORES.— (*Con preocupación.*) Creíamos que le había ocurrido algo...

PADRE SALAZAR.— No, nada; no ha sido nada grave, afortunadamente.

CASAS.— ¿Qué ha pasado, padre?

PADRE SALAZAR.— Lo que ha pasado es que al señor mariscal le ha caído sobre el pie izquierdo la carga de una de las mulas.

FLORES.— ¿Y cómo se encuentra...?

PADRE SALAZAR.— Bien, bien; se encuentra bien. Le hemos llevado al hospital, pero el cirujano don Jaime Garza estaba atendiendo a un paciente en Villita; y por ello le ha examinado el tobillo el curandero Rafael Navarrete, quien nos ha asegurado que la herida carece de importancia y que con dos o tres días de reposo estará completamente curada.

CASAS.— No deben ustedes precipitar su salida, padre; el señor mariscal tiene que reponerse completamente antes de continuar el viaje...

FLORES.— Además la herida tiene que ser examinada por el cirujano, pues aunque todos sabemos que Navarrete es un hábil curandero, no podemos olvidar que es un barbero...

PADRE SALAZAR.— El señor mariscal es muy fuerte y en dos días...

CASAS.— (*Con rapidez.*) Padre, no olvide que en cosas de heridas son los doctores los que tienen la última palabra. (*Pausa.*) Vicente, ocúpate de dar las órdenes oportunas para que el cirujano vaya a El Álamo inmediatamente.

PADRE SALAZAR.— No se alarmen, queridos amigos. El accidente no ha sido importante.

FLORES.— (*Interrumpiéndole.*) Perdone usted, padre; pero es necesario que el doctor dé su diagnóstico para que quedemos todos tranquilos. (*Pausa.*) Vuelvo en seguida. (*Sale.*)

PADRE SALAZAR.— ¡Muchas gracias! (*A Casas.*) Este contratiempo me ha impedido terminar el inventario; pero lo que más me ha molestado es no haber podido acudir puntualmente a su cita.

CASAS.— Por eso no se preocupe, padre Salazar. (*Pausa.*) ¿Qué tal ha descansado usted?

PADRE SALAZAR.— Muy bien, muy bien. Me he levantado casi a la una de la tarde, y puedo decirle que desde el día ocho en que salí de Saltillo, no había podido descansar tan cumplidamente como lo he hecho hoy. (*Pausa.*) Creo que me he recuperado totalmente de la caminata de estos últimos veinte días.

CASAS.— Me alegra mucho, porque no son tantas las horas que usted ha reposado; pues he sido informado por la guardia de que estuvo usted hablando con el subdiácono Zambrano hasta casi las cinco de la madrugada...

PADRE SALAZAR.— Sí, es cierto; ya vio que, después de la cena con que usted nos honró, el señor subdiácono quería informarme de cosas relativas a la Iglesia y también sobre otros detalles de menor cuantía.

CASAS.— ¿Tenía usted referencias de esta persona?

PADRE SALAZAR.— Sí, tenía una idea negativa de este personaje; y ahora puedo asegurarle que no estaba equivocado. (*Pausa.*) Se cree el centro del universo.

CASAS.— Exacto, padre Salazar; ya veo que le conoce...

PADRE SALAZAR.— (*Con rapidez.*) No obstante, parece que apoya con firmeza la Revolución y que incluso ha participado en ella con el diez por ciento de sus bienes.

CASAS.— Padre; debo decirle que todos los habitantes de San Antonio han participado con ese porcentaje en favor de la Revolución; pues esa es la orden que yo di, tan pronto me hice cargo del gobierno de esta capital.

PADRE SALAZAR.— ¿Es de confianza? ¿Nos podemos fiar de él?

CASAS.— No, no. Yo, padre, no me fío de él. Es todo lo contrario de lo que debe ser un religioso. Canta mejor las rancheras que el "*Alleluya*" y no se pierde ningún fandango, ya se celebre en las riberas del arroyo de San Pedro, ya en la cuadra de cualquier mestizo. Lo importante para él es que haya mujeres de por medio.

PADRE SALAZAR.— ¿No estará usted exagerando, mi querido brigadier?

CASAS.— Nunca se puede exagerar cuando se habla de Zambrano. No, padre Salazar, no exagero. (*Pausa.*) ¿Sabe usted cómo le llaman en San Antonio? (*Pausa.*) Le llaman "Nuestro Señor de las Gertrudis".

PADRE SALAZAR.— (*Muy sorprendido.*) ¿"Nuestro Señor de las Gertrudis" ...?

CASAS.— Sí, "de las Gertrudis", porque fueron tres mujeres de este nombre las que primero le denunciaron ante el Gobernador de abusos deshonestos. La primera fue la costurera María Gertrudis Cortinas, la segunda fue la partera María Gertrudis Quevano, y la tercera, la hija de un buen amigo mío, María Gertrudis Salinas. (*Pausa.*) En el asunto de las mujeres no distingue de edades, ni de clases, ni de estados...

PADRE SALAZAR.— (*Sonriendo y con sorna.*) ¿Y quedan más Gertrudis en San Antonio...?

CASAS.— Pues sí, sí quedan; y aunque le parezca un chiste hay otra Gertrudis, hermana de mi asistenta, que está comenzando a ser asediada por este personaje; y estoy esperando a que se propase más de la cuenta para darle su merecido. (*Pausa.*) En San Antonio hay al menos cinco hijos naturales de este individuo; que por otro lado goza de la protección del obispo Marín de Porras.

PADRE SALAZAR.— ¿Y conoce el señor obispo todo esto?

CASAS.— Naturalmente que lo conoce. Los dos últimos gobernadores denunciaron estos hechos en la Audiencia de Guadalajara y en el Obispado de Monterrey.

PADRE SALAZAR.— ¿Y qué dijo el señor obispo?

CASAS.— El obispo Marín tomó estas denuncias como un ataque a la Iglesia. Las tachó de habladurías femeninas sin fundamento y defendió a su subdiácono ante todos, presentándolo como un hombre digno y emprendedor; y puntualizó que Zambrano había promovido las siembras del maíz y del trigo en esta provincia, y añadió que había construido molinos, y que, gracias a su actividad desinteresada, había beneficiado tanto al vecindario como a la tropa destacada en San Antonio.

PADRE SALAZAR.— (*Con sorna.*) No sabía yo que el señor obispo tenía también aficiones agrícolas...

CASAS.— ¿Le conoce usted...?

PADRE SALAZAR.— Sí, sí; le conozco. (*Pausa.*) Y debo confesarle a usted que su pertinacia en permanecer en el bando realista me preocupa mucho; pues se trata de un castellano viejo que siempre se ha casado con el poder y así es como llegó a ser capellán de honor del rey Carlos IV. (*Pausa.*) Visité su biblioteca, que es una de las principales de América, y me quedé impresionado tanto por la calidad de sus manuscritos como por los conocimientos que tiene de las lenguas latina, griega y hebrea. (*Pausa.*) Le escribí pidiéndole que abrazase la causa del doctor Hidalgo y obtuve el silencio por respuesta.

CASAS.— No me extraña; es una persona muy singular. (*Pausa.*) Excomulgó al gobernador Salcedo porque detuvo a Zambrano...

PADRE SALAZAR.— (*Interrumpiéndole.*) Esa excomunión secreta la conozco y no hay nada que alegar en contra. El Gobernador abusó de su autoridad al apresar a un miembro de la Iglesia. (*Pausa.*) La última noticia que tengo del obispo Marín es que salió de San Agustín de Laredo el 26 de enero, y que probablemente se dirigía a Altamira...

CASAS.— Yo creía que vendría a Texas para pasar luego a Luisiana; pero el capitán Díaz de Bustamante le debió de prevenir de que yo me había apoderado de San Antonio...

PADRE SALAZAR.— (*Con rapidez.*) ¿Se refiere usted al "Capitán Colorado"?

CASAS.— Sí; a él me refiero.

PADRE SALAZAR.— ¿A ese barrigudo rubio que parece que todo se lo toma a broma?

CASAS.— Sí, sí; a ese...

PADRE SALAZAR.— Pues ese personaje es peligrosísimo, brigadier Casas.

CASAS.— Bien lo sé yo. (*Pausa.*) Es el típico personaje que nunca se entera de nada, excepto cuando le conviene; pero debajo de su capa de cordero hay un lobo que...

PADRE SALAZAR.— (*Interrumpiéndole.*) Así es; y tan pronto como me di cuenta de la calaña de ese individuo, escribí al general Jiménez y al mariscal Aranda para que le quitasen el mando de la villa de San Agustín de Laredo y le trasladasen a Saltillo; porque la Revolución no puede tener en ese puesto tan importante a un hombre que no quiere definirse plenamente en sus actos.

CASAS.— El general Jiménez le nombró coronel...

PADRE SALAZAR.— Sí, ya lo sé; y unas veces actúa como coronel de la Revolución y otras como "Comandante de las cinco villas del norte de la provincia de Colonia del Nuevo Santander", que es el nuevo cargo que le han otorgado los realistas. (*Pausa.*) Ya digo que les pedí a Jiménez y a Aranda que quitasen a ese personaje de ese puesto, porque la Revolución no puede correr el riesgo de que ese sujeto tenga en su poder la llave del camino que une Saltillo con San Antonio.

FLORES.— (*Entrando.*) Padre Salazar, en estos precisos momentos, el teniente Gárate acaba de mandarnos aviso de que el señor mariscal está siendo atendido por el cirujano y confirma la noticia de que la herida es sólo superficial...

PADRE SALAZAR.— ¡Gracias a Dios...!

FLORES.— Y que en dos o tres días podrá reemprender el viaje.

PADRE SALAZAR.— Menos mal; porque nuestra misión no nos permitía una detención prolongada en esta ciudad.

CASAS.— Para nosotros es un placer el que se detengan aquí unos días...

PADRE SALAZAR.— Muchas gracias a los dos, queridos amigos. Todo se tendrá en cuenta en el momento oportuno...

CASAS.— Permítame un favor, padre...

PADRE SALAZAR.— (*Con rapidez.*) ¡Dígame, dígame usted!

CASAS.— Le rogamos nos permita ausentarnos unos minutos, pues tenemos que entregar unos regalos a una delegación comanche, que ha venido a comprobar si la paz que firmaron con el anterior gobernador sigue vigente. (*Pausa.*) Ya hablé con ellos esta mañana y ahora esperan los regalos para poderse marchar, tan pronto amanezca, a su ranchería. (*Pausa y ordenando un poco los documentos de la mesa de despacho.*) Tengo hecho el informe que me pidió ayer; pero querría aclararle algunos extremos que pudieran estar confusos para usted.

PADRE SALAZAR.— No se preocupen. Vayan ustedes, vayan con calma. Yo me quedaré revisando mis números...

CASAS.— Mi asistenta le atenderá en lo que usted desee. (*Dirigiéndose hacia la puerta y alzando la voz.*) ¡Guadalupe!

GUADALUPE.— (*Entrando en el acto.*) ¡Señor brigadier!

CASAS.— Atienda en mi ausencia al señor embajador.

GUADALUPE.— Como disponga el señor brigadier. (*Al padre Salazar.*) ¿Qué desea usted tomar?

PADRE SALAZAR.— Tomaría un vasito de *atole de pinole*, si fuera posible.

GUADALUPE.— Sí, señor; ahora mismo le preparo a usted la mezcla y se la sirvo. (*Sale.*)

CASAS.— Le dejamos a usted. Acomódese como más le guste. Está usted en su casa. (*Pausa.*) En la puerta queda el sargento Reina. (*Sale seguido de Flores.*)

PADRE SALAZAR.— ¡Vayan con Dios! (*Toma la cartera de la escribanía y la coloca encima de la mesa de despacho.*)

GUADALUPE.— (*Entrando.*) Perdón, padre; me he olvidado preguntarle a usted si le gusta muy aromático.

PADRE SALAZAR.— No, no; como te salga, hija.

GUADALUPE.— ¿Desea usted que le sirva también una ración de *piloncillo*?

PADRE SALAZAR.— Sí, tráeme un cucurucho. Muchas gracias.

GUADALUPE.— No hay de qué, padre. (*Sale.*)

(*El padre Salazar se sienta ante la mesa de despacho y comienza a abrir la cartera.*)

REINA.— (*Entrando.*) Perdón, señor embajador, el subdiácono Zambrano desea verle.

PADRE SALAZAR.— (*Con extrañeza.*) ¿Sabe que estoy aquí?

REINA.— Sí, señor embajador; y viene con el teniente Sáenz...

PADRE SALAZAR.— ¡Que pasen; que pasen sólo un momento!

REINA.— ¡A sus órdenes, señor embajador! (*Sale.*)

(*El padre Salazar quita la cartera de la mesa y la coloca en el suelo, junto al sillón.*)

REINA.— (*Entrando.*) ¡Señor embajador; los señores Zambrano y Sáenz!

ZAMBRANO.— (*Entrando seguido de Sáenz.*) ¡Buenas tardes, padre Salazar!

PADRE SALAZAR.— ¡Buenas tardes, señores! (*A Reina.*) ¡Retírese!

REINA.— ¡A sus órdenes, señor embajador! (*Sale.*)

PADRE SALAZAR.— Usted dirá, señor subdiácono.

ZAMBRANO.— Perdone usted, padre Salazar; pero hemos ido a visitarle a usted a El Álamo y al hospital, y nos dijeron que estaba usted...

PADRE SALAZAR.— (*Interrumpiéndole.*) Señor subdiácono; no sé si debo recibirles aquí, y creo que sería mejor dejar esta audiencia para esta noche...

ZAMBRANO.— Perdone padre; serán solamente cinco minutos, porque el teniente Sáenz debe entrar de servicio dentro de media hora y no regresará del río Nueces hasta la próxima semana.

PADRE SALAZAR.— Está bien, está bien; siéntense ustedes. (*Pausa.*) ¿En qué puedo atenderle a usted, teniente Sáenz?

ZAMBRANO.— Muchas gracias, padre Salazar; pero si no le importa preferiríamos estar de pie.

SÁENZ.— Padre Salazar, como ya le dijo esta madrugada el señor Zambrano, yo deseaba pedirle a usted que nombrase una junta de civiles y militares para que...

PADRE SALAZAR.— (*Levantándose y saliendo de detrás de la mesa.*) Y como ya le diría a usted el señor subdiácono, yo le contesté que, aunque soy un embajador del doctor Hidalgo, no tengo atribuciones para nombrar ninguna junta.

SÁENZ.— Ya lo sé, padre Salazar; pero no se trata de crear una junta que gobierne la provincia de Texas, sino de un cuerpo administrativo provisional que fiscalice alguna de las órdenes que dicta el actual gobernador; que además es también el jefe militar de toda Texas, al haber sido ascendido a brigadier.

PADRE SALAZAR.— Los cargos que ostenta el señor Casas se los tiene bien merecidos...

ZAMBRANO.— Perdón, padre Salazar; pero los vecinos de San Antonio están disconformes con que Casas sea gobernador y además comandante de las armas de esta provincia.

PADRE SALAZAR.— El pueblo tendrá que conformarse con la situación actual. Vivimos momentos difíciles y hemos de amoldarnos a ellos...

ZAMBRANO.— Pero, padre Salazar, Casas ha dado pruebas palpables de estolidez al cursar ciertas órdenes...

PADRE SALAZAR.— (*Con firmeza.*) Señor subdiácono, el brigadier Casas goza de la absoluta confianza del gobierno revolucionario y sus órdenes deben ser obedecidas sin el menor reparo. (*Pausa.*) Y si ustedes creen que en la gobernación de Texas se están cometiendo abusos deben denunciarlos...

ZAMBRANO.— A eso es a lo que hemos venido; a denunciar...

PADRE SALAZAR.— (*Interrumpiéndole.*) Pues si ustedes han venido a denunciar algo, háganlo por escrito y como Dios manda.

SÁENZ.— (*Alargándole un cuadernillo.*) Eso es lo que he hecho yo, padre Salazar. (*Pausa.*) En este *Diario* se recogen...

PADRE SALAZAR.— (*Rechazando el cuadernillo.*) La denuncia debe ser hecha al doctor Hidalgo o al general Jiménez; pues yo no puedo aceptarla en estas circunstancias. Mi embajada a los Estados Unidos me impide detenerme a sustanciar cuestiones de esta naturaleza.

SÁENZ.— Padre Salazar, este cuadernillo es un *Diario* de lo que hemos hecho los patriotas de San Antonio los dos últimos meses; y en él explico claramente la revuelta del día 15 de enero, en la que fuimos detenidos los más fervorosos defensores de la Revolución. El *Diario* va firmado por trece vecinos de San Antonio que creen...

PADRE SALAZAR.— (*Interrumpiéndole y alzando la voz.*) Teniente Sáenz; debo decirle que fui informado ayer por el brigadier Casas de ese conato de rebelión que, por desgracia, quedó truncado en sus propios orígenes. (*Pausa.*) Y debo también recordarle que a usted, como "fervoroso defensor de la Revolución", se le ha concedido el grado de capitán, el cual puede usted desempeñar interinamente hasta que se reciba la pertinente documentación con el nombramiento oficial.

SÁENZ.— (*Con fingida calma.*) Ya lo sé, padre; pero no he venido a verle a usted para hablar de...

ZAMBRANO.— (*Con solicitud.*) Perdón, padre; lo que le quiere decir el teniente Sáenz es que el día 15 de enero se rebeló, junto con el teniente Escamilla y algunos paisanos, contra el gobernador Salcedo...

PADRE SALAZAR.— (*Interrumpiéndole.*) Sí, sí; le acabo de decir que he sido informado del hecho por el señor brigadier...

SÁENZ.— (*Con fingida humildad.*) Perdón, padre; pero lo que le deseo señalar a usted es que el brigadier Casas, al apoderarse de San Antonio el 22 de enero, no recogió en el informe que envió al señor Hidalgo el levantamiento protagonizado la semana anterior por mí y el teniente Escamilla, en unión de algunos paisanos influyentes, entre los que destaca don José Antonio Saucedo.

PADRE SALAZAR.— (*Con firmeza.*) Eso no lo sé; yo no he visto el informe que el brigadier Casas envió al doctor Hidalgo...

SÁENZ. (*Conciliador.*) Yo sí lo vi, padre Salazar, y pude comprobar que no se hacía la menor referencia a los acontecimientos del día 15 de enero, que fueron los que prepararon y precipitaron la sublevación del día 22. (*Pausa.*) El plan era apoderarnos del gobernador Salcedo y del teniente coronel Herrera; pero fuimos apresados aquí mismo, en este despacho. Sin duda, a causa de algún traidor...

PADRE SALAZAR.— (*Con rapidez.*) ¡Deme, deme usted ese *Diario!* Lo leeré esta noche con detenimiento y le comunicaré a usted mi opinión sobre este asunto. No obstante, vuelvo a recordarle que lo único que puedo hacer en estos momentos es escribir a Jiménez informándole de lo que usted me expone.

ZAMBRANO.— Muchas gracias, padre Salazar...

SÁENZ.— (*Entregándole el cuadernillo.*) Muchas gracias, padre; pues creo que es absolutamente necesario que lea usted el *Diario*, para que pueda poner remedio a los atropellos que se cometen en nombre de la Revolución.

PADRE SALAZAR.— (*Hojeando el cuadernillo.*) ¿Pueden ustedes adelantarme de qué atropellos se trata...?

SÁENZ.— Mire usted, padre; para empezar le diré que todos los vecinos de San Antonio han tenido que depositar, en los corrales de Villita, el diez por ciento de su ganado como ayuda a la Revolución...

PADRE SALAZAR.— (*Con rapidez.*) La Revolución exige sacrificios como ese, teniente Sáenz...

SÁENZ.— (*Interrumpiéndole.*) Cierto, padre Salazar; pero lo que ocurre en este caso es que los propietarios, amigos del brigadier Casas, no han depositado el diez por ciento de su ganado, y no sólo no lo han hecho sino que se ufanan de ello.

PADRE SALAZAR.— (*Con extrañeza.*) Pero eso, si es así, está muy claro y puede ser denunciado públicamente...

ZAMBRANO.— Las denuncias también se pagan, padre Salazar...

PADRE SALAZAR.— (*Con rapidez y a Zambrano.*) ¿Qué quiere usted decir?

ZAMBRANO.— (*Con fingida humildad.*) Quiero decir que todos se callan por miedo a las posibles represalias del brigadier Casas...

PADRE SALAZAR.— (*Con rapidez y alzando la voz.*) ¿Se dan ustedes cuenta de que con estas acusaciones están recorriendo un camino sin retorno?

ZAMBRANO.— Sí, lo sabemos; pero no tenemos otro camino que el de denunciar unos hechos que son ciertos.

PADRE SALAZAR.— (*Hojeando el cuadernillo.*) ¿Quiénes son las personas que firman este *Diario*?

SÁENZ.— Son todos gente de bien y defensores de la Revolución.

PADRE SALAZAR.— Ya, ¿y qué otras cosas tienen ustedes que contarme?

SÁENZ.— Pues, después de beneficiar a sus amigos con lo del ganado, dictó una orden por la cual los esclavos debían quedar libres de sus amos...

PADRE SALAZAR.— (*Con rapidez.*) Pero teniente Sáenz, esa sabia disposición es obra del doctor Hidalgo...

SÁENZ.— (*Interrumpiéndole.*) Cierto, padre Salazar; pero los rancheros amigos del brigadier Casas siguen con sus esclavos...

ZAMBRANO.— A continuación Casas y sus amigos comenzaron a pedir préstamos a los españoles y extranjeros de San Antonio, diciéndoles que su concesión sería vista con simpatía por la Revolución, y que ellos mismos les defenderían de cualquier desmán de los revolucionarios.

SÁENZ.— Y, a la semana siguiente, publicó un bando por el que los americanos deudores de los europeos quedaban libres de sus deudas.

ZAMBRANO.— Y, a continuación, expropió los bienes de los españoles y europeos que defendieron la revuelta del 15 de enero y que fueron apresados. Un ejemplo de esto que le digo lo sufrió monsieur Labarra, gran amigo mío.

PADRE SALAZAR.— (*Levantando la mano derecha.*) No sigan ustedes...

SÁENZ.— (*Con rapidez.*) Perdón, padre Salazar; pero es que la expropiación se hizo de una manera muy particular, y aquellos españoles y extranjeros que tenían deudas con Casas y sus amigos, les pudieron vender a ellos, a precios ridículos, sus bienes antes de que se dictase la orden de expropiación...

PADRE SALAZAR.— (*Con aplomo.*) ¡He dicho que basta ya! (*Arrojando el cuadernillo sobre la mesa de despacho.*)

SÁENZ.— (*Con fingida humildad.*) Nosotros nos limitamos a denunciar unos hechos ante...

PADRE SALAZAR.— (*Con autoridad.*) Ustedes no han venido aquí a denunciar unas irregularidades; ustedes han venido a insultar y a acusar al Gobernador de esta provincia...

SÁENZ.— (*En voz baja.*) Nos hemos limitado a contar los hechos...

PADRE SALAZAR.— (*Con autoridad.*) No, señores; ustedes no están contando nada. Ustedes están atacando descaradamente a don Juan Bautista Casas, y quien le ataca a él me ataca a mí y a la Revolución.

ZAMBRANO.— (*En voz baja.*) Sentimos infinito que usted adopte esa postura, pues nuestra intención era...

PADRE SALAZAR.— (*Con rabia.*) ¿Su intención? Su intención no puede ser otra que la de calumniar al Gobernador de Texas; y nadie puede pensar, ni por un momento, que tal cúmulo de disparates pueda ser verdad.

GUADALUPE.— (*Entrando con una bandeja de plata en la que hay una jarra y un vaso de cristal.*) Señor embajador, aquí tiene su bebida. (*Depositando la bandeja sobre la mesa de despacho.*) ¿Quiere usted que llame al sargento Reina?

PADRE SALAZAR.— (*Señalando la puerta.*) No, no hace falta; estos señores ya se marchan.

ZAMBRANO.— (*Alzando la voz y con desprecio.*) Efectivamente, ya nos marchamos; pero no porque nos eche usted, sino porque vamos a reunir a los verdaderos patriotas de San Antonio y formar esa junta, para que ponga remedio a las órdenes que el Gobernador está dictando en contra del buen nombre de la Revolución.

PADRE SALAZAR.— (*Con ira.*) Ustedes no tienen autoridad para crear ninguna junta; y si lo hacen, yo, personalmente, me encargaré de que sean detenidos y ajusticiados...

GUADALUPE.— (*Con voz cascada.*) Hagan ustedes el favor de salir de aquí, o grito pidiendo auxilio a la guardia.

ZAMBRANO.— (*Con desprecio.*) La manceba del Gobernador lo que debe hacer es callar...

PADRE SALAZAR.— (*Mascando las palabras.*) Salgan de esta sala inmediatamente; y no abandonen San Antonio hasta que yo se lo permita.

ZAMBRANO.— (*Con aplomo.*) No tenemos ninguna intención de abandonar San Antonio; y usted tampoco saldrá de esta ciudad. Su viaje se ha terminado aquí.

PADRE SALAZAR.— (*Cogiendo una pistola de su cartera de mano y apuntando con ella a Zambrano.*) Es usted un insensato...

ZAMBRANO.— (*Dándole la espalda y con chulería.*) No me asusta usted; y no me asusta porque tengo ahí en frente, en la iglesia, veintitrés vaqueros armados hasta los dientes, que están esperando mis órdenes para asaltar a sangre y fuego estas "Casas Reales". (*A Sáenz.*) Haz la señal para que estén dispuestos.

SÁENZ.— (*Va rápidamente hacia la ventana central del foro, corre el visillo y levanta la mano derecha.*) Ya está. Han recibido la orden.

PADRE SALAZAR.— (*Con voz temblorosa.*) Está usted loco y por muchos hombres que tenga...

ZAMBRANO.— (*Con autoridad.*) ¡Cállese usted, "señor embajador"! No me convencen sus pasaportes; ni el suyo ni el de Aldama. Y más que embajadores lo que parecen ustedes son dos fugitivos que se quieren llevar el dinero de las gentes que apoyan la Revolución. Tampoco nos convence a nadie el uniforme que lleva Aldama, pues a simple vista se descubre que pertenece al ejército francés.

PADRE SALAZAR.— (*Con voz baja y temblorosa.*) Es usted Satanás y me va a obligar a cometer una barbaridad...

ZAMBRANO.— (*Alzando la voz.*) Usted ya ha cometido muchas barbaridades. (*Le arrebatla la pistola con brusquedad y la tira lejos.*)

PADRE SALAZAR.— Usted...

ZAMBRANO.— (*Con autoridad.*) Y no le detengo a usted en estos momentos porque no quiero que corra la sangre inocente en San Antonio.

PADRE SALAZAR.— (*Susurrando.*) Es usted un demonio...

ZAMBRANO.— (*Con aplomo.*) Y usted un ladrón.

GUADALUPE.— (*Alzando la voz y dirigiéndose hacia la puerta.*) Voy a avisar al sargento...

SÁENZ.— (*Impidiéndola el paso, empujándola y tirándola al suelo.*) ¡Tú, no te mueves de aquí!

ZAMBRANO.— (*A Sáenz.*) Coge el *Diario*.

SÁENZ.— (*Cogiendo el "Diario" de la mesa de despacho.*) ¡Vámonos!

ZAMBRANO.— (*Al padre Salazar y con desprecio.*) Ahí se queda usted con la barragana. Nosotros formaremos la junta para defender la Revolución de embajadores ladrones.

PADRE SALAZAR.— (*Susurrando.*) Es usted hombre muerto...

SÁENZ.— ¡Vámonos!

ZAMBRANO.— (*Alzando la voz y con autoridad.*) Y usted un ladrón. Yo lo demostraré a todos muy pronto; porque los revolucionarios persiguen a los realistas, y todos, todos vienen hacia San Antonio. (*Salen rápidamente y baja el*

Telón.)

ACTO TERCERO

Escenario:

(*El mismo que en el acto anterior.*)

★ ★ ★

(*Lugar:— El mismo.*)

(*Fecha:— Sábado, 2 de marzo de 1811.*)

(*Hora:— Las cinco de la mañana.*)

★ ★ ★

(*Al levantarse el telón todas las lámparas del escenario estarán encendidas. El brigadier Casas mira su reloj de bolsillo y después se frota nerviosamente las manos ante el gran fuego de la chimenea.*)

FLORES.— (*Entrando.*) Hace un frío infernal. (*Pausa.*) Aldama y Salazar están acabando de preparar el tren de mulas...

CASAS.— Muy bien, Vicente, muy bien...

FLORES.— Salazar ha dicho que vendrá ahora mismo a despedirse. (*Pausa.*) Aldama tiene la pierna mal y apenas la puede mover. Viajará en la carreta...

CASAS.— Vicente, no podemos retrasar más este asunto; tienen que abandonar San Antonio cuanto antes...

FLORES.— Sí, sí; tienen que salir de San Antonio, porque aquí nosotros no podemos hacer nada.

CASAS.— Reina todavía no ha llegado y son ya las cinco...

FLORES.— No es extraño que tarde; están los caminos completamente helados, y la cabalgada de ida y vuelta al río Medina es peligrosa...

CASAS.— ¿Qué opinas de la fuga de Zambrano?

FLORES.— Ya te lo he dicho muchas veces; ya sabes que desconfío mucho de todo lo que haga ese hombre.

CASAS.— Cuando ayer, Reina y su pelotón se presentaron en su rancho y las mujeres les dijeron que todos los hombres se habían ido a Presidio de Río Grande...

FLORES.— Te vuelvo a repetir que no me creo que se hayan ido a Presidio de Río Grande. No creo que Zambrano haya huido...

CASAS.— (*Interrumpiéndole.*) Yo también tengo mis reservas; pero piensa que, si no huye, el único camino que le queda es ser detenido y ajusticiado.

FLORES.— (*Con firmeza.*) Aun así, Juan, aun así. No me parece que Zambrano sea de los que huyen. Algo está fraguando...

REINA.— (*Entrando y cuadrándose.*) ¡A sus órdenes, mi brigadier!

CASAS.— Descansa, Reina. ¿Qué noticias traes...?

REINA.— Efectivamente, mi brigadier; los escuchas del alférez Tarín, apostados en la ribera del río Medina, vieron pasar ayer, a las tres de la tarde, al subdiácono Zambrano con una veintena de sus vaqueros, y, sin duda alguna, se dirigían a Presidio de Río Grande o a San Agustín de Laredo...

CASAS.— ¿Les siguieron para comprobar que se dirigían realmente hacia...?

REINA.— (*Con rapidez.*) Sí, señor; los escuchas avisaron al alférez Tarín, que venía inspeccionando los puestos, y fue el propio alférez quien les siguió una legua hasta que los perdió de vista, porque remudaban de cabalgadura continuamente, ya que cada uno de ellos llevaba tres caballos. (*Pausa.*) Me he retrasado algo porque he ido al puesto de mando del alférez Tarín para que me lo confirmase todo, y me ha

dado este informe que él quería entregarle a usted tan pronto amaneciese. (*Le entrega un sobre.*)

CASAS.— (*Abriendo el sobre y leyendo el mensaje.*) Aquí dice que Zambrano además de llevar veintitrés vaqueros iba acompañado de los capitanes José María Muñoz y Luis Galán (*Pausa.*) ¿Qué estarán haciendo estos dos individuos con Zambrano?

REINA.— Yo, señor, no lo...

FLORES.— Galán es muy amigo de la familia Zambrano. Sobre José María Muñoz sólo sé que es capitán de las milicias del Nuevo Reino de León...

CASAS.— Tan pronto amanezca te presentas en las casas de estos dos y me traes aquí a sus familiares.

FLORES.— Así lo haré, descuida.

CASAS.— ¿No iba el teniente Sáenz con Zambrano?

REINA.— No, señor, no iba. El alférez Tarín me dijo que no lo vio en el grupo...

CASAS.— Muy bien, Reina; parece que Zambrano y sus amigos huyen...

REINA.— El alférez Tarín me dijo que más que huir, lo que parecía es que tenían prisa por llegar a alguna parte...

CASAS.— Ya, ya; el caso es el mismo. Lo importante es que de momento nos hemos librado de la presencia de ese sujeto y de sus aliados...

REINA.— Sí, señor; eso parece.

CASAS.— Que tu pelotón se vaya a descansar, y tú quédate en la puerta, y que el sargento Rodríguez te traiga algo de comer.

REINA.— A sus órdenes, mi brigadier. (*Sale.*)

CASAS.— Parece que Zambrano se ha ido...

FLORES.— Yo te sigo diciendo que no me fío de ese hombre; no me parece de las personas que abandonan si no es por una causa mayor...

CASAS.— (*Con disgusto.*) Sin embargo, a mí ya me está pareciendo muy normal que haya huído para no ser detenido y...

FLORES.— (*Con rapidez.*) Para no ser detenido le bastaría volverse a su casa de nuevo. Su rancho es tan extenso que podría ocultarse en cualquier parte sin que nadie le descubriese.

CASAS.— (*Con firmeza.*) Basta ya de disquisiciones al respecto. (*Pausa.*) Este informe de Tarín es definitivo y es lo que me confirma que Zambrano ha huído de Texas.

FLORES.— Está bien, está bien. Tan pronto hayan partido Salazar y Aldama iré a hablar con Tarín para comprobar que efectivamente Zambrano ha salido de San Antonio. (*Pausa.*) Y después iré a las casas de Galán y Muñoz...

CASAS.— (*Interrumpiéndole y con firmeza.*) No, no; tan pronto hayan salido Salazar y Aldama te pasas por las casas de Galán y Muñoz, y con cualquier excusa detienes a sus familiares y me los traes aquí. (*Pausa.*) Ahora volvamos al otro asunto. ¿Están los hombres preparados?

FLORES.— Sí, están preparados. Son diez y cada uno llevará dos caballos y una mula.

CASAS.— El seguimiento debe hacerse a mucha distancia, y las avanzadillas del grupo deberán estar formadas siempre por dos hombres que serán relevados cada tres horas.

FLORES.— Así está dispuesto; y así se hará.

CASAS.— El asalto al tren de mulas debe realizarse como hemos planeado y, sea cual sea el lugar en que nos apoderemos de él, deberá ser llevado al lugar convenido entre el arroyo del Cíbolo y el río Guadalupe, ¿entendido?

FLORES.— Perfectamente.

CASAS.— Quiero que sobre todo se dé la impresión de que es un ataque indio y de gente blanca venida de más allá del río Sabinas. (*Pausa.*) Los blancos deben parecer gente descontrolada; gente de la "tierra de nadie"...

FLORES.— Sí, sí; entendido. No habrá problemas. Los trece comanches se encargarán de dejar rastros suficientes para que se vea claramente que fue un ataque indio; y los disfraces de nuestros hombres son perfectos y no dejarán lugar a la menor duda...

CASAS.— No quiero muertos, como no sea por causa mayor; por eso el asalto deberá realizarse, siempre que sea posible, por la noche. (*Pausa.*) Y, en todo caso, se trata de sorprenderlos y perseguirlos hasta que abandonen el tren de mulas. ¿Entendido?

FLORES.— Sí, entendido.

CASAS.— Si queda algún comanche muerto...

FLORES.— Sí, sí, entendido...

CASAS.— ¿Has percibido alguna sospecha por parte de Salazar y Aldama?

FLORES.— No, ni la más mínima. Les conté que ayer, a las once de la noche, había llegado nuestro confidente Dauri con noticias inquietantes y que era totalmente indispensable que se pusiesen en camino antes del amanecer.

REINA.— (*Entrando seguido del padre Salazar.*) ¡Mi brigadier; el señor embajador, don Juan Salazar!

CASAS.— Está bien, Reina; retírate.

REINA.— ¡A sus órdenes! (*Sale.*)

CASAS.— ¡Buenos días, padre!

PADRE SALAZAR.— ¡Buenos días, señor brigadier! Vengo a despedirme. (*Pausa.*) ¿Es cierto todo lo que me escribió usted en su nota y me ha contado el alférez Flores?

CASAS.— Sí, por desgracia, padre Salazar. Ayer a las once de la noche llegó mi confidente de Presidio de Río Grande con las últimas noticias.

PADRE SALAZAR.— ¿Y el informante es de total confianza?

CASAS.— El carpintero Dauri es de absoluta confianza; y la noticia que ha traído de que Hidalgo ha sido destituido por Allende es gravísima para la Revolución, y no lo es menos el que Allende llegase el día 24 de febrero a Saltillo y trajese a Hidalgo prácticamente preso.

PADRE SALAZAR.— Pero hoy es dos de marzo, casi no ha habido tiempo material para que esas noticias lleguen desde Saltillo hasta aquí.

CASAS.— (*Afirmando varias veces con la cabeza.*) Sí, mi querido padre Salazar, sí ha habido tiempo. Mis hombres pueden hacer ese recorrido en cinco días.

PADRE SALAZAR.— ¿Pero no deberíamos confirmar esas noticias?

CASAS.— Mire usted, padre; no hay tiempo. (*Pausa.*) Allende más que entrar victorioso en Saltillo, parece que viene huyendo; y a pesar de que Jiménez le ha recibido con gran solemnidad, todos ven claramente que sus hombres desertan; y se cree firmemente que las intenciones de Allende y Jiménez son las de atravesar el río Grande y hacerse fuertes en Texas. (*Pausa.*) Naturalmente, estas noticias pueden ser conocidas en pocas horas por los habitantes de San Antonio, y estos pueden pensar que su tren de mulas, cargado de plata, bien puede valer un cambio en sus ideales políticos. Por ello le ruego que salga al instante de San Antonio, y que ponga la mayor tierra de por medio lo antes posible. (*Pausa.*) El tesoro que usted transporta es un fuego que puede encender los pensamientos de los más reposados habitantes de esta ciudad; y no debemos jugar con el fuego que nos puede hacer perderlo todo: su tren de mulas y San Antonio.

FLORES.— Y pase lo que pase, cuanto antes traiga aquí a los angloamericanos, mejor se defenderá la Revolución en Texas, en Saltillo, o donde haga falta.

CASAS.— Le aconsejo que siga el "Camino Real", porque si se mueve con celeridad no tiene por qué tener miedo de que estas noticias lleguen a Nacogdoches antes que usted, y así podrá alcanzar la frontera de Luisiana sin ningún contratiempo.

PADRE SALAZAR.— Sí, creo que tienen ustedes razón. Debemos partir en el acto, y procuraré ir por donde ustedes me dicen; aunque en esto es Aldama el que decide.

CASAS.— Pues no se demore más y procure hacer el menor ruido posible hasta que no hayan salido a campo abierto. (*Pausa.*) El teniente Escamilla está en El Alamo, ¿quiere usted que le acompañe unas leguas con un pelotón de soldados?

PADRE SALAZAR.— No, no hace falta. A estas horas todos están durmiendo y es mejor que no se...

CASAS.— (*Con rapidez.*) Como usted lo disponga, padre Salazar.

PADRE SALAZAR.— Está bien, señores. Que la Revolución triunfe y que Dios les guarde. (*Salazar estrecha las manos de Casas y Flores.*)

CASAS.— Vaya con Dios, y que así sea.

FLORES.— ¡Adiós!

PADRE SALAZAR.— ¡Adiós! (*Sale.*)

CASAS.— Vicente, haz la señal a los hombres para que sepan que Salazar y Aldama salen de San Antonio.

FLORES.— En el acto. (*Coge la lámpara de la escribanía y la pone en la repisa de la ventana central del foro.*)

CASAS.— (*A Guadalupe que acaba de entrar.*) ¿Qué haces tú aquí?

GUADALUPE.— Traigo algo que puede ser importante... (*Saca de un bolsillo un pliego arrugado y se lo entrega.*)

CASAS.— (*Cogiendo el pliego y alisándolo.*) ¿De dónde has cogido esto?

GUADALUPE.— De la canasta de leña...

CASAS.— ¿De qué canasta de leña?

GUADALUPE.— De cuál va a ser; de la canasta de leña del señor Saucedo. Estuvo escribiendo en muchos papeles, anteayer por la noche, en compañía de Zambrano y del teniente Sáenz...

CASAS.— (*Intentando leer el pliego.*) ¿Y por qué no me lo trajiste ayer?

GUADALUPE.— Pues porque no lo encontré hasta ayer por la tarde y tú me dijiste que me vendrías a ver por la noche. (*Pausa.*) Además yo no sé si es importante o no, porque no sé leer. (*Pausa y alzando más la voz.*) ¿Es importante? (*Alzando más la voz.*) ¿Es importante...?

CASAS.— (*Muy nervioso.*) Es importantísimo. (*Pausa.*) Vicente, aquí tenemos un borrador de lo que la junta formada por Zambrano cuenta al general Jiménez...

FLORES.— (*Con rapidez y extrañeza.*) ¿La junta de Zambrano al general Jiménez...?

CASAS.— Sí, la junta de Zambrano ha escrito al general Jiménez. (*Pausa.*) Es un borrador. (*Leyendo.*) "Encabezamiento. La Junta de Gobierno de Texas y su Presidente, José Manuel Zambrano, al Excmo. Sr. General don José Mariano Jiménez. Puntos a desarrollar... Que los pobladores de Texas están muy inquietos por su Religión, Patria y Rey... Que la llegada de los titulados embajadores Aldama y Salazar no ha contribuido a apaciguar los ánimos sino a aumentar la agitación de los habitantes de San Antonio, ciudad que está siendo castigada por el despótico gobierno de Juan Bautista Casas... Que los llamados embajadores afirman que se dirigen a Estados Unidos para reclutar tropas con que defender la Revolución; y que si esto es así, cree esta Junta que los angloamericanos se posesionarán de esta provincia como lo hicieron con Batón Rouge y Movila... Que como los llamados embajadores no han hecho nada para aquietar los ánimos y han presentado unos simples pasaportes, que más les hacen parecer personas que huyen que diplomáticos que representan, esta Junta ha decidido detenerlos tan pronto como sea posible y sin derramamiento de sangre, y teniendo además en cuenta que el uniforme e insignias del mariscal Aldama parecen franceses, país con el que estamos en guerra... Que esta Junta, compuesta por un Presidente, once vocales y un Secretario se dispone a tomar el mando de esta provincia arrestando a Juan Bautista Casas... Que esta comunicación le será entregada en mano al general Jiménez por el capitán don Luis Galán, miembro de la Junta, a quien escolta el capitán don José María Muñoz..." (*Levantando la mirada.*) Aquí termina el borrador. (*A Guadalupe.*) ¿No había más papeles en la cesta?

GUADALUPE.— No, no había más. Cuando terminó de escribir lo que le dictaban Zambrano y Sáenz, recogió todos los papeles y los hizo en bolas que tiró a la chimenea, y esta rebotó y cayó en la cesta...

CASAS.— Ya sabemos a donde iba Zambrano con sus hombres...

FLORES.— Sale al encuentro de Jiménez...

CASAS.— Sí, de Jiménez y de Allende.

FLORES.— Tenemos que obrar...

CASAS.— Tenemos que obrar con rapidez y controlar todo lo que está sucediendo aquí. Necesitamos información. (*Pausa.*) Llévate a Reina y a Rodríguez con su pelotón y vete al puesto de mando de Tarín; le informas de todo y le dices que detenga a Saucedá en el acto y me lo traiga encadenado aquí; y tú con Reina y Rodríguez apresáis a las familias de Muñoz y Galán y me las traéis también aquí, sin darles tiempo ni a vestirse. Quiero interrogarles a todos lo antes posible, y además me van a tener que contar todo lo que sepan.

FLORES.— Muy bien. Vuelvo en el acto. (*Dirigiéndose rápidamente hacia la puerta y gritando.*) ¡Reina! (*Sale.*)

CASAS.— (*A Guadalupe.*) Aquí todos se creen muy listos: unos van a denunciarme ante Jiménez en beneficio propio, y otros dicen que van a Estados Unidos a reclutar diez mil hombres. (*Pausa.*) Reclutar diez mil hombres es un contrasentido. Un ejército de esa envergadura no se retira de ningún país invadido sin haber recibido de compensación una buena parte de su territorio. ¿O no estamos nosotros acusando continuamente a los realistas de que quieren entregar México a los franceses? (*Pausa y dando una patada a la escribanía.*) ¿Cómo pueden pensar estos imbéciles que me puedo creer que van a Estados Unidos para reclutar a diez mil anglo-americanos? (*Arrojando el documento sobre la escribanía.*)

ZAMBRANO.— (*Entrando y con voz muy suave.*) Tiene usted razón, señor brigadier; eso mismo he pensado yo. Dejar entrar en Texas a diez mil anglo-americanos sería igual a entregar esta provincia a Estados Unidos.

CASAS.— (*Muy sorprendido.*) ¿Pero no estaba usted...?

ZAMBRANO.— (*Pronunciando muy lentamente.*) ¿Camino de Presidio de Río Grande? No, señor brigadier, no fui a Presidio de Río Grande ni a San Agustín de Laredo, ni siquiera a entrevistarme con el general Jiménez. (*Pausa.*) Fui a hacer una comprobación...

CASAS.— (*Muy confundido.*) ¿Una comprobación...?

ZAMBRANO.— Sí, fui a comprobar dónde habían enterrado parte del tesoro.

CASAS.— ¿Enterrado el tesoro? ¿Qué tesoro...?

ZAMBRANO.— Sí, el tesoro; las monedas, las joyas y las barras de plata que dicen que acarrearán las mulas de Aldama y Salazar.

CASAS.— Las mulas de Aldama y Salazar están en El Alamo...

ZAMBRANO.— (*Elevando más la voz.*) Sí, las mulas, sí; pero parte del tesoro se ha ido enterrando poco a poco en el camino recorrido entre Saltillo y San Antonio.

CASAS.— La plata está aquí, en San Antonio; la he visto yo...

ZAMBRANO.— (*Interrumpiéndole y con firmeza.*) Usted lo que habrá visto serán cien barras de plata; el resto, las otras doscientas, han desaparecido; y debo recordarle que al tesorero Royuela le robaron trescientas. (*Pausa.*) Usted ha visto lo que le han querido enseñar. ¿Por qué no dejan a nadie acercarse al tren de mulas? ¿Por qué no llevan los fardos cosidos y sellados, como es costumbre en estos casos? ¿Por qué hacen inventarios? ¿Por qué, señor brigadier? (*Pausa.*) Pues para poder sacar y meter lo que quieran, y esconder y robar lo que les dé la gana. Por eso, señor brigadier.

CASAS.— ¿Cómo sabe usted...?

ZAMBRANO.— (*Ahucando la voz.*) ¿Que cómo sé todo esto? (*Pausa.*) Esto lo sabemos todos los habitantes de San Antonio que nos preocupamos por la Revolución. (*Saca de un bolsillo una pequeña bolsa de lona, con los sellos revolucionarios, y la deposita sobre la mesa de despacho.*) Seis bolsas como esta estaban enterradas cerca del lugar donde acamparon Aldama y Salazar el día anterior a su entrada en San Antonio. (*Pausa.*) Naturalmente, cuando las encontré, estaban llenas de monedas de oro...

CASAS.— ¿Han estado enterrando...?

ZAMBRANO.— (*Interrumpiéndole y ahucando más la voz.*) Efectivamente, señor brigadier; han estado enterrando la plata, las monedas y las joyas.

CASAS.— (*Dirigiéndose hacia la puerta.*) Les mandaré llamar...

ZAMBRANO.— (*Cortándole el paso y con firmeza.*) Usted no va a llamar a nadie; porque Salazar acaba de ser apresado por el teniente Sáenz.

CASAS.— ¿Qué dice usted...?

ZAMBRANO.— (*Con firmeza.*) Y el teniente Escamilla ha detenido a Aldama.

CASAS.— ¿Escamilla ha...?

ZAMBRANO.— (*Interrumpiéndole y con autoridad.*) Sí, Escamilla. (*Pausa.*) Escamilla es quien me informó de que parte de las cargas que llevan las mulas están compuestas de piedras y troncos de madera. Escamilla ha estado vigilando día y noche el tren de mulas, y ahora acaba de detener a Aldama, en el preciso momento en que iba a huir de San Antonio.

CASAS.— Ni Aldama, ni Salazar iban a huir de San Antonio. Los dos tienen mi permiso para abandonar la ciudad, y ahora mismo voy a llamar a la guardia para aclarar todo lo que...

ZAMBRANO.— (*Cerrándole de nuevo el paso y con autoridad.*) Sí, ya sé que tienen su permiso. Eso es lo que nos acaba de decir Salazar.

CASAS.— (*A Guadalupe y gritando.*) ¡Sal y llama a la guardia!

ZAMBRANO.— (*A Guadalupe y con tono cortante.*) ¡No te muevas!

CASAS.— ¿Qué es esto? (*Gritando.*) ¡A mí, la guardia!

ZAMBRANO.— (*En voz baja y pronunciando lentamente.*) ¿La guardia? (*Pausa.*) ¿Son su guardia Flores, Reina y Rodríguez? (*Pausa y alzando la voz.*) ¡Pues su guardia acaba de ser detenida!

CASAS.— ¿Detenidos...?

ZAMBRANO.— (*Con firmeza.*) Sí, señor brigadier; Flores, Reina y Rodríguez acaban de ser detenidos y están siendo encadenados en la iglesia.

CASAS.— Esto que está usted haciendo es una rebelión en regla contra don Miguel Hidalgo...

ZAMBRANO.— (*Dándole la espalda y paseando mientras habla.*) Por favor, señor brigadier; no me siga tratando como a un niño. Todos sabemos que el señor Hidalgo no cuenta ya absolutamente nada en la Revolución. Y entérese de una vez por todas que yo y la junta que presido estamos en contra de usted por el nefasto gobierno que ha ejercido en esta provincia.

CASAS.— (*Con rapidez.*) No ponga excusas estúpidas a su comportamiento. Usted está con los realistas.

ZAMBRANO.— (*Pronunciando muy lentamente.*) Yo no estoy con los realistas, señor brigadier; pero veo claramente que usted no está con nadie; y lo sé porque usted pertenece a esa clase de personas que no cree en nada ni en nadie; y para quienes la monarquía se convierte en tiranía, la aristocracia en oligarquía y la democracia en anarquía. Usted no está con nadie; usted está únicamente consigo mismo. Usted quiere estar solo; y quiere estar solo porque cree que la Revolución es un botín para repartir, y por eso se ha separado de las personas de bien y se ha rodeado de ingenuos carpinteros, sacristanes, pintores y barberos.

CASAS.— (*Con firmeza.*) Déjese de palabrería hueca. Usted está con los españoles.

ZAMBRANO.— (*Ahucando la voz.*) Yo estoy contra el mal gobierno, venga de donde venga; pero para usted, señor brigadier, quien no está de su parte está con los realistas...

CASAS.— (*Interrumpiéndole y con firmeza.*) Exacto; y usted ha estado engañando a todos aquellos que confiaban en sus mentiras. Los ha puesto en contra mía y ellos le están haciendo a usted su contrarrevolución a favor de los españoles.

ZAMBRANO.— (*Apuntándole con la fusta.*) Señor brigadier, yo y la junta que presido estamos haciendo ahora "nuestra" revolución porque no tenemos otra manera de actuar. Yo y mi junta, también nos hemos enterado de que don Miguel Hidalgo ha sido apresado por el general Allende; y mientras este nuevo jefe de la Revolución no explique los motivos que le han llevado a dar ese paso, yo y mi junta, haremos lo que creamos más conveniente para la ciudad de San Antonio y para la provincia de Texas; pero una cosa sí es cierta y es que usted será juzgado por un tribunal, ya sea realista o revolucionario, y de eso me encargaré yo personalmente.

CASAS.— (*Encorajinándose.*) Usted tenía todo esto planeado de antemano y ahora la detención de Hidalgo le ha proporcionado las excusas de obrar como lo está haciendo. (*Pausa.*) Yo también me encargaré de que sea usted juzgado, tan pronto como vengan a darme "la novedad" los alféreces Tarín, Falcón y Montelongo, a quienes acompañarán sus...

ZAMBRANO.— (*Rozando con la fusta el pecho de Casas.*) Por favor, señor brigadier; sigue usted en lo más profundo de las tinieblas. (*Pausa.*) El alférez Tarín está ahora mismo encadenando a Flores, Reina y Rodríguez en la iglesia. (*Pausa.*) Como puede usted ver el alférez Tarín pertenece al grupo de honrados ciudadanos que le están despojando a usted de sus poderes. (*Pausa.*) En lo que se refiere a Montelongo le envié usted ayer a castigar a los pajalates, tacames y patumacos que nos están robando ganado en el área de la antigua Misión de Concepción, y tardará al menos cuatro días en regresar...

CASAS.— (*Intentando coger la fusta de Zambrano.*) Ya veo; ya veo que estoy rodeado de traidores...

ZAMBRANO.— (*Dándole la espalda y ahuecando la voz.*) Yo también veo que se va dando usted cuenta del terreno que pisa; y, para que no tenga la más leve duda de cómo van a ir las cosas, le diré que el alférez Falcón está borracho y en cama con una india. Esta noche le hemos hecho beber en exceso, porque es buena persona y no queremos causarle daño alguno. (*Pausa.*) Cuando despierte de su borrachera todo habrá pasado y él seguirá en su puesto...

SÁENZ.— (*Entrando y cuadrándose.*) Todo solucionado y concluido, señor Presidente.

ZAMBRANO.— ¿Todo en orden?

SÁENZ.— Todo, señor Presidente.

CASAS.— Ya llegó el otro cómplice; así se pagan los favores...

SÁENZ.— (*Sorprendido.*) ¿Favores? (*Pausa.*) ¿Se refiere usted a que me sacó de la cárcel? (*Pausa.*) ¡Eso no fue ningún favor!

CASAS.— ¿Entonces cómo lo llama usted...?

SÁENZ.— (*Interrumpiéndole y con rabia.*) Yo lo llamo aprovecharse de las circunstancias. En el momento en que usted me liberó de la cárcel el gobernador Salcedo no controlaba ni el suelo que pisaba. Fue un juego de niños hacerse con la ciudad y lo hubiese sido también la semana anterior si alguien no nos hubiese traicionado a Escamilla y a mí. (*Pausa.*) Tan pronto como supe que usted no nos había citado en el informe que envió a Hidalgo, contándole la sublevación de San Antonio, comencé a sospechar de que había sido usted quien nos había denunciado a Salcedo. (*Pausa.*) Por desgracia, no tengo pruebas; pero sé que apresándole y juzgándole como se merece, haremos un gran servicio al país que usted ha dirigido con absoluto despotismo.

CASAS.— (*Con ironía.*) ¿Ahora también tengo la culpa de su detención? (*Pausa.*) ¿De cuántas cosas me van a acusar todavía?

ZAMBRANO.— (*Asintiendo con la cabeza y pronunciando lentamente.*) De más cosas, de más cosas, señor brigadier; pero de esas sí que tenemos pruebas.

SÁENZ.— (*Con rapidez.*) Efectivamente, tenemos pruebas. (*Pausa.*) ¿Qué me dice usted de los comanches?

CASAS.— ¿De los comanches...? ¿Qué comanches?

ZAMBRANO.— (*Con ironía.*) Le está preguntando por los trece comanches que salieron ayer de San Antonio.

CASAS.— Esos indios vinieron y se fueron en paz, después de haber recibido los regalos que me pidieron...

ZAMBRANO.— (*Bajando la voz.*) Es cierto que vinieron a por regalos y que se fueron en paz; pero usted aprovechó su presencia en San Antonio para utilizarlos en el asalto al tren de mulas de Aldama y Salazar.

CASAS.— (*Con energía.*) ¿Qué ...? ¡Eso es mentira!

SÁENZ.— (*Interrumpiéndole y alzando la voz.*) ¡Eso es cierto! (*Pausa.*) Seguí a los comanches y les detuve en las orillas del arroyo del Cíbolo, cuando vi que se disponían a acampar y no mostraban prisa alguna para llevar los regalos a sus rancherías.

CASAS.— Eso no me importa; pueden acampar donde quieran...

SÁENZ.— (*Bajando la voz.*) Pero al quitarles los caballos que llevaban, porque no respondían satisfactoriamente a mis preguntas, me dijeron que estaban allí esperando a diez hombres del "Capitán Grande de San Antonio", con quienes iban a atacar a unos enemigos...

CASAS.— (*Interrumpiéndole.*) ¡Eso es mentira!

SÁENZ.— (*Con ironía.*) Pues me dijeron que era verdad y el hechicero me lo juró por el "Padre Cielo" y la "Madre Tierra".

CASAS.— ¿Y usted cree lo que juran los comanches?

SÁENZ.— (*Con aplomo.*) Sí. (*Pausa.*) Sí lo creo, cuando los que juran son una representación de las familias Yupe, Yámparica y Cuchanec, y entre sus miembros hay hijos y parientes de "Oso Blanco", "Orejas de Venado", "Gavilán Rojo" y "Grulla Blanca".

CASAS.— Los comanches son todos iguales y el mejor de ellos es el que está muerto.

ZAMBRANO.— (*Bajando la voz y pronunciando lentamente.*) Pero tienen razón; y la tienen porque acabamos de descubrir, en los nuevos cobertizos de Villita, a los diez hombres que se iban a reunir con los comanches para realizar el asalto. (*Pausa.*) Ellos han confesado y piden clemencia, y yo se la concederé si declaran en contra de usted.

CASAS.— (*Interrumpiéndole.*) Y yo lo negaré todo siempre. Lo negaré mientras viva.

ZAMBRANO.— Pues apresúrese a hacerlo porque le queda poco tiempo.

CASAS.— (*Con firmeza.*) ¡Yo no sé nada de lo que me están acusando!

ZAMBRANO.— (*Con voz suave.*) Usted miente, como mienten todos. (*Pausa.*) El "Capitán Colorado" me mandó informadores que me dijeron que Aldama y Salazar iban enterrando el tesoro por el camino; y usted también sabía que las mulas no podían hacer jornadas tan largas con el peso que decían que transportaban; y los arrieros y la escolta también lo sabían y esperaban el momento oportuno para deshacerse de Aldama y Salazar; y estos, a su vez, querían abandonar el tren de mulas tan pronto saliesen de San Antonio, y para que todos se confiasen simulaban la lesión de

Aldama. (*Pausa.*) Si todos robaban o querían robar, ¿por qué no iban a quedarse usted y Flores con el resto del tesoro? (*Pausa.*) Es eso lo que pensaron, ¿no?

CASAS.— (*Con energía.*) Y yo les vuelvo a repetir que no sé nada de lo que me están contando...

ZAMBRANO.— (*Cogiendo el documento de la escribanía y exhibiéndolo.*) ¿De veras se había creído usted que podíamos haber dejado descuidadamente esta información al alcance de su mano? (*Pausa larga.*) Las disposiciones de la junta no han sido enviadas todavía al general Jiménez...

CASAS.— Y a mí que me cuenta...

ZAMBRANO.— (*Interrumpiéndole en voz baja.*) Se lo cuento porque todo ha sido una maniobra de distracción...

CASAS.— ¿Una maniobra...?

ZAMBRANO.— (*Con firmeza.*) Sí, para que usted dejase libre el acceso a estas "Casas Reales" y se le pudiese apresar sin derramamiento de sangre. No deseamos que haya muertes inútiles; no queremos que haya mártires; queremos que los tribunales juzguen y que las sentencias se cumplan. (*A Sáenz.*) ¡Espósale!

(*Casas intenta desenvainar su sable pero Guadalupe se lo impide poniéndole por detrás un cuchillo en el cuello.*)

GUADALUPE.— ¡Si te mueves, te rajo!

CASAS.— (*Revolviéndose como una fiera y atenazando por el cuello a Guadalupe.*) ¿Has sido tú...? ¿Tú, me has traicionado? ¿Tú, perra me has traicionado...?

SÁENZ.— (*Golpeando a Casas con los grilletes en la cabeza y derribándole.*) Un poco más de respeto con las señoras, señor brigadier...

CASAS.— (*Levantándose e intentado atenazar de nuevo el cuello de Guadalupe.*) ¡Maldita; tú eras su confidente!

ZAMBRANO.— (*Dándole un fustazo en el rostro.*) ¡Le han dicho que tenga más respeto con las señoras!

CASAS.— (*A Guadalupe y ciego de ira.*) ¡Te voy a matar!

SÁENZ.— (*Golpeándole de nuevo con los grilletes y tirándole a tierra.*) Usted no va a matar a nadie. (*Pausa.*) Doña Guadalupe Yanas es una señora que no dudó ni un instante en sacrificarse por liberar a San Antonio de una persona como usted.

(*Casas, aturdido, intenta agarrarse a las piernas de Sáenz y éste le vuelve a golpear en la cabeza derribándole definitivamente a tierra.*)

ZAMBRANO.— (*A Sáenz.*) ¿Todos en sus puestos?

SÁENZ.— (*En cuclillas y esposando a Casas.*) Sí, todos en sus puestos, señor Presidente. (*Levantándose.*) En la plaza habrá ya más de cuatrocientas personas...

ZAMBRANO.— Que enciendan todos las antorchas para que vean pasar al indigno personaje que traicionó a la Revolución, a San Antonio y a sus amigos.

SÁENZ.— (*Abriendo las tres ventanas y gritando.*) ¡Enciendan las antorchas!

(*Desde este momento la luz que penetre por las ventanas será cada vez más intensa, hasta que al final del acto parezca que el sol luce fuera con todo su esplendor.*)

ZAMBRANO.— (*Rodeando con el brazo derecho los hombros de Guadalupe que ha empezado a llorar en silencio.*) Mi querida amiga; ya han terminado los ultrajes y coacciones a que te tenía sometida este desgraciado personaje. (*A Casas, y mientras Guadalupe estalla en sollozos.*) Y usted levántese del suelo y arrastre su vergüenza ante todos los ciudadanos de San Antonio. (*Pausa.*) Ahí fuera le esperan. Nadie le tocará ni una brizna de su ridículo uniforme, pero usted será juzgado como se merece ante el tribunal que corresponda. (*A Sáenz.*) ¡Échale fuera!

SÁENZ.— Sí, señor Presidente. (*Coge al aturdido Casas por un brazo y a empujones lo saca por la puerta.*)

ZAMBRANO.— (*Consolando a Guadalupe que sigue sollozando.*) Calma, mi querida amiga; ya ha pasado todo...

GUADALUPE.— Gracias, señor subdíacono...

SÁENZ.— (*Entrando.*) La ciudad está en sus manos, señor Presidente.

ZAMBRANO.— Gracias, Sáenz, gracias.

SÁENZ.— Este es el momento oportuno para enviar las disposiciones de la junta al general Jiménez, y anunciarle que la capital de Texas ha sido ganada de nuevo para la causa revolucionaria.

ZAMBRANO.— (*Poniendo su mano izquierda sobre el hombro de Sáenz.*) Sáenz, dejemos a un lado las precipitaciones, y calma esa impaciencia que tantas desgracias te ha ocasionado. (*Pausa.*) Los mensajeros que enviemos saldrán en su momento, pero antes deberán aprender de memoria las disposiciones de la junta, porque las tendrán que entregar al general Jiménez y recitar también ante el Capitán General de los realistas. (*Pausa.*) En estos momentos lo principal es Texas, y por ello no es oportuno inclinarse por ninguno de los dos bandos, porque los senderos de la política son extraños y los caminos del Señor imprevisibles; y especialmente ahora que los perseguidos son los revolucionarios y los perseguidores los realistas; y todos, todos vienen hacia San Antonio.

(Zambrano sonrío, y Guadalupe y Sáenz le miran desconcertados. La luz penetra radiante por las ventanas; y mientras, baja lentamente el

Telón.)

Índice

| | |
|--|-----|
| Presentación | 5 |
| Introducción | 7 |
| <i>Acoma: Españoles entre mitos y traiciones</i> | |
| Acto primero | 15 |
| Acto segundo | 39 |
| Acto tercero | 63 |
| <i>El otro informe del fuerte de San Diego</i> | |
| Acto primero | 87 |
| Acto segundo | 113 |
| Acto tercero | 137 |
| <i>Un marino español espera en Nutka</i> | |
| Acto primero | 167 |
| Acto segundo | 201 |
| Acto tercero | 225 |
| <i>Todos, todos vienen hacia San Antonio</i> | |
| Acto primero | 255 |
| Acto segundo | 281 |
| Acto tercero | 301 |

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN MADRID

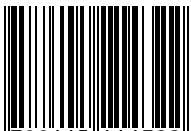
EL 31 DE MARZO DE 1998



Comunidad de Madrid

Consejería de Educación y Cultura

ISBN 84-451-1432-8



9 788445 114322